



POR FAVOR,
Protegere

G.R. OLIVEIRA

**POR FAVOR, PROTÉGEME: UNA HISTORIA DE AMOR
PROHIBIDO, EMBARAZO INESPERADO Y
REDENCIÓN CON UN CEO POSESIVO
(2026)**

Copyright © G.R. OLIVEIRA

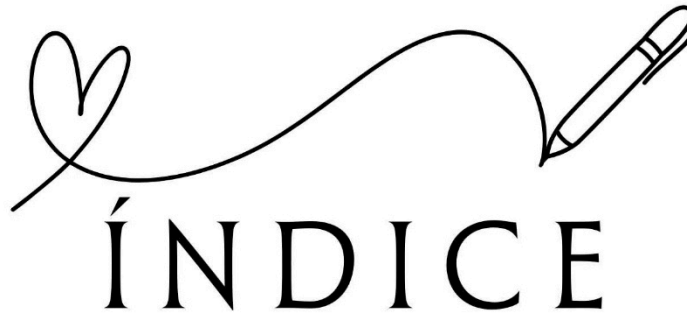
Publicación Independiente | Todos los derechos
reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Sumário



[ÍNDICE](#)

[SINOPSIS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[CAPÍTULO 50](#)

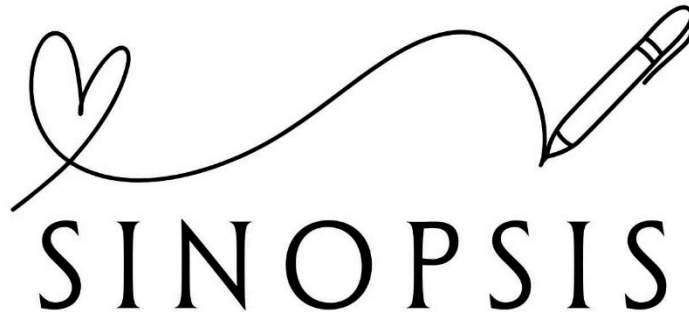
[CAPÍTULO 51](#)

[EPÍLOGO 1](#)

[EPÍLOGO 2](#)

NOTA DEL AUTOR

SINOPSE



Mintió para sobrevivir... pero jamás imaginó enamorarse del hombre que podría destruirla.

Isabela Rodrigues pasó años atrapada en una pesadilla. Sin familia, sin poder salir y bajo el control de un hombre poderoso, aprendió a sobrevivir en silencio... hasta que tomó una decisión desesperada: mentir.

Una mentira que le contó a Alexandre Bittencourt. Director ejecutivo, viudo y un hombre frío y poderoso, acostumbrado a tener el control absoluto de su mundo... hasta que ella apareció pidiendo ayuda.

Lo que comenzó como un acuerdo peligroso pronto se convirtió en algo mucho más profundo.

Convivencia forzada.

Un matrimonio por contrato.

Una guerra contra un enemigo implacable.

Un sentimiento para el que ninguno de ellos está preparado.

Pero cuando la verdad sale a la luz y el pasado revela su lado más oscuro, Isabela descubre que su historia siempre está marcada por el peligro... y que el hombre que ama está dispuesto a arriesgarlo todo para protegerla.

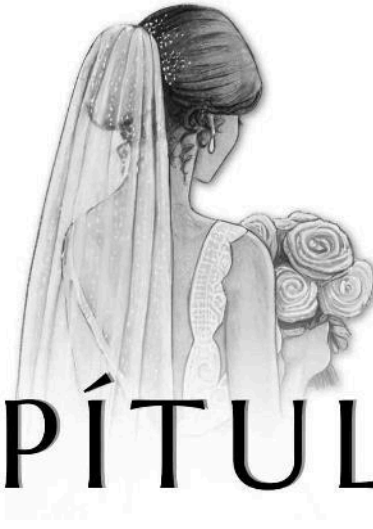
Incluso su propia vida.

Ahora, con secretos revelados, enemigos a su merced y nuevas vidas creciendo en su interior, tendrá que decidir por sí misma... o luchar por el amor que nunca creyó merecer.

TROPES

• Diferencia de edad • Humillación inesperada • Matrimonio por contrato • Convivencia forzada • Hombre protector • Romance intenso • Redención emocional • De enemigos a amantes

CAPÍTULO 1



CAPÍTULO 1

*«Amar es el mayor riesgo que alguien puede correr, y el
más peligroso de todos es amar a quien lleva cicatrices
profundas»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Hay un secreto muy sencillo para la felicidad: no enamorarse jamás.

Esas palabras rondaban mi cabeza con frecuencia. No era solo una filosofía de vida, sino una norma inquebrantable que me mantenía al mando en todo momento.

Había visto de cerca lo que la pasión le hace a la gente: la vulnerabilidad, la pérdida de foco, la caída inevitable que llega tras el éxtasis inicial.

Yo no tenía tiempo para esas distracciones, ni tampoco ganas de arriesgarme. Para mí, la felicidad era sinónimo de estabilidad, poder y control. No incluía emociones confusas que solo conducen a la debilidad.

¿La pasión? Desestabiliza. Y para alguien que ha levantado un imperio desde cero, como yo, el control era lo único que realmente importaba.

Con esa idea muy presente, entré en mi despacho y me concedí un breve instante de silencio. El murmullo amortiguado de los pasos en el pasillo quedó atrás cuando cerré la puerta.

El lujo discreto de la estancia me envolvía, pero, como siempre, todo allí era estrictamente funcional. Cada objeto, desde el escritorio de madera oscura hasta las estanterías con informes organizados al milímetro, cumplía una función concreta.

No había lugar para excesos, ni allí, ni mucho menos en mi vida personal.

Me senté tras el escritorio y dirigí una mirada fugaz al horizonte a través del enorme ventanal que ofrecía vistas a toda la ciudad. El cielo estaba despejado, pero sabía que, en el fondo, las nubes siempre se estaban formando, listas para desatar una tormenta.

Igual que en los negocios. Cada parcela de poder que había conquistado me había costado esfuerzo.

Nadie nos regaló nada, ni a Diego ni a mí, mi hermano gemelo. Cada contrato firmado, cada negociación complicada, cada noche en vela... todo eso construyó lo que hoy es Amacel Corporation.

Ahora, con el dominio de las redes 5G en el país, nuestro nombre resonaba en cada rincón. Sin embargo, a diferencia de lo que muchos creían, estar en la cima no bastaba.

Siempre hay algo más que conquistar, algo más que mantener bajo control.

Estaba inmerso en esos pensamientos cuando la puerta se abrió de golpe.

Ni siquiera tuve que levantar la vista para saber quién era. Mi hermano, Diego Bittencourt, tenía la irritante costumbre de entrar sin llamar, y, por lo visto, fui yo quien le enseñó a hacerlo, y ahora el muy desgraciado me provocaba repitiendo el gesto.

—Tenemos que hablar —dijo, cerrando la puerta tras de sí mientras avanzaba hasta la silla frente a mí.

Sin más preámbulos, dejó caer una carpeta gruesa sobre mi escritorio, y yo alcé una ceja al mirarlo.

—¿Sobre qué exactamente?

Diego se recostó en la silla, cruzándose de brazos.

—El proyecto de expansión. Tenemos que acelerar. El consejo está impaciente por ver resultados.

Suspiré mientras hojeaba la carpeta con rapidez. Sabía que tenía razón, pero también que cada movimiento debía calcularse al

milímetro.

Tenemos enemigos, y uno de ellos estará hoy aquí, en la empresa...

—No podemos precipitarnos. Un paso en falso, y todo puede venirse abajo.

—Sé que te gusta tener el control absoluto, Alexandre, pero a veces hay que arriesgar.

Cerré la carpeta y se la devolví deslizándola por el escritorio.

—Arriesgar es para quienes tienen tiempo de asumir errores. Nosotros no lo tenemos.

Me observó unos segundos, como si estuviera valorando algo.

—Siempre has sido meticuloso, y por lo que veo, nunca bajas la guardia. ¿Me equivoco?

—Eso es lo que nos ha traído hasta aquí.

Diego esbozó una media sonrisa, esa que siempre consigue sacarme de quicio.

—Y también nos mantendrá en la cima. Pero ¿te has parado a pensar en lo que estás dejando de lado?

—Si vas a hablar de mi vida personal, ahórratelo. —Me levanté y caminé hasta la ventana.— Estamos en plena expansión, la mayor de la historia de la empresa. No tengo tiempo para distracciones.

—Nunca tienes tiempo para nada que no sea Amacel y mi sobrino, tu hijo.

Siempre ha sido así, intentando sacar temas que no me interesan, como si mi vida personal fuera algo que se pudiera poner sobre la mesa.

Pero sabe perfectamente que yo no funciono de ese modo.

Para mí, Amacel no es solo una empresa, es mi vida. Cada decisión que he tomado, cada movimiento calculado, me ha traído hasta aquí, a la cima.

Y la cima exige sacrificios, algo que acepté hace mucho tiempo.

Permanecí en silencio, con la mirada fija en el horizonte.

La ciudad se extendía ante mí, una imagen de serenidad que, para mí, no era más que una red de conexiones, negocios e intereses. El

poder que hemos construido no se sostiene por sí solo; cada negociación es una pieza clave.

—Tenemos que centrarnos en la reunión con Ricardo Vilar —expliqué al fin, rompiendo el silencio—. Intentará presionarnos, como siempre. Ya sabes cómo es. No podemos titubear.

Ricardo Vilar no era solo un rival empresarial, era un desafío constante, alguien capaz de hacer que todo se viniera abajo, porque ese es, precisamente, uno de sus negocios: desmantelar empresas.

Sabía que intentaría sacar ventaja, buscar fisuras, y por eso debía ir siempre un paso por delante. Tiene poder, sí, pero no el suficiente para desestabilizar a Amacel.

Ni a mí.

—Sabes que intentará aprovechar cualquier resquicio —añadí, lanzándole una mirada rápida a Diego, que me observaba con atención—. No podemos darle margen.

Mi hermano asintió despacio, como si estuviera digiriendo cada palabra.

Él también entendía la gravedad del asunto, pero a veces me preguntaba si sentía el peso de todo como yo. Mientras él intentaba equilibrar su vida fuera de la empresa, yo mantenía el foco donde debía estar: aquí.

—Siempre dices que necesito equilibrio —empecé, sin apartar la vista del perfil urbano—, pero mi equilibrio está dentro de esta empresa. Y así seguirá siendo.

Diego suspiró hondo, pero no respondió.

Quizá sabía que discutir conmigo, en ese punto, no tenía sentido. Sabía que soy implacable cuando se trata de proteger lo que hemos construido.

Lo que ninguno de los dos sabía era que mi vida cambiaría incluso antes de que esa reunión comenzara...

CAPÍTULO 2



CAPÍTULO 2

*«El destino disfruta jugando con quienes creen tenerlo
todo bajo control»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Ricardo ya ha llegado para la reunión —dijo mi hermano por
teléfono.

—Ve tú. Ahora voy —respondí, sin apartar la vista de los documentos que tenía delante.

Terminé de ordenar el escritorio y cerré la carpeta con los informes del último trimestre.

Otra ronda de negociaciones estaba a punto de comenzar y, aunque mi mente estaba entrenada para centrarse en cifras, contratos y estrategias, se respiraba tensión en el ambiente.

Ricardo Vilar no era un rival sencillo y cualquier error, por pequeño que fuera, podía salirnos muy caro.

Me levanté, me ajusté la americana y caminé hacia la puerta.

El pasillo se extendía en silencio ante mí, y el eco apagado de mis zapatos resonaba contra las paredes de mármol mientras me dirigía al baño de caballeros.

Siempre me ha gustado concederme un instante antes de las reuniones más intensas.

Un momento para respirar, para ordenar la mente y afinar la estrategia.

Pero al llegar a la puerta del baño, algo me hizo detenerme.

Una silueta femenina se reflejaba en el espejo. Era algo completamente fuera de lugar. Había una mujer en el baño de hombres.

Por el ángulo, aún no se había percatado de mi presencia, pero su reflejo captó mi atención de inmediato. Se miraba en el espejo con los hombros ligeramente encorvados, como si cargara con el peso del mundo.

Di un paso más, sin saber muy bien por qué, y entonces reparé en los detalles.

Su piel estaba marcada.

Los brazos y los hombros desnudos dejaban al descubierto tonos violáceos de distintos tamaños e intensidades.

Al principio pensé que eran sombras, pero cuando me acerqué lo suficiente, comprendí lo que eran.

Hematomas. Muchos. Estaba llorando, aunque era un llanto silencioso, de esos que no buscan consuelo.

Su mirada estaba vacía, perdida, como si el reflejo del espejo fuera apenas el recuerdo borroso de quien había sido.

Aquella escena, sin siquiera saber quién era, me golpeó de un modo inesperado.

No era habitual encontrar algo así en medio de mi rutina meticulosamente calculada.

Fue entonces cuando por fin me vio.

Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de que yo estaba allí.

—¿Qué... qué hace aquí? —preguntó con voz temblorosa, aunque intentaba sonar firme.

Alcé una ceja, sin mover un solo músculo.

—Este es el baño de caballeros.

Sus ojos se agrandaron todavía más y una mezcla de sorpresa y vergüenza se dibujó en su rostro.

Sin añadir nada, se dio la vuelta y salió corriendo, como si huir fuera la única opción que le quedaba.

Me quedé allí unos segundos. De pronto, el silencio del baño resultaba asfixiante.

La imagen de aquella mujer, de los hematomas en su piel, de su mirada vacía, quedó grabada en mi mente.

Aun con la reunión importante esperándome, algo en ella me hizo vacilar. Algo no encajaba.

Y esa sensación no iba a ser fácil de ignorar.



—¿Cómo están los gemelos más poderosos de la ciudad? —La voz de Ricardo Vilar sonó cargada de ironía en cuanto entró en la sala de reuniones, con una sonrisa cínica dibujada en el rostro mientras nos miraba alternativamente, como si buscara provocarnos.

Ricardo nunca ha disimulado su antipatía hacia Diego o hacia mí.

Para él, nuestro ascenso meteórico en el mercado de las telecomunicaciones supuso una amenaza directa para sus negocios.

Y le encanta recordárnoslo siempre que tiene ocasión.

Me quedé en silencio unos segundos, limitándome a observar cómo tomaba asiento frente a nosotros, acompañado por dos de sus asesores.

A mi lado, Diego apretó la mandíbula.

Para cualquiera habría pasado desapercibido, pero yo sabía que el comentario le había molestado.

—Vilar. Siempre tan ingenioso —murmuré, sin molestarse en ocultar el sarcasmo—. ¿Y tú? ¿Qué tal tu última aventura en el sector inmobiliario? Me han dicho que aquella fusión con la constructora de Madrid no salió exactamente como esperabas.

La sonrisa de Ricardo se tensó apenas un instante, aunque mantuvo la compostura.

—Bueno, no todo puede ser tan impecable como Amacel, ¿no? —replicó con un deje ácido—. A mí me gustan los retos. Estoy seguro de que los gemelos Bittencourt entienden muy bien el valor de asumir riesgos. Al fin y al cabo, vuestro éxito no llegó sin algún que otro tropiezo.

La tensión se palpaba en el ambiente, y era justo lo que Ricardo buscaba.

Disfruta poniendo a prueba nuestros límites, siempre a la caza de una grieta, de una debilidad.

Su especialidad es manipular, desestabilizar a la competencia con bromas y pullas, intentando sembrar la más mínima duda.

Pero yo no iba a caer en la trampa.

—Los tropiezos forman parte del proceso cuando se construye algo importante —respondí, manteniendo el tono sereno—. La diferencia es que nosotros aprendemos de cada uno y seguimos adelante. ¿Y tú, Ricardo? ¿Aún eres capaz de abarcar todos tus frentes sin perder el rumbo? Inmobiliario, telecomunicaciones... quién sabe dónde meterás las manos la próxima vez.

Soltó una carcajada que no le alcanzó los ojos.

Diego tomó la palabra y empezó a explicar el verdadero motivo de la reunión, detallando la propuesta de colaboración para una nueva infraestructura de red en varias capitales del país.

Yo seguía atento a sus palabras, pero una parte de mi mente seguía atrapada en la imagen de la mujer del baño.

Los hematomas en sus brazos.

Su mirada vacía.

Era difícil apartar la sensación de que algo terrible estaba ocurriendo.

—¡Esto es un disparate! —La voz de Ricardo se alzó de repente, devolviéndome al presente—. ¿De verdad creéis que vais a alcanzar ese nivel de cobertura en menos de dos años? Tengo contactos que aseguran que ya vais con retraso en las licencias. ¿Cómo pensáis solucionarlo?

El tono de la reunión estaba cambiando.

Lo que había comenzado con provocaciones se estaba convirtiendo en un enfrentamiento directo.

Ricardo no se deja intimidar con facilidad y era evidente que haría todo lo posible por dinamitar nuestra propuesta.

—Tenemos los contactos adecuados y la planificación necesaria para cumplir los plazos —afirmé con firmeza—. Y, lo que es más

importante, contamos con la capacidad técnica que les falta a tus socios, Ricardo. Si crees que subestimarnos te va a beneficiar, quizá deberías replantearte la estrategia.

Sonrió, pero esta vez fue una sonrisa amarga.

—Ya veremos, Alexandre. Ya veremos.

Mientras Diego retomaba la explicación técnica, me recosté en la silla, obligándome a mantener la mente en el presente.

Sin embargo, la imagen de aquella mujer en el baño, sus heridas, la forma en que salió huyendo... todo se mezclaba con cifras y gráficos, creando un contraste inquietante en mi cabeza.

Por mucho que la situación con Ricardo exigiera toda mi concentración, algo en aquella mujer seguía removiéndome por dentro.



Después de que la reunión terminara, salí de la sala de conferencias con la mente todavía dividida entre la propuesta de Amacel y la mujer que había encontrado en el baño.

Mi hermano se quedó ultimando algunos detalles con el equipo, y yo avancé despacio por el pasillo, intentando ordenar mis pensamientos.

Fue entonces cuando oí pasos detrás de mí. No tuve que girarme para saber que era Ricardo Vilar.

Siempre tiene un instinto impecable para aparecer en el momento justo, como un depredador que nunca desaprovecha la ocasión de provocar.

—¡Alexandre! —me llamó, con ese tono burlón que lo caracteriza.

Me detuve un instante antes de darme la vuelta, manteniendo la expresión neutra.

—Ricardo —respondí, sin apenas emoción—. ¿Todavía por aquí?

Soltó una risa breve, como si supiera de sobra que su presencia me resultaba molesta.

—Siempre he pensado que volveríamos a cruzarnos. He oído que los gemelos Bittencourt tienen grandes planes entre manos, y ya sabes... conviene estar al tanto de todo —dijo, acercándose con esa sonrisa arrogante dibujada en el rostro.

Le sostuve la mirada, preparado para otra ronda de provocaciones, cuando de pronto alzó la mano e hizo un gesto hacia el final del pasillo.

—¿Quieres ver algo interesante? —preguntó, con la voz impregnada de satisfacción—. Ven aquí, cariño.

Y entonces la vi. Era la mujer del baño. Caminaba despacio, con los hombros tensos y la mirada clavada en el suelo.

Sentí una presión incómoda en el pecho al reconocerla y, a medida que se acercaba, el malestar en su cuerpo se hacía evidente.

Ricardo la alcanzó y, sin ningún miramiento, le pasó el brazo por la cintura, atrayéndola hacia sí como si fuera un trofeo.

—Dime, Alexandre, ¿qué te parece Isabela, mi prometida? —preguntó, casi riéndose, mientras la apretaba contra él—. Es preciosa, ¿verdad? Y aún mejor: está embarazada. Nos casamos dentro de poco. Te enviaré una invitación, no te preocupes.

Ella permanecía rígida a su lado, el cuerpo tenso y ahora con los ojos fijos en mí.

Había algo distinto en su mirada.

Era miedo. Un miedo que no necesitaba palabras, que se delataba en el leve temblor de sus labios y en la forma en que entrelazaba las manos con fuerza.

Estaba aterrorizada.

—¿Te casas? —respondí, procurando mantener la voz firme, aunque por dentro algo ardía en mi pecho—. No parece que ella comparta tu entusiasmo, Ricardo.

Él soltó una carcajada exagerada, sin prestar atención al evidente malestar de la mujer.

—Está nerviosa, nada más. Ya sabes cómo son estas cosas. El embarazo vuelve a las mujeres... sensibles y un poco inestables.

Mientras hablaba, la observé con detenimiento. Apenas era capaz de sostenerme la mirada.

Y entonces, de pronto, algo cambió.

Se soltó de su brazo con un movimiento brusco y, en un impulso que nadie esperaba, vino directa hacia mí.

Sus pasos eran rápidos, decididos.

Sus ojos, en cambio, eran una mezcla de desesperación y determinación.

Antes de que pudiera asimilar lo que estaba ocurriendo, se plantó frente a mí y, con la voz firme aunque cargada de tensión, declaró:

—Sí, estoy embarazada... —miró a Ricardo y luego volvió a clavar los ojos en mí, con una intensidad que lo decía todo—. Pero el hijo no es suyo. Es de Alexandre.

El impacto fue inmediato. El silencio en el pasillo se volvió ensordecedor.

Ricardo se quedó paralizado, la sonrisa borrándose de su rostro al instante, mientras yo intentaba comprender aquellas palabras.

¿Embarazada de mí?

Imposible. Solo la había visto una vez, en el baño, y durante apenas unos segundos.

Sin embargo, antes de que pudiera reaccionar, se acercó aún más, lo suficiente para que solo yo pudiera oír lo que dijo a continuación.

Su voz baja, casi un susurro, me atravesó como una descarga:

—Por favor, sácame de las garras de ese monstruo.

CAPÍTULO 3



CAPÍTULO 3

*«Es en los momentos de mayor oscuridad cuando la
fuerza interior se revela»*

ISABELA RODRIGUES

Yo veía esto como la oportunidad de mi vida.

Las palabras salieron de mi boca antes de que pudiera medir las consecuencias, y ahora la mentira ya estaba en el aire.

El ambiente a mi alrededor se volvió denso, casi irrespirable.

El corazón me golpeaba el pecho mientras clavaba la mirada en Alexandre, buscando cualquier atisbo de reacción.

Lo único que tenía claro era que debía hacer algo, lo que fuera, para escapar de las garras de Ricardo.

No sabía gran cosa de Alexandre Bittencourt, salvo que él y Ricardo se detestaban, y eso era evidente desde el mismo momento en que puse un pie en esta empresa.

La frialdad en sus miradas, la tensión que se respiraba cuando coincidían en un mismo espacio...

Era como si el aire entre ellos fuera gasolina a punto de prender. Fue esa chispa de rivalidad la que me dio el valor para actuar.

Inventé la mentira. Una mentira desesperada, sí, pero lo único que tenía.

Mis labios aún temblaban cuando dije que el hijo que llevaba dentro era de Alexandre.

Ricardo se quedó inmóvil un segundo, y la incredulidad en su rostro fue evidente, pero enseguida se transformó en algo más oscuro, una mezcla de rabia y descontrol.

—¿Qué? —rugió Ricardo, y sus palabras cortaron el silencio como una cuchilla—. ¿Qué clase de historia es esa de que el hijo es suyo?

Se acercó a mí en dos zancadas, con los ojos encendidos de furia.

Antes de que pudiera reaccionar, me agarró del brazo con fuerza.

Sus dedos se clavaron en mi piel como garras, presionando justo sobre mis moretones. La desesperación regresó de golpe.

En ese instante supe que mi intento había fracasado. Nada había cambiado. Seguía atrapada.

El dolor en el brazo me dejó sin aire, pero fue el miedo lo que me oprimió el pecho.

Miré a Alexandre con desesperación, esperando que entendiera la súplica silenciosa que ardía en mis ojos.

Necesitaba ayuda. Necesitaba que hiciera algo. Lo que fuera.

Cuando ya empezaba a perder la esperanza, se movió.

Alexandre dio un paso al frente. Tenía los ojos fijos en Ricardo, el rostro imperturbable, aunque la tensión en sus hombros delataba que estaba lejos de estar tranquilo.

—Suelta su brazo —dijo en voz baja, pero firme, como una orden imposible de ignorar—. O tendrás un problema conmigo.

Ricardo soltó una risa forzada, intentando aparentar control.

—¿Un problema contigo? —replicó, sin renunciar al tono burlón—. ¿Es una broma? ¿De verdad te crees esa mentira que acaba de inventarse?

Alexandre no se inmutó. Se mantuvo firme, con la mirada helada.

Nada de lo que Ricardo dijera parecía atravesar su coraza.

—He visto los hematomas que le has hecho.

Sus palabras atravesaron el espacio entre nosotros como un filo cortante.

La sonrisa de Ricardo titubeó. Me soltó de inmediato, como si mi piel le quemara. Me miró, desconcertado, y comprendí que, por un segundo, había perdido el control.

Y, de pronto, mi mentira cobraba cierta lógica cuando él mismo había dejado al descubierto las marcas en mi cuerpo.

—Sé exactamente lo que le estás haciendo —continuó Alexandre, sin apartar la mirada—. Y si vuelves a ponerle una mano encima a Isabela, te enfrentarás a mí. Ahora sal de mi empresa. Ella se queda.

El desconcierto cruzó el rostro de Ricardo, aunque enseguida lo disimuló con una sonrisa cargada de cinismo, como si no diera crédito a lo que estaba oyendo.

—¿Me estás echando sin mi prometida? —preguntó, con una incredulidad casi grotesca en la voz.

—Exactamente.

El silencio volvió a imponerse.

Ricardo nos miró alternativamente, de mí a Alexandre, con el odio y la frustración ardiendo en sus ojos.

Pero no tenía muchas opciones. La tensión era palpable, y Alexandre no retrocedía.

Finalmente, Ricardo dejó escapar un suspiro pesado, como si decidiera retirarse por el momento.

—Esto no va a quedarse así, Bittencourt —advirtió, volviéndose hacia mí con una mirada cargada de amenaza antes de alejarse por el pasillo, sus pasos resonando hasta que, por fin, se desvanecieron.

Yo seguía en estado de shock. El dolor en mi brazo todavía latía, pero era el alivio lo que ahora dominaba mi cuerpo.

Alexandre me había salvado, sin conocerme, sin creer del todo en lo que yo había dicho.

Quizá, después de todo, aún existía una posibilidad de escapar de Ricardo.



—Será mejor que me cuentes qué está pasando. ¿Por qué permites que Ricardo te trate así?

Estaba en el despacho de Alexandre, mientras él me observaba fijamente, como si cada una de mis palabras pudiera destapar un secreto oscuro que aún desconocía.

Tenía una mirada penetrante, seria y concentrada.

El tipo de hombre que parece tenerlo todo bajo control. El tipo de persona que no muestra debilidad, que no vacila. Y, por algún motivo, eso hacía todavía más difícil encontrar las palabras adecuadas.

Mi mente, sin embargo, se desvió. No quería, pero era casi imposible ignorar lo atractivo que resultaba.

Su postura firme, la mandíbula definida, los rasgos marcados...

Alexandre Bittencourt desprendía una presencia imposible de pasar por alto.

El traje impecable realzaba su fortaleza, y sus ojos... esos ojos castaños oscuros contenían una intensidad que jamás había visto.

Me pregunté si alguien habría logrado alguna vez mirar más allá de su seriedad, más allá de esa coraza que parecía proteger cada una de sus emociones.

Sin duda era un hombre que atraía miradas, pero había algo más en él. Algo que me revolvía el estómago.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos antes de responder al fin.

No podía permitirme distracciones. No ahora.

—Me llamo Isabela Rodrigues —dije, con la voz ligeramente temblorosa, pero necesitaba continuar—. Ricardo y yo somos... éramos pareja. Al principio era distinto. Pero con el tiempo todo cambió.

Las palabras comenzaron a salir sin freno, como si estuviera liberando el peso de meses, quizá años, que llevaba dentro.

Ya no podía seguir callándolo.

—Sigue.

—Empezó a tratarme mal. Primero fueron las palabras, las humillaciones, siempre haciéndome sentir inferior. Luego llegaron los golpes, y cada vez fueron a más. Ahora me agrede constantemente. Me pega, me hace daño, me humilla, y... —sentí el nudo cerrándose la garganta, pero no podía detenerme— eso solo se detuvo durante un tiempo, hace una semana, cuando le dije que estaba embarazada.

La reacción de Alexandre fue mínima, pero supe que estaba atento a cada palabra.

Continué, consciente de que aquella era mi oportunidad, la única que tenía.

—Vi el embarazo como una oportunidad. Como una salida... para escapar. Dejó de pegarme, pero solo por el bebé. No sé cuánto durará. Me mantiene encerrada en casa todos los días. Apenas salgo. —Mi voz empezó a quebrarse y las lágrimas amenazaban con caer—. Esta vez le pedí que me dejara venir con él, se lo supliqué, y después de insistir mucho accedió. Era mi única ocasión de hacer algo distinto.

Las lágrimas rodaron por mis mejillas antes de que pudiera contenerlas.

Estaba allí, frente a un hombre al que apenas conocía, suplicando ayuda, depositando todas mis esperanzas en una mentira que ni siquiera sabía si él creía.

—Por favor... ayúdeme —supliqué, con la voz rota por el llanto—. Haré lo que sea, pero sáqueme de esto. Yo... ya no puedo más. Llevo años viviendo así.

El silencio que siguió fue insoportable. Él continuaba mirándome, imperturbable, como si estuviera procesando cada detalle, como si estuviera decidiendo si creerme o no.

Cada segundo se hacía eterno. Solo necesitaba una respuesta.

Un gesto. Algo que me indicara que mi súplica no caía en saco roto.

Pero permanecía en silencio, analizándome, y el miedo a que mi último intento de libertad hubiera fracasado empezó a crecer dentro de mí.

Sentía cada segundo como una cuchilla atravesando la poca esperanza que me quedaba.

Mis ojos seguían anclados en los suyos, buscando una señal, una chispa de compasión o de comprensión.

Pero él era impenetrable. Difícil de descifrar.

—¿Por qué nunca lo denunció? —preguntó al fin, rompiendo el silencio con una voz firme, pero sin reproche.

Tragué saliva, intentando encontrar las palabras adecuadas, aun sabiendo que no existía una respuesta sencilla.

Tenía la garganta seca. La desesperación era evidente. Pero necesitaba que lo entendiera.

—Porque... sé de lo que es capaz. —Mi voz salió frágil, casi en un susurro.

Sentía todo el cuerpo temblando, con el miedo siempre latente bajo la piel.

—Me ha amenazado de muerte tantas veces que he perdido la cuenta. Si fuera a la policía, encontraría la manera de dar conmigo y acabar con todo. Y no es solo eso... —Bajé la cabeza al notar que las lágrimas volvían a agolparse, pero tenía que seguir—. No tengo a nadie. Perdí a mis padres cuando era apenas una adolescente y, desde entonces, no me queda familia ni amigos cercanos a los que acudir. Fue él quien me acogió en aquel momento.

Las palabras salían como una confesión amarga. Una verdad que dolía pronunciar en voz alta.

El vacío a mi alrededor, la ausencia de cualquier red de apoyo, resultaba asfixiante.

Me quedé con Ricardo cuando fue la única persona que apareció. Y ese fue mi mayor error.

—Yo... —me detuve un instante, intentando respirar hondo, intentando ordenar mis pensamientos mientras el pánico amenazaba con desbordarme— no tengo adónde ir, no tengo a nadie. Lo único que le pido... —levanté la mirada hacia Alexandre, suplicante— es una oportunidad. Solo necesito dinero para huir. No le pediré nada más. Solo lo suficiente para desaparecer, para empezar de cero, lejos de aquí. Haré lo que sea, lo que usted quiera, pero ayúdeme a escapar de ese monstruo.

Podía ver la desesperación reflejada en mis propios ojos mientras hablaba, y sabía que Alexandre también la veía.

Con cada palabra la urgencia aumentaba, pero él seguía allí, firme, observándome.

No sabía si estaba sopesando mis intenciones, si intentaba decidir cuánto de mi historia era cierto.

Pero sentía que el tiempo jugaba en mi contra. Lo necesitaba.

Sobre todo porque... el embarazo era una mentira. Era lo único que se me ocurrió para que dejara de hacerme daño.

CAPÍTULO 4



CAPÍTULO 4

*«Detrás de cada decisión difícil hay una elección capaz
de cambiarlo todo»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Era raro que no pudiera resolver una situación o un problema de inmediato, pero ahora me encontraba en una encrucijada, porque todo

lo que Isabela acababa de contar parecía un pozo sin fondo de complicaciones.

Yo, Alexandre Bittencourt, siempre he sabido manejar números, contratos, personas, pero este tipo de petición... este nivel de desesperación que llenaba la sala no era algo a lo que estuviera acostumbrado.

Estaba sentada frente a mí, con los ojos suplicantes y las manos temblorosas.

Su aspecto frágil contrastaba con la determinación que brillaba en su mirada.

Quería una salida, y ahora yo era el único que podía ofrecérsela.

Respiré hondo, obligándome a mantener la calma. Me levanté y caminé hasta la ventana, contemplando la ciudad desde lo alto.

Desde allí todo parecía tranquilo, ordenado, bajo control. Como mi vida.

Sin embargo, dentro de aquel despacho el orden había dado paso al caos, e Isabela era el epicentro.

—Huir no es la solución, Isabela —dije al fin, todavía de espaldas a ella, intentando poner orden en los pensamientos que me asaltaban como una tormenta—. Si te vas, él te encontrará. Hombres como Ricardo... siempre encuentran a quien quieren.

Me giré para mirarla.

Su cuerpo se encogió aún más en la silla, como si mis palabras no fueran más que la confirmación del infierno en el que ya vivía.

—No puedo ayudarte si tú no te ayudas primero —añadí con voz firme—. Tienes que denunciarlo. Huir solo aplazará el problema, y lo sabes.

Negó con la cabeza con vehemencia, los ojos ahora anegados en lágrimas.

—¿Denunciarlo? —su voz salió en un susurro tembloroso—. Ya se lo he dicho, me matará si lo hago. Tiene poder, conoce a gente, convertirá mi vida en un infierno y no parará hasta destruirme por completo.

Había un dolor auténtico en su voz, un miedo tan palpable que me revolvía el estómago.

Estaba atrapada.

Y en algo tenía razón: hombres como Ricardo Vilar no se rinden hasta conseguir lo que desean.

—Y cuando dijiste que el hijo era mío... —empecé, tratando de medir el alcance del problema, con la voz controlada, pero firme—, puede que hayas empeorado las cosas. Ricardo no es ningún ingenuo. Lo más probable es que no se lo haya creído. Tú misma has dicho que te tenía encerrada, vigilada todo el tiempo.

Vi cómo una sombra de miedo cruzaba sus ojos, y continué:

—Hoy se ha marchado sin ti, pero no por tu mentira. Se fue porque notó los golpes, porque entendió que yo sabía algo. No fue la historia del bebé lo que lo hizo retroceder. Y ahora estará aún más alerta.

Isabela se secó las lágrimas con la manga de la blusa, intentando recomponerse, pero el desespero seguía brillando en sus ojos.

Creía que su única oportunidad de libertad era una mentira, y esa mentira empezaba a desmoronarse a toda velocidad.

Me acerqué de nuevo y me senté frente a ella. El silencio se extendió entre nosotros durante unos segundos, denso, pesado, como una tormenta a punto de estallar.

Cada decisión que tomo en Amacel se basa en la lógica y el control. Pero aquí no había lógica capaz de resolver lo que estaba viviendo.

Y el control... se me escapaba entre los dedos mientras la observaba.

—Isabela —esta vez mi voz fue más suave, quizá porque sabía que el tono anterior no funcionaría con ella—, entiendo que tengas miedo. Pero si sigues viviendo así, él seguirá haciéndote daño. Mentir sobre el hijo no era la solución, y lo sabes. Ahora estás atrapada en una red que solo se volverá más peligrosa si no sales de ella.

Me miró como si buscara una respuesta en mi rostro, algo que pudiera darle esperanza.

Pero lo que necesitaba no era otra huida.

—Entonces, ¿qué puedo hacer? —preguntó, con una voz débil, casi extinguida—. Si huir no sirve, si denunciar no va a solucionarlo... ¿qué me queda?

Me incliné hacia delante y clavé mis ojos en los suyos.

Por primera vez vi con claridad lo rota que estaba. Hasta qué punto su vida se había convertido en un círculo de dolor y desesperación.

Y supe que, de algún modo, estaba a punto de tomar una decisión que lo cambiaría todo.

Una decisión que podía arrastrarme al abismo junto a ella.

—Voy a ayudarte —dije, y las palabras salieron antes de que pudiera pensarlo mejor—. Pero con una condición: tienes que protegerte. Y tienes que confiar en mí. Tengo mis propios métodos, mi forma de manejar estas cosas. Y Ricardo... —hice una pausa, dejando su nombre suspendido en el aire— no volverá a tocarte. Me encargaré de eso.

Parpadeó, como si no terminara de creer lo que acababa de oír.

—¿De verdad... va a ayudarme?

Asentí con firmeza.

—Pero tienes que ser fuerte, Isabela. Huir solo te devolverá al mismo punto en el que estás ahora. Si quieres una solución real, vamos

a enfrentarnos a él como se debe. Y necesito que confíes en mí. Puedo ser frío, calculador, pero jamás permitiría que alguien siga sufriendo así si está en mi mano evitarlo.

El silencio volvió a caer entre nosotros, aunque esta vez era distinto.

Respiró hondo, como si estuviera tomando la decisión más importante de su vida.

—Confío en usted —susurró al fin, con la voz aún frágil, pero teñida de una esperanza que antes no estaba.

Y en ese instante supe que ya no había marcha atrás.

ISABELA RODRIGUES

Mientras permanecía sentada en aquel despacho imponente, frente a Alexandre Bittencourt, era consciente de que cualquier palabra equivocada podía cambiar por completo el rumbo de mi vida.

Cada segundo parecía alargarse hasta el infinito mientras él valoraba qué hacer con mi súplica.

El silencio entre nosotros era casi tangible, como si ambos estuviéramos esperando algo que rompiera aquella tensión.

No conocía a Alexandre, pero había algo en su postura firme y en la intensidad de sus ojos que me empujaba a creer en él.

Resultaba extraño confiar en alguien a quien apenas conocía.

Después de todo lo vivido con Ricardo, desconfiar se había convertido en una segunda naturaleza.

Sin embargo, Alexandre no era como él.

Podía ser frío y calculador, pero no era cruel. No manipulaba con sonrisas fingidas como hacía Ricardo. Y esa diferencia, por sí sola, era imposible de ignorar.

Finalmente rompió el silencio.

Su voz, baja y firme, sonó como si ya hubiera tomado una decisión.

—Te quedarás en mi mansión esta semana —dijo, mirándome directamente—. Mientras pienso con calma qué podemos hacer.

La sorpresa me dejó sin palabras durante unos segundos.

Alexandre no me debía nada. No tenía ningún motivo para ayudarme. Y aun así, me estaba tendiendo la mano.

—Gracias... —murmuré, sintiendo cómo la emoción me cerraba la garganta—. No sé cómo agradecerle lo suficiente.

Pero, pese a la gratitud evidente, el miedo seguía dominando mis pensamientos.

La idea de denunciar a Ricardo me parecía imposible.

Cada vez que intentaba imaginarlo, mi mente se llenaba de sus amenazas, de sus promesas de venganza, de la furia en sus ojos cuando descubriera lo que había hecho.

No importaba dónde estuviera. Me encontraría.

—Me da muchísimo miedo denunciar a Ricardo —confesé, bajando la mirada mientras el terror se extendía por mi cuerpo—. No va a parar hasta destruirme, y... no sé si seré capaz de soportarlo.

Alexandre guardó silencio un instante.

Luego se levantó y cruzó la estancia con paso firme hasta detenerse frente a mí.

Se inclinó ligeramente, situándose a la altura de mis ojos. Su expresión era ahora más serena, aunque seguía siendo seria.

—Te protegeré —dijo, y en sus palabras había una certeza que casi me hizo creer que todo podría salir bien—. Lo que te ha hecho no es propio de un hombre, sino de un cobarde. Y no permitiré que vuelva a hacerte daño.

Sus ojos, que antes me parecían fríos e impenetrables, ahora brillaban de un modo distinto.

Había algo en ellos que no sabía explicar. Una fuerza que jamás había visto en ningún otro hombre.

Era como si estuviera verdaderamente comprometido a ayudarme, no por obligación, sino por convicción.

Por primera vez en mucho tiempo sentí algo diferente. Algo que no sabía nombrar, pero que encendió un calor inesperado en mi interior.

Permanecí en silencio, incapaz de encontrar una respuesta. El corazón me latía con fuerza, no solo por el miedo a Ricardo, sino por la intensidad de aquel instante.

Alexandre era un completo desconocido. Y, aun así, me ofrecía su casa, su protección, sin exigir nada a cambio.

—Yo... no sé qué decir —susurré al fin, notando cómo las palabras se me escapaban—. Nadie había hecho algo así por mí.

Él asintió levemente, como si comprendiera sin necesidad de más explicaciones.

El silencio volvió a envolvernos durante unos segundos.

Y, aunque el miedo seguía presente, una chispa nueva empezaba a encenderse dentro de mí.

Algo que me decía que quizá podía confiar en él. Que quizá, por primera vez en años, estaba a salvo.

—No tienes que decir nada ahora —añadió, incorporándose y regresando a su lugar tras el escritorio, recuperando su porte serio y controlado—. Pero entiende una cosa, Isabela: ya no estás sola. A partir de ahora, nos ocuparemos de esto juntos.

Lo miré con una mezcla de alivio y algo más profundo que todavía no sabía describir.

Era una sensación que no experimentaba desde hacía años.

Mis emociones estaban revueltas. Mi corazón, aún hecho añicos por la violencia sufrida, empezaba a reaccionar de una manera que no esperaba.

Había algo más detrás de aquella fachada rígida. Algo que me hacía sentir segura. Y, al mismo tiempo, me obligaba a verlo con otros ojos.

Sabía que era demasiado pronto para cualquier sentimiento que no fuera gratitud. Y, sin embargo, no podía ignorar lo que mi cuerpo y mi mente empezaban a despertar en su presencia.

En ese momento lo miré de una forma distinta. Quizá por cómo me trataba.

Con respeto.

Sin juzgarme ni condenarme por las decisiones que había tomado en el pasado.

O quizá fuera simplemente porque era el primer hombre que se preocupaba de verdad por mi bienestar, y no solo por lo que podía sacar de mí.

Fuera cual fuese la razón, había algo indiscutible: algo dentro de mí había cambiado, y Alexandre Bittencourt, de algún modo, había sido el catalizador de esa transformación.

CAPÍTULO 5



CAPÍTULO 5

*«Cada decisión que tomamos resuena en el futuro,
moldeando el camino que aún no conocemos»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Vas a meterte en esta guerra por una mujer a la que ni siquiera conoces?

—Sí.

Acababa de contarle a mi hermano la conversación que había tenido con Isabela.

La sala quedó sumida en un silencio tenso.

Diego me observaba con esa mirada analítica que siempre usa cuando intenta descifrar lo que pasa por mi cabeza, como si pudiera leer cada uno de mis pensamientos.

Me senté tras el escritorio y miré la pila de documentos que, hasta hacía unos minutos, absorbía por completo mi atención.

Pero ahora ningún número, ningún gráfico, tenía sentido. Isabela lo había cambiado todo.

Sabía que Diego no entendía por qué me estaba implicando en aquella situación, y lo cierto es que ni yo mismo sabía explicarlo con claridad.

—No lo entiendo —murmuró Diego, negando con la cabeza—. Apenas conoces a esa mujer. ¿Es compasión? —Su tono era directo, pero no malintencionado. Él siempre ha sido más emocional que yo—. ¿O... te recuerda a Marcela?

La pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago. Escuchar su nombre fue un impacto inesperado.

Marcela.

Hacía tanto tiempo que nadie lo pronunciaba en voz alta. Tanto tiempo que había enterrado esos recuerdos en el rincón más profundo de mi mente, protegidos por una barrera que construí para no sentir.

Para no derrumbarme.

Y ahora Diego abría una herida que creía cicatrizada. El silencio se alargó entre nosotros.

Mis manos, que descansaban con aparente calma sobre la mesa, se tensaron apenas, delatando lo que intentaba ocultar.

Como siempre, Diego había dado en el punto exacto. Marcela fue el único punto débil en mi control.

El único lugar donde el pasado todavía tiraba de mí, recordándome lo que había perdido.

—No tiene nada que ver con Marcela —respondí, con una firmeza más marcada de lo habitual—. Y tampoco es lástima. Es que puedo ayudarla. Y si puedo, lo haré.

Diego se levantó y cruzó los brazos mientras me miraba. Sentía su duda, pero también sabía que comprendía el peso de lo que estaba en juego.

—Sabes que te la recuerda —insistió, esta vez en un tono más bajo—. No puedes negarlo. Su fragilidad, la forma en que está perdida... Eso te remueve, Alexandre.

Respiré hondo, intentando acallar los ecos del pasado que sus palabras despertaban.

La verdad era que, en parte, tenía razón. Había algo en Isabela que tocaba una cuerda dentro de mí.

Una cuerda que creía rota.

Pero eso no significaba que estuviera actuando por nostalgia ni por una herida mal cerrada.

—Quizá —admití al fin—. Quizá, en algo, me la recuerde. Pero no es por eso que estoy haciendo esto. Isabela está en peligro, y yo tengo el poder de sacarla de ahí. Eso es lo único que importa.

Diego suspiró y negó con la cabeza, aunque no replicó. Sabía cuánto evitaba hablar de Marcela, de lo que ocurrió.

—¿Y cómo piensas resolverlo? —preguntó, cambiando de tono—.

Ricardo no se rendirá fácilmente. Es peligroso, y lo sabes.

Asentí despacio.

Era plenamente consciente de lo que implicaba.

—Lo sé. Y me prepararé para lo que venga. —La frialdad de mi voz no me sorprendió—. No estoy actuando por impulso, Diego. Sé perfectamente en qué me estoy metiendo.

Mi hermano guardó silencio unos segundos antes de asentir.

Sabía que, cuando tomo una decisión, es casi imposible hacerme cambiar de idea.

Conoce mi determinación mejor que nadie.

—Ten cuidado, hermano —dijo al acercarse y apoyarme una mano en el hombro—. Esto no es uno de tus negocios millonarios. Aquí hay mucho más que dinero e influencia en juego.

Me volví para mirarlo y vi la preocupación en sus ojos.

—Lo sé. Y por eso haré lo que haga falta. Porque esta vez no se trata solo de cifras. Se trata de una vida.

Diego me dedicó una última mirada de aprobación silenciosa antes de salir del despacho, dejándome solo con mis pensamientos.

Me acerqué de nuevo a la ventana, dejando que la vista de la ciudad me calmara durante un instante.

Marcela.

Podía fingir que no tenía nada que ver con esta decisión, pero lo cierto es que, de algún modo, sí lo tenía.

Perder a Marcela me rompió de formas que todavía no alcanzo a comprender del todo.

Y ahora, con Isabela, veía a otra mujer atrapada en una situación de la que no podía escapar, una situación que en el pasado no supe impedir.

Tal vez, al ayudar a Isabela, estaba intentando redimirme por un error que nunca pude corregir con Marcela.

Tal vez era mi manera de demostrarme que aún podía hacer algo bien, aunque el pasado ya estuviera perdido.

Pero ahora no se trataba de lo que yo sentía ni de lo que el pasado significaba.

Se trataba de lo que iba a hacer a partir de este momento. Y, aun así, contemplaba otro escenario posible.

Podía estar siendo engañado. Ricardo perfectamente podría haber montado una farsa para que esa mujer obtuviera información sobre mí, por muy auténticas que parecieran sus palabras.

No podía permitirme titubear ante hombres como él.

Y si resultaba ser una enemiga, lo descubriría. Y entonces giraría la situación a mi favor. Porque no tolero que me engañen.

En cualquier caso, la decisión ya estaba tomada.

ISABELA RODRIGUES

Al cruzar la enorme puerta de la mansión, tuve la certeza de que aquel hombre era tan poderoso como Ricardo, o incluso más.

La imponente puerta de madera maciza, adornada con delicados detalles de hierro forjado, daba paso a un vestíbulo majestuoso.

El suelo de mármol brillaba bajo la luz tenue de las lámparas que colgaban del techo, reflejando la opulencia del lugar.

Todo a mi alrededor respiraba riqueza y control.

Cada detalle parecía cuidadosamente calculado, desde el mobiliario lujoso hasta las obras de arte que decoraban las paredes, como si nada estuviera fuera de su sitio.

La grandeza del entorno me intimidaba, pero no tenía alternativa más que seguir adelante.

Alexandre caminaba a mi lado, silencioso y serio, igual que cuando lo conocí en la empresa.

Su presencia, aunque tranquila, desprendía una autoridad inquebrantable, como si aquella casa fuera una prolongación de su propia personalidad.

Avanzaba con la misma firmeza con la que hablaba, y yo lo seguí, intentando disimular el nerviosismo que me recorría por dentro.

Mientras atravesábamos las estancias, no podía dejar de fijarme en lo impecable que era todo.

Los muebles, de madera oscura, estaban pulidos hasta el brillo, y cada salón resultaba más imponente que el anterior.

Las cortinas pesadas, confeccionadas con telas costosas, caían hasta el suelo, y los sofás de cuero aportaban una sensación de poder y dominio.

Era el tipo de lugar donde cada detalle importaba, donde cada objeto parecía elegido con precisión.

Igual que las personas a las que él permitía acercarse.

Cuando nos detuvimos, Alexandre me presentó a una mujer que se encontraba en el centro de la sala, de porte elegante y mirada atenta.

—Genevieve, esta es Isabela. Se quedará en la mansión esta semana. Quiero que la ayudes en todo lo que necesite y que se sienta cómoda. Genevieve es la encargada de la casa.

La mujer me dedicó una sonrisa cordial, profesional. Había algo en su actitud que me recordó a Alexandre, esa misma eficiencia contenida.

—Por supuesto, señor Bittencourt —respondió con una leve inclinación de cabeza, antes de dirigirse a mí—. Siéntase como en casa, señorita Isabela. Me ocuparé de que no le falte nada.

Asentí agradecida, aunque no sabía muy bien qué decir.

Su amabilidad parecía sincera, pero el peso de aquella mansión seguía resultando abrumador.

Era como si me hubieran trasladado a un mundo completamente distinto, donde cada gesto debía medirse y cada palabra calcularse.

Después de asegurarse de que todo estaba en orden, Alexandre volvió a mirarme.

Por un instante, nuestras miradas se sostuvieron más de lo que esperaba. Luego hizo un leve gesto con la cabeza, indicándome que lo

siguiera.

Subimos por una amplia escalera, con pasamanos tallados en hierro y madera, hasta llegar a un pasillo más privado.

El silencio entre nosotros era denso, cargado de algo que aún no sabía nombrar.

Cuando llegamos a una zona más reservada, Alexandre se detuvo y se volvió hacia mí, con su habitual expresión seria e imperturbable.

—Dormirás aquí —informó, señalando la habitación contigua—. Genevieve se encargará de que tengas todo lo necesario. Esta semana es para que te organices, pienses y estés a salvo mientras busco una solución.

Lo miré, sintiendo el peso de sus palabras. Pero también algo más.

Había una conexión, una corriente silenciosa que flotaba entre nosotros.

Empezaba a darme cuenta de que Alexandre no era solo el hombre frío y poderoso que conocí en la empresa.

Había algo en él que lo hacía distinto de cualquiera que hubiera conocido, incluso de Ricardo.

—Gracias, de verdad —murmuré, consciente de que esas palabras no bastaban para expresar el alivio que sentía—. No sé qué habría hecho sin su ayuda.

Durante un breve instante, vi algo en sus ojos.

Un destello. Una vulnerabilidad que enseguida volvió a ocultar.

Alexandre parecía un experto en enmascarar lo que sentía. Y, sin embargo, en aquel momento juraría que percibí algo.

No dijo nada. Yo tampoco.

Pero el aire entre nosotros estaba cargado de una tensión distinta, algo que iba más allá de la situación desesperada que me había llevado hasta allí.

Era como si, por un momento, fuéramos simplemente dos personas intentando comprender lo que estaba sucediendo.

El silencio no resultaba incómodo. Era profundo. Lleno de significados que ninguno se atrevía a pronunciar. Y me pregunté si él estaría sintiendo lo mismo.

CAPÍTULO 6



CAPÍTULO 6

*«A veces somos la única ancla capaz de rescatarnos del
caos que llevamos dentro»*

ISABELA RODRIGUES

Resultaba extraño estar en un lugar al que no sentía que pertenecía. El problema era que... siempre me había sentido así.

Desde que perdí a mis padres en un accidente de tráfico, cuando tenía dieciséis años, esa sensación de no encajar nunca me abandonó.

Como una sombra persistente, me seguía a todas partes, recordándome que, estuviera donde estuviera, no era mi sitio.

Ahora, con veintisiete años, ese sentimiento se intensificaba con cada paso que daba.

En la mansión de Alexandre, el vacío parecía aún mayor, como si la grandiosidad que me rodeaba no hiciera más que subrayar lo frágil que era mi vida.

Como si yo fuera una pieza fuera de lugar en un escenario demasiado imponente para mí.

Mientras avanzaba por los elegantes pasillos, los recuerdos comenzaron a arremolinar en mi mente como un río desbordado.

El accidente de mis padres regresó con la fuerza de un golpe seco.

Siempre había evitado pensar en ello, empujando las memorias al rincón más profundo de mi cabeza.

Pero hoy se negaban a callar. Recordaba con nitidez el sonido del teléfono aquella noche.

El pánico que me invadió al descolgar y escuchar la voz vacilante del agente al otro lado de la línea.

Fue la primera vez que mi mundo se vino abajo. Era demasiado joven para afrontar una pérdida así.

Desde aquel instante, la vida pareció arrancar la estabilidad de debajo de mis pies.

El vacío que dejaron nunca llegó a llenarse.

Mis padres eran mi ancla. Mi madre, Irene, siempre tenía una sonrisa suave en los labios. Mi padre, José, era un hombre callado, pero protector.

Éramos una familia sencilla, y a mí me gustaba esa normalidad. Me gustaba la rutina tranquila, los fines de semana viendo películas, las risas compartidas en la mesa.

Todo parecía simple. Pero era suficiente para que me sintiera segura. A los dieciséis años me arrojaron a un mundo para el que no estaba preparada.

Desde aquel día, la seguridad que conocía desapareció. El mundo, que antes estaba lleno de color, se convirtió en una sucesión de tonos

grises.

Me fui a vivir con familiares que nunca lograron hacerme sentir realmente acogida.

Con el tiempo levanté muros para protegerme.

Los recuerdos me golpeaban ahora mientras observaba por la ventana de la mansión los extensos jardines perfectamente cuidados.

Intentaba concentrarme en el paisaje. Pero mi mente regresaba una y otra vez al accidente.

Al dolor. Al vacío.

No era solo la ausencia de mis padres lo que me destruía. Era también el hecho de que, desde entonces, nunca volví a sentir que tenía un hogar.

Ni siquiera con Ricardo me sentí segura.

Al contrario. Él añadió una nueva capa de terror a mi existencia. Cuando lo conocí, creí que sería mi oportunidad de empezar de nuevo.

Parecía todo lo que necesitaba en aquel momento: carismático, protector, con promesas de un futuro estable.

Pero con el tiempo comprendí que el hombre que se presentaba como mi salvador era, en realidad, mi verdugo.

Las palabras dulces se transformaron en insultos. Las caricias, en marcas de violencia.

Y, una vez más, estaba atrapada. Sin pertenecer a ningún sitio.

Sacudí esos pensamientos e intenté centrarme en el presente. En Alexandre Bittencourt. Me había ofrecido una salida temporal. Un lugar seguro. Y, sin embargo, en aquella mansión majestuosa volvía a sentirme fuera de lugar.

No pertenecía a ese mundo. Como tampoco había pertenecido a ningún otro.

Pero, al mismo tiempo, había algo en la presencia de Alexandre que me proporcionaba un extraño consuelo.

Algo que no terminaba de comprender. Por muy serio y distante que fuera, había una sensación de protección a su alrededor.

Como si, de algún modo, pudiera garantizar mi seguridad, incluso sin implicarse emocionalmente.

Aun así, sabía que mi estancia allí no sería permanente. Aquella mansión no era mi hogar.

Y ese hombre, por mucho que me ayudara, tampoco formaba parte de mi mundo.

El sonido de unos pasos me sacó de mis pensamientos. Era Genevieve, la encargada de la casa, que se acercaba con una sonrisa educada, discreta.

—Señorita Isabela, ¿necesita algo? —preguntó con amabilidad, mirándome con atención, como si intuyera que estaba perdida en mis propios recuerdos.

Negué con la cabeza, agradecida, aunque sin añadir mucho más.

—No, gracias.

Me observó un instante más y, como buena profesional, respetó mi espacio y se retiró sin insistir.

Había algo reconfortante en su presencia. Algo que me hacía sentir un poco menos fuera de lugar.

Quizá era la manera en que afrontaba todo con tanta serenidad. O tal vez simplemente el hecho de que me recordaba a alguien que se

preocupaba de verdad.

—Le vendrá bien salir un poco —sugirió con una sonrisa suave—. La familia de Alexandre acaba de llegar. Suelen reunirse aquí o en casa de Diego. ¿Le gustan los niños pequeños y los adolescentes?

Sonreí, aunque al mismo tiempo sentí una punzada de dolor.

Ese había sido siempre uno de mis mayores sueños. Y cada día que pasaba parecía más lejano.

Sí, me encantaban los niños. Siempre imaginé que algún día tendría mi propia familia, rodeada de risas y cariño.

Pero ahora ese sueño parecía inalcanzable. Ricardo lo había destrozado antes siquiera de que pudiera echar raíces.

—Sí, me gustan —respondí, intentando sonar animada, aunque por dentro la realidad era muy distinta.

Genevieve asintió y se alejó para continuar con sus tareas, dejándome de nuevo sola.

Sabía que tenía razón. Salir, respirar aire fresco, quizá me ayudaría a sacudirme la melancolía que me acompañaba desde hacía días.

Decidí seguir su consejo y dar un paseo por el jardín. Al acercarme a la zona de la piscina, escuché risas y voces llenas de alegría.

La curiosidad me empujó a avanzar, y medio escondida tras una de las grandes columnas que sostenían la terraza, me asomé a la escena. La familia de Alexandre estaba reunida junto a la piscina.

Reían y conversaban como si el mundo exterior no existiera. Era una imagen perfecta, casi de película.

Los niños corrían y chapoteaban en el agua, y sus carcajadas llenaban el aire con una alegría limpia y despreocupada.

Vi a Diego lanzando a un pequeño al aire y recogéndolo después entre risas. Alexandre estaba cerca.

Más contenido, como siempre, pero igualmente presente. En sus labios se dibujaba una leve sonrisa. Una expresión que no le había visto en la empresa.

Sentí un nudo en el pecho al contemplar aquella escena.

La naturalidad de esa felicidad. La sencillez de esos momentos compartidos.

Para ellos parecía algo cotidiano. Para mí era casi inalcanzable.

Me pregunté si algún día podría tener algo así. Si algún día estaría rodeada de sonrisas sinceras, de amor, de seguridad. Siempre había deseado una familia.

Un hogar.

Pero cada vez que creía acercarme a esa posibilidad, algo la destruía antes de hacerse real.

Ricardo me había dado la ilusión de que podía construir una vida así. Y luego convirtió ese sueño en una pesadilla.

Seguí observando en silencio, mientras el deseo crecía en mi interior de una forma casi dolorosa. Era extraño estar allí, mirando la vida de otros como una espectadora.

Como si fuera algo que nunca me pertenecería.

La risa de los niños me devolvió por un instante a mi propia infancia. Antes de que todo se derrumbara.

Aquel sonido era un eco lejano de lo que había perdido.

Por un momento me permití soñar. Imaginé cómo sería formar parte de aquella escena. Estar junto a Alexandre, sonriendo mientras

observábamos a los niños jugar.

¿Sería posible que algún día pudiera vivir algo así?

¿Que pudiera liberarme del miedo y del dolor que ahora me encadenaban?

¿Que pudiera, al fin, encontrar paz?

No tenía la respuesta. Y, en ese instante, lo único que deseaba era seguir contemplando aquella felicidad que parecía tan real.

CAPÍTULO 7



CAPÍTULO 7

*«Las cicatrices que no se ven suelen ser las más
dolorosas»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Has notado lo mismo que yo? —preguntó Diego al acercarse,
en voz baja, mientras me observaba con atención.

—Sí —respondí, sin apartar la mirada de Isabela, que estaba a cierta distancia, junto a la terraza.

Parecía fuera de lugar.

Como si no formara parte de aquel momento.

Permanecía triste, absorta en sus pensamientos, contemplando a mi familia como una extraña que jamás había tenido derecho a esa felicidad sencilla y despreocupada.

—¿Y qué piensas hacer? —continuó Diego, cruzándose de brazos mientras seguía mi mirada.

Guardé silencio unos segundos.

No era justo que se sintiera así. No después de todo lo que había vivido.

Estaba allí, pero seguía encadenada a sus propios fantasmas, observando una vida que probablemente nunca tuvo y que, tal vez, jamás creyó posible.

—Voy a traerla con nosotros —decidí con firmeza—. Habla con tu mujer, con Maria Gabriela, y con Carolina. Explícales por qué está aquí. Pídeles que intenten hacerla sentir en casa.

Diego asintió.

—Déjalo en mis manos.

Me aparté y caminé hacia Isabela, consciente de la mirada de mi hermano clavada en mi espalda.

Sabía que había algo en ella que me removía. Quizá más de lo que estaba dispuesto a admitir.

El pasado pesaba. Y ella despertaba emociones que creía enterradas.

Cuando me acerqué, me di cuenta de que estaba tan perdida en sus pensamientos que no notó mi presencia.

Su mirada seguía fija en la piscina, donde los niños reían y jugaban mientras Maria Gabriela y Carolina conversaban a un lado.

—Isabela —la llamé con suavidad, para no sobresaltarla.

Se volvió, sorprendida de verme tan cerca.

—Ah... hola.

Sus ojos, cargados de tristeza y soledad, se encontraron con los míos.

Vi la resistencia en su postura. Como si intentara protegerse de todo.

—¿Estás bien? —pregunté sin rodeos, observando cada gesto, tratando de leer lo que no decía.

Negó ligeramente con la cabeza, intentando disimular.

—Estoy... solo mirando. Es bonito veros así —respondió, pero la melancolía en su mirada era evidente.

—No tienes que quedarte aquí sola. Ven conmigo. Quédate con nosotros.

Dudó.

Se cruzó de brazos en un gesto defensivo y bajó la vista, como si se protegiera de algo invisible.

Sabía que se sentía fuera de lugar.

Pero no podía permitir que siguiera aislándose.

—Yo no... —empezó, con la voz apenas firme—. No sé si me sentiría cómoda.

Di un paso hacia ella. Mantuve la mirada fija en la suya.

—Estás aquí para sentirte a salvo, Isabela. Pero eso no significa que tengas que estar sola todo el tiempo. Esta casa es tu refugio ahora. No somos extraños. Y no tienes que cargar con todo tú sola. Solo ven. Permítete formar parte de esto, aunque sea unos minutos. Te prometo que no te arrepentirás.

Me miró todavía con cautela. Pero noté que algo en su coraza empezaba a resquebrajarse.

Quizá fue el tono. Quizá el hecho de que no le estaba dando una orden, sino ofreciéndole una elección.

—Vamos —repetí, tendiéndole la mano.

Suspiró.

Los hombros seguían tensos, pero finalmente asintió. Descruzó los brazos con manos temblorosas. Durante un instante pareció reunir todo el valor que le quedaba.

—De acuerdo —susurró—. Lo intentaré.

No sonreí, pero sentí cómo una tensión se aliviaba dentro de mí al verla aceptar.

Avanzábamos.

Paso a paso.

Mientras regresábamos hacia donde mi familia estaba reunida, noté el esfuerzo que hacía por mantener la compostura.

Como si se preparara para afrontar algo mucho mayor que una tarde tranquila en compañía.

—Les caerás bien —comenté, intentando relajarla—. Maria Gabriela y Carolina tienen un talento especial para hacer sentir a cualquiera como en casa. Y hablan mucho. Muchísimo.

Sabía que, por difícil que resultara, Isabela necesitaba aquello más que nada. Un recordatorio de que aún había espacio para la felicidad.

Para una vida que no estuviera marcada solo por el dolor.

ISABELA RODRIGUES

No sé por qué tengo tanto miedo.

Cuando Alexandre me invitó a unirme a su familia, mi primera reacción fue resistirme, convencida de que jamás podría sentirme parte de algo así.

Sin embargo, ahora que estaba allí, rodeada de ellos, empecé a cuestionarme ese temor.

Quizá era porque nunca había experimentado esa ligereza, ese calor humano que impregnaba a aquella familia.

Maria Gabriela fue la primera en acercarse. Era hermosa, con una belleza suave, y su sonrisa tenía algo tan acogedor que parecía derribar barreras invisibles.

A su lado estaba Carolina, su mejor amiga.

Carol era divertida, el tipo de persona que con apenas unas palabras consigue que te sientas cómoda, como si la conocieras de toda la vida.

Comenzaron a hablar conmigo con naturalidad, como si fuéramos amigas de siempre.

—Clara, ven a conocer a Isabela —llamó Maria Gabriela, sonriendo mientras hacía un gesto a la pequeña que jugaba en la piscina.

Clara, la hija de Maria Gabriela y Diego, tenía unos ojos brillantes y curiosos que me cautivaron al instante.

No debía de tener más de dos años.

Corrió hacia mí y me regaló una sonrisa tímida, de esa dulzura que solo tienen los niños.

Parecía haber heredado la bondad y la energía de su madre.

—¡Hola! ¿Eres amiga del tío Alexandre? —preguntó con esa mezcla de inocencia y franqueza que solo los niños se permiten.

Sonreí, intentando disimular la tensión que todavía me recorría por dentro.

—Creo que sí —respondí con suavidad, y Maria Gabriela soltó una pequeña risa a mi lado.

Arthur, el hijo mayor de Diego, se acercó enseguida. Era pura energía, como si cada segundo fuera una invitación a jugar.

Mientras corría con Clara, observé lo natural que resultaba todo entre ellos.

Como si estuvieran unidos por lazos profundos y auténticos. Entonces apareció otro niño, Theo. Y descubrí que era el hijo de Alexandre.

Tenía la misma expresión seria y reservada de su padre, pero también un brillo en los ojos que delataba a un niño curioso y lleno de vida.

Me sorprendió saber que Alexandre tenía un hijo.

No me lo había mencionado. Nunca lo habría imaginado en ese papel. Pero al verlo con Theo, descubrí una faceta distinta de él.

Más cálida. Más humana. Una capa de cuidado y responsabilidad que contrastaba con el hombre frío y hermético que mostraba al mundo.

Carolina volvió a acercarse, decidida a no dejar que me quedara al margen.

—A ver, Isabela, cuéntame —dijo con una sonrisa cómplice—.
¿Cuál es la última serie que te has visto del tirón?

—Grey's Anatomy.

La forma en que me miró, con ese brillo travieso en los ojos, consiguió que me relajara.

Y, sin darme cuenta, sonreí. Una sonrisa pequeña, tímida, pero auténtica.

Hacía mucho tiempo que no me salía una así. Carolina tenía un humor natural.

Sus comentarios rápidos y desenfadados me arrancaban risas que creía imposibles hacía solo unos días.

En cuestión de minutos empecé a sentirme parte de algo.

Aunque todavía intentaba asimilar todo lo que estaba viviendo.

Maria Gabriela y Carolina se turnaban para incluirme en las conversaciones, haciéndome sentir cada vez más integrada.

Carol, en especial, tenía una manera ligera de abordar cualquier tema, soltando observaciones que me hacían reír sin apenas darme cuenta.

Después de tantos años de miedo y tensión, sentir que una sonrisa volvía a dibujarse en mi rostro fue un alivio inesperado.

—¿Ves? No ha sido tan terrible, ¿verdad? —dijo Carol, guiñándome un ojo.

—No —admití entre risas—. Creo que no.

El momento era tan liviano que me sorprendí pensando en lo distinta que podría haber sido mi vida si hubiera tomado otro rumbo.

Al ver a aquella familia reunida, a los niños jugando, las conversaciones despreocupadas, comprendí que eso era lo que siempre había deseado.

La sencillez de un hogar. De tener con quién compartir los pequeños momentos, las risas, las inquietudes.

Ese era el tipo de vida que soñaba antes de que Ricardo me arrastrara al infierno en que se convirtió la mía.

Pero allí, rodeada de personas que, sin conocerme apenas, me habían acogido con una generosidad inesperada, empecé a sentir algo distinto.

Una chispa de esperanza. La sensación de que quizá podría empezar de nuevo.

Una vida en la que no tuviera que mirar por encima del hombro a cada instante. En la que pudiera sonreír sin miedo a que algo terrible sucediera después.

Maria Gabriela me observaba con una mirada comprensiva.

Como si supiera que, para mí, estar allí era mucho más que participar en una reunión familiar.

Era el primer paso hacia algo más grande.

—Estás entre amigos, Isabela —dijo con suavidad—. Aquí puedes ser tú misma y, a partir de hoy, vamos a ayudarte. Te lo prometo.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que quizá eso sí podía ser real.

CAPÍTULO 8



CAPÍTULO 8

*«Cuando el pasado llama a la puerta, el presente se
estremece en respuesta»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Estoy viendo cómo la miras —dijo Diego a mi lado, aunque apenas registré sus palabras.

Mis ojos seguían clavados en Isabela.

—No empieces, Diego —murmuré casi por inercia, intentando mantener la compostura, aunque mi mente ya estaba lejos.

—Vaya... ni siquiera me has llamado Narciso. Está claro que te ha trastocado la cabeza, hermano.

Sus comentarios apenas me rozaron.

Mi atención estaba completamente centrada en Isabela, que, por alguna razón que aún no comprendía, dominaba mis pensamientos como nadie antes lo había hecho.

La observé unos segundos y entonces vi algo que me apretó el pecho.

Estaba riendo. Una risa discreta, tímida, pero auténtica, mientras hablaba con Maria Gabriela y Carolina.

Había una serenidad en ese instante que no encajaba con el peso que parecía arrastrar.

Me recordó a Marcela de una forma que me dejó sin aliento. La culpa me invadía cada vez que ese pensamiento cruzaba mi mente.

No era justo para la madre de Theo.

Isabela no merecía ser comparada con alguien que ya no estaba. Con alguien que todavía habitaba mis recuerdos. Y, sin embargo, había algo en ella que me resultaba familiar.

En sus gestos. En la manera en que mantenía cierta distancia, como si protegiera una parte de sí que nadie podía tocar.

Ese comportamiento me atraía más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

Pero no era solo el parecido con Marcela lo que me removía. Isabela tenía algo más. Algo que iba mucho más allá de cualquier comparación superficial.

Había una fragilidad en ella. Un dolor contenido que me llamaba de una forma casi imposible de ignorar.

La manera en que intentaba mostrarse fuerte, incluso cuando era evidente que estaba rota por dentro, despertaba en mí un impulso casi instintivo de protegerla.

Como si, cuidándola, pudiera compensar lo que no supe salvar en el pasado.

Diego seguía hablando, pero sus palabras eran un murmullo lejano. Mis pensamientos estaban atrapados en esa mujer. En la forma en que intentaba encajar, aun cuando todo a su alrededor le resultaba ajeno.

En cómo sonreía y, al mismo tiempo, mantenía una parte de sí blindada. Era como si estuviera siempre al borde de huir.

Y yo quería ser quien la convenciera de quedarse. Quien le hiciera entender que estaba a salvo.

Conmigo.

—Te afecta, Alexandre —insistió Diego, como si leyera lo que pasaba por mi cabeza—. No lo niegues.

—Es pronto para decirlo —respondí con calma—, pero siempre me han atraído las mujeres enigmáticas.

—¿Y eso qué significa exactamente?

—Que puede que esté metiéndome en un problema mucho mayor de lo que pensaba...

ISABELA RODRIGUES

Pasé horas hablando con María Gabriela y Carolina, y, en el fondo, ni siquiera sentí que el tiempo pasara. Era como si las conociera desde hacía años, y jamás había sentido esa familiaridad antes.

La verdad es que nunca tuve amigas, salvo en el instituto.

Las dos eran desenfadadas, divertidas, y conseguían que me sintiera cómoda de una forma que yo creía imposible. Había algo reconfortante en aquellas conversaciones, como si por un breve instante pudiera olvidarme de todo lo que había pasado.

—Voy a robárosla un momento. —Oí la voz de Alexandre cerca de mí, interrumpiendo la conversación.

Levanté la mirada, sorprendida, y me encontré con sus ojos.

Estaba distinto a todas las otras veces que lo había visto. Alexandre estaba sin camiseta, con el pelo ligeramente mojado, probablemente por haber salido de la piscina.

La luz suave del atardecer se reflejaba en su piel bronceada y, por primera vez, lo observé con más detenimiento, fijándome en las líneas firmes de su cuerpo, en lo mucho más imponente que parecía fuera del traje. Cada músculo parecía esculpido con precisión, y su presencia física, que ya era impactante, ahora me dejaba sin palabras.

Era imposible no darse cuenta de lo atractivo que era.

María Gabriela y Carolina se echaron a reír, intercambiando miradas divertidas, mientras yo, algo aturdida, me levantaba. Había algo en la manera en que Alexandre me miraba, como si cada vez que nuestras miradas se cruzaban, me viera de una forma distinta.

No era una mirada de curiosidad superficial, como la de otros hombres. Me miraba como si realmente me viera. Como si pudiera atravesar las capas que yo intentaba mantener para protegerme.

Nos apartamos en silencio, caminando hasta un rincón más tranquilo del jardín. Yo podía sentir su presencia a mi lado, esa cercanía que me ponía un poco nerviosa, pero al mismo tiempo extrañamente cómoda.

Cuando por fin nos detuvimos, se volvió hacia mí, con los ojos intensos, clavados en los míos.

—¿Cómo te sientes?

Aquella voz tranquila, pero firme, siempre me descolocaba. Era tan directo, tan dueño de la situación, pero allí, en ese momento, había algo más suave en la manera en que me trataba.

Por un instante, todo a nuestro alrededor pareció desvanecerse, y nos quedamos solo nosotros dos. Yo estaba nerviosa, pero también me sentía segura con él, algo que no me ocurría desde que Ricardo entró en mi vida.

Alexandre era diferente.

No estaba allí para juzgarme ni para arrebatarme nada. Al contrario, parecía preocupado, genuinamente interesado en saber cómo me sentía.

Y eso me removía por dentro de una forma que no sabía manejar.

Nunca tuve un contacto más íntimo con otro hombre que no fuera Ricardo, y él me prohibía incluso hablar con otros hombres, así que jamás me trataron bien, y todo aquello se volvía aún más extraño mientras lo observaba, porque no sabía cómo reaccionar.

—Estoy... bien, supongo —respondí, un poco vacilante.

Sabía que no estaba “bien”, pero algo dentro de mí no quería parecer vulnerable delante de él. Aun así, su presencia me hacía querer decir la verdad, aunque no lograra expresarlo todo.

Alexandre permaneció en silencio durante un momento, estudiando mi rostro como si intentara entender lo que no estaba diciendo.

—Si necesitas algo, o si te sientes incómoda por cualquier cosa, avísame —continuó, con los ojos aún fijos en los míos—. No quiero que te sientas sola aquí.

La forma en que lo dijo, con tanta sinceridad, me tomó por sorpresa.

No era solo lo que decía, sino cómo lo decía. Alexandre tenía una manera peculiar de expresarse, incluso en sus momentos más fríos y controlados. Pero ahora había una capa de preocupación en sus palabras que hacía que mi corazón latiera un poco más rápido.

Había algo entre nosotros que era difícil de ignorar. La manera en que me miraba, como si estuviera intentando comprenderme, me hizo sentir algo para lo que no estaba preparada.

Y eso me asustaba.

Apartaba la mirada de vez en cuando, intentando no dejarme arrastrar por la intensidad de aquel momento. Pero cada vez que nuestros ojos se cruzaban, era como si una ola de emociones me golpeara de forma inesperada.

Era distinto a todo lo que había experimentado antes. No era el miedo que solía sentir con Ricardo, sino una clase de conexión que no sabía cómo gestionar.

No estaba preparada para eso. No después de todo lo que había pasado, no después de todo lo que aún estaba intentando superar.

Y, sin embargo, al mismo tiempo, era imposible ignorar el hecho de que Alexandre me hacía sentir viva de una manera que no sentía desde hacía mucho tiempo.

—Te agradezco todo lo que estás haciendo por mí —murmuré, con la voz baja, casi vacilante—, pero... ¿por qué lo hiciste? Apenas nos conocíamos antes de que ocurriera todo.

Él respiró hondo, como si ya esperara esa pregunta. Por un momento, desvió la mirada hacia el jardín antes de volver a mirarme con aquella intensidad que me desarmaba.

—A veces no hace falta conocer a alguien durante mucho tiempo para sentir que necesitas ayudar —dijo él, con la voz ahora más baja—. Y sé que eres más fuerte de lo que crees, Isabela. Solo quiero que tú también lo veas.

Aquellas palabras resonaron dentro de mí.

La forma en que hablaba, como si me conociera profundamente, me hizo sentir algo que nunca había sentido por nadie. Había un cuidado, un respeto en sus palabras que me desarmaba por completo.

Lo miré, sintiendo cómo mi corazón latía más deprisa. Me veía de una manera en que nadie me había visto jamás y, poco a poco, me descubrí preguntándome si estaba empezando a sentir algo por él.

Algo que nunca había sentido por nadie.

Y eso, más que cualquier otra cosa, me asustaba profundamente, porque en el fondo estaba traicionando su confianza, porque le había mentido diciendo que estaba embarazada...

CAPÍTULO 9



CAPÍTULO 9

*«No todos los héroes llevan capa. Algunos son,
simplemente, quienes nos ayudan a enfrentarnos a
nuestros peores miedos»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Papá, ¿por qué está esa mujer en nuestra casa?

Estaba con mi hijo, Theo, de ocho años, y observaba a Isabela desde la distancia, con los ojos curiosos y atentos, como es tan propio de él.

Theo siempre ha sido perceptivo, capta detalles que a menudo pasan desapercibidos para los demás. Tiene una sensibilidad que a veces me sorprende.

—He visto que habéis hablado un poco. ¿No te ha caído bien? — pregunté, inclinándome para quedar a su altura.

—No es eso, papá. —Theo negó con la cabeza, frunciendo el ceño, pensativo—. Es que parece un poco triste, ¿no?

Observé a mi hijo, y era increíble lo mucho que se parecía a mí. No solo físicamente, sino también en la forma en que procesaba el mundo que lo rodea. En sus ojos se notaba que le preocupaba Isabela, incluso sin conocerla demasiado.

Igual que a mí.

—Isabela está en nuestra casa porque la estoy ayudando — expliqué, escogiendo las palabras con cuidado—. Ha pasado por momentos difíciles, y creo que necesita un lugar seguro durante un tiempo, y que podéis ser amigos mientras esté aquí. ¿Qué te parece?

Theo me miró con seriedad, lo que me arrancó una leve sonrisa. Tiene una madurez que a veces me hace olvidar que no deja de ser un niño.

—Vale —respondió al cabo de un momento—. Me gusta. Solo no quiero que esté triste todo el tiempo.

—Yo tampoco —admití, apoyando la mano en su hombro—. Pero eso mejorará, ya lo verás.

Después de nuestra breve conversación, llevé a Theo a su habitación y me dirigí a la mía.

La mansión estaba más silenciosa, y los pensamientos sobre todo lo que estaba ocurriendo empezaron a apoderarse de mí.

No suelo permitir que nadie entre en mi vida, mucho menos en mi casa. Isabela era una excepción, pero aun así no podía evitar la sensación de que me estaba acercando a algo que no controlaba.

Cuando entré en mi dormitorio, el silencio era absoluto.

Me estaba preparando para dormir cuando oí unos golpes suaves en la puerta. Fui a abrir y vi a Isabela allí, dudosa, como si no quisiera molestar.

—Perdona que venga a estas horas —dijo, con voz tranquila, aunque cargada de una tensión que podía percibir—. Solo quería decir que... no quiero darte problemas a ti ni a tu familia. Si hace falta, puedo pasar desapercibida. No quiero ser una carga.

Me acerqué despacio, fijándome en la inquietud de sus ojos.

Había algo en ella, una especie de resistencia, como si no quisiera permitirse aceptar ayuda, como si estuviera tan acostumbrada a luchar sola que cualquier apoyo le resultara incómodo.

—No eres una carga. Te traje aquí para ayudarte, y no tienes que esconderte.

Suspiró, aún recelosa.

—Tu hijo, Theo... parece un niño dulce. ¿Le molesta que yo esté aquí?

—No. Le gustas. Es preocupado, como yo. En eso nos parecemos.

Se quedó en silencio un momento, como si estuviera asimilando mis palabras. Sin embargo, sus ojos no dejaban de mirarme, como si buscaran algo más.

Y entonces, como si una duda que llevaba tiempo conteniendo por fin se le escapara, preguntó sin rodeos:

—¿Qué le pasó a su madre? —Su voz era baja, pero la pregunta salió con sinceridad—. ¿Hay alguna mujer en tu vida ahora? Porque yo aquí puedo estar estorbando, y lo sé.

Guardé silencio unos segundos, sorprendido por la pregunta.

No es algo de lo que hable con facilidad. Marcela, la madre de Theo, sigue siendo un recuerdo doloroso, una parte de mí a la que prefiero no regresar, sobre todo con alguien a quien apenas conozco.

—Marcela, su madre, era mi esposa —empecé, con la voz más baja, más pesada por el recuerdo—. Murió hace algunos años.

Vi en los ojos de Isabela que comprendía el dolor de perder a alguien. Había algo en su mirada que me decía que conocía la pérdida tan bien como yo.

—Lo siento mucho. Y... ¿ahora? —preguntó, dudosa—. ¿Hay alguien más en tu vida?

Volví a dudar, eligiendo las palabras con cuidado.

No había nadie.

Marcela había sido mi punto de equilibrio, y desde su muerte me volqué en el trabajo, manteniendo a distancia cualquier posibilidad de algo más. Sentir algo por otra persona era una idea que no me permitía ni siquiera contemplar.

—No —respondí por fin, mirándola directamente—. No hay nadie.

ISABELA RODRIGUES

De algún modo, sentí que estaba invadiendo la intimidad de Alexandre, y me reproché por ello mientras lo miraba.

Estaba en la puerta de su dormitorio, preguntando por su vida personal, además de sacar a relucir un tema que, sin duda, le removía por dentro: la muerte de su esposa.

Sabía que no debería haber tocado ese punto, pero había algo que me impulsaba a querer saber más sobre aquel hombre, algo que iba más allá de su apariencia controlada y de sus respuestas medidas.

Aun así, no podía evitarlo.

La manera en que me miraba, con esos ojos que parecían atravesar todas mis barreras, me dejaba desconcertada y, al mismo tiempo, intrigada.

¿Quién era en realidad Alexandre Bittencourt? ¿Qué se escondía detrás de esa fachada de director ejecutivo impasible y reservado?

En el fondo, solo sabía que tenía treinta y siete años y que era el director ejecutivo de una gran empresa tecnológica; del resto, sabía muy poco.

Me observaba en silencio, como si estuviera decidiendo qué decir. Por un momento, pensé que me pediría que me marchara, que volvería a encerrarse en sí mismo como solía hacer.

Pero entonces rompió el silencio.

—Creo que podemos hacer un trato —dijo, con voz firme y directa—. Si quieres saber más sobre mí, de acuerdo. Podemos hablar. Pero a cambio necesito que me hables de ti, Isabela.

Sus palabras me sorprendieron.

Era una propuesta inesperada. Hasta ese momento, había sido yo quien hacía las preguntas, quien intentaba descubrir algo sobre él mientras me protegía detrás de mis propias defensas.

Me estaba dando a elegir, una oportunidad de crear una conexión real, pero al mismo tiempo me exigía que también confiara en él.

Lo miré durante unos segundos, asimilando lo que acababa de decir.

Había algo en aquella propuesta que parecía justo. Sabía que estaba guardándome muchas cosas, intentando protegerme, pero si quería respuestas, si quería conocerlo de verdad, quizá había llegado el momento de permitirme ser vista también.

—De acuerdo —acepté, con una sonrisa tímida—. Trato hecho.

Alexandre asintió y, por un instante, el peso de la conversación anterior pareció aliviarse. Sus hombros se relajaron levemente, algo que no veía a menudo.

Y fue entonces cuando comprendí lo distinto que era cuando no estaba envuelto en su aura de ejecutivo infalible.

Allí, en la puerta de su dormitorio, era solo un hombre. Un hombre que llevaba cicatrices, que aún sufría por el pasado, pero que estaba dispuesto a abrirse conmigo si yo hacía lo mismo.

Aun así, había algo en el ambiente, una tensión sutil, aunque no incómoda.

Era como si estuviéramos tanteando los límites de esa nueva dinámica, intentando descubrir hasta dónde podíamos llegar sin hacernos daño.

Al cabo de un momento, me devolvió la sonrisa, breve pero sincera. Y de pronto nos encontramos allí, de pie, mirándonos.

No resultaba extraño; era como si existiera entre nosotros una comprensión silenciosa, algo que no necesitaba palabras. Yo lo admiraba de una forma distinta ahora, y sabía que él hacía lo mismo.

—Buenas noches, Isabela —dijo por fin, rompiendo el silencio.

—Buenas noches, Alexandre —respondí, dedicándole una última sonrisa antes de apartarme.

Recorrí el pasillo, sintiendo el corazón latir más rápido de lo habitual.

Algo dentro de mí sabía que aquella conversación, aquel trato que habíamos sellado, era el comienzo de algo diferente. Algo que no estaba segura de estar preparada para explorar, pero que, al mismo tiempo, me atraía de una manera innegable.

Cuando llegué a mi habitación, cerré la puerta y me tumbé en la cama, pero mi mente no lograba descansar.

Mis pensamientos giraban en torno a Alexandre.

La forma en que se había abierto, aunque fuera solo un poco, y cómo parecía ver más allá de lo que yo estaba dispuesta a mostrar. Resultaba casi inquietante lo bien que sabía leerme, lo mucho que conseguía que quisiera confiar en él.

Me giré de lado, mirando al techo, intentando calmar la mente. Pero todo lo que veía era el rostro de Alexandre, sus ojos profundos siempre en busca de respuestas, y la manera protectora en que me hablaba, como si me ofreciera algo más que un simple refugio.

No sabía qué significaba aquello para nosotros, pero una cosa era segura: Alexandre Bittencourt estaba convirtiéndose en algo más que el hombre que me había acogido.

Y eso era lo que más me asustaba.

Cerré los ojos, intentando apartar los pensamientos, pero él seguía allí, en cada rincón de mi mente.

CAPÍTULO 10



CAPÍTULO 10

«Hace falta valentía para amar a alguien que arrastra cicatrices tan profundas como las nuestras»

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Tenemos que resolver esto cuanto antes —dijo Diego mientras yo revisaba los informes sobre mi escritorio.

Estábamos hablando de un problema técnico que había surgido por la mañana, algo relacionado con la nueva infraestructura de red que estábamos desarrollando.

La presión por encontrar una solución era enorme y, aunque la conversación giraba en torno a negocios, mi mente estaba a medias en otro lugar.

Asentí, concentrándome durante un instante en el documento que tenía delante. El problema se solucionaría, como todos los que iban apareciendo en el camino de Amacel. La tecnología era compleja, pero previsible.

Lo que últimamente me estaba robando la concentración era algo —o mejor dicho, alguien— mucho más imprevisible.

—Ya estamos en contacto con el equipo de ingeniería. Creo que para mañana podremos estabilizar el sistema —añadí, cerrando el informe.

Diego me observó con esa mirada que conozco demasiado bien, la de quien se da cuenta de que mis pensamientos están a kilómetros de allí. Y, como siempre, no lo dejó pasar.

—¿Y qué tal Isabela? —preguntó con un tono que mezclaba curiosidad y provocación.

—Va todo bien. Parece más cómoda ahora. Aún es pronto, pero está empezando a adaptarse.

Diego asintió, pero la leve sonrisa que se dibujó en su rostro dejaba claro que quería decir algo más. Antes de que pudiera provocarme de nuevo, la puerta del despacho se abrió de golpe, interrumpiendo nuestra conversación.

Era Ricardo Vilar.

Ricardo entró como una tormenta, con los ojos cargados de arrogancia y furia. Su presencia era intensa, pero no me intimidó. Era un adversario al que sabía que tendría que enfrentarme tarde o temprano.

—Diego, ¿puedes dejarnos un momento? —pedí con un tono que dejaba claro que aquella conversación no era para oídos ajenos.

Mi hermano dudó, claramente reacio a marcharse en esas circunstancias, pero al ver la seriedad en mi mirada, asintió y salió del despacho, aunque de mala gana.

En cuanto nos quedamos solos, Ricardo fue directo al grano, clavando en mí una mirada que pretendía resultar amenazadora.

—Quiero hablar con Isabela, y la quiero ahora mismo —exigió, cruzándose de brazos y acercándose a mi mesa—. Es mi mujer, y no tienes derecho a retenerla aquí contigo.

—Corrección: no es tu mujer, Ricardo —repliqué con calma, pero con firmeza—. No estáis casados. Y, además, está conmigo porque así lo quiere. Y mientras dependa de mí, no tendrás ningún contacto con ella.

Ricardo soltó una carcajada, pero era una risa hueca, cargada de rabia contenida.

No estaba acostumbrado a que lo desafiaran, y sabía que aquello lo irritaba profundamente. Le gustaba tenerlo todo bajo control, y ver que alguien escapaba de sus garras lo enfurecía.

—Si no vuelve antes del fin de semana, tomaré medidas —dijo, con la amenaza clara en cada palabra—. No creas que puedes arrebatármela sin más. No tienes ni idea de dónde te estás metiendo.

Me levanté despacio y caminé hasta quedar frente a él, sin apartar la mirada.

No se trataba solo de proteger a Isabela. Se trataba de poner a Ricardo en su sitio, de hacerle entender que no iba a intimidarme y que cualquier intento de ejercer control sobre ella terminaría allí.

—La peor persona a la que puedes amenazar soy yo, Ricardo — dije, con la voz contenida, pero impregnada de una advertencia clara—. Si haces algo contra Isabela o contra mí, las consecuencias serán mucho peores de lo que imaginas. Iré hasta el infierno si hace falta si me buscan pelea, y creo que lo sabes.

Se quedó en silencio un segundo, aunque podía ver la tensión creciendo en sus músculos. Sabía que quería reaccionar, pero también sabía que en ese momento no tenía el poder que creía tener.

—Te vas a arrepentir de esto —acabó diciendo, con los ojos llenos de ira—. Haré lo que haga falta para recuperarla.

—Inténtalo —repliqué, con tono firme y desafiante—. Y verás lo que pasa.

Ricardo me sostuvo la mirada una última vez antes de darse la vuelta bruscamente y salir del despacho, la rabia marcada en cada paso.

Sabía que no se rendiría fácilmente. Personas como él nunca lo hacen. Sin embargo, también sabía que, por mucho que lo intentara, no

permitiría que Isabela regresara al infierno del que estaba tratando de escapar.

ISABELA RODRIGUES

Me estaba sintiendo como una carga, y quería cambiar esa percepción.

Sentía que, a pesar de toda la ayuda que Alexandre me estaba ofreciendo, necesitaba encontrar una forma de corresponder, de ser útil. Cuando llegó, aún algo cohibida y tímida, le dije:

—¿Puedo hablar un momento contigo?

—Claro —respondió, con esa voz siempre serena, aunque con una tensión sutil que no pasó desapercibida para mí.

Pude notar en su rostro que algo lo inquietaba.

Siempre he tenido buena intuición con las personas, y algo en su expresión me decía que su día no había sido precisamente bueno.

Respiré hondo, reuniendo valor para continuar. Quería ayudar, quería sentirme útil, aunque fuera en cosas pequeñas. Él ya estaba haciendo tanto por mí que me parecía injusto seguir allí sin hacer nada a cambio.

—Sé que quizá pienses que es mejor que me quede al margen, pero... me gustaría ayudar de alguna manera —empecé, vacilante, buscando las palabras adecuadas—. No tengo mucha experiencia ni formación, pero puedo hacer algo... lo que sea. Limpiar la casa, echar una mano en la empresa, lo que haga falta. Solo no quiero quedarme aquí sin hacer nada mientras tú me ayudas.

Me miró en silencio durante unos segundos, y pude ver que estaba reflexionando.

—Entiendo cómo te sientes —dijo, cruzándose de brazos y apoyándose levemente en la mesa—. Pero creo que, por ahora, lo mejor es que te quedes en casa unos días más. No es seguro que andes por ahí, no con todo lo que está pasando.

Fruncí el ceño, notando cómo una sensación de incomodidad crecía en mi pecho.

—¿Por qué no es seguro? ¿Qué ha pasado?

Respiró hondo, como si estuviera valorando hasta qué punto debía contarme.

Al final, optó por ir al grano:

—Ricardo apareció hoy en la empresa.

Las palabras cayeron sobre mí como una losa.

Sentí el corazón acelerarse al instante. Mi cuerpo se tensó, y el miedo que intentaba mantener bajo control volvió a apoderarse de mí.

Estaba cerca.

El pánico empezó a formarse en mi mente y, antes de poder contenerlo, mi respiración se volvió irregular.

—¿Qué dijo? —pregunté, con la voz más débil de lo que me habría gustado.

—Quiere que vuelvas con él —respondió Alexandre sin rodeos—. Pero le dejé claro que eso no va a suceder. Y necesito que confíes en mí cuando te digo que no va a poder acercarse a ti mientras estés aquí.

Se apartó de la mesa y dio un paso hacia mí, con la postura firme, aunque en sus ojos se percibía una preocupación sincera.

—Pero, Isabela, necesito que hagas dos cosas por mí si quieres que pueda ayudarte —su voz se volvió más baja, más seria—. La primera es denunciar las agresiones de Ricardo. Tienes que hacerlo oficial. Sé que no es fácil, pero es necesario.

Mi cuerpo se tensó aún más.

Denunciar a Ricardo... era algo que había considerado, pero el miedo siempre terminaba imponiéndose. Él me había hecho creer que nadie me creería, que de algún modo saldría indemne de cualquier acusación y, peor aún, volvería para castigarme.

—Y la segunda cosa —continuó, con la voz firme— es que hagas el seguimiento del embarazo. No puedes seguir posponiéndolo. Necesitas ver a un médico, y yo necesito saber que estás bien y... que el bebé también lo está.

La mención del embarazo transformó el miedo en pánico.

No estaba embarazada.

Había inventado esa mentira para que Ricardo dejara de agredirme, y ahora volvía para atormentarme. Cada vez que el tema salía a relucir, sentía el peso de esa mentira acumularse, y ahora Alexandre esperaba que tomara medidas reales.

Se me secó la garganta y el miedo se apoderó de mí de una forma que no podía controlar. No sabía qué decir, ni cómo salir de aquella mentira que había creado para protegerme.

—Isabela. —La voz de Alexandre me sacó de mis pensamientos angustiosos. Había dado un paso más hacia mí, con la mirada fija en la mía—. Estoy dispuesto a protegerte el tiempo que haga falta, pero necesito que confíes en mí y que hagas esas dos cosas. Solo así podremos hacer frente a Ricardo y a cualquier otra amenaza.

Asentí, aunque mi corazón era un auténtico caos. No podía decir la verdad ahora, no después de haber lanzado esa mentira en medio de todo aquel desastre.

Pero ¿qué iba a hacer? ¿Cómo podía seguir mintiendo sobre algo tan grande?

—Lo pensaré —murmuré, intentando disimular el miedo en mi voz.

Me miró durante un largo instante antes de asentir despacio.

—Tienes hasta mañana para darme una respuesta.

Volví a asentir, sin saber realmente qué decir.

Cuando se apartó y regresó a su trabajo, salí del despacho con el corazón encogido. Cada paso que daba me hacía sentir más confundida,

más atrapada en la maraña de mentiras que había tejido para sobrevivir.

Ahora, más que nunca, tenía la sensación de estar a punto de caer en una trampa de la que no podría escapar.

CAPÍTULO 11



CAPÍTULO 11

*«No siempre el final de una historia es triste. A veces es el
comienzo de algo mucho más grande»*

ISABELA RODRIGUES

Aunque tenía todo un día para pensarlo, encontré mi respuesta
mucho antes de lo que había imaginado.

Durante buena parte de mi vida he huido, ya fuera por miedo o por la simple convicción de que nunca sería lo bastante fuerte para enfrentarme a los monstruos que me rodeaban.

Sin embargo, esta vez algo cambió.

Tal vez fuera el hecho de estar en un lugar donde, por primera vez en años, me sentía a salvo. O la presencia de Alexandre, con su fuerza silenciosa, haciéndome creer que por fin podía recuperar el control de mi vida.

Lo estaba esperando en la mansión cuando llegó. El sonido de sus pasos por la casa despertó en mí una mezcla de ansiedad y determinación que no sabía explicar.

Respiré hondo y me levanté, caminando hacia el hombre que me había salvado, con las manos temblorosas, pero el corazón firme en la decisión que había tomado.

Sabía que ya cargaba con demasiadas preocupaciones, pero esta era mi batalla y había llegado el momento de afrontarla.

—Alexandre —empecé, con la voz más firme de lo que esperaba—. Voy a denunciar a Ricardo. Y también voy a hacer el seguimiento de mi embarazo. Ha llegado la hora de dejar de huir.

Me miró durante un instante, asimilando mis palabras, y pude ver la aprobación en sus ojos.

Dio un paso hacia mí, cruzándose de brazos, aunque su mirada revelaba algo más que simple apoyo: había orgullo, un reconocimiento silencioso de que por fin estaba tomando las riendas.

—Es lo correcto. Y si necesitas ayuda, puedo ocuparme de que te atiendan en un buen hospital. Me aseguraré de que tengas la mejor atención.

Negué con la cabeza.

Sabía que solo quería ayudar, pero eso, en concreto, necesitaba hacerlo sola. Había algo en mí que reclamaba esa independencia, esa pequeña parte del proceso en la que tendría que enfrentar las consecuencias de mi propia decisión.

—No, Alexandre —respondí, intentando sonreír, aunque el nerviosismo seguía ahí—. Esto quiero hacerlo por mi cuenta. Mañana mismo iré a la comisaría. Y también resolveré lo de la cita médica. Necesito empezar a enfrentarme a esto por mí misma.

Me observó un momento en silencio, sus ojos analizando mis palabras.

Sabía que estaba preocupado, pero también podía percibir que comprendía la importancia de lo que le estaba diciendo.

Alexandre no era de los que insisten cuando entienden que alguien necesita luchar a su manera. Y en ese instante parecía darse cuenta de que esta era una batalla que debía empezar a librar por mi cuenta.

—Si es lo que prefieres, lo respeto —aceptó por fin.

Asentí, sintiendo cómo un alivio se instalaba en mi pecho.

La sensación de que me concedía el espacio que necesitaba, al tiempo que me ofrecía su apoyo, era algo poco común.

Me miraba como si viera más allá de la mujer rota que yo sentía ser. Como si percibiera la fuerza que aún no sabía que tenía.

—Gracias —murmuré, bajando la mirada un segundo, todavía asimilando todo lo que estaba por suceder al día siguiente.

Sabía que no sería fácil.

Denunciar a Ricardo era algo que había pospuesto durante tanto tiempo que, a veces, me parecía imposible. Solo pensar en entrar en una

comisaría, en pronunciar en voz alta el infierno que me hizo vivir, me aterraba.

Sin embargo, también sabía que no podía seguir huyendo. Alexandre me había demostrado que, por difícil que fuera, no estaba sola.

Dio un paso más hacia mí, como si quisiera asegurarse de que todo iría bien. El calor de su presencia me ofreció un consuelo inesperado. Durante un instante, nos miramos en silencio, y sentí una conexión que iba más allá de la gratitud.

Era algo más profundo, algo que aún no lograba comprender del todo.

—Mañana será un gran paso. Y sé que lo vas a conseguir.

Su confianza encendió algo dentro de mí.

Nunca antes había sentido que alguien creyera en mí de esa manera, no así. Lo miré, absorbiendo cada palabra, cada gesto, y comprendí que, por primera vez, yo también empezaba a creerlo.

—Lo voy a conseguir —repetí, como si estuviera intentando convencerme de ello.

Lo que no sabía era si sería capaz de mantenerme alejada de ese hombre cuando todo terminara...



—Hola.

—Hola, Theo.

Era la primera vez que el hijo de Alexandre venía a hablar conmigo directamente.

Hasta entonces, había notado que siempre me observaba desde lejos, con cierta desconfianza, como si estuviera intentando averiguar quién era yo y por qué estaba allí.

Era como si me estuviera analizando, tratando de encajar las piezas de ese nuevo rompecabezas en su vida. Tal vez fuera su

naturaleza prudente, heredada de su padre, o simplemente la curiosidad propia de un niño.

Theo era callado, como su padre, pero en sus ojos había una dulzura que solo se dejaba ver en pequeños momentos.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, señalando el libro que tenía en las manos.

—Intentando leer un poco, aunque confieso que me he distraído —respondí, dejando el libro a un lado y centrándome en él.

Se acercó un poco más, con pasos vacilantes, pero con la curiosidad reflejada claramente en el rostro. Creo que no estaba acostumbrado a tener a mucha gente alrededor, igual que yo.

Poco a poco fui dándome cuenta de que compartíamos cierta cautela frente al mundo, cada uno a su manera.

—¿Puedo sentarme aquí contigo? —preguntó, con voz tranquila, aunque con un matiz de nerviosismo que volvió a hacerme sonreír.

—Claro, siéntate —respondí, señalando el espacio libre a mi lado en el sofá.

Theo se acomodó, todavía observándome con esos ojos grandes y curiosos.

Había algo en él que me relajaba, una pureza a la que no estaba acostumbrada últimamente. La presencia de un niño, con toda su inocencia, tenía ese efecto.

—¿Te gusta... jugar? —preguntó, como si estuviera formulando la cuestión más importante del mundo.

Solté una risa suave.

Era una pregunta sencilla, pero sincera. Me sentía extrañamente cómoda a su lado, y su curiosidad genuina me hacía recordar tiempos más simples.

—Sí, claro que me gusta. Cuando era pequeña, jugaba muchísimo —expliqué, procurando no pensar demasiado en todo el tiempo que había pasado desde entonces—. ¿Y tú? ¿Qué te gusta hacer?

Theo pareció entusiasmarse por haberle devuelto la pregunta. Su rostro se iluminó de una manera que me hizo sentir una conexión inmediata.

—Me gusta dibujar y también jugar a superhéroes. Yo y Arthur, mi primo —explicó, con una sonrisa cada vez más amplia—. A veces imaginamos que nuestra casa es un cuartel general y que estamos salvando el mundo. Pero me gusta más cuando papá juega al fútbol conmigo en el jardín.

Sonreí, imaginando a Alexandre jugando al fútbol con Theo.

La imagen contrastaba con el hombre serio y controlado que yo conocía, pero, al mismo tiempo, encajaba. Había una parte de Alexandre que mantenía bajo llave, pero su hijo parecía tener acceso a ella, y eso me conmovía de una forma inesperada.

—Seguro que eres buenísimo en los juegos de superhéroes —bromeé, notando lo mucho más cómodo que se sentía conmigo.

—¡Lo soy! —exclamó con orgullo—. Arthur dice que soy el más fuerte. ¿Y tú? ¿Has jugado alguna vez a superhéroes?

—Oh, muchas veces —respondí, riendo con suavidad—. Yo solía ser la que salvaba a todo el mundo.

Theo sonrió y se inclinó un poco hacia delante, interesado en escuchar más.

Sentí que el ambiente se volvía más ligero con nuestra conversación. Era agradable hablar con él, compartir un momento tan sencillo y, a la vez, tan significativo.

Poco a poco, la distancia entre nosotros iba reduciéndose, y podía notar que él también empezaba a abrirse.

La conversación siguió fluyendo con naturalidad, con Theo contándome cuáles eran sus juegos favoritos, sus superhéroes preferidos y cuánto le gustaba dibujar. Le pregunté por sus dibujos, y me prometió enseñarme algunos más tarde, algo que me llenó de una alegría inesperada.

Era un vínculo pequeño, pero auténtico.

Entonces, en un momento de silencio, me miró con una expresión un poco más seria.

—Nunca conocí a mi madre —dijo, con la voz un poco más baja—. Murió cuando yo era un bebé.

La confesión de Theo me tomó por sorpresa.

Ya sabía que Alexandre era viudo, pero oírlo de labios de su hijo, de una forma tan directa e inocente, me llegó muy hondo. Sentí un nudo

en el pecho al pensar en el vacío silencioso que debía acompañar aquella ausencia.

Theo no parecía triste, pero en sus palabras había una especie de aceptación, algo que solo alguien muy fuerte puede aprender a llevar.

—Lo siento mucho, Theo —dije con suavidad, apoyando mi mano sobre la suya en un gesto de consuelo—. Estoy segura de que estaría muy orgullosa de ti.

Sonrió con timidez y, en ese instante, comprendí que aquel intercambio significaba más de lo que cualquier palabra podría expresar.

Theo había compartido conmigo algo profundo, algo que quizá no decía a menudo. Y el hecho de que lo hiciera me llenó de una felicidad inesperada, como si, de algún modo, estuviera empezando a formar parte de su vida también.

—¿Te gustaría tener hijos algún día? —preguntó, mirándome con esos ojos grandes y curiosos mientras jugueteaba distraídamente con el borde de su camiseta.

La pregunta me sorprendió, pero al mismo tiempo tenía una sencillez tan pura que no pude evitar sonreír.

La verdad era que, por mucho que mi vida hubiera estado marcada por el miedo y la incertidumbre, siempre había guardado en el fondo del corazón el sueño de formar una familia.

Sin embargo, hasta entonces, ese sueño me había parecido tan lejano, casi inalcanzable, sobre todo después de todo lo que viví con Ricardo. Y, aun así, allí, sentada con Theo, hablando con un niño que aportaba tanta calma a aquella mansión, algo en mí despertó.

—Sí, me gustaría —respondí, intentando que no se me quebrara la voz—. Siempre he soñado con tener hijos. Una familia feliz, ¿sabes? Algo sencillo y verdadero.

Theo asintió, como si entendiera más de lo que cabría esperar.

Había una madurez en sus ojos que desentonaba con su edad, como si, pese a ser tan pequeño, ya comprendiera el valor de una familia, incluso aunque en la suya faltara una pieza importante. Sentí un pinchazo en el corazón al pensarlo.

—Creo que serías una buena madre.

Sus palabras, tan inocentes, me emocionaron profundamente. Aquel niño, con toda su dulzura, me hizo sentir algo que hacía mucho que no sentía: esperanza.

Sonreí, notando cómo un calor suave se extendía por mi pecho.

—Gracias, Theo —susurré, intentando disimular el brillo en mis ojos—. Ojalá algún día se haga realidad.

Se hizo un silencio cómodo mientras él parecía reflexionar sobre lo que acababa de decir.

Resultaba curioso cómo una conversación tan sencilla podía hacerme sentir tan unida a alguien. Con Theo, esa conexión surgía sin esfuerzo, como si ya perteneciera a su mundo.

Entonces se volvió un poco hacia mí, ladeando la cabeza con esa curiosidad tan propia de los niños, y lo que dijo a continuación me dejó completamente descolocada.

—¿Eres la novia de mi padre?

El impacto de la pregunta borró mi sonrisa durante un segundo, mientras el desconcierto me recorría por dentro. Sentí cómo se me encendían las mejillas al instante y cómo el corazón empezaba a latirme con fuerza.

¿La novia de su padre?

Solté una risa nerviosa, intentando controlar el rubor que me subía como una ola.

—¡Ah, no! —respondí deprisa, negando con la cabeza, sin saber muy bien qué hacer con las manos—. No, Theo... tu padre y yo... no, no somos novios.

Theo frunció el ceño, claramente confundido. Me miró y luego dirigió la vista hacia el pasillo por donde solía pasar Alexandre.

—Pero pasáis mucho tiempo juntos. Y él se preocupa por ti. Pensé que erais como María Gabriela y Diego.

Tragué saliva.

La lógica infantil de sus palabras tenía sentido, pero la realidad era mucho más compleja de lo que él podía imaginar.

Alexandre me estaba ayudando, me estaba protegiendo. Lo que había entre nosotros era todavía una mezcla de gratitud y tensión, algo que ni yo misma sabía interpretar.

—Tu padre es... muy bueno conmigo —dije, eligiendo las palabras con cuidado—. Me está ayudando en un momento difícil, pero solo somos... amigos.

Theo pareció aceptar la explicación, aunque sus ojos seguían observándome con curiosidad, como si intentara comprender mejor la dinámica entre su padre y yo.

No era una situación que hubiera imaginado tener que explicar tan pronto, y mucho menos a un niño. Pero, de algún modo, aquella interacción inocente me hizo darme cuenta de algo: tal vez entre Alexandre y yo estuviera naciendo algo más que una amistad, algo que todavía no me atrevía a reconocer ni siquiera ante mí misma.

—Entiendo —dijo al final, con una leve sonrisa—. Me caes bien. Ojalá te quedes aquí mucho tiempo.

Era increíble cómo una conversación tan sencilla con un niño podía despertar sentimientos tan complejos. Theo me veía de una manera distinta, y eso me llevó a preguntarme si quizá Alexandre también empezaba a verme de otro modo.

Mientras Theo volvía a sus juegos, sentí un peso sereno sobre los hombros, como si poco a poco estuviera encajando en sus vidas de una forma que no había previsto.

Su pregunta seguía resonando en mi cabeza y, aunque me había sonrojado al oírla, no pude evitar pensar que aquel niño tal vez estaba

viendo algo que yo misma me negaba a aceptar.

Había sembrado una semilla que, tarde o temprano, tendría que afrontar.

CAPÍTULO 12



CAPÍTULO 12

*«En los momentos más difíciles encontramos fuerzas en
lugares que jamás habríamos imaginado»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Por muy buena persona que sea Isabela, ¿no crees que te has arriesgado demasiado dejándola en tu casa, hermano?

—No.

—¿Por qué?

—Sí, investigué sobre ella —revelé, mientras observaba a mi hermano y hacía girar el bolígrafo entre los dedos—. Desde el primer día me puse en contacto con Harold, mi investigador privado, y hasta ahora no he encontrado ninguna mentira ni nada parecido.

—Entonces, ¿de verdad perdió a sus padres y luego empezó a salir con Ricardo?

—Sí, y eso es lo extraño.

—¿En qué sentido?

—Fue demasiado rápido. Da la impresión de que...

—Él se aprovechó de su debilidad —completó, y asentí, recordando algunas cosas que me había contado el investigador.

—Exacto. Cuanto más pensaba en lo que había descubierto, más encajaban las piezas. Había algo en la desesperación de Ricardo por recuperarla que resultaba demasiado conveniente —continué, observando a Diego, que me miraba con una mezcla de preocupación y curiosidad—. Todo ocurrió demasiado deprisa. Empezaron a salir justo

después de que ella perdiera a sus padres y eso... en fin, parecía más una forma de control que otra cosa.

Diego se cruzó de brazos, pensativo, antes de preguntar:

—¿Crees que se aprovechó de que estaba vulnerable? ¿De que estaba sola?

Asentí, confirmando mis sospechas.

Cada vez más, la historia de Isabela me parecía una trampa cuidadosamente diseñada por Ricardo. Había visto en ella a alguien vulnerable, perdida en medio del dolor por la muerte de sus padres, y la había envuelto en una red de abusos y control.

No era la primera vez que veía algo así, sobre todo en nuestro entorno, donde el poder y la manipulación suelen ir de la mano.

—Eso creo —confirmé, con la mirada fija en un punto indeterminado del despacho mientras mi mente repasaba las conversaciones que había tenido con Isabela en los últimos días—. La aisló, la convenció de que no tenía otra opción que él.

Diego permaneció en silencio, asimilando lo que acababa de decir.

Sabía que comprendía la gravedad de la situación y también que se preguntaba hasta qué punto me estaba implicando. Pero yo tenía mis motivos, y uno de ellos era la justicia.

—¿Y ahora qué? ¿Cuál es el siguiente paso?

—Isabela ha decidido denunciar a Ricardo —revelé, sintiendo un cierto alivio al pronunciarlo en voz alta—. Además, ha aceptado hacerse las pruebas para comprobar cómo está el bebé. Es la única forma de avanzar. Tiene que enfrentarse a esta realidad de una vez por todas.

Diego frunció el ceño, claramente sorprendido, pero también aliviado al oírlo.

—Eso es un paso enorme para ella. Denunciar a Ricardo no es nada fácil, sobre todo con el poder que tiene. ¿Crees que está preparada?

Guardé silencio unos segundos, pensando en todo lo que Isabela había soportado y en la valentía que estaba demostrando. Tal vez no estuviera completamente preparada, pero ¿quién lo estaría después de algo así?

Aun así, sabía que era necesario. No podía seguir huyendo.

—Tiene que estarlo —dije con la firmeza que ya se había vuelto habitual cuando se trataba de Isabela—. Y me aseguraré de que tenga el apoyo que necesita para hacerlo. Lo que Ricardo le hizo no va a quedar impune.

—Alexandre, esto va más allá de una simple ayuda, ¿no? —preguntó, clavando en mí una mirada perspicaz—. Estás más implicado de lo que quieres admitir.

Lo miré durante un largo instante, sin saber cómo responder de inmediato.

La verdad era que mi hermano tenía razón.

Ya no era capaz de mantener la distancia, ya no podía ver a Isabela como alguien a quien simplemente ayudar. Significaba algo más, algo que todavía no quería o no podía definir.

Pero, por el momento, preferí no responder directamente.

Aparté la mirada y recuperé mi postura serena y controlada, la única que sabía mantener cuando necesitaba tenerlo todo bajo control.

—Necesita ayuda, y yo estoy aquí para dársela —concluí, dando por zanjada la conversación.

ISABELA RODRIGUES

Estaba decidida a dar, por fin, el paso más difícil de mi vida.

El miedo seguía ahí, acompañándome en cada latido, pero sabía que ya no podía seguir viviendo en las sombras, no podía continuar escondiéndome de Ricardo.

Me había controlado durante tanto tiempo y ahora era el momento de intentar recuperar lo que me había arrebatado: mi libertad.

La comisaría parecía más grande de lo que recordaba, imponente y, en cierto modo, intimidante. Cada paso que daba hacia la puerta pesaba, como si una fuerza invisible intentara arrastrarme hacia atrás, lejos de la decisión que ya había tomado.

La idea de sentarme en una sala y contar todo lo que había vivido, de exponer cada momento de dolor y humillación, me revolvía el estómago. Sin embargo, no había otra salida.

Ricardo tenía que responder por años de abusos.

Entré en la comisaría con el cuerpo tenso y me acerqué al mostrador, donde una agente me recibió con una mirada profesional, aunque también cargada de empatía.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó con voz tranquila.

Respiré hondo, intentando reunir la fuerza que aún me quedaba.

—Yo... quiero denunciar —respondí, con la voz vacilando un segundo—. Agresiones, maltrato físico y psicológico. Durante años.

La expresión de la agente se volvió más seria, pero asintió con calma, como si supiera que mi presencia allí era el resultado de una lucha larga y dolorosa.

Me condujeron a una sala más reservada, donde la responsable del caso me esperaba. Era una mujer de porte firme, aunque había algo en su mirada que me hizo sentir, de algún modo, arropada.

—Soy la inspectora Laura —se presentó, ofreciéndome una silla—. Puedes contarme todo con tranquilidad. Lo que digas aquí será tratado con la máxima seriedad y haremos todo lo posible por garantizar tu seguridad.

Me senté, con las manos aún temblorosas, y durante un instante no supe por dónde empezar.

¿Cómo resumir años de sufrimiento en palabras? ¿Cómo explicar los detalles, las amenazas, el miedo constante a cometer un error y ser castigada por ello?

Entonces recordé que cada palabra era una oportunidad de empezar a liberarme.

Y empecé a hablar.

Le conté todo. Desde el inicio de mi relación con Ricardo, cómo comenzó a manipularme emocionalmente, aislándome de los pocos amigos que tenía.

Le expliqué cómo, con el tiempo, se volvió cada vez más controlador y violento, cómo el miedo a dejarlo terminó dominándome. Las agresiones, los momentos en los que pensé que quizá no sobreviviría a su siguiente estallido de ira. Cada golpe que me dio no solo en el cuerpo, sino también en el alma.

La inspectora me escuchó en silencio, tomando algunas notas, sin interrumpirme en ningún momento. Me dejó hablar, me dio el espacio que necesitaba para sacar por fin ese peso que llevaba dentro.

Cuando terminé, el silencio en la sala resultó casi ensordecedor. La profunda exhalación que dejé escapar fue un alivio inmediato, como si el simple hecho de ponerlo en palabras hubiera aligerado una carga enorme de mis hombros.

—Has sido muy valiente al venir —dijo Laura, con voz suave pero firme—. Vamos a iniciar los trámites para solicitar una orden de protección contra él. También elaboraremos un informe completo con tu declaración para comenzar el proceso de investigación y denuncia formal.

Asentí, agradecida, aunque una sombra de inquietud seguía envolviéndome.

Sabía que denunciar a Ricardo era solo el principio. No era el tipo de hombre que aceptaba un “no” sin más y tenía claro que no se quedaría de brazos cruzados mientras su imperio de control se desmoronaba.

Cuando terminé todos los trámites en la comisaría, sentí una mezcla de alivio y ansiedad. Por un lado, había iniciado el proceso para liberarme de Ricardo; por otro, sabía que la batalla apenas comenzaba.

Salí de la comisaría y me dirigí directamente al hospital.

Estaba allí intentando sostener una mentira que, a cada segundo, se volvía más difícil de mantener.

Recorrí el pasillo con la culpa carcomiéndome a cada paso. Sabía que tendría que contarle la verdad a Alexandre muy pronto. Antes o después, aquella farsa sería imposible de ocultar.

La pregunta que no dejaba de resonar en mi mente era: ¿cómo reaccionaría?

Pasé una hora dentro fingiendo, y cuando salí del hospital, la sensación de fracaso pesaba sobre mí, aunque también había un hilo de determinación.

Había sido un día duro, pero se había dado un paso. Denuncié a Ricardo. Ahora el siguiente sería enfrentar la verdad, no solo ante los demás, sino ante mí misma...

CAPÍTULO 13



CAPÍTULO 13

*«El pasado no define quiénes somos, pero puede moldear
en quién decidimos convertirnos»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Cómo ha ido en la comisaría y en el hospital?

Creo que Isabela no esperaba encontrarse conmigo en la cocina.

Había llegado antes de lo habitual y, sin pensarlo demasiado, fui directo al grano. Desde que salió de casa aquella mañana, mi mente no había dejado de preguntarse a qué se estaría enfrentando.

Sabía que el día iba a ser agotador para ella —emocional y físicamente— y, por mucho que intentara mantener cierta distancia, la preocupación por lo que estaba viviendo me consumía.

Isabela me miró un instante, con los ojos ligeramente abiertos, como si no supiera muy bien qué responder.

Podía ver el cansancio en su rostro y había algo más, un nerviosismo que intentaba disimular, pero que sus movimientos tensos no lograban ocultar. Sus manos temblorosas descansaban sobre la encimera, y la forma en que apartó la mirada antes de contestar solo confirmó lo que ya sospechaba: algo no iba bien.

—Ha sido... difícil, pero lo he hecho —respondió, con la voz algo vacilante, aunque lo bastante firme como para sonar convincente.

Guardé silencio un momento, observándola con atención. Quería preguntar más, quería saber exactamente qué había ocurrido.

La comisaría, el hospital... todo aquello pesaba sobre mí como una carga invisible, sobre todo ahora que estaba tan implicado en lo que Isabela representaba para mí.

Pero, al mismo tiempo, sabía que necesitaba espacio. Ya estaba enfrentándose a demasiado como para que yo la presionara con más preguntas.

—Me imagino que no habrá sido fácil. Pero hiciste lo que tenías que hacer. Eso es lo que importa ahora.

Esbozó una pequeña sonrisa forzada, aunque sus ojos no la acompañaron. Sabía que había algo más detrás de ese gesto, pero no insistí.

Por alguna razón, estar cerca de Isabela despertaba en mí el impulso de protegerla, de asegurarme de que nada malo volviera a ocurrirle. Y, sin embargo, sentía que seguía encerrándose en sus propios miedos.

—Si necesitas cualquier cosa, estoy aquí —añadí, intentando transmitir la seguridad que intuía que buscaba, aunque no lo dijera en voz alta.

Asintió y respiró hondo, como si estuviera haciendo un esfuerzo por mantener a raya sus emociones.

—Gracias, Alexandre. Te agradezco mucho todo lo que estás haciendo por mí... más de lo que imaginas.

Su agradecimiento, aunque sincero, sonó casi como un recordatorio de que estaba cargando sola con todo aquel peso.

Había algo allí, un muro invisible que no lograba atravesar. Era como si aún protegiera algo, como si la verdad que llevaba dentro fuera más compleja de lo que parecía.

Quise romper ese silencio cargado de tensión, pero decidí no presionarla.

En lugar de eso, la dejé tranquila, comprendiendo que necesitaba un momento a solas. Había cosas que no me estaba contando y eso me inquietaba, pero también sabía que hablaría cuando se sintiera preparada.

Cuando Isabela se marchó, fui al despacho de casa. La inquietud no me daba tregua y sabía que no podía ignorar la sensación de que había algo más en juego.

Cogí el teléfono y llamé a mi investigador privado. Siempre había sido eficaz y discreto, y en ese caso necesitaba estar al tanto de todo.

—Necesito que estés pendiente de la denuncia que Isabela ha presentado hoy —le indiqué, con voz firme, sin titubeos—. Ha ido a la comisaría a denunciar a Ricardo y quiero que me mantengas informado de cada detalle. Es importante.

Al otro lado de la línea, mi investigador respondió con su calma habitual:

—Me encargaré, señor Bittencourt. En cuanto tenga novedades sobre el avance del caso, me pondré en contacto con usted.

—Y hay algo más: quiero que revises los detalles del accidente de sus padres y compruebes si existe alguna relación con Ricardo y dónde estaba él en ese momento. Hay algo que no me cuadra.

—De acuerdo. Pero eso puede llevar un poco más de tiempo.

—Lo sé, pero intenta averiguar algo lo antes posible.

Colgué el teléfono.

Sabía que haría lo necesario. Ricardo era peligroso y la denuncia de Isabela sin duda lo pondría en alerta. No podía permitir que actuara

contra ella, no después de todo lo que ya había sufrido.

Mientras observaba el atardecer a través de la ventana, mis pensamientos volvieron a Isabela.

Con cada día que pasaba, el deseo de cuidarla se volvía más intenso. No era solo un instinto de protección: era algo más. Algo que aún no estaba preparado para nombrar, pero que crecía cada vez que nuestras miradas se encontraban.

Era fuerte, lo sabía.

Pero, al mismo tiempo, había en su forma de ser una fragilidad, una vulnerabilidad que intentaba ocultar.

Y por mucho que tratara de mantenerme al margen de sus problemas, no conseguía ignorar el impulso de quedarme a su lado, de ser quien garantizara su seguridad costara lo que costara.

ISABELA RODRIGUES

Nunca he sido una mujer de mentir, sino de omitir.

En mi vida eso fue necesario, sobre todo después de conocer a Ricardo. Con él aprendí que esconder partes de la verdad era, muchas veces, la única forma de protegerme, de evitar que las cosas empeoraran.

Sin embargo, ahora, al mentirle a Alexandre, me sentía mal. No era solo la mentira sobre el embarazo, era el peso de saber que confiaba en mí.

Y, en el fondo, sabía que no podía dar marcha atrás.

Ya había presentado la denuncia, lo cual era un gran paso, pero aún quedaba mucho por resolver. Si le confesaba a Alexandre que había mentido sobre el bebé, con toda seguridad me echaría de su casa.

Y entonces estaría perdida.

Sería una presa fácil para Ricardo, vulnerable, sin ningún lugar al que ir.

Tumbada en la habitación, mis pensamientos estaban desordenados, como siempre ocurría en las noches más silenciosas. El cuarto en la casa de Alexandre era acogedor, pero aun así me sentía fuera de lugar.

Aquella no era mi casa, no era mi vida. Y, con cada segundo que pasaba, me hundía un poco más en una situación que parecía imposible de resolver.

La luz tenue de la lámpara iluminaba la estancia con suavidad y, por un instante, lo único que quería era huir.

Huir de Ricardo, de la mentira, del peso de fingir ser alguien que no era. Yo misma había construido esa trampa y ahora estaba atrapada en ella, sin saber cómo salir.

El sonido del móvil vibrando sobre la mesilla me sacó de mis pensamientos.

Cogí el teléfono sin esperar nada en particular, pero al ver el nombre de María Gabriela en la pantalla, una sonrisa involuntaria apareció en mis labios. Ella y Carolina eran lo más parecido a amigas que había tenido en mucho tiempo. Tal vez desde la época del instituto.

El mensaje era breve, pero transmitía una tranquilidad que no esperaba en aquel momento.

"Hola, Isa. Mañana Carol y yo vamos al centro comercial, ¿te vienes con nosotras? Va a ser divertido, necesitamos un ratito para desconectar. :)"

Durante un instante, la idea de salir con ellas me pareció lejana a la realidad que estaba viviendo. Pero luego, al pensarlo mejor, comprendí que quizá era justo lo que necesitaba.

Salir, respirar, intentar olvidar durante unas horas el peso de mis decisiones. Además, había algo tan genuino en la manera en que María Gabriela me incluía que me hacía sentir... normal.

No una víctima, no una mujer rota, sino simplemente Isabela, una amiga.

Sin dudarlo, respondí:

"Sí. Necesito distraerme un poco... y también necesito amigas. Nos vemos mañana. :)"

La sonrisa que se dibujó en mi rostro fue sincera y comprendí cuánto bien me hacía aquella pequeña interacción. Era un recordatorio

de que, pese a todo, todavía podía tener momentos de felicidad, momentos de conexión.

Necesitaba amigas.

Necesitaba gente a mi alrededor que me recordara quién era antes de Ricardo, antes del miedo y de las mentiras.

Respiré hondo, sintiendo una ligera sensación de alivio al saber que, al menos por ese momento, tenía algo que esperar al día siguiente. No sabía qué me depararía el futuro, pero tener a María Gabriela y a Carolina a mi lado me daba una chispa de esperanza.

Cerré los ojos, intentando apartar los pensamientos. Amanhã seria um novo dia. Um dia para tentar esquecer, pelo menos por algumas horas, os monstros que me cercavam.

CAPÍTULO 14



CAPÍTULO 14

*«Cada corazón herido guarda una historia de batallas
invisibles»*

ISABELA RODRIGUES

Un poco nerviosa, me quedé frente a la entrada del centro comercial, observando el ir y venir de la gente.

Era una tarde soleada, en contraste con el torbellino de pensamientos que todavía ocupaban mi mente. Respirar el aire ligero del exterior resultaba casi irreal después de todo lo que había pasado, pero estar allí, esperando a María Gabriela y a Carolina, me proporcionaba una extraña sensación de normalidad.

Por un instante, no era la mujer atrapada en una mentira, rodeada de miedos y sombras del pasado. Era simplemente Isabela, una mujer de veinticinco años que iba a salir con sus amigas.

Enseguida vi a las dos acercándose, riendo y charlando, y al verme, María Gabriela esbozó una sonrisa amplia y me saludó desde lejos.

—¡Isa! —gritó con entusiasmo, mientras Carolina me dedicaba una sonrisa igual de cálida—. Has llegado pronto, ¿eh?

—Tenía ganas de salir de casa —admití, devolviéndoles la sonrisa.

Su energía era contagiosa y el peso sobre mis hombros pareció aligerarse un poco.

—Con ganas de vernos, claro —bromeó Carol, abrazándome enseguida—. Necesitamos una tarde ligera, y te prometo que hoy solo

habrá risas.

Fuimos al cine y la ligereza de aquellas primeras conversaciones empezó a relajarme. Habíamos elegido una comedia romántica y, mientras se apagaban las luces de la sala, me di cuenta de que estaba riendo y sintiéndome... bien.

Durante un rato, pude olvidar mis problemas y sumergirme en aquel momento con ellas.

Después de la película, paseamos por el centro comercial sin prisa, disfrutando del tiempo juntas. María Gabriela y Carolina no dejaban de sacar temas de conversación, de preguntarme qué me gustaba hacer, haciéndome sentir como si de verdad perteneciera a aquel lugar.

A cada paso, crecía en mí la sensación de que, por fin, estaba encontrando personas en quienes podía confiar.

—¡Isa, tienes que comprarte algo nuevo! —dijo Carolina de repente, deteniéndose frente a un escaparate lleno de vestidos—. Un vestido bonito, algo que te haga sentir increíble.

—No sé si estoy para eso... —empecé, algo cohibida.

—¡Nada de excusas! —interrumpió María Gabriela, tirando ya de mí hacia la tienda—. De vez en cuando nos merecemos algún capricho.

Me eché a reír, contagiada por su entusiasmo, y mientras mirábamos la ropa, Carolina, como siempre, soltó una de las suyas.

—Chicas, tengo que contaros lo de ayer —dijo, con una chispa traviesa en los ojos, empezando ya a reír—. Intenté ser saludable, ¿vale? Fui al gimnasio, corrí, todo perfecto. Pero luego... adivinad. De camino a casa pasé por la pastelería y compré una caja entera de trufas. Una se mata a correr y después se lo come todo de golpe. ¡Ese es mi equilibrio!

Las carcajadas surgieron tan espontáneas que era imposible no dejarse llevar.

La escena que describía —el contraste entre el esfuerzo del gimnasio y la rendición absoluta ante los dulces— era tan absurda que incluso yo, que solía contenerme, no pude evitar reír.

—Tu concepto de equilibrio es muy particular, Carol —comentó María Gabriela entre risas, apoyándose en el mostrador para no perder el equilibrio.

Las miré a las dos, riendo con la misma libertad, y sentí que algo se encendía dentro de mí.

Era algo sencillo, casi imperceptible, pero era una sensación de pertenencia que hacía mucho que no experimentaba. Ese tipo de amistad —ligera, espontánea, auténtica— se había ido apagando en mi vida, sobre todo durante los años junto a Ricardo.

Ahora, caminando al lado de María Gabriela y Carolina, riendo como si las preocupaciones hubieran quedado atrás, sentí que quizá estaba redescubriendo una parte de mí que había quedado olvidada.

Mientras seguíamos recorriendo el centro comercial, conversando y riendo, comprendí que aquellas dos mujeres habían llegado a mi vida de forma inesperada, pero necesaria.

Y, lo más importante, me estaban demostrando que aún era capaz de confiar en alguien, de construir amistades leales y sinceras.

—¿Sabéis una cosa? —dije, deteniéndome un momento para mirarlas—. De verdad necesitaba esto. Amigas como vosotras.

Carolina, siempre tan impulsiva, me rodeó los hombros con el brazo y me acercó hacia ella.

—Isa, ya formas parte del equipo. Nada de soledad. A partir de ahora, solo diversión... y más trufas —añadió, guiñándome un ojo.

María Gabriela sonrió, asintiendo, y sentí cómo el corazón se me templaba por dentro. Necesitaba salir de mi burbuja y, aunque la denuncia y la idea de abrirme me daban miedo, sabía que era la mejor manera.

A veces, es necesario cambiarlo todo en la vida.

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Te has enterado de la novedad? —preguntó Diego, interrumpiendo mis pensamientos con su tono desenfadado.

—¿Qué novedad? —repliqué, sin apartar la vista de los informes que tenía delante.

—María Gabriela, Carol e Isabela deben de estar ahora mismo en el centro comercial, pasándoselo en grande.

Me sorprendí un instante, aunque enseguida me invadió una sensación inesperadamente agradable. Imaginar a Isabela en el centro comercial, riendo y relajándose, me produjo un alivio que no había previsto.

Se estaba permitiendo una pausa, un intento de reconectar con algo que la vida junto a Ricardo le había arrebatado. La Isabela que yo conocí era la sombra de alguien que podría haber sido ligera, feliz... y quizá estuviera dando los primeros pasos para reencontrarse con esa parte de sí misma.

—Me alegra oírlo —murmuré, aunque mi mente ya iba por delante.

Si estaba abriéndose a nuevas amistades, significaba que, de algún modo, empezaba a sentirse a salvo, a dejar atrás los años de abuso y control.

Sin embargo, todavía había mucho que no me había contado, cosas que sospechaba eran mucho más profundas que las confesiones que ya me había hecho. Ricardo la había herido de formas que probablemente aún no sabía poner en palabras, y eso me inquietaba.

Aparté los informes un momento y me concentré por completo en Diego.

—Es importante, Diego, pero ahora, después de la denuncia, tendré que vigilar de cerca —confesé, casi más para mí que para él—. Puede que esté intentando retomar su vida, pero Ricardo no va a quedarse de brazos cruzados. Seguro que ya está preparando su próximo movimiento.

Diego me observó con atención, cruzándose de brazos. Sabía que percibía hasta qué punto aquella situación me estaba consumiendo.

Siempre he sido calculador, estratégico, alguien que no se deja arrastrar fácilmente por las emociones.

Pero con Isabela todo era distinto.

Había algo en ella que me arrastraba, algo que me impulsaba a estar siempre un paso por delante, siempre alerta.

—¿Y qué medidas vas a tomar? —preguntó, sin disimular su preocupación.

Me pasé la mano por el rostro, sintiendo cómo el peso de la responsabilidad se hacía más denso.

No se trataba solo de mantener a Isabela protegida, sino de asegurarme de que Ricardo no tuviera ninguna oportunidad más de hacerle daño.

—Reforzaré la seguridad —decidí, sin titubear—. Y tengo un contacto en la policía que puede mantenerme al tanto de cualquier movimiento que haga. Si Ricardo da un paso más, estaré preparado. Mientras tanto, me aseguraré de que Isabela tenga todo el apoyo que necesite.

Mi hermano asintió, pero en su mirada había algo más, como si aún le quedara algo por decir.

—Alexandre, ten cuidado de no mezclar las cosas —advirtió con tono serio—. Sé que quieres protegerla, pero... esto ya no es solo un favor, ¿verdad?

Sabía muy bien a qué se refería, y no podía ignorarlo. Ya no era simplemente proteger a alguien bajo mi responsabilidad.

Había algo más.

Me preocupaba por ella de una manera que iba más allá de la lógica, y eso me afectaba.

—No es solo un favor —admití, sosteniéndole la mirada—, pero no voy a permitir que Ricardo vuelva a acercarse. Ya ha hecho suficiente.

Mi hermano no insistió.

Sabía que cuando tomo una decisión, no hay margen para dudas.

Ahora la cuestión era sencilla: debía estar preparado para lo que viniera. Ricardo era un hombre poderoso y manipulador, pero yo también contaba con mis propios recursos.

—Si necesitas ayuda, dímelo —añadió antes de levantarse, dejándome a solas con mis pensamientos.

Lo observé salir del despacho, aunque mi mente ya estaba lejos.

La imagen de Isabela, riendo y disfrutando, contrastaba con el peso que aún llevaba dentro. Y aunque estuviera dando pequeños pasos hacia su libertad, sabía que esa batalla estaba lejos de terminar.

CAPÍTULO 15



CAPÍTULO 15

*«El dolor puede ser una prisión, pero el amor puede ser
la llave»*

ISABELA RODRIGUES

Cuando llegué a casa de Alexandre, me sentí sorprendentemente
ligera.

Era extraño, después de tanto tiempo cargando con el peso de los recuerdos junto a Ricardo, sentir por fin que podía respirar. Pasar la tarde con María Gabriela y Carolina me había sentado bien y, mientras me acercaba a la entrada, una punzada de felicidad me recorrió el pecho, casi asustándome.

Estaba sonriendo.

Nada más abrir la puerta, encontré a Alexandre en el salón, con el móvil en la mano, pero enseguida apartó la mirada de la pantalla y la fijó en mí.

—Me han dicho que te lo estabas pasando bien —comentó, sin tono acusador; más bien parecía querer conversar.

No pude evitarlo, empecé a hablar entusiasmada, sin darme cuenta siquiera de lo fácil que me salían las palabras.

—Sí. ¡No te imaginas lo divertido que ha sido! —empecé, sin esperar respuesta—. ¡Carol es divertidísima! Me ha hecho reír tanto que, por un momento, se me ha olvidado todo. Hemos ido al cine... una comedia romántica, por supuesto, y después hemos estado paseando por el centro comercial, mirando escaparates sin más. Y entonces a Carol le dio por entrar en una tienda de vestidos y... —me reí sola al

recordarlo— se puso un vestido rojo ajustadísimo y empezó a posar en medio de la tienda. ¡Casi nos morimos de la risa! María Gabriela tuvo que agarrarse a un perchero para no caerse.

Alexandre me escuchaba en silencio, pero pude ver cómo una leve sonrisa se dibujaba en sus labios mientras me observaba.

No era habitual verlo así, relajado, como si estuviera disfrutando del momento. Por un instante, me dio un poco de vergüenza estar hablando tan deprisa, pero no me detuve.

—En fin, ha sido genial. Creo que hacía muchísimo que no me sentía así... tan tranquila, ¿sabes? —concluí, con una sonrisa sincera en los labios.

Seguía mirándome con atención y, entonces, con una calma que me desarmó, dijo:

—Me gusta verte así, sonriendo y hablando. Te sienta bien.

Me quedé paralizada un segundo.

Sus palabras, sencillas y directas, me tocaron de una manera que no esperaba. Sentí cómo el calor me subía al rostro y me di cuenta de que me estaba sonrojando.

No estaba acostumbrada a recibir ese tipo de cumplidos, y menos de alguien como Alexandre. Sin embargo, había algo en la forma en que me miraba que me hacía sentir que de verdad le alegraba verme bien.

Aparté la mirada un instante, intentando disimular el rubor en mis mejillas, pero cuando volví a mirarlo, descubrí que seguía observándome con una intensidad que casi me dejó sin aliento.

Era como si hubiera una tensión silenciosa entre nosotros, algo que hasta entonces había permanecido oculto, pero que ahora se mostraba con claridad.

Eso me puso nerviosa y, al mismo tiempo... extrañamente atraída.

El silencio que se instaló después estaba cargado de posibilidades. Nuestras miradas permanecían enlazadas, como si ambos esperáramos el instante preciso, esa chispa mínima que faltaba para que algo más grande sucediera.

Por un momento, parecía que el aire a nuestro alrededor había cambiado, como si fuera solo cuestión de tiempo que uno de los dos hiciera algo capaz de transformarlo todo.

—Te mereces momentos así —dijo, con la voz baja y serena—. Momentos en los que puedas ser simplemente tú misma. Algo que te

arrebataron.

Sus palabras volvieron a alcanzarme, pero esta vez de un modo más hondo.

Veía en mí algo que yo misma empezaba a redescubrir. Aquella chica alegre y habladora que solía ser antes de Ricardo, antes de toda la oscuridad que trajo a mi vida.

Alexandre me estaba devolviendo una parte de mí, y eso me removía por dentro de una manera que no sabía explicar con palabras... y tampoco hacía falta.

—Gracias —susurré, con la voz apenas firme.

Seguíamos mirándonos, y la intensidad en sus ojos hacía que el corazón se me acelerara.

Sabía que había algo allí, algo más fuerte de lo que estaba preparada para reconocer. Me hacía sentir segura y, al mismo tiempo, vulnerable de una forma que me asustaba.

Y aun así, no conseguía apartar la mirada.

Era como si la chispa que faltaba estuviera a punto de prender. La tensión en el aire era evidente y, por un instante, me pregunté qué

ocurriría si simplemente me dejara llevar por esa sensación.

Estar cerca de Alexandre, sentir el calor de su presencia, añadía una nueva dimensión a lo que empezaba a sentir por él.

Sin embargo, antes de que cualquiera de los dos diera el siguiente paso, apartó la mirada y rompió la tensión con una leve sonrisa.

—Voy a preparar algo para cenar. Después de una tarde tan movida, seguro que tienes hambre —comentó con naturalidad.

Respiré hondo, intentando recomponerme, aunque el corazón seguía laténdome con fuerza. Alexandre había dicho pocas palabras, pero de algún modo habían significado mucho.

—Puede ser —respondí con una sonrisa tímida—. No sabía que cocinabas. Pensaba que Genevieve se encargaba de todo.

—Créeme... tengo alguna que otra cualidad que no suelo mostrar.

Oír aquello hizo que mi corazón volviera a acelerarse, aunque no supe muy bien qué contestar. Preferí guardar silencio y, aun así, seguí observándolo. Cada vez me resultaba más natural hacerlo...

ALEXANDRE BITTENCOURT

Cocinar para mi hijo y para mí se había convertido en un hobby desde hacía unos años y, lo confieso, desde entonces lo hacía con verdadero placer.

En medio de la rutina frenética, estar en la cocina me proporcionaba una sensación de control y calma que el trabajo nunca me daba. Era uno de los pocos momentos en los que podía desconectar del mundo corporativo y concentrarme en algo sencillo, pero reconfortante.

Sin embargo, hacía tiempo que no cocinaba para alguien más que nosotros dos. Ahora, con Isabela en casa, el escenario era distinto y la sensación de estar incluyendo a otra persona en nuestro espacio me sorprendía.

Mientras picaba las verduras para la cena —un risotto de setas con pechuga de pollo a la plancha—, mi mente volvía inevitablemente a Isabela. Estaba cambiando el ambiente de la casa de una manera que no había previsto.

Theo, por cierto, estaba entusiasmado.

No era habitual verlo abrirse con alguien tan deprisa y eso me tranquilizaba. Sabía que echaba en falta una figura femenina cerca, alguien con quien compartir un tipo de afecto distinto al mío.

Ver a Isabela desenvolverse con él, hablar y sonreír a su lado, me aportó una paz inesperada.

Con el risotto casi listo, llamé a los dos para cenar y enseguida aparecieron en el salón. Mi hijo, como siempre, fue el primero en sentarse a la mesa, con una sonrisa amplia.

—¡Huele genial, papá! —exclamó, entusiasmado, y eso me arrancó una sonrisa.

—Espero que os guste —dije, sirviendo los platos.

Isabela sonreía con timidez, pero había en su mirada algo más relajado, como si empezara a sentirse parte de ese momento, parte de esa casa.

Nos sentamos y comenzamos a comer.

Theo, como de costumbre, no paraba de hablar, contando los dibujos nuevos que había hecho y preguntándole a Isabela por la

película que habían visto en el centro comercial.

La naturalidad con la que se dirigía a ella era como si ya formara parte de nuestra pequeña familia. Y, curiosamente, ella le respondía con la misma ternura y atención.

Los observé a ambos, percibiendo cómo Isabela conseguía hacer reír a Theo de una manera que yo rara vez veía. Era evidente que mi hijo la apreciaba y, por la forma en que ella le sonreía, sabía que el sentimiento era mutuo.

Cuando terminamos de cenar, Theo pidió permiso y salió a jugar un rato antes de irse a dormir.

La casa quedó en silencio por un instante, pero no era un silencio incómodo. Al contrario, era uno de esos silencios que traen una calma inesperada.

Isabela se levantó para recoger los platos y ayudar con la vajilla, pero la detuve con un gesto.

—Ya me ocuparé luego —dije, y ella me sonrió agradecida antes de volver a sentarse.

Entonces me miró a los ojos con una expresión más seria, aunque serena.

—Alexandre... —empezó, con la voz suave pero llena de sinceridad—. Tengo que darte las gracias. Por todo.

Alcé una ceja, sorprendido. No esperaba que fuera por ahí.

—Sé que no tenías por qué hacer lo que estás haciendo por mí —continuó, con los ojos ligeramente humedecidos, aunque se mantenía firme—. Pero, de verdad, nunca había conocido a alguien que me tratara tan bien. Sé que nosotros... no tenemos nada... —se detuvo un segundo, como si buscara las palabras adecuadas—. Pero hasta hoy eres el hombre que más respeto me ha mostrado y eso significa mucho para mí.

Aquellas palabras me descolocaron. Y no es fácil descolocarme.

Siempre me he acostumbrado a anticipar lo que los demás van a decir, a mantener cierta frialdad y distancia emocional. Pero su confesión logró atravesar todas las barreras que suelo levantar. Me quedé sin palabras un instante, mirándola, tratando de asimilar lo que aquello implicaba.

Estaba vulnerable, pero no frágil. Era una vulnerabilidad valiente, honesta, que me desarmaba por completo.

Me daba las gracias por algo que, para mí, resultaba natural. Cuidarla fue, desde el principio, lo único que consideré posible. Pero ahora comprendía que eso tenía un impacto mucho mayor de lo que había imaginado.

La chispa que siempre había estado entre nosotros parecía avivarse.

—No tienes que agradecerme nada —dije al fin—. Solo quiero que sepas que estoy aquí, para lo que necesites.

—Sí necesito hacerlo. Ahora sé que... nunca había conocido a un hombre de verdad. Así que gracias por demostrarme que, aunque parezca lejano, puedo soñar con alguien que me cuide así... y que algún día me quiera.

Sus últimas palabras tocaron algo muy profundo dentro de mí.

Era como si acabara de abrir una puerta que ni siquiera sabía que estaba cerrada. No era solo gratitud o alivio lo que veía en sus ojos, había algo más.

Sin pensarlo, impulsado por una fuerza que ya no podía ignorar, me acerqué a ella.

La distancia entre nosotros se desvaneció en cuestión de segundos y, antes de poder dudar, tomé su rostro con delicadeza entre mis manos. Sus ojos se encontraron con los míos y, en ese instante, ya no había dudas. Todo lo que intentábamos ocultar, todo el miedo y la incertidumbre, se esfumó.

—Isabela... —susurré, mirándola fijamente a los ojos, mientras mis dedos acariciaban su piel suave, como si quisieran recoger cada fragmento de su dolor y devolverle la vida—. No soy el hombre perfecto, y quizá nunca lo sea, pero mientras esté aquí, haré todo lo posible para que nunca te sientas sola, para que jamás te sientas desprotegida.

Parpadeó, con los ojos brillantes, como si mis palabras hubieran alcanzado una parte de ella que llevaba demasiado tiempo escondida.

Podía sentir su corazón latiendo con fuerza, igual que el mío, ambos atrapados en un momento que parecía a punto de estallar.

—No tienes idea de lo que eso significa para mí —susurró, con la voz ligeramente quebrada, vulnerable.

Ya no podía contenerme.

El deseo de protegerla, de permanecer a su lado, de convertirme en alguien en quien pudiera confiar sin reservas, era más intenso que cualquier otra cosa que hubiera sentido antes. Con una última mirada, me incliné y la besé.

Al principio fue un beso suave, casi vacilante. Quería que supiera que estaba al mando de la situación, que podía detenerlo si así lo deseaba. Pero cuando sentí que sus labios respondían a los míos, entregándose por completo, cualquier resto de duda desapareció.

El beso se profundizó, volviéndose más intenso, cargado de deseo y de una urgencia que ambos llevábamos tiempo conteniendo y que ahora estallaba.

Isabela no se apartó, no dudó.

Al contrario, se dejó llevar, como si por fin estuviera liberando todo lo que había guardado dentro. Sus manos ascendieron hasta mi pecho, aferrándose a mi camisa con fuerza, como si encontrara en mí un ancla.

La atraje más hacia mí, sin querer soltarla. El calor de su cuerpo, la suavidad de sus labios, la forma en que encajaba contra mí... todo

cobraba sentido.

Cuando nos separamos, sin aliento, mantuve su rostro entre mis manos, con los ojos clavados en los suyos. Ambos respirábamos con dificultad, como si el mundo se hubiera detenido a nuestro alrededor y solo existiéramos nosotros dos.

—No es algo que hubiera planeado, pero no podía evitarlo. Y tampoco quiero hacerlo.

Sonrió con timidez, como si hubiera encontrado paz en lo que acababa de suceder.

—Yo tampoco —respondió, con la voz suave, aunque firme—. Pero creo que... llevaba tiempo esperando esto.

CAPÍTULO 16



CAPÍTULO 16

*«No siempre la fuerza está en las palabras pronunciadas,
pero sí en el silencio que las acompaña»*

ISABELA RODRIGUES

Durante horas no conseguí pegar ojo tumbada en mi cama.

La imagen de aquel beso, la sensación de los labios de Alexandre sobre los míos y el calor que aún persistía en mi piel eran imposibles de borrar. Hacía tantísimo tiempo que no me sentía así... feliz.

Resultaba extraño, casi irreal, permitirme experimentar una alegría así después de todo lo que había vivido, después de tanto tiempo sintiéndome vacía, como si la felicidad fuera algo que no me estuviera destinado.

Su contacto fue más que físico; fue como si hubiera abierto una puerta dentro de mí, algo que creía cerrado para siempre. Me quedé allí, reviviendo cada detalle, notando cómo una sonrisa tímida se dibujaba en mis labios mientras mi corazón seguía latiendo más deprisa de lo habitual.

A pesar del torbellino de pensamientos y sensaciones, el cansancio terminó por vencerme y el sueño me alcanzó en algún momento entre la medianoche y la madrugada.

Cuando desperté, el mundo parecía más ligero, como si algo hubiera cambiado. Me levanté con una sensación de esperanza que hacía muchísimo que no sentía. Me vestí deprisa y decidí bajar para echar una mano en lo que hiciera falta.

No quería quedarme quieta, sintiéndome inútil en casa de Alexandre.

Al bajar, encontré a Genevive organizando la cocina, tan eficiente y metódica como siempre.

Era como si fuera el corazón de aquella casa, asegurándose de que todo estuviera en orden y funcionando. Me acerqué con una sonrisa, todavía con el eco de la felicidad de la noche anterior laténdome por dentro.

—Buenos días, Genevive —la saludé, intentando sonar lo más ligera posible—. ¿Hay algo que pueda hacer? No quiero quedarme de brazos cruzados por aquí.

Me miró sorprendida, pero enseguida una sonrisa suave iluminó su rostro.

—Buenos días, querida. No hace falta que te preocupes, estoy acostumbrada a ocuparme de todo por aquí —respondió, aunque sabía que no rechazaría un poco de ayuda.

—Insisto —dije con determinación—. Déjame ayudarte en algo. En lo que sea.

Genevive soltó una risita baja y terminó aceptando.

—De acuerdo, si tanto empeño tienes. ¿Puedes encargarte de las flores? Hay que cambiarlas. A Alexandre le gusta tenerlas siempre frescas por la casa.

Asentí, agradecida por tener algo en lo que concentrarme.

Empecé a cambiar las flores, observando cada pétalo, sintiéndome agradecida por aquella tarea tan sencilla que, aun así, me hacía sentir útil.

Mientras tanto, Genevive y yo charlábamos. Era una mujer tranquila, con un aire acogedor, y poco a poco me sentí con la confianza suficiente para hacer una pregunta que llevaba tiempo rondándome la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo? —Mi voz salió vacilante, pero ella asintió, animándome a continuar—. Nunca supe mucho sobre la madre de Theo. ¿Qué le ocurrió?

Genevive se quedó en silencio un instante, como si buscara las palabras adecuadas. Se notaba que el tema seguía siendo delicado, incluso para ella, que llevaba tantos años en aquella casa.

—Marcela... —empezó, con voz suave, aunque teñida de tristeza — era una mujer maravillosa, llena de vida. Todos la adoraban. Pero, por desgracia, tuvo complicaciones tras el nacimiento de Theo. Falleció poco después de dar a luz.

Sentí un escalofrío recorrerme el cuerpo.

¿La madre de Theo había muerto poco después de dar a luz?

Eso explicaba tantas cosas de Alexandre: su frialdad, su manera reservada de ser, la forma en que mantenía las distancias con los demás y lo protector que era con su hijo. El corazón se me encogió de un modo que no esperaba.

Perder a alguien así y, aun así, tener que criar a un hijo solo.

—Debió de ser muy duro para Alexandre —murmuré, notando cómo se me formaba un nudo en la garganta.

Ella asintió, con la mirada perdida durante un instante, como si estuviera reviviendo aquellos días.

—Fue devastador para él. Alexandre cambió mucho después de aquello. Se cerró al mundo, se refugió en el trabajo y en cuidar de Theo. Creo que es lo único que todavía lo mantiene en pie.

Me quedé en silencio, asimilando todo lo que me había contado.

Había perdido tanto, y eso lo había moldeado de formas que jamás habría imaginado. Sentí el pecho oprimido con más fuerza. Tenía muchas cicatrices, igual que yo.

—Es triste pensar que haya pasado por todo eso.

—Sí, querida. Pero ya sabes, a veces la vida pone en nuestro camino a personas que pueden ayudarnos a encontrar un nuevo comienzo —comentó, lanzándome una mirada cargada de intención, como si supiera más de lo que decía—. Alexandre está cambiando poco a poco, y lo veo con mis propios ojos.

Me quedé callada unos instantes, dejando que sus palabras resonaran en mi mente.

¿Estaba yo ayudando a Alexandre del mismo modo en que él me ayudaba a mí? ¿Era posible que, de alguna manera, estuviéramos sanando juntos?

La idea me provocó una mezcla de miedo y esperanza.

Cuando terminamos, le di las gracias y me aparté para reflexionar. Saber lo de Marcela me hizo comprender a Alexandre de

una forma distinta y, de algún modo, aquello me acercaba aún más a él.

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Será mejor que te sientes, hermano, Ricardo ha decidido ir a por todas. —Diego entró en el despacho con el rostro tenso y dejó caer el periódico sobre mi mesa.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, aunque en el fondo tampoco me importaba tanto.

Sabía que Ricardo intentaría algo tarde o temprano, pero lo único que de verdad me preocupaba era que Isabela estuviera a salvo.

Diego soltó un suspiro y señaló la televisión encendida al fondo de la sala. Me volví y vi la imagen de Ricardo, siempre impecable en su puesta en escena, hablando con los periodistas.

El titular que aparecía debajo lo decía todo:

“Empresario Ricardo Vilar acusa a Alexandre Bittencourt de manipulación psicológica y de robarle la novia.”

Sonreí.

Lo de robarle la novia había sido brillante.

—Ha ido a los medios. Está diciendo que le lavaste el cerebro a su futura esposa para que se marchara. —Diego cruzó los brazos, con la voz cargada de irritación—. Asegura que la estás controlando, apartándola de su familia, es decir, de él. Y esto está generando una crisis de imagen para Amacel. Algunos inversores empiezan a inquietarse por lo que está pasando. El teléfono no ha dejado de sonar desde que emitieron la noticia.

Durante unos minutos contemplé el espectáculo de Ricardo.

Lucía su habitual gesto de falsa preocupación, modulando cada palabra con una precisión calculada. Era bueno en aquello: en la manipulación pública, en hacerse la víctima.

Ahora intentaba construir una narrativa en la que yo era el villano, un hombre poderoso que supuestamente había usado su influencia para apartar a Isabela de su lado.

Como si ella fuera algún objeto en disputa.

Sin embargo, lo que realmente me llamó la atención fue la desesperación en su mirada. No era evidente para la mayoría, pero para mí resultaba clarísima. Ricardo estaba perdiendo el control, y lo sabía.

Las denuncias que Isabela había presentado en comisaría, las señales de que su vida empezaba a desmoronarse poco a poco... todo eso lo estaba empujando a actuar desde la desesperación.

—Está jugando sucio —dijo mi hermano, pasándose la mano por el rostro—. Y los inversores no saben qué pensar. Amacel nunca se ha visto envuelta en escándalos, y ahora estamos en una situación delicada. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, Alexandre. La prensa no necesita la verdad, solo una buena historia.

Mantuve el gesto sereno, sin dejar traslucir la menor señal de preocupación.

—Ricardo está desesperado. Eso solo demuestra que tiene miedo. —Mi voz era tranquila, casi indiferente—. Sabe que las acusaciones en su contra van a destruir la imagen que tanto se ha esforzado en construir. Esto no es más que el principio. Está intentando desviar la atención y cargar la culpa en otro.

Diego me miró con una mezcla de incredulidad y curiosidad.

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —preguntó, con la frustración marcándole el tono—. Esto puede afectar a la empresa. Hay

gente cuestionando qué está pasando y si de verdad estás metido en todo este drama personal.

—Porque ya tengo un plan —respondí, poniéndome en pie y apagando la televisión—. Ricardo puede intentar manipular la opinión pública, pero al final los hechos pesan más. Y me encargaré de que quede al descubierto tal y como es en realidad.

—¿Y cuál es ese plan? —insistió Diego, más intrigado que antes.

Sonreí, pero no revelé nada.

—Aún no, hermano. Necesito que todo esté perfectamente encajado antes de mover ficha. Pero créeme, Ricardo no sabrá qué le ha golpeado.

Mi hermano resopló, aunque no insistió.

Sabía que yo nunca actuaba por impulso. Todo lo que hacía estaba calculado al milímetro, y Ricardo no sería una excepción.

¿Quiere jugar sucio? Perfecto.

Siempre he sido paciente, siempre he sabido esperar el momento exacto para actuar. Y cuando llegara la hora, comprendería el error que cometió al intentar derribarme.

Pero, por ahora, mi atención estaba en otra cosa —o mejor dicho, en otra persona—. Mientras Ricardo se hundía en su propia desesperación, mi prioridad seguía siendo mantener a Isabela a salvo y encontrar la manera de cortar de raíz su influencia sobre ella.

Cada movimiento suyo, cada palabra que pronunciaba ante los medios, no hacía más que confirmar una cosa: sabía que estaba perdiendo.

—Hasta entonces, mantén tranquilos a nuestros inversores —añadí al final, volviéndome hacia Diego—. Diles que confíen en mí, como siempre lo han hecho.

Diego asintió, todavía escéptico, aunque no volvió a insistir. Sabía que, cuando algo se me metía en la cabeza, nada conseguía apartarme de mi objetivo.

La batalla con Ricardo no había hecho más que empezar, pero yo ya sabía cómo quería que terminara.

Y si ha dicho que le robé la novia, me aseguraré de convertir esa acusación en mi mejor jugada...

CAPÍTULO 17



CAPÍTULO 17

*«Algunas verdades llegan demasiado tarde para evitar el
daño»*

ISABELA RODRIGUES

Acabé viendo en las noticias lo que Ricardo había dicho y, por extraño que resultara, en ese momento no estaba preocupada por mí,

sino por Alexandre.

No entendía gran cosa de negocios, pero las noticias negativas siempre pueden afectar a una empresa, y eso me tenía en vilo.

Cuando Alexandre llegó a casa, fui directa hacia él, decidida a decir en voz alta lo que llevaba clavado en la mente. Tenía el semblante sereno, como siempre, pero yo notaba el peso de la situación en cada palabra que intentaba articular.

Estaba nerviosa, y él parecía darse cuenta.

—Alexandre, yo... —empecé, con la voz ligeramente vacilante, aunque enseguida reuní fuerzas— estoy preocupada. Lo que Ricardo ha dicho en los medios puede perjudicar a tu empresa. Si eso ocurre, entenderé que quieras poner fin a esta farsa, a todo esto.

Me sostuvo la mirada en silencio durante unos segundos, lo que solo consiguió ponerme aún más nerviosa. Continué, incapaz de contener lo que sentía.

—Es peligroso —añadí, intentando mantener la calma, aunque la voz me tembló—. ¿Y si intenta hacer algo contra ti? Ricardo ha dicho que le robaste la novia, que fuiste tú quien me apartó de él. No quiero que eso te ponga en riesgo por mi culpa.

Sentía una mezcla de miedo y culpa arremolinándose dentro de mí.

No quería convertirme en el origen de los problemas de Alexandre, y mucho menos de algo tan serio como amenazas a su seguridad o a su reputación.

Alexandre suspiró y se acercó, clavando en mí esa mirada impenetrable que siempre lograba desconcertarme. A pesar de mi inquietud, él parecía inquebrantable, como si nada pudiera afectarle de verdad.

—Isabela, todo está bajo control —dijo con voz calmada, pero firme—. No tienes que preocuparte por Ricardo ni por lo que haya dicho.

Fruncí el ceño, desconcertada.

¿Cómo podía estar tan seguro de que todo estaba bajo control?

Esa seguridad me inquietaba aún más, como si supiera algo que yo ignoraba. Antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, Alexandre continuó, dio un paso al frente y me miró de frente.

—En eso tiene razón —afirmó con tal convicción que me dejó a medio pensamiento.

—¿Cómo que tiene razón? —pregunté, sin comprender qué quería decir.

Entonces soltó la bomba con una naturalidad casi desconcertante, como si estuviera proponiendo algo de lo más corriente.

—Vamos a casarnos —declaró con una serenidad que me descolocó—. De mentira, claro. Pero vamos a hacerlo.

Me quedé paralizada, intentando asimilar sus palabras.

¿Casarnos? ¿Alexandre y yo?

No tenía ningún sentido y, sin embargo, lo decía con tanta naturalidad que parecía el paso más lógico del mundo.

—¿C-casarnos? —tartamudeé, con la mente dando vueltas—. ¿Hablas en serio?

Asintió como si fuera la cosa más sencilla del mundo.

—Sí. Si Ricardo quiere jugar con los medios, les daremos exactamente lo que buscan. Si estamos prometidos, si estamos casados,

ya no podrá sostener que te he manipulado o apartado de él. Y así le quitamos toda credibilidad.

Lo miré, aún conmocionada, intentando entender el plan.

La propuesta parecía surrealista y, sin embargo, tenía una lógica inquietante. Si estábamos juntos de forma oficial, Ricardo perdería cualquier argumento de que yo había sido robada o forzada a nada. La prensa se pondría de nuestro lado y él quedaría como el único villano de la historia.

—Pero esto es... —Mi mente buscaba las palabras adecuadas, pero nada terminaba de encajar.

Alexandre me sostuvo la mirada y, esta vez, había algo distinto en sus ojos, una determinación que jamás le había visto.

No estaba bromeando y, de pronto, comprendí hasta qué punto estaba dispuesto a llegar para protegernos —para protegerme—.

—Esto nos mantendrá a salvo, Isabela —dijo, ahora con un tono más sereno, como si intentara tranquilizarme—. No lo hago por mí. Lo hago por ti. Para asegurarme de que Ricardo no vuelva a tener ningún control sobre tu vida.

El peso de sus palabras terminó por alcanzarme.

Me estaba ofreciendo una salida, una solución. Y por absurda que sonara la idea de casarnos, era la mejor oportunidad que tenía para liberarme de Ricardo de una vez por todas.

Respiré hondo, sintiendo cómo la confusión se iba disipando poco a poco, dejando paso a un alivio extraño, mezclado con algo que no sabía nombrar.

Alexandre se estaba poniendo al frente de todo aquello, comprometiéndose de una manera que jamás habría imaginado. Y, por raro que resultara, confiaba en él.

—De acuerdo... —murmuré, todavía algo aturdida, pero decidida—. Si crees que va a funcionar... acepto.

Los ojos de Alexandre brillaron un instante, como si hubiera sabido que acabaría tomando esa decisión, y asintió.

—Va a funcionar —aseguró, con la voz baja, pero firme—. Me encargaré de que así sea.

Y fue entonces, en ese preciso momento, cuando entendí que estaba a punto de adentrarme en algo mucho más grande de lo que

jamás habría imaginado.

Un matrimonio de mentira, una batalla muy real y un hombre a mi lado al que apenas conocía, pero en quien ya empezaba a confiarle mi vida.

ALEXANDRE BITTENCOURT

Vi el impacto en su rostro cuando mencioné el matrimonio.

Era comprensible. La idea de casarse, aunque fuera de mentira, no es algo que se asimile con facilidad, sobre todo después de todo lo que había vivido.

Aun así, sabía que era la única forma de mantenerla a salvo y, al mismo tiempo, desarmar a Ricardo de una vez por todas. Teníamos que jugar con sus mismas armas, pero con la ventaja de ir un paso por delante.

La sala quedó en silencio durante unos instantes, y pude ver a Isabela tratando de asimilar todo lo que le había dicho. Aun así, había algo en sus ojos, algo que me indicaba que empezaba a confiar en mí de verdad.

—¿Cuál es tu mayor sueño? ¿Dónde te gustaría vivir si pudieras elegir?

Me miró sorprendida por la pregunta, como si nunca se hubiera detenido a pensarlo en serio, como si sus sueños hubieran quedado atrás hacía mucho tiempo. Sus ojos se desviaron un instante, como si buscara la respuesta en algún rincón olvidado de su memoria.

—Creo que... —hizo una pausa, reflexionando— siempre he querido vivir en Nueva Zelanda. No sé muy bien por qué. Tal vez por los paisajes, por la sensación de calma que parece tener aquel lugar. Un sitio donde pudiera empezar de nuevo.

Sonreí levemente, imaginándola en un lugar así, lejos de todo, por fin libre.

—Nueva Zelanda, ¿eh? —respondí, pensativo—. Eso es perfectamente posible. Puedo hacer realidad ese sueño. Si Ricardo no acaba en prisión, si las cosas no salen como esperamos, podrás ir allí, segura, lejos de todo esto. Pero para que eso ocurra, necesitamos seguir adelante con el plan. Solo tienes que aceptar este matrimonio. Cuando todo termine, estarás a salvo y serás libre para vivir como quieras.

Me sostuvo la mirada, y pude ver la lucha interna desarrollándose dentro de ella. Era demasiado que asimilar, demasiado peso sobre sus hombros, pero no me contradijo.

No hubo rechazo.

Estaba empezando a confiar en mí de una forma que quizá ni ella misma había advertido aún.

Isabela guardó silencio, pensativa, dejando que mis palabras calaran en ella. No dijo nada, pero el hecho de no negarse ni replicar me indicó que estaba considerando seriamente lo que le proponía. El silencio entre nosotros se rompió con la llegada de mi hijo.

—¡Papá! —exclamó, corriendo hacia mí con una sonrisa radiante en el rostro.

Isabela se levantó, sonriéndole a Theo mientras se acercaba.

—Os dejo tranquilos —dijo con una sonrisa suave—. Voy a terminar de leer un rato en mi habitación.

Se retiró, y la observé mientras salía del salón.

Cuando nos quedamos solos, Theo me miró con su curiosidad habitual. Me senté en el sofá y lo atraje hacia mí.

—Bueno, campeón, ¿qué te parece Isabela?

Theo frunció el ceño un momento, pero enseguida sonrió, recordando algo que claramente lo hacía feliz.

—Me cae bien, papá. Habla conmigo cuando vuelvo del cole, me pregunta cómo me ha ido el día... —explicó, con la sonrisa ensanchándose—. Y también juega conmigo. Por eso me gusta más.

Isabela tenía una manera natural de tratar a Theo, algo que no esperaba y que, sin embargo, me tranquilizaba. A mi hijo le gustaba, y eso significaba mucho para mí.

—Me alegra que te guste, hijo. —Sonreí, revolviéndole el pelo con suavidad.

Era reconfortante oírlo y, de algún modo, confirmaba lo que ya intuía: Isabela se estaba convirtiendo en parte de nuestras vidas de una manera que ni ella ni yo habíamos previsto.

Mientras Theo seguía hablándome de sus momentos con Isabela, una cosa se volvió evidente en mi mente.

Haría cualquier cosa para mantenerla a salvo, aunque eso significara sostener ese matrimonio de fachada hasta el final.

CAPÍTULO 18



CAPÍTULO 18

*«El miedo puede mantenernos con vida, pero es el valor
lo que nos hace vivir»*

ISABELA RODRIGUES

Aún no sabía qué pensar de ese matrimonio de mentira.

La propuesta de Alexandre parecía lógica, casi fría, pero al mismo tiempo era una de las pocas soluciones que realmente podían funcionar para protegernos de Ricardo.

Y luego estaba la promesa de un futuro... en Nueva Zelanda. Un lugar tan lejano, tan distinto a todo lo que conocía y, precisamente por eso, tan atractivo.

Una vida nueva, lejos de todo y de todos, sin las sombras de mi pasado persiguiéndome a cada paso.

Sin embargo, el peso de lo que aquello implicaba seguía manteniéndome despierta. Casarme, aunque fuera de mentira, era un paso enorme. Confiaba en Alexandre, o al menos empezaba a hacerlo, pero esa confianza aún era frágil.

Lo que más me asustaba, incluso más que la idea de un matrimonio de fachada, era lo que pudiera venir después.

¿Y si algo salía mal?

No quería que Alexandre pagara las consecuencias por mi culpa. Estaba arriesgando mucho más que su reputación por alguien que le había mentado...

Aquella fue otra noche en la que el sueño no llegó con facilidad.

Tenía la cabeza hecha un torbellino y lo único que deseaba era un poco de calma. Cuando por fin me quedé dormida, tuve sueños confusos en los que la imagen de Ricardo se mezclaba con la de Alexandre, y ya no sabía en quién confiar.

A la mañana siguiente decidí que necesitaba actuar.

La incertidumbre me asfixiaba, y la única manera de seguir adelante era enfrentar lo que me inquietaba de frente.

Me vestí de prisa y salí hacia la empresa de Alexandre. Necesitaba hablar con él, entender mejor qué estábamos haciendo realmente y qué podía depararnos el futuro.

Al llegar a la entrada del edificio, noté un movimiento extraño a mi alrededor. Antes de que pudiera reaccionar, alguien se acercó con rapidez. El corazón me dio un vuelco al reconocer a Ricardo.

—¡Isabela! —Estaba alterado, con la voz cargada de una rabia apenas contenida—. ¡Por fin te encuentro!

Intenté apartarme, pero me bloqueó el paso, acercándose con una expresión que mezclaba furia y desesperación.

—¿Qué crees que estás haciendo? —continuó, elevando la voz—. ¿Piensas que puedes dejarme así, sin más? ¿Después de todo lo que he hecho por ti?

Sentí cómo el cuerpo se me tensaba, mientras el pánico empezaba a abrirse paso.

No había venido a hablar ni a resolver nada. Ricardo estaba fuera de sí, y cada palabra suya solo conseguía que quisiera salir corriendo.

—¡Eres mía! —dio un paso al frente, con un tono ahora peligrosamente controlado—. ¡Voy a acabar con esta farsa! Ese matrimonio con Alexandre es una ridiculez, y ahora mismo te vienes conmigo.

—No voy a ir a ningún sitio contigo —afirmé, intentando mantener la voz firme, aunque me tembló ligeramente.

La expresión de Ricardo se deformó de rabia, con los ojos chispeantes. Dio otro paso hacia mí, y yo retrocedí, sintiendo cómo el corazón se me desbocaba.

—*¿De verdad crees que puedes escapar de mí? —Se echó a reír, pero era una risa sin alegría, cargada de amenaza—. No importa adónde vayas, siempre acabaré encontrándote.*

Estaba a punto de gritar pidiendo ayuda cuando, de repente, oí una voz firme a mi espalda.

—¡Basta!

Alexandre apareció en la entrada del edificio, con la postura rígida y el gesto impenetrable.

Avanzó hacia nosotros con calma, pero cada paso que daba parecía envolverlo en una autoridad aún más densa, casi palpable. Ricardo se volvió para encararlo, y su expresión pasó de la rabia a algo más oscuro, como si supiera que Alexandre no era alguien con quien pudiera jugar.

—Ah, claro —dijo Ricardo, con una sonrisa cínica dibujándose en su rostro—. Ya ha llegado el héroe.

Alexandre se detuvo a mi lado, pero no miró a Ricardo. Tenía los ojos puestos en mí, y la firmeza de su mirada consiguió serenarme al instante.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —preguntó en voz baja, cargada de preocupación.

—Estoy bien —asentí, aunque por dentro seguía temblando; aun así, verlo allí me hizo sentir que, por fin, no estaba sola en esto.

Entonces Alexandre se volvió hacia Ricardo, y su expresión cambió por completo.

No dijo nada durante unos segundos; simplemente lo observó con esa frialdad que sabía que le era tan propia. Y en ese instante comprendí que Ricardo se enfrentaba a un adversario al que había subestimado claramente.

—Ya te lo he dicho, Ricardo. Isabela no se va a ir contigo. Y si sigues con esas amenazas, las consecuencias serán más graves de lo que imaginas.

—No tienes derecho a mantenerla lejos de mí —replicó él, intentando recuperar el control—. ¡Es mi prometida!

—Ya no —declaró Alexandre, dando un paso al frente—. Y sabes perfectamente que eso se acabó.

Ricardo retrocedió un paso, claramente consciente de que estaba perdiendo el control de la situación.

Me lanzó una mirada cargada de rabia contenida y, cuando volvió a fijarse en Alexandre, supe que tenía poco margen de maniobra en aquel momento.

—Esto no ha terminado, Alexandre. Ya lo verás. —Se dio la vuelta, y su voz resonó mientras se alejaba calle abajo.

Sentí que me derrumbaba por dentro cuando desapareció al final de la calle. Alexandre seguía a mi lado, firme, y por fin pude respirar con normalidad.

—Gracias... —murmuré, notando cómo las lágrimas me nublaban la vista.

Alexandre asintió sin más; su expresión se suavizó ligeramente mientras me acercaba hacia él y sus manos, firmes pero reconfortantes, se posaban en mis hombros.

—Ahora estás a salvo. Y me aseguraré de que siga siendo así, Isabela.

Y en ese instante supe que confiar en Alexandre había sido la mejor decisión que podía haber tomado.

ALEXANDRE BITTENCOURT

Antes de que pudiera decir nada, Isabela dio un paso al frente y, sin previo aviso, me abrazó.

Fue un gesto inesperado y, al mismo tiempo, daba la impresión de que llevaba el peso de toda una vida sobre los hombros y necesitaba un refugio seguro.

Me quedé inmóvil un instante, sorprendido, hasta que mis brazos acabaron rodeando su cuerpo. Su contacto era ligero, pero en él había una vulnerabilidad palpable.

Podía sentir la tensión que arrastraba y, en el silencio de aquel abrazo, comprendí que necesitaba algo más que protección física: necesitaba a alguien a su lado, firme, implacable.

Cada vez sentía con más fuerza el impulso de protegerla, de mantenerla lejos de todo lo que Ricardo representaba. El control frío

que solía ejercer sobre mí mismo empezó a desvanecerse al darme cuenta de hasta qué punto confiaba en mí.

Al cabo de unos segundos se apartó despacio, aunque sus ojos seguían clavados en los míos, buscando algo que ni ella misma parecía saber nombrar.

Le acaricié el rostro con suavidad, un gesto que en ese momento surgió de manera natural.

—Vas a estar a salvo. Me estoy ocupando de todo. Hay cámaras en la entrada del edificio, así que ya ha quedado registrada la visita de Ricardo. Eso solo empeora su situación.

Asintió, y el alivio se reflejó con claridad en su mirada.

El roce de mis dedos sobre su piel pareció devolverle algo de calma, la certeza de que estaba a su lado en aquella lucha.

—Estoy reuniendo más pruebas, cosas que lo incriminen de forma definitiva. No va a salir impune. No mientras yo pueda hacer algo al respecto.

Respiró hondo, como si estuviera asimilando el peso de mis palabras, y entonces, para mi sorpresa, dijo algo que no esperaba oír:

—Confío en ti, Alexandre. Sea cual sea el plan, estoy de acuerdo. Sé que solo quieres protegerme y ya no tengo motivos para dudar.

Había una sinceridad innegable en su voz. Isabela, con toda la herida y el miedo que llevaba dentro, me estaba entregando una confianza que apenas era capaz de concederse a sí misma.

—Entonces, ¿estás conmigo? —pregunté, mirándola a los ojos, necesitando escuchar aquella confirmación una vez más.

—Estoy contigo —respondió sin vacilar—. Estoy contigo.

Deslicé el pulgar suavemente por su mejilla antes de apartarme, tomando aire con calma. Sabía que la batalla contra Ricardo estaba lejos de terminar, pero ahora tenía algo que él jamás tendría: la confianza de Isabela.

—Me aseguraré de que todo termine de la mejor manera posible. Y cuando todo esto acabe, serás libre, exactamente como siempre has querido.

Ella asintió en silencio, y aquel instante, pese a su calma, parecía anunciar algo mucho más grande.

Un futuro en el que no solo la protegería, sino que quizá le permitiría entrar en mi mundo de un modo que nunca antes había permitido a nadie.

Y aunque todo hubiera empezado con una mentira, por primera vez en años me permití imaginar cómo sería vivir con alguien a mi lado de verdad.

CAPÍTULO 19



CAPÍTULO 19

«Lo que está por venir siempre es incierto, pero las promesas hechas en el presente son nuestra ancla»

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Me he enterado del numerito de Ricardo en la puerta de la empresa —dijo mi hermano en cuanto salimos de una reunión

agotadora.

La visita intempestiva de Ricardo no solo nos estaba generando más problemas, sino que además agravaba una situación ya delicada.

Cada vez estaba más cerca de cruzar la línea y, tratándose de alguien como él, era solo cuestión de tiempo que cometiera una imprudencia.

—Sí, ha ido demasiado lejos —respondí con voz contenida—. El simple hecho de presentarse en la empresa demuestra lo desesperado que está. Sabe que Isabela no quiere saber nada más de él y, aun así, insiste en comportarse como si tuviera algún derecho sobre ella.

—¿Crees que esto puede afectar a los inversores?

Sabíamos que cualquier escándalo personal podía sacudir la confianza de quienes dependían de nuestra imagen pública.

—Por ahora no hay motivo para alarmarse —comenté, sin apartar la mirada—. Pero si Ricardo sigue forzando este tipo de escenas, la situación puede escalar con rapidez. No voy a permitir que vuelva a acercarse a Isabela, ni dentro ni fuera de la empresa.

Sabía que, para mí, aquello iba mucho más allá de los negocios. Era cuestión de proteger a alguien que, de algún modo, ya formaba parte de mi vida.

La presencia de Ricardo era una amenaza que no podía subestimar y mi hermano, aunque siempre pragmático, entendía el peso de esa responsabilidad.

—Si necesitas algo, cuenta conmigo —dijo Diego al fin, antes de levantarse y salir del despacho.

Me senté frente a la mesa y respiré hondo, intentando concentrarme en el trabajo que tenía delante. Pero era difícil ignorar la inquietud que crecía dentro de mí desde la última aparición de Ricardo.

Estaba cruzando límites que no podía tolerar y ahora ya no se trataba solo de preservar la reputación de la empresa.

Era algo personal.

Unos minutos después, tomé el teléfono, dudé un segundo y marqué el número de alguien en quien sabía que podía confiar. Sonó varias veces antes de que una voz conocida respondiera al otro lado.

—Necesito un favor —dije, manteniendo un tono neutro, aunque cargado de gravedad—. Quiero resolver esto de una vez por todas.

La voz respondió afirmativamente, sin pedir explicaciones.

No hacía falta.

Sabía de qué se trataba y yo sabía que podía contar con él para afrontar lo que viniera después.

Colgué y me quedé mirando la ciudad a través del ventanal. Fuera cual fuese la jugada de Ricardo, no iba a salirse con la suya.

No mientras yo siguiera al mando.

ISABELA RODRIGUES

Mientras escuchaba la risa ligera de Theo resonando por el salón, una calidez suave se expandió dentro de mí. Desde que llegó del colegio, habíamos pasado la tarde juntos, jugando, hablando, riéndonos de las historias que me contaba con tanto entusiasmo.

Era fácil olvidar el caos que rugía al otro lado de aquellas paredes cuando estaba allí con él, contemplando el brillo inocente de sus ojos al hablar de sus sueños y del futuro.

—Cuando sea mayor quiero ser ingeniero o empresario, como mi padre y el tío Diego —dijo con la seguridad de quien ya tiene el futuro trazado—. Aunque también mola ser piloto de avión... no sé... ¡igual soy las tres cosas!

Sonreí y le acaricié suavemente el cabello, admirando la naturalidad con la que hablaba del mañana, de todo lo que quería alcanzar.

La inocencia de Theo lograba que, por unos instantes, me olvidara de mis propios miedos e incertidumbres. Con él, el mundo

volvía a parecer sencillo.

—Puedes ser lo que quieras, Theo. —Mi voz salió baja, pero cargada de sinceridad—. Estoy segura de que serás increíble en lo que elijas.

Mientras lo escuchaba hablar de los sueños que guardaba para el futuro, una idea inesperada cruzó mi mente.

Me imaginé siendo madre.

No de forma lejana, sino cercana, tangible. Me vi con un niño en brazos, cuidándolo, protegiéndolo... y, de pronto, me descubrí deseando, por primera vez, estar realmente embarazada.

Era un pensamiento que había estado esquivando desde hacía días, desde que inventé la mentira del embarazo para protegerme de Ricardo. Pero ahora, con Theo a mi lado, riendo y mirándome con esa confianza limpia, el deseo de ser madre emergió con fuerza.

No como una escapatoria, sino como un anhelo auténtico. Una parte de mí deseaba esa vida, una vida de amor, de protección, de una familia de verdad.

Me sorprendí imaginando cómo sería sostener a mi propio hijo entre los brazos, sentir ese vínculo profundo, eterno. El pensamiento era tan intenso que casi podía notar el peso de un bebé apoyado en mi pecho, su calor, su aroma.

Theo seguía hablando, ahora sobre la casa enorme que construiría para que él y su padre vivieran juntos, con un jardín inmenso y un perro. Su voz estaba tan cargada de ilusión que me hizo sonreír todavía más.

Cuando conocí a Alexandre por primera vez, jamás habría imaginado que una simple tarde con su hijo despertaría algo tan profundo en mí. No era solo el impulso de proteger a Theo, sino también el deseo de cuidar, de formar parte de algo más grande.

Era un sentimiento que crecía cada vez que lo miraba.

—¿Tú crees que a mi padre le gustará si le construyo una casa chulísima? —preguntó Theo, con los ojos brillando de expectación.

—Estoy segura de que le encantará.

Theo tenía esa capacidad de convertir cualquier instante en algo ligero y luminoso, algo que yo no sabía cuánto necesitaba.

Siguió hablando de la casa que levantaría para su padre, describiendo cada detalle con precisión infantil, desde las paredes hasta el jardín donde, según él, habría espacio de sobra para una piscina, una cama elástica y, por supuesto, un perro gigante.

Lo escuché con atención, riéndome suavemente con cada idea que proponía, sin interrumpirlo jamás. Era divertido y, al mismo tiempo, conmovedor comprobar cuánto pensaba en su padre y cuánto deseaba hacerlo feliz.

—¿Y tú? —pregunté de pronto, incapaz de reprimir la curiosidad—. ¿Dónde vas a vivir en esa casa tan increíble?

Theo se quedó pensativo un instante y luego me lanzó una mirada traviesa.

—¡Pues en mi habitación, claro! —exclamó, como si fuera lo más evidente del mundo—. Será enorme, con todos mis juguetes y... quién sabe, igual también puedo tener un hermano o una hermana. Así podríamos jugar juntos todo el tiempo.

Aquel comentario me dejó descolocada.

Hablaba con una naturalidad tan limpia sobre la posibilidad de tener un hermano o una hermana, como si fuera un deseo profundo que

aún no se había hecho realidad.

La idea de que quizá se sintiera solo de algún modo me conmovió por dentro.

—Estoy segura de que serías un hermano mayor estupendo.

Me devolvió la sonrisa, satisfecho con mi respuesta, y siguió hablando de las aventuras que viviría con ese hermano imaginario. Sin embargo, yo me quedé dándole vueltas a lo que acababa de decir.

La mención de Theo a tener una familia más grande, a compartir sus días con alguien más además de su padre, me hizo pensar en cómo podría ser su vida, tal vez más plena.

Aquella idea resultaba, al mismo tiempo, aterradora y reconfortante.

Nunca había contemplado seriamente la posibilidad de algo así. Para mí, el amor y la familia eran conceptos lejanos, casi inalcanzables después de todo lo que había vivido con Ricardo.

Pero allí, en ese instante, con Theo a mi lado hablándome de su casa perfecta y de la vida que soñaba, comprendí que quizá, solo quizá, yo pudiera formar parte de algo así.

El simple hecho de estar allí con él me proporcionó una paz que hacía mucho que no sentía. Había una dulzura en aquel momento, la sensación de que, aunque todo siguiera siendo incierto y aterrador, la felicidad podía esconderse en instantes tan pequeños como aquel.

—Theo —lo llamé, sintiendo de pronto la necesidad de decir algo, de expresar lo que llevaba dentro. Él me miró atento, con esos ojos grandes y curiosos—. Creo que cuando seas mayor y construyas esa casa increíble, estará llena de amor, ¿sabes? Y quien viva allí contigo será muy afortunado.

Se rió, como si estuviera afirmando algo evidente.

—¡Claro que sí! —respondió sin la menor duda—. Y tú puedes venir a visitarnos siempre que quieras.

El corazón me dio un vuelco inesperado.

Sonreí, intentando disimular cuánto me habían afectado aquellas palabras. Theo no sabía lo mucho que significaban para mí, lo mucho que anhelaba pertenecer, tener una familia de verdad.

Quizá nunca llegara a saber el impacto que estaba teniendo en mi vida.

Pero en ese instante, al mirarlo, supe que había mucho más en juego que mi huida de Ricardo. Empezaba a vislumbrar que, junto a Alexandre y Theo, podía existir una nueva oportunidad para mí.

—Lo recordaré, Theo —le sonreí—. Lo recordaré, sí.

CAPÍTULO 20



CAPÍTULO 20

*«Quien ama tiene el valor de enfrentarse a monstruos
que otros ni siquiera son capaces de ver»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Decidí no interrumpir el momento.

Me quedé allí, a cierta distancia, observando a Isabela y a Theo. La manera en que ella interactuaba con él, la forma en que él reía sin preocupaciones a su lado... era casi imposible no sonreír ante aquella escena.

No hacía tanto que Isabela había entrado en nuestras vidas, pero la conexión con mi hijo era innegable, casi instintiva.

Theo me vio de repente y, en cuestión de segundos, ya estaba corriendo hacia mí.

—¡Papá! —exclamó, lleno de entusiasmo—. ¡Hoy hemos hecho un montón de cosas! Le he contado a Isabela la casa que quiero construir para ti y que voy a ser empresario, ingeniero y piloto de avión.

Hablaba atropelladamente, con los ojos brillantes de emoción mientras compartía cada detalle de lo que habían hecho juntos aquella tarde.

Lo escuchaba con atención, pero mis ojos no podían dejar de posarse en Isabela que, al notar mi mirada, pareció sentirse ligeramente cohibida. Se movió incómoda en el sofá, como si no supiera muy bien qué hacer con la atención que ahora recaía sobre ella.

Theo siguió relatando sus aventuras un rato más, hasta que salió disparado a buscar uno de sus juguetes. El salón quedó en silencio durante unos instantes y aproveché para acercarme a Isabela.

—Le gustas mucho. Eso no es algo habitual en él.

Sonrió, pero el leve rubor en sus mejillas la delató. Había algo en la forma en que se comportaba con Theo que removía algo inesperado dentro de mí.

Era como si, poco a poco, estuviera encontrando su sitio en el caos en que se habían convertido nuestras vidas. Y lo que más me sorprendía era cuánto me estaba gustando.

—Es un niño increíble —dijo, casi con timidez—. No cuesta nada quererlo.

Me senté a su lado y, durante un instante, dejé que el silencio ocupara el espacio entre nosotros. Pero mientras la observaba, mientras veía el cariño con el que trataba a mi hijo, algo dentro de mí comenzó a agitarse.

—Si sigues tratando así a mi hijo... —empecé, con una media sonrisa dibujándose en mis labios— acabaré enamorándome de verdad.

Las palabras escaparon antes de que pudiera filtrarlas, pero no hubo arrepentimiento. Era la verdad, desnuda y directa, y en ese momento no quería ocultarla.

Isabela se quedó inmóvil un segundo, sorprendida por mi franqueza. Sus ojos se abrieron ligeramente, como si no supiera si estaba bromeando o hablaba en serio.

Pero no estaba bromeando.

—Alexandre... —murmuró, vacilante, aunque la voz se le quebró.

La observé un poco más, admirando cómo había logrado adaptarse a una situación tan compleja y peligrosa. Había en Isabela una fortaleza que no había percibido al principio, pero que ahora resultaba evidente.

Era alguien que había soportado más de lo que debería y, aun así, seguía encontrando la forma de conectar, de cuidar, de sonreír.

Ya no se trataba solo de protegerla de Ricardo.

Había algo más creciendo entre nosotros, algo que ya no podía seguir ignorando.

—Gracias... por todo. —Su voz salió más baja esta vez, casi en un susurro—. No tenías por qué ayudarme y yo... ya sé que lo he dicho antes, pero ahora es diferente. Tú y Theo... me estáis mostrando algo que nunca tuve.

—En realidad, eres tú quien me está enseñando algo que no creí volver a vivir...

ISABELA RODRIGUES

Oír aquello fue demasiado para mí.

La forma en que Alexandre lo dijo, la sinceridad en sus ojos, todo me golpeó de un modo que no esperaba. Fue como si, en cuestión de segundos, toda la confusión y el miedo que llevaba arrastrando se disiparan, dejando espacio únicamente a lo que sentía por él en ese instante.

Y, por primera vez en mucho tiempo, no quise luchar contra ese sentimiento.

Lo observaba desde la distancia, pero no era solo admiración. Algo más profundo crecía dentro de mí, algo que me hacía creer que, a pesar de todo mi pasado, Alexandre podía ser el hombre adecuado.

El hombre que no solo me protegería, sino que me vería tal como era.

Antes de poder pensar en las consecuencias, me acerqué a él. Cada paso hacía que el corazón me latiera con más fuerza y, cuando me

detuve frente a él, supe que ya no había vuelta atrás.

Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo, y fue suficiente. Sin decir palabra, me aproximé aún más y mis labios encontraron los suyos en un beso que, esta vez, inicié yo.

Fue suave al principio, casi tímido, pero pronto se volvió más intenso, más urgente. Dejé atrás cualquier intento de control, entregándome al momento sin pensar en lo que vendría después.

Alexandre no dudó. Con un gesto firme me atrajo hacia él y profundizó el beso de una manera que hizo vibrar todo mi cuerpo. En aquel instante solo existía él, el calor de sus labios y sus manos seguras sosteniéndome, como si el mundo entero hubiera desaparecido.

Cuando me di cuenta, ya estábamos en uno de los dormitorios de la mansión.

Ni siquiera fui consciente del trayecto hasta allí. Todo era una sucesión de sensaciones, como si el tiempo se hubiera detenido para nosotros. Alexandre me sostuvo por la cintura, me alzó con suavidad y me apoyó sobre una superficie —quizá una cómoda o una mesa, no sabría decirlo—. El deseo lo envolvía todo hasta distorsionar la realidad.

Sus besos eran intensos, casi desesperados, como si quisiera recorrer cada rincón de mí, y yo respondí con la misma entrega. Nada importaba salvo sentir su cercanía, el calor de su piel, la forma en que lograba que olvidara todo lo demás.

Me tomó de nuevo en brazos y esta vez me llevó hasta la cama, recostándome con cuidado mientras sus labios descendían por mi cuello y mi hombro.

Cuando nuestros cuerpos se unieron, fue como si el mundo entero se desvaneciera. Ya no había miedo ni incertidumbre, solo el presente, la conexión que estábamos creando entre aquellas cuatro paredes.

Nos amamos con una intensidad que jamás había experimentado. Cada caricia parecía encerrar una promesa silenciosa, la certeza de que, aunque el mundo se derrumbara a nuestro alrededor, nosotros seguiríamos allí, juntos. Su cuerpo contra el mío se sentía perfecto de una manera casi irreal.

Y en medio de todo comprendí que, por primera vez en años, estaba permitiendo que alguien entrara por completo en mi vida, en mi cuerpo y en mi corazón.

Cuando todo terminó, permanecimos en silencio, mientras el peso de la realidad regresaba poco a poco, sin romper la magia de aquel momento. Lo miré a los ojos y él sostuvo mi mirada, con una suavidad que nunca le había visto.

Había una comprensión callada entre nosotros, algo que iba más allá de las palabras. Sabía que las consecuencias llegarían, que nada era tan sencillo, pero en ese instante nada de eso importaba... al menos para mí.

CAPÍTULO 21



CAPÍTULO 21

«Es en los momentos de mayor fragilidad cuando descubrimos quién está realmente a nuestro lado»

ISABELA RODRIGUES

Permanecí recostada sobre el pecho de Alexandre, escuchando el ritmo constante de su respiración, sintiendo el calor de su cuerpo

envolverme como una manta.

La sensación de estar allí, acurrucada contra él, era reconfortante, casi como un bálsamo para todas las cicatrices emocionales que arrastraba. Por primera vez en mucho tiempo me sentía deseada y, de algún modo, incluso querida.

Aun así, la culpa me carcomía por dentro.

No podía dejar de pensar en la mentira del embarazo. El peso de aquella farsa crecía con cada día que pasaba y ahora, después de habernos entregado el uno al otro, la culpa resultaba insoportable.

Alexandre merecía la verdad, y yo lo sabía.

Pero ¿cómo podía contárselo? ¿Cómo explicarle que todo aquello había empezado con una mentira desesperada para escapar de las garras de Ricardo? ¿Y si, al descubrirlo, me apartaba de su vida como a alguien en quien nunca debió confiar?

Me mordí el labio, intentando apartar esos pensamientos.

El silencio del dormitorio se volvió opresivo y noté cómo Alexandre se movía ligeramente, su mano grande acariciando las puntas de mi cabello. Aquel gesto era tan suave, tan atento, que cerré

los ojos con más fuerza, como si así pudiera alejar la realidad que me perseguía.

—¿Estás bien? —Su voz era baja, profunda, cargada de preocupación.

Sentía su mirada fija en mí, observando cada pequeño gesto, cada respiración.

Levanté un poco la cabeza yforcé una sonrisa.

—Sí, estoy bien.

Odiaba mentirle, pero no sabía cómo enfrentar la verdad. Tuve la sensación de que no me creía, aunque por suerte no insistió de inmediato.

Alexandre siguió mirándome, como si intentara descifrar algo oculto en mis ojos.

—Te has quedado rara de repente... —dejó la frase en el aire, como una invitación a que me abriera, pero sabía que no podía hacerlo.

Sería tirar por la borda todo lo que habíamos construido.

—No es nada —murmuré, apartando la mirada—. Solo estoy... pensando en todo lo que está pasando.

Suspiró y me atrajo un poco más hacia él, rodeándome con los brazos de forma protectora. Ese simple gesto me hizo sentir segura y, al mismo tiempo, incrementó la culpa que me oprimía el pecho.

Confiaba en mí, me estaba dando un lugar en su vida y hasta en su cama. Y allí estaba yo, alimentando una mentira que, tarde o temprano, acabaría estallando.

—Si necesitas hablar, estoy aquí. No tienes que cargar con todo sola.

Sabía que estaba genuinamente preocupado, que quería comprender qué me ocurría, pero ¿cómo podía revelar algo tan devastador?

Decidí cambiar de tema para desviar su atención.

—Estaba pensando en Theo. Ha sido increíble conmigo. Es sorprendente lo fácil que se abre a alguien que, en el fondo, es una desconocida.

Alexandre me miró durante un instante, como si intentara descifrar si de verdad estaba hablando de Theo o simplemente esquivando el verdadero motivo de mi cambio repentino de humor.

—Le tienes encandilado —afirmó Alexandre mientras me acariciaba el cabello—. Y yo también... —vaciló un segundo, como si midiera bien lo que iba a decir— no me importa lo que pasara antes, Isabela. Solo quiero que sepas que aquí estás a salvo. Conmigo, con Theo... con nosotros.

El corazón se me encogió al oír aquello.

No tenía ni idea de que estaba hablando sobre una mentira, de que esa “seguridad” que me ofrecía se sostenía sobre algo falso.

Deseaba con todas mis fuerzas poder dejarlo a un lado, seguir viviendo en aquella burbuja de protección que él levantaba a nuestro alrededor. Pero la realidad era que, tarde o temprano, tendría que enfrentarme a la verdad.

Sentí sus labios rozar suavemente mi frente y, en ese instante, deseé con toda mi alma que las cosas fueran distintas. Que no estuviera atrapada en esa mentira, que pudiera corresponder a su confianza con la verdad.

Pero, por ahora, lo único que podía hacer era fingir, aferrándome a la sensación de pertenencia que Alexandre me regalaba, aun sabiendo que podía desmoronarse en cualquier momento.

—Todo irá bien —susurró, como si hubiera percibido mi inquietud.

—¿Lo prometes? —Mi voz salió más baja de lo que esperaba, casi un susurro, como una súplica desesperada por algo que sabía que quizá no podría cumplir.

Sin embargo, al mirarlo, vi determinación en sus ojos, una seguridad que, de algún modo, me tranquilizaba. Era como si realmente creyera que podía protegerme de todo, sin conocer la profundidad de mi mentira.

—Te lo prometo —respondió sin titubear. Sus dedos se deslizaron con delicadeza entre mi cabello, un gesto sencillo, pero cargado de la promesa de seguridad que quería ofrecerme—. Mientras estés conmigo, Isabela, nadie ni nada va a hacerte daño. Te protegeré de todo.

Sus palabras resonaron en mi pecho, apaciguando algo dentro de mí, aunque solo fuera por un instante.

Cerré los ojos, intentando absorber aquella sensación de paz que me brindaba, como si su contacto pudiera ahuyentar todos los fantasmas que aún me perseguían.

—Nunca había conocido a alguien que se preocupara así por mí...
—confesé, dejando que las palabras flotaran entre nosotros—. Alguien que de verdad se implicara en mis problemas, que quisiera protegerme.

No sabía por qué estaba abriendo el corazón de aquella manera.

Tal vez fuera la serenidad que transmitía Alexandre, la forma en que parecía leerme sin necesidad de palabras, o quizá simplemente el anhelo de sentirme cuidada por alguien después de tanto tiempo luchando sola.

—Eso se acabó —dijo con firmeza.

Su tono era decidido, como si no existiera otra opción que no fuera estar a mi lado.

Y eso me sacudió por dentro de una manera profunda.

Quise creerle, quise creer que, de algún modo, pudiera sacarme de la pesadilla en la que Ricardo me había encerrado.

—Es que tengo miedo de que... —empecé, pero las palabras se me quedaron atrapadas en la garganta.

No podía decirlo. No podía confesar que mi mayor temor, más allá de Ricardo, era que él descubriera la verdad.

Me atrajo aún más hacia él, rodeándome la cintura con el brazo, y sentí el calor de su cuerpo fundirse con el mío, creando una especie de refugio a nuestro alrededor.

En aquel instante, todo parecía más sencillo. Con Alexandre, casi lograba creer que de verdad todo saldría bien.

—No tienes que tener miedo —murmuró contra mi cabello, con una voz firme, pero llena de ternura—. Estoy aquí, y mientras yo esté, nada podrá alcanzarte. Confía en mí.

Quería confiar, más que nada en el mundo, dejar que esa sensación me llenara por completo.

Sin embargo, sabía que mi mentira seguía entre nosotros, como una barrera invisible que, en cualquier momento, podía destruir lo que estábamos construyendo.

—Confío en ti —respondí y, en ese instante, pese a todo el caos que llevaba dentro, fue lo único verdadero que supe decir.

Porque, a pesar de todo, confiaba en Alexandre. Confiaba en su promesa de protegerme, en su fuerza y en su determinación por mantenerme a salvo.

Se apartó apenas lo suficiente para mirarme a los ojos y, por un momento, me perdí en aquella mirada intensa, en ese hombre que, de algún modo, se había vuelto tan esencial para mí en tan poco tiempo.

—Voy a cuidar de ti, Isabela. Pase lo que pase —repitió, ahora con la voz más firme, cargada de una convicción que yo envidiaba.

Quise responder, decir algo, pero las palabras volvieron a escapárseme.

Lo único que pude hacer fue acurrucarme otra vez entre sus brazos, dejando que aquel instante de calma y protección me envolviera. Y mientras me sostenía así, con tanto cariño, con tanto cuidado, el peso de la culpa se alivió, aunque solo fuera un poco.

Sabía que la verdad tendría que salir a la luz en algún momento, pero esa noche solo quería permitirme creer en las promesas de Alexandre. Aunque fuera por unas horas, solo quería sentirme segura entre sus brazos, sin el peso de todo lo que se escondía detrás de nuestra historia.

Mientras el silencio nos envolvía, sentí su respiración suave y constante, como un recordatorio de que no estaba sola.

Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que mi corazón podía calmarse, aunque el mañana siguiera siendo incierto.

Cerré los ojos, entregándome al momento, al calor de su cuerpo, y deseé que la promesa de Alexandre se hiciera realidad.

CAPÍTULO 22



CAPÍTULO 22

*«Los secretos enterrados regresan para pasar factura en
el momento más inesperado»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Lorenzo Ferrara. No pensé que de verdad fueras a venir.

—Anda ya, Alexandre. Me llamaste para pedirme ayuda, te debo una, y solo estoy aquí por eso.

Observé a Lorenzo entrar en mi despacho con esa postura segura, casi arrogante, que siempre lo acompañaba.

No sabría decir si Lorenzo y yo éramos amigos, pero lo cierto es que me debía un favor, y no precisamente pequeño.

Era el director ejecutivo de una de las mayores firmas de recuperación de activos del país, especializado en dismantelar empresas al borde de la quiebra para luego adquirirlas por cifras ridículas y convertirlas en auténticas máquinas de generar dinero.

Un estratega nato, implacable en el mercado, pero también un hombre que respetaba las deudas de honor. Lo ayudé hace años, y ahora había llegado el momento de cobrar.

Lorenzo Ferrara era uno de los hombres más influyentes del sector financiero en España, con contactos en todos los niveles de poder. Conseguía información que la mayoría ni siquiera imaginaría obtener.

Si alguien podía darme ventaja frente a Ricardo Vilar, era él.

—Ricardo Vilar... —murmuré, poniéndome en pie y acercándome a la ventana—. Ese hombre es un auténtico buitre. Ha arruinado más empresas de las que puedo contar, aplastando a la competencia para luego recomprarlas por cuatro duros. Pero eso no es lo único que me preocupa.

Lorenzo me lanzó una mirada inquisitiva y cruzó los brazos.

—Esa reputación ya la conozco, Alexandre. ¿Qué tiene de distinto esta vez?

Suspiré, tratando de ordenar mis ideas.

Hablar de Isabela con alguien como Lorenzo era delicado. No era precisamente famoso por su empatía, y el hecho de estar implicado personalmente me colocaba en una posición vulnerable.

—Se trata de una mujer, Isabela Rodrigues. Lleva años con él —me volví para mirarlo de frente—. La ha tenido prácticamente como prisionera, la ha maltratado, la ha amenazado, y ahora está conmigo. Necesito protegerla. Y lo haré.

Lorenzo alzó una ceja, como si no estuviera acostumbrado a verme envuelto en asuntos que no fueran estrictamente profesionales. Y, en realidad, no lo estaba.

Pero esta vez era distinto.

—¿Todo esto por una mujer? —esbozó una leve sonrisa, aunque su tono conservaba un matiz serio—. Nunca pensé que vería al todopoderoso Alexandre Bittencourt implicarse así en algo personal. ¿Qué es exactamente lo que quieres de mí?

Respiré hondo antes de continuar.

Sabía que lo que iba a pedir era delicado, pero era la única oportunidad que tenía para derribar a Ricardo y asegurarme de que Isabela estuviera a salvo.

—Tuviste un enfrentamiento con Ricardo Vilar en el pasado —empecé, observando cómo la expresión de Lorenzo se volvía más atenta—. Necesito algo, lo que sea: información, un detalle que pueda darme ventaja. Sabes cómo actúa, cómo manipula el mercado y a la gente. ¿Hay algo que pueda utilizar?

Lorenzo guardó silencio un momento, la mirada perdida, como si regresara a aquella disputa.

Lo derrotó hace años, en uno de los enfrentamientos más sonados del mundo financiero.

El juego de Ricardo no le era desconocido.

Lorenzo sabía perfectamente cómo plantar cara a un hombre que había destruido tantas empresas sin el menor remordimiento.

—Ricardo nunca deja cabos sueltos —dijo por fin, con voz baja y reflexiva—. Pero una vez cometió un error, y lo utilicé en su contra. Jugó sucio en una operación y lo pillé desprevenido. Ricardo es peligroso, Alexandre, pero también es vanidoso. Subestima a cualquiera que crea capaz de derrotarlo.

—Ya me imaginaba algo así —respondí, intentando mantener el rostro impasible, aunque por dentro sentía un ligero alivio al saber que Lorenzo podía tener algo útil—. El problema es que aún conserva influencia, y si logra mover los hilos, puede volver a salir victorioso.

Lorenzo se acercó al escritorio y se inclinó ligeramente, apoyando las manos sobre la superficie.

—El punto débil de Ricardo, además de su arrogancia, es que no soporta una derrota pública. La última vez que lo vencí, se obsesionó con vengarse. Yo medí cada paso y no le dejé margen. Si quieres derribarlo, tendrás que golpearlo donde más le duele: su reputación.

Lo miré, atento a cada una de sus palabras.

Tenía sentido. Ricardo siempre había estado obsesionado con el control, y si su reputación quedaba manchada públicamente, podría verse obligado a dar un paso atrás.

Sin embargo, ¿cómo hacerlo de forma eficaz?

—Puede funcionar... —reflexioné, dejando que mi mirada se perdiera en el horizonte más allá de los ventanales—. Pero necesitaré algo más que rumores. Necesito algo sólido, algo que lo derrumbe de una vez por todas.

Lorenzo esbozó una leve sonrisa y volvió a cruzarse de brazos.

—Bueno, querido Alexandre, puedo ayudarte a escarbar más hondo. Tengo algunos contactos que podrían conseguir la información que buscas. Solo espero que estés preparado para lo que venga.

Sabía que sería una jugada arriesgada, pero era la única manera de asegurarme de que Ricardo no volviera a acercarse a Isabela. Volví la mirada hacia Lorenzo y asentí.

—Estoy preparado.

Lorenzo se apartó de la mesa, dispuesto a marcharse, pero antes de cruzar la puerta se giró y me lanzó una mirada penetrante.

—Solo una advertencia, Alexandre. Cuando te metes con gente como Ricardo, no hay vuelta atrás sencilla. Va a luchar hasta el final.

—Lo sé —afirmé con firmeza—. Y yo también.



Al salir de la empresa, me fui directo a casa de mis padres.

No era algo que hiciera a menudo, pero hoy lo sentía necesario. Mi madre siempre decía que estaba tan absorbido por el trabajo que me olvidaba de visitar a la familia, y aunque era cierto, no se trataba de querer alejarme: simplemente me costaba desconectar de las responsabilidades de Amacel.

Pero hoy algo me empujaba hacia allí. Tal vez fuera el peso de todo lo que estaba ocurriendo con Isabela, con Ricardo, o quizá solo la necesidad de ver a mis padres.

La casa en la que crecí era grande e imponente, una mansión que guardaba recuerdos de una infancia que, para la mayoría, habría sido perfecta. Sin embargo, una sombra se cernía sobre nosotros desde que mi padre sufrió el ictus, dejándolo postrado en una cama, incapaz de moverse o hablar.

Mi madre, Celina, me recibió con una sonrisa cálida, aunque cansada. Sus ojos conservaban aquel brillo afectuoso de siempre, pero el peso de los años y de la enfermedad de mi padre se reflejaba en sus rasgos.

Estaba soportando más de lo que cualquiera podría aguantar y, aun así, su fortaleza siempre me impresionaba.

—Hijo, qué alegría verte —dijo, abrazándome con rapidez, pero con cariño—. Hace tiempo que no venías. ¿Cómo van las cosas?

—Todo bien, mamá —respondí, procurando sonar convincente. No quería cargarla con más preocupaciones—. Han surgido algunos problemas en la empresa, pero los resolveré. ¿Y tú? ¿Cómo estás? ¿Y papá?

Suspiró, con una sonrisa triste dibujándose en sus labios.

—Como siempre, hijo. Está arriba, en su habitación.

Asentí y subí al piso superior, donde el dormitorio de mi padre, Amaro, había sido adaptado a sus necesidades.

Cada paso me recordaba cuánto habían cambiado las cosas en los últimos años. Antes, aquel era un espacio lleno de vida, de risas, con mi padre siempre en el centro, un hombre fuerte, decidido y ambicioso, rasgos que, sin duda, heredé de él.

Ahora, la habitación estaba en silencio, roto únicamente por el sonido constante de las máquinas médicas.

Entré y lo vi allí, tendido, inmóvil.

La mirada de mi padre estaba perdida, lejana, en un lugar al que yo no podía llegar. Desde el ictus, no volvió a hablar ni a caminar. Permanecía allí, atrapado en su propio cuerpo, y yo me preguntaba qué pasaría por su mente.

Me senté junto a la cama y lo observé en silencio durante unos minutos.

Siempre era igual. Nunca sabía cómo empezar a hablarle, porque era como dirigirme al eco distante del hombre que un día conocí.

—La empresa va bien, papá —comencé en voz baja—. Hemos tenido algunos problemas recientes, pero nada que no pueda solucionar. Ya sabes cómo es el mercado... siempre lleno de sorpresas. Ricardo Vilar... Ha vuelto a cruzarse en nuestro camino.

Miré el rostro de mi padre, esperando algún gesto, por mínimo que fuera. Sabía que no llegaría, pero la esperanza siempre es traicionera. Continué, respirando hondo:

—Está intentando desestabilizarlo todo, como siempre. La situación es complicada, y hay algo más. —Mi voz titubeó un segundo, pero seguí adelante—. Hay una mujer, Isabela. Estaba con Ricardo, o mejor dicho, lo estuvo. La tuvo prácticamente encerrada durante años, la maltrató. Ahora está bajo mi protección. No sé por qué te cuento esto... —solté una breve risa sin humor—. Quizá porque creo que lo entenderías. Siempre supiste tratar con gente así, con esos monstruos. Siempre supiste qué hacer.

El silencio que siguió fue denso, pero de algún modo me sentí un poco más ligero. Hablar con mi padre, aunque no obtuviera respuesta, seguía siendo una especie de desahogo.

—Estoy intentando hacer lo correcto, papá. Protegerla, proteger la empresa. —Lo miré, esperando una vez más una reacción que nunca

llegaría—. Y, a veces, es más difícil de lo que imaginaba.

Me levanté y me acerqué un poco más a la cama, apoyando la mano sobre la suya. Su piel estaba fría, lejana. Sabía que probablemente no sentía nada, pero aun así aquel gesto me unía a él de alguna manera.

—Solo desearía que estuvieras aquí para decirme qué hacer — confesé en voz más baja—. Lo daría todo por volver a escuchar tus consejos.

Permanecí en silencio unos minutos más, observando al hombre que, pese a todo, seguía siendo mi padre.

Respiré hondo, apartando los pensamientos melancólicos, y miré alrededor de la habitación. Todo estaba dispuesto para que estuviera lo más cómodo posible, aunque no pudiera apreciarlo.

Salí del cuarto en silencio, sabiendo que, como siempre, sería una visita sin respuestas, pero aun así necesaria.

Cuando bajé de nuevo, mi madre estaba en la cocina, preparando algo para la cena. Me miró y sonrió, como si supiera cuánto me afectaban aquellas visitas.

—¿Has hablado con él? —preguntó con suavidad.

—Sí —respondí—. Te contestaría, si pudiera.

Asintió sin añadir nada más y volvió a lo que estaba haciendo. Sabía que ella también cargaba con ese peso cada día, pero lo hacía con una entereza que yo jamás tendría.

Abracé a mi madre antes de marcharme, sintiendo una vez más que dejaba una parte de mí en aquella casa.

CAPÍTULO 23



CAPÍTULO 23

«No hay victoria sin lucha, y no hay amor verdadero sin sacrificio»

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Has llegado antes hoy, papá.

—Sí, hijo.

—¿Por qué?

—Quería pasar un rato contigo —respondí, sentándome en el sofá a su lado.

No era habitual que pudiera permitirme un momento así, sin correos urgentes ni reuniones reclamando mi atención.

Miré a mi hijo, con el rostro iluminado por la pantalla del televisor, donde emitían uno de sus dibujos favoritos. Era uno de esos instantes sencillos que, sin embargo, traían una paz que no solía experimentar.

Cuanto más tiempo pasaba con él, más rasgos míos veía reflejados en sus gestos y en sus expresiones.

—¿Qué te apetece ver? —pregunté, cogiendo el mando a distancia y tendiéndoselo.

—Podemos poner la película que vimos la semana pasada, ¿te acuerdas? —Su entusiasmo dejaba claro que ya esperaba mi respuesta.

—Ah, claro. —Asentí, sonriendo al recordar que aún tenía presente aquella película de acción que habíamos visto juntos, llena de

persecuciones y explosiones.

No era precisamente el tipo de cine más apropiado para un niño de su edad, pero, por alguna razón, a Theo le fascinaba todo lo que implicara aventura y adrenalina.

Tal vez lo hubiera heredado de mí, esa necesidad de poner a prueba los límites, de explorar lo desconocido.

Cuando empezó la película, me acomodé mejor en el sofá y me quedé observándolo de perfil. Era curioso cómo, día tras día, reconocía más de mí mismo en él. La forma en que fruncía el ceño, concentrado, como si analizara cada escena, me recordaba demasiado a mi manera de enfrentarme al mundo.

Metódico. Firme.

Y, al mismo tiempo, Theo conservaba una inocencia y un brillo en la mirada que me hacían pensar en todo lo que yo había ido perdiendo con los años, sumergido en el trabajo, en las responsabilidades y en la presión de ser quien era.

Él todavía tenía esa pureza que la vida, de algún modo, me había arrebatado. Verlo así, ligero, despreocupado, era un recordatorio constante de lo que realmente importaba.

—Papá, ¿crees que llegaré a ser tan fuerte como ese héroe? — preguntó de repente, sin apartar los ojos de la pantalla.

Sonreí y le revolví el cabello con suavidad.

—No tengo ninguna duda, hijo. Ya eres fuerte, mucho más de lo que imaginas.

Y era cierto. Theo poseía una valentía que a veces me sorprendía.

—Quiero ser como tú —añadió, con una convicción que me desarmó.

Aquella frase me tomó por sorpresa. Sentí un nudo en el pecho, una mezcla de orgullo y una leve punzada de inquietud.

¿Ser como yo? Había demasiado en mi pasado y en mi presente que no desearía para nadie, y menos para él. Pero, al mismo tiempo, saber que mi hijo me veía como un referente era la mayor responsabilidad que podía asumir.

—Ser tú mismo ya es más que suficiente, hijo —dije al cabo de unos segundos—. Y si en algunas cosas quieres parecerte a mí, también está bien. Pero lo más importante es que descubras quién eres.

No respondió enseguida. Se limitó a asentir ligeramente, como si estuviera asimilando mis palabras.

Era una conversación profunda para un niño de su edad, pero siempre me sorprendía, demostrando una madurez que a veces parecía ir más allá de sus ocho años.

La película seguía avanzando en la pantalla, pero mi mente estaba lejos, reflexionando sobre lo que aquel niño significaba para mí.

Sin duda, era mi mayor riqueza, mi legado más valioso.

Todo lo que hacía, cada esfuerzo, cada hora interminable de trabajo, era para asegurarme de que tuviera una vida mejor, una vida llena de opciones. Algo que, en ocasiones, sentía que a mí me habían arrebatado.

Mientras se reía con una escena divertida, me sorprendí pensando en el futuro. Theo creciendo, abriéndose paso por su propio camino.

Quería estar a su lado en cada etapa, aunque el trabajo y las obligaciones muchas veces me lo pusieran difícil. Sin embargo, en ese instante, al verlo feliz, tranquilo junto a mí, supe que esos pequeños

gestos, el simple hecho de estar presente y dedicarle mi atención, eran lo que realmente importaba.

—Te gustó la película como la otra vez, ¿eh? —pregunté, intentando alargar un poco más la conversación, solo para prolongar aquel instante.

—¡Sí! Me dejaste verla contigo hasta tarde, ¿te acuerdas? —Se echó a reír con esa sonrisa limpia y contagiosa, y yo no pude evitar reír también.

—Ya, pero hoy te vas a la cama antes —bromeé, aun sabiendo que probablemente lo dejaría verla hasta el final otra vez.

Esos momentos, por sencillos que fueran, eran los que de verdad marcaban la diferencia. Podía tenerlo todo —éxito, dinero, poder—, pero nada se comparaba con la sonrisa de Theo, con la manera en que me miraba, como si yo fuera su héroe.

Y, en el fondo, él era el mío.

ISABELA RODRIGUES

Esa sensación en el pecho...

¿Cómo podía haber cambiado todo en tan poco tiempo?

Estaba allí, observando a Alexandre y a Theo reír juntos en el sofá, y algo dentro de mí parecía romperse y recomponerse al mismo tiempo. Jamás habría imaginado que un momento familiar tan sencillo pudiera afectarme de esa manera.

Quizá fuera porque pasé tantos años en una prisión invisible, apartada de lo más simple, como una tarde cualquiera viendo la televisión.

Era como si la calma de aquel instante junto a ellos me envolviera, despertando en mí el deseo de algo que sabía que no podía tener, al menos no de verdad.

Todo había empezado con una mentira.

El embarazo que inventé por desesperación, el matrimonio fingido que Alexandre propuso para mantener a Ricardo lejos...

Y ahora, mientras veía a Theo correr alrededor de Alexandre, con esa sonrisa luminosa en el rostro, me preguntaba por qué mi corazón insistía en creer que yo podía formar parte de aquello.

Era irracional.

Sabía que, tarde o temprano, toda esa farsa se vendría abajo. Y cuando eso ocurriera, tendría que marcharme sin mirar atrás. Pero una parte de mí ya no sabía si sería capaz.

Perdida en mis pensamientos, apenas noté que Alexandre se había levantado y caminaba hacia mí, con esos ojos intensos clavados en los míos, como si intentara ver más allá de lo que yo mostraba.

Eso era lo que siempre me desconcertaba de él.

Había algo en su manera de mirarme, como si estuviera intentando descifrar quién era realmente, como si buscara respuestas que yo me empeñaba en ocultar.

—¿Estás bien? —Su voz me devolvió al presente.

Me obligué a sonreír, aunque por dentro todo fuera un caos.

—Sí, estoy bien.

Alzó una ceja, claramente poco convencido.

Alexandre era observador, meticuloso. Ya me había dado cuenta de que sabía cuándo me sentía incómoda o intentaba esquivar algún tema, pero aun así solía esperar con paciencia, dándome espacio.

Hoy, sin embargo, parecía distinto.

—¿Y cuándo tienes que volver al hospital? —preguntó con aparente naturalidad, aunque sus ojos no perdían detalle de mis reacciones—. ¿Cómo se llama tu médico?

La pregunta me revolvió el estómago.

No estaba preparada para algo así. Alexandre siempre era considerado, pero sabía que solo quería asegurarse de que estuviera bien, de que me estuviera cuidando y de... ese bebé que él creía que existía.

Tragué saliva, intentando parecer tranquila.

—Ah... el doctor Martín —improvisé el nombre con rapidez, rezando para que no pidiera más detalles—. Aún no he pedido la siguiente cita. Quizá la semana que viene.

Asintió, sin apartar los ojos de mí, como si buscara algo más hondo, como si intuyera que estaba eludiendo la verdad.

El corazón me latía con fuerza, y una parte de mí quería huir de aquella conversación. Pero la otra parte, la que se sentía extrañamente a salvo junto a él... quería quedarse.

—De acuerdo —dijo Alexandre, con voz baja, cargada de significado—. Si necesitas cualquier cosa, ya sabes que estoy aquí.

Lo sabía.

Y eso era lo más aterrador de todo. Porque cada vez sentía más que él estaba ahí de verdad. No era solo el director ejecutivo distante y frío que mostraba al mundo. Conmigo, con Theo, era diferente.

Atento. Pendiente de cada detalle, incluso sin darse cuenta.

—Lo sé —respondí en voz baja.

Pero antes de que la conversación pudiera alargarse, fui yo misma quien la desvió, cambiando de tema con rapidez.

Empecé a hablar de cualquier cosa, intentando esquivar su mirada. Comentamos el día de Theo, lo que le gustaba hacer, y me refugié en asuntos neutros, en terrenos donde sabía que estaba a salvo.

Aun así, mientras hablábamos, no podía dejar de sentir el peso de la mentira que llevaba conmigo. Una parte de mí sabía que, tarde o

temprano, la verdad saldría a la luz.

¿Y qué pasaría entonces? ¿Qué sería de nosotros, de ese vínculo que empezaba a crecer entre los dos?

No tenía respuestas, y eso me asustaba más que nada.

CAPÍTULO 24



CAPÍTULO 24

«Quien carga con el peso de la verdad también carga con la responsabilidad de afrontar las consecuencias»

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Cómo van las cosas en tu casa?

Diego y yo acabábamos de salir de una reunión interminable. Aun así, siempre encontraba la manera de sacar los temas que sabía que me incomodaban.

Lo miré de reojo mientras caminábamos por el pasillo en dirección a mi despacho.

Suspiré, sin demasiadas ganas de hablar, aunque en el fondo sabía que necesitaba soltar algo.

—Todo está bien.

—¿Seguro que todo está bien? —Alzó una ceja, desafiante—. No me digas que no te remueve por dentro.

Podría haber mentido, pero no veía para qué. La presencia de Isabela me estaba afectando de formas que no había previsto. Decidí ser sincero, al menos por una vez.

—Sí, me remueve. No voy a negarlo —admití, manteniendo la voz firme—. Pero no es como tú piensas.

Diego esbozó una sonrisa ladeada, esa sonrisa que decía claramente «ya lo sabía».

—Claro que no, hermano. Solo digo... ¿estás seguro de que no te estás enamorando? O mejor aún, ¿que ya lo estás? Porque así empiezan estas cosas. Un día dices que todo es una farsa y al siguiente... pum, estás perdido.

Isabela me estaba afectando. Más de lo que me gustaría reconocer, incluso ante mí mismo. ¿Enamorado? Eso todavía estaba lejos de ser cierto.

—No —negué, más para convencerme que para convencerlo a él —. No estoy enamorado. Pero me gusta que esté allí.

Diego soltó una carcajada, satisfecho.

—Ah, entonces ya está. Estás metiéndote en un terreno sin retorno. Suerte con eso. —Me lanzó una última mirada antes de apartarse—. Ahora, si me disculpas, me voy al despacho.

Asentí sin más, observándolo alejarse.

Cuando desapareció por el pasillo, me quedé allí, solo, con demasiados pensamientos rondándome la cabeza. Y lo que Diego había dicho empezó a resonar con insistencia.

¿Me removía por dentro? Sí. Estaba más pendiente de ella de lo que debía, más preocupado, más... implicado.

Y eso no era buena señal.

La situación ya era lo bastante complicada, y sabía que si empezaba a sentir algo más por Isabela, todo podría torcerse de un modo irreversible.

Entré en mi despacho todavía sumido en esas ideas. Al sentarme frente a la mesa, un detalle volvió a mi mente: el nombre del médico. Desde que Isabela lo había mencionado, algo no me cuadraba.

Sin pensarlo demasiado, cogí el teléfono y marqué el número del hospital que ella había citado. La secretaria respondió enseguida, y respiré hondo antes de formular la pregunta que podía cambiarlo todo.

—Buenas tardes. Quisiera confirmar si el doctor Martín sigue pasando consulta ahí. Es el obstetra de mi esposa, Isabela Rodrigues.

—Un momento, señor —respondió la recepcionista, y escuché el tecleo al otro lado de la línea.

El silencio que siguió me tensó por completo. Mientras esperaba, me pregunté por qué aquello me inquietaba tanto.

—Señor, lo siento, pero no tenemos ningún doctor Martín en nuestra plantilla.

¿No había ningún doctor Martín? Entonces había inventado el nombre. ¿Pero por qué?

—Entiendo —respondí, procurando mantener la voz firme—. Gracias por la información.

Colgué y me quedé mirando el techo.

Una sombra de desconfianza empezó a instalarse dentro de mí. Si Isabela había mentido sobre el médico, ¿qué más podía formar parte de esa farsa?

ISABELA RODRIGUES

—¿Qué te pasa hoy, amiga? Te noto un poco en las nubes... —La voz curiosa de Maria Gabriela rompió el silencio del salón.

Estaba en su empresa, sentada en el sofá de su despacho, pero mi mente estaba a kilómetros de allí.

En los últimos días, después de su invitación, había empezado a ir con más frecuencia, quizá porque, de algún modo, me sentía segura junto a Maria Gabriela y Carolina.

Las dos me habían acogido de una forma que no esperaba y, poco a poco, nuestra amistad se fue fortaleciendo. Sin embargo, en ese momento, incluso rodeada de esa seguridad, mi corazón pesaba más de lo que podía admitir.

Maria Gabriela me observaba con esos ojos atentos, como si pudiera leer lo que no me atrevía a decir.

Siempre había sido así, directa y, al mismo tiempo, cuidadosa. Sabía que percibía mi inquietud y que tarde o temprano me preguntaría

qué estaba ocurriendo. Y ahí estaba la pregunta, obligándome a enfrentar la verdad que tanto intentaba esquivar.

Suspiré, tratando de soltar la tensión que me oprimía el cuerpo.

—Yo... no lo sé. Estoy un poco confundida, nada más.

—¿Confundida por qué? —insistió, sin rastro de juicio en su voz, solo una curiosidad sincera.

Sabía que debía ser honesta con ella, al menos con parte de lo que sentía. Pero había tantas capas detrás de esa confusión que temía no saber explicarlas.

Y, en el fondo, sabía que mi mayor desconcierto tenía nombre: Alexandre.

Maria Gabriela se inclinó ligeramente hacia mí, con la mirada ahora más intensa.

—Isabela... esto tiene que ver con Alexandre, ¿verdad?

Mis ojos se abrieron apenas, y sentí que el corazón se me aceleraba. Debería haber sabido que lo notaría.

No era como si estuviera disimulando demasiado bien, y los sentimientos que intentaba reprimir empezaban a desbordarse de

formas que ni yo misma podía controlar.

—Yo... —empecé, pero las palabras se me quedaron atascadas en la garganta—... no sé muy bien cómo explicarlo —murmuré, bajando la mirada al suelo.

No se dio por satisfecha con mi evasiva.

—Sientes algo por él, ¿a que sí?

Sus palabras me atravesaron como una flecha, directas, sin rodeos.

Noté cómo se me humedecían los ojos y, por mucho que quisiera negarlo, sabía que no podía. No podía mentirle a Maria Gabriela.

—Sí. —Mi voz salió en un susurro, casi quebrada—. Sí que siento algo. Alexandre es... distinto a cualquier hombre que haya conocido. Nadie me había tratado así, con tanto respeto, con tanta bondad. —Las lágrimas empezaron a acumularse y parpadeé con rapidez, intentando que no cayeran.

Maria Gabriela asintió con comprensión.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Quería responder.

Necesitaba decirle que el problema no era Alexandre, ni lo que yo sentía por él, sino la mentira que llevaba conmigo. Esa mentira que crecía como una sombra sobre todo lo demás.

Pero las palabras no salieron.

Me quedé en silencio, incapaz de contar la verdad. Mi mente era un torbellino de pensamientos contradictorios, de recuerdos junto a Alexandre y de la culpa aplastante por engañar al único hombre que me trataba con tanta ternura.

Era como si algo dentro de mí se estuviera rompiendo, pieza a pieza, y no supiera cómo recomponerlo.

Maria Gabriela percibió mi vacilación y su mirada se volvió aún más suave.

—Amiga, no sé qué está pasando, pero si sientes algo por él, y si de verdad es quien tú crees que es... ¿por qué no te abres a él?

—Porque... —las palabras por fin escaparon y el dolor que llevaba dentro se hizo evidente— porque no lo merezco. No después de todo.

Me miró con compasión, pero no insistió. Como si, de algún modo, supiera que detrás de mi silencio había algo más, algo que todavía no estaba preparada para confesar.

Me quedé allí, inmóvil, con el peso de mi mentira aplastándome por dentro, incapaz de encontrar una salida.

CAPÍTULO 25



CAPÍTULO 25

«La confianza, una vez rota, es difícil de restaurar»

ISABELA RODRIGUES

Parecía que la conversación con Maria Gabriela me había hecho ver algunas cosas con más claridad, pero el miedo seguía rondando mis pensamientos.

Cada vez que intentaba relajarme, una nueva oleada de ansiedad me golpeaba, recordándome las mentiras que se iban acumulando. Ahora, más que nunca, sentía que no habría forma de escapar de la red que yo misma había tejido.

Al regresar a casa de Alexandre, el ambiente estaba tranquilo, como siempre. Él estaba en el salón, de pie, concentrado en algo en la tableta. Cuando me vio, su rostro se iluminó con una sonrisa fugaz, pero enseguida advertí en sus ojos que había algo más.

—¿Dónde estabas? ¿Todo bien? —Su voz sonaba serena, aunque había en ella un matiz de curiosidad, quizá incluso de desconfianza, que no pasó desapercibido.

Respiré hondo, intentando prepararme para lo que sabía que se avecinaba.

—Sí, he estado con Maria Gabriela. Hemos hablado mucho, me ha venido bien... —Mi voz vaciló y fui consciente de lo nerviosa que estaba.

Alexandre asintió, pero su mirada se volvió más fija, como si analizara cada palabra que pronunciaba.

—Me alegro. ¿Lo pasasteis bien?

—Sí, estuvo genial. —Esbocé una pequeña sonrisa, aunque él no parecía del todo convencido.

Un silencio se instaló entre nosotros durante unos segundos.

Sabía que aún no había terminado. El corazón empezó a latirme con fuerza, anticipando lo que estaba a punto de decir.

—¿Y el bebé? —preguntó con un tono suave, pero directo—. ¿Ya has pedido la próxima cita?

Sentí cómo se me tensaba el cuerpo.

Sabía que este momento llegaría y, una vez más, me encontraba atrapada entre la mentira y la verdad. Lo miré, intentando mantener la compostura.

—Sí, ya la he pedido. Voy a ver al doctor... al doctor Santos la semana que viene. —El nombre salió casi sin pensar, pero en cuanto lo pronuncié supe que había cometido un error.

Alexandre alzó una ceja. La sorpresa cruzó su rostro un instante antes de transformarse en algo más calculado. Se cruzó de brazos y su postura se volvió rígida.

—¿Doctor Santos? —repitió, y un escalofrío me recorrió la espalda—. Ese nombre no lo habías dicho antes. Juraría que mencionaste otro la última vez que hablamos de esto.

Tragué saliva y el pánico empezó a crecer dentro de mí.

Intenté pensar con rapidez, pero las palabras no acudían. Él me observaba con atención, con esa mirada intensa que parecía buscar algo que yo no quería que encontrara.

—Yo... —empecé, pero me quedé en silencio.

No había excusa posible en ese momento.

Alexandre dio un paso hacia mí, acortando la distancia. Sus ojos, siempre tan controlados y fríos, ahora brillaban con una curiosidad afilada.

Me miraba directamente, como si intentara atravesar la capa de mentiras que había construido.

—Isabela —dijo en voz baja, casi en un susurro—. ¿Por qué tengo la sensación de que me estás mintiendo?

Abrí la boca, pero no salió nada.

El nudo en mi garganta era demasiado fuerte. Quería negarlo, decir cualquier cosa que lo desviara de ese pensamiento, pero sabía que estaba demasiado cerca de la verdad.

El silencio entre nosotros se volvió insoportable. Él seguía mirándome, esperando, con los ojos clavados en los míos, como si me retara a decir algo, cualquier cosa que justificara lo que estaba percibiendo.

Pero yo no tenía respuestas. No tenía salida.

—Voy a ser más claro: ¿por qué me estás mintiendo? —repitió, ahora con voz más firme, aunque todavía contenida.

Mi cuerpo estaba paralizado y mi mente corría desesperada en busca de una salida.

Sin embargo, lo único que sentía era el peso de la culpa aplastándome los hombros.

ALEXANDRE BITTENCOURT

Si antes había tenido dudas de que me ocultaba algo, en aquel momento tuve la certeza.

La manera en que desviaba la mirada, las respuestas vagas que no llevaban a ninguna parte, todo gritaba que había algo más detrás de esa fachada que intentaba sostener a toda costa.

Y no estaba dispuesto a dejarlo pasar.

—Isabela. —Mi voz salió baja, pero firme. Me acerqué a ella sin apartar la vista de su rostro, esperando que por fin cediera y me dijera qué estaba escondiendo—. ¿Qué está pasando en realidad? Necesito que me lo digas ahora. Desde el principio confié en ti, y ya no voy a aceptar excusas vacías.

Intentó responder, murmurando algo sobre estar confundida, perdida, pero sus palabras eran tan inconexas como sus emociones.

Podía ver la tensión en sus hombros, el leve temblor en sus manos mientras jugueteaba nerviosa con los dedos. No soportaba más esa angustia. Necesitaba la verdad, por dolorosa que fuera.

—Me debes la verdad, Isabela. —Mi voz se volvió más grave y el control que solía mantener con tanta facilidad empezaba a resquebrajarse—. Sea lo que sea, tienes que decirlo ahora. Antes de que sea demasiado tarde.

Permaneció inmóvil durante un largo instante, con la respiración irregular y la mirada perdida. Y entonces, de repente, se le escapó el primer sollozo, un sonido bajo que rasgó el aire entre nosotros.

Se llevó la mano a la boca, como si intentara contener el llanto, pero era imposible. Fuera lo que fuese que guardaba dentro, estaba a punto de salir.

Y entonces se derrumbó.

Las lágrimas comenzaron a deslizarse por su rostro mientras los sollozos se hacían más intensos. Yo me quedé allí, quieto, presenciando el colapso emocional que sabía que estaba a punto de producirse. Pero lo que me descolocó por completo fue lo que vino después.

—Nunca estuve embarazada. —Las palabras salieron temblorosas, casi en un susurro, pero atravesaron el silencio con la fuerza suficiente para dejarme sin aliento.

Todo mi cuerpo se tensó.

Di un paso atrás, como si necesitara espacio para asimilar lo que acababa de escuchar.

—¿Qué? —Mi voz salió entrecortada, casi irreconocible—. ¿Cómo que... qué has dicho?

Me miró con los ojos hinchados de tanto llorar, la culpa dibujada en cada línea de su rostro.

—Lo inventé todo. El embarazo, el bebé... Lo hice porque estaba desesperada. Ricardo no iba a dejarme en paz y pensé que, si decía que el hijo era tuyo, me dejaría tranquila y tú me ayudarías.

Sus palabras cayeron sobre mí como un alud.

Mi mente giraba en una espiral de incredulidad y conmoción. El miedo que sentí por ella, la protección que le prometí, el matrimonio fingido... todo se había construido sobre una mentira.

Me aparté, pasándome la mano por el cabello, intentando ordenar los pensamientos. Era como si la confianza que había depositado en ella se desmoronara ante mis ojos, hecha añicos irreparables.

—Entonces, ¿todo esto fue una mentira? —pregunté, con una frialdad que no había planeado mostrar.

Asintió, con las lágrimas aún resbalando por su rostro, sin intentar justificarse. Sabía que no había explicación capaz de suavizar el golpe de aquella confesión.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —insistí, sintiendo cómo la rabia y la decepción crecían dentro de mí—. ¿Por qué mentir así cuando yo estaba haciendo todo lo posible por ayudarte?

—Tenía miedo. —Su voz apenas fue un susurro, como si la vergüenza la estuviera asfixiando—. Miedo de que no quisieras ayudarme. Miedo de que, si sabías la verdad, me echaras. Y Ricardo... él me habría encontrado, y no tendría a dónde ir.

Respiré hondo, intentando asimilarlo todo.

—¿Confiaste en mí lo suficiente como para inventar una mentira tan grande, pero no para decirme la verdad?

Volvió a echarse a llorar, pero esta vez no me moví. Me quedé donde estaba, sintiendo cómo un peso caía sobre mí: el peso de saber que todo lo que había construido con ella se sostenía sobre una mentira.

Y, aun así, no pude ignorar la otra parte de mí.

La que todavía quería protegerla. La que, de algún modo, incluso sabiendo la verdad, no era capaz de darle la espalda sin más.

CAPÍTULO 26



CAPÍTULO 26

*«A veces el mayor acto de valentía es permitir que
alguien nos ame de verdad»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Decidí no actuar en caliente y, el día anterior, cuando Isabela confesó que no estaba embarazada, opté por no decir nada más.

Sus palabras seguían resonando en mi cabeza. Pasé buena parte de la noche sin dormir, intentando encontrar un rumbo, pero la verdad era que, por mucho que su mentira me hubiera desestabilizado, aún sentía que debía protegerla.

Ahora, en el trabajo, había pasado la mañana en automático, respondiendo correos y asistiendo a reuniones sin procesar realmente la información. Fue en ese estado cuando me avisaron de que Lorenzo Ferrara me estaba esperando.

Ordené que lo hicieran pasar de inmediato. Lorenzo no era el tipo de hombre que aguardara con paciencia, y el asunto, sin duda, tenía que ver con Ricardo Vilar.

Teníamos que actuar rápido. Y, sin embargo, mi mente estaba dividida.

Le había prometido a Isabela que la ayudaría. Incluso después de todo, esa promesa seguía pesando.

Lorenzo entró en el despacho con su presencia imponente de siempre, el traje impecable y la mirada afilada, cargada de esa frialdad que lo convertía en uno de los empresarios más temidos del país.

Me sostuvo la mirada un instante antes de sentarse frente a mi mesa.

—Bien, ¿cómo estamos? —preguntó sin rodeos.

—Como siempre, Lorenzo. Demasiado trabajo y poco sueño.

Soltó una breve risa, pero enseguida entrecerró los ojos, examinando mi rostro con la precisión de alguien acostumbrado a la guerra empresarial.

—No parece que sea solo cansancio. ¿Qué ha pasado?

Desvié la mirada hacia la pila de documentos sobre la mesa. No era algo que quisiera comentar, y mucho menos con Lorenzo, pero era un aliado clave.

Necesitaba que estuviera centrado, y él también necesitaba que yo lo estuviera.

—Ahora no importa —mentí, intentando redirigir la conversación—. ¿Qué hay de Ricardo?

Lorenzo frunció el ceño, aunque decidió no insistir.

Abrió la carpeta de cuero que había traído y empezó a detallar el último movimiento de Ricardo, describiendo con precisión cada paso

que había dado para intentar desestabilizar a Amacel y ensuciar mi nombre.

—Alexandre.

—¿Sí?

Su voz grave cortó mis pensamientos. Levanté la vista y vi que me observaba con expresión seria.

—¿Me estás escuchando o prefieres dejarlo para otro día? — preguntó con una perspicacia que me incomodó.

Respiré hondo, esforzándome por recuperar el control.

—No, sigue. Te escucho.

Entrecerró los ojos un segundo, pero asintió, como si decidiera no presionar más. Aun así, me conocía lo suficiente como para saber que no estaba en mi mejor momento.

—Ricardo está desesperado —continuó—. Todos estos movimientos son propios de alguien que siente el cerco cerrándose. Está intentando volcar a la prensa contra ti, moviendo hilos en la sombra para desviar la atención de las acusaciones.

—Entiendo —asentí, aunque mi mente volvió a Isabela.

Le había prometido que la ayudaría, y cumpliría esa promesa, aunque me hubiera mentido. Pero la decepción seguía ahí, pesada como un ancla que me arrastraba.

—¿Quieres seguir adelante con esto? —Lorenzo me miró fijamente, evaluándome.

Sabía que estaba al límite, aunque no comprendía qué era lo que me retenía.

Podría apartarme. Podría dejar que Isabela afrontara sola las consecuencias de sus actos. Pero había algo en mí, más allá de la rabia, que me impedía hacerlo.

—Sí —respondí al fin—. Seguimos adelante.

—Bien. Porque tengo más información que puede resultarte útil. Y querrás escucharla.

Mientras volvía a hablar, me obligué a concentrarme. Cada palabra que pronunciaba era crucial, cada detalle sobre Ricardo podía ser la pieza que necesitábamos para dismantelarlo de una vez por todas.

Pero, en el fondo, mis pensamientos seguían con Isabela. Por mucho que intentara centrarme, su imagen no dejaba de aparecer en mi mente.

Le había prometido protegerla, y eso, más que nada, seguía empujándome a seguir adelante. Sin embargo, su mentira había cambiado ciertas cosas, y volver a confiar en ella no era una opción.

ISABELA RODRIGUES

No conseguí dormir anoche.

Ver el rostro de Alexandre cuando me descubrió en la mentira fue demasiado para mí.

Sus ojos, que hasta entonces habían sido protectores, se convirtieron en un muro de frialdad. Ya no había aquel brillo suave de preocupación, sino una pared de hielo que yo misma había levantado entre los dos.

El peso de la culpa me aplastaba de una manera casi física, asfixiante. No merecía nada de lo que había hecho por mí, y mucho menos la oportunidad que me había dado.

Pasé toda la noche dando vueltas en la cama, con los pensamientos atormentándome. Era la peor persona del mundo por haber mentido al único hombre que me tendió la mano cuando nadie más lo hizo.

Me ofreció protección, un hogar, una salida del infierno que era estar con Ricardo, y yo solo supe traicionar su confianza.

¿Cómo iba a mirarme al espejo ahora?

Cuando oí los pasos de Alexandre al llegar a casa, el corazón me dio un vuelco. No vino a hablar conmigo de inmediato, algo comprensible después de lo que había confesado.

Sabía que estaba procesándolo todo, buscando una solución, pero el silencio me devoraba. Quería hablar, quería pedirle perdón otra vez, pero la vergüenza me paralizaba.

No sabía qué iba a hacer a partir de ese momento.

Al cabo de un rato, escuché la puerta del salón abrirse y sus pasos firmes acercarse. Cuando entró en el dormitorio donde yo estaba, la seriedad de su expresión me hizo estremecer.

No había rabia, solo una calma fría y calculada. Alexandre siempre había sido difícil de descifrar, pero en ese instante parecía impenetrable.

—Mañana vamos a formalizar nuestro matrimonio. —Su voz era baja, pero firme, sin dejar margen a discusión.

Me quedé inmóvil, sorprendida por sus palabras.

El corazón me dio un salto y una mezcla de confusión y miedo se apoderó de mí.

¿Matrimonio? ¿Después de todo?

—Pero... ¿por qué? —pregunté con vacilación, casi en un susurro.

Antes de que pudiera continuar, me interrumpió, con la expresión inmutable.

—Porque esta farsa durará solo tres meses. —La forma en que pronunció «farsa» me golpeó como un puñetazo—. Después, cuando haya resuelto el asunto con Ricardo Vilar, quedarás libre. Podrás decidir si quieres quedarte en el país o irte a Nueva Zelanda, como dijiste. Pero tras esos tres meses, Isabela, no volveremos a vernos. —Sus palabras sonaron como una sentencia definitiva, sin posibilidad de apelación.

El impacto fue tan fuerte que sentí un dolor agudo en el pecho.

Tres meses.

Eso era todo. Me estaba poniendo un plazo, una despedida anticipada.

Debería haberme sentido aliviada. Al fin y al cabo, era lo que quería, ¿no? Liberarme de Ricardo, tener la oportunidad de empezar de

cero lejos de todo.

Pero oír a Alexandre decir que, después de ese tiempo, no habría ningún vínculo entre nosotros, despertó en mí una punzada que no sabía que podía existir.

Me quedé en silencio, con la garganta seca y las palabras atrapadas.

Me miró una vez más, y esta vez sus ojos parecían distintos, como si una parte de él también estuviera herida, aunque jamás lo admitiría. Después de unos segundos, se dio la vuelta y salió sin mirar atrás.

Cuando la puerta se cerró, el vacío me envolvió.

Debería sentirme agradecida porque seguía dispuesto a ayudarme, incluso después de mi mentira.

Pero, por algún motivo, la idea de no volver a verlo después de esos tres meses me rompía por dentro.

Me tumbé en la cama, mirando el techo mientras las lágrimas silenciosas resbalaban por mi rostro.

La realidad de mi situación nunca había estado tan clara. Había echado por la borda cualquier posibilidad de algo auténtico con

Alexandre. Y ahora, lo único que quedaba era ese matrimonio de fachada, esa farsa, hasta el día en que él me dejara seguir mi propio camino.

«Tres meses».

Esas palabras resonaron en mi mente como una cuenta atrás hacia lo inevitable. Sabía que tenía razón al querer apartarse de mí después de todo.

Pero ¿por qué dolía tanto?

CAPÍTULO 27



CAPÍTULO 27

*«El dolor puede transformarnos, pero es el amor lo que
de verdad nos libera»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—La tía Isabela estaba muy triste hoy, papá —dijo mi hijo
mientras movía los juguetes sobre la alfombra.

Tenía una forma peculiar de observar a las personas y captar emociones que a la mayoría se les escapaban. Era como si, de algún modo, estuviera más conectado con ella de lo que yo podía imaginar.

—¿Te dijo algo? —pregunté, procurando que la preocupación que empezaba a crecer en mí no se notara en la voz.

Theo negó con la cabeza, concentrado en levantar una torre con los bloques.

—No, pero estaba rara. Como cuando yo estoy triste y no quiero contárselo a nadie.

Mi hijo solo tenía ocho años, pero entendía el mundo que lo rodeaba con una claridad que a veces me descolocaba. Y ahora hablaba de ella con un cariño que me obligaba a replantearme muchas cosas.

Theo se estaba encariñando con ella.

Lo veía en cada gesto, en cada pequeña muestra de afecto. Era evidente que se sentía cómodo con Isabela, y la idea de que pudiera marcharse pronto me golpeaba más de lo que estaba dispuesto a reconocer.

—Te cae bien, ¿verdad? —pregunté, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí. Juega conmigo, habla conmigo cuando vuelvo del cole... y, ¿sabes?, parece que de verdad le importo.

Había una sinceridad en sus palabras que me desarmaba. Ver hasta qué punto se había vinculado a Isabela era reconfortante y doloroso a la vez.

Por un lado, ella parecía ser una influencia positiva en su vida, algo que Theo necesitaba, sobre todo tras la ausencia de una figura materna. Por otro, sabía que su marcha era inevitable, y Theo sentiría esa pérdida con más intensidad de lo que sentiría cualquier relación pasajera.

Y, en el fondo, yo también sabía que me costaría desprenderme de ella.

A pesar de todo, de las mentiras y los secretos, había algo en Isabela que seguía atrayéndome, como si una parte de mí quisiera creer que todo podría haber sido distinto.

Pero no sabía si era capaz de volver a confiar. La traición seguía demasiado reciente, desgastando la frágil línea de mi paciencia.

—¿Y cuando se vaya?

Theo se detuvo, como si esas palabras pesaran más de lo que podía soportar. Sus ojos se alzaron hacia mí, con un brillo de confusión y tristeza.

—¿Se va a ir? —preguntó con inocencia, como si la idea de que alguien a quien quiere pueda marcharse fuera una crueldad demasiado grande para ser cierta.

—Quizá... —respondí, sin querer mentirle—. Algún día, sí. A veces la gente se va.

—¿Como mamá?

—Sí, pero de otra manera.

Theo pareció asimilarlo en silencio y volvió a concentrarse en los bloques.

El corazón se me encogió al verlo asimilar aquella idea y, por primera vez en mucho tiempo, me pregunté si realmente quería que Isabela se marchara. Porque, en el fondo, sabía que no sería solo Theo quien notaría su ausencia.

Yo también la notaría.

Pero el problema no era cuánto había llegado a significar en nuestras vidas. El verdadero problema era la confianza rota, la duda constante sobre sus intenciones y sobre nuestra historia.

La mentira del embarazo me había enfurecido, y aunque mi instinto seguía siendo protegerla, no podía pasar por alto que me había engañado.

¿Cómo volver a confiar en alguien así?

Theo siguió levantando su torre, mientras mi mente se perdía en mil escenarios posibles.

Ya había tomado una decisión: ayudaría a Isabela, pasara lo que pasara. Se lo prometí, y yo cumplo mis promesas.

—¿Papá?

La voz de Theo me arrancó de mis pensamientos. Lo miré y vi sus grandes ojos curiosos clavados en mí.

—Dime, hijo.

—¿Te gusta la tía Isabela?

Me quedé callado un instante.

Sí, me gustaba. Y de una manera que me inquietaba, de una forma que no esperaba volver a sentir por nadie.

—Es una buena persona —respondí al fin— y quiero ayudarla. Pero a veces las cosas son complicadas.

Theo asintió, aunque era evidente que no comprendía del todo lo que quería decir.

Era un niño, y el mundo para él seguía siendo sencillo. En ese momento comprendí lo afortunado que era por poder verlo todo con tanta pureza.

Cuando volvió a sus juguetes, me dejé caer más en el sofá.

El peso de la situación se volvía cada vez más difícil de soportar. Sabía que pronto tendría que tomar decisiones, no solo sobre Ricardo, sino también sobre lo que realmente sentía por Isabela.

La verdad era que, por mucho que me hubiera mentido, una parte de mí quería creer que entre nosotros había algo más que una simple farsa.



—Se nota que tienes un problema. ¿Qué ha pasado esta vez? —La voz de mi hermano me devolvió al presente.

Estaba sentado ante mi mesa, con la mente funcionando a mil por hora. Lo último que quería era hablar de aquello, pero Diego siempre había sido directo y sabía que no se quedaría tranquilo hasta entender qué ocurría.

Suspiré y me froté las sienes, intentando decidir por dónde empezar.

No tenía escapatoria.

—Me ha mentido —respondí, sin poder ocultar la amargura en la voz.

Diego se acercó, cruzándose de brazos, y me miró con esa expresión de hermano menor que adopta cuando intuye que la cosa va en serio.

—¿Quién? —preguntó, alzando las cejas.

—Isabela —confesé, soltando el nombre como si me quitara un peso de encima—. Nunca estuvo embarazada, Diego. Fue todo una mentira para que la ayudara con lo de Ricardo.

Se quedó en silencio unos segundos, asimilando la información.

Sabía que intentaría analizarlo con la cabeza fría, como hacía siempre.

—¿Y aun así vas a ayudarla? —preguntó al fin, con la sorpresa claramente dibujada en el rostro.

—Sí —respondí con firmeza, mirándolo a los ojos—. Mi palabra no se echa atrás. Cuando prometo algo, Diego, lo cumplo, pase lo que pase. Y además, que mintiera sobre el embarazo no significa que lo que sufrió con Ricardo no sea real.

Diego me sostuvo la mirada, con una mezcla de respeto y duda. Conocía mis principios y sabía lo que significaba para mí dar mi

palabra, pero la mentira de Isabela lo complicaba todo.

—Me engañó —continué, intentando poner en orden algo que ni yo mismo tenía claro—, pero lo que vivió con Ricardo... eso no se puede fingir. Los moratones, el miedo en su mirada, la manera en que se encoge cada vez que oye su nombre. No puedo ignorar eso.

—¿Y tú qué, Alexandre? —insistió—. Sé que la vas a ayudar, pero ¿no crees que te estás implicando demasiado? Incluso después de lo que te hizo?

Me quedé callado un momento, con la vista fija en la ciudad que se extendía tras el ventanal de mi despacho.

La verdad era que, por mucho que quisiera ayudarla, había algo más. Algo que aún no sabía nombrar.

Isabela me removía por dentro de una manera que me hacía cuestionar decisiones que, hasta entonces, siempre habría tomado con frialdad y absoluta claridad.

—No se trata solo de ayudarla, Diego. Pasó por un infierno con Ricardo, y le prometí que jamás volvería a vivir algo así. Confió en mí lo suficiente como para mentir, para intentar protegerse. Quizá eso diga más sobre lo desesperada que estaba que sobre su carácter.

—¿Y el matrimonio falso? —preguntó, aún con la duda reflejada en los ojos—. ¿Vas a seguir adelante con eso?

Asentí, decidido.

—Sí. Tres meses. Ese es el plazo. Después, será libre, si quiere. Puede marcharse a otro país, empezar de cero. Sé que suena a locura, pero no puedo echarme atrás ahora. Si lo hago, Ricardo la encontrará, y ya sabes cómo acaba eso.

Se frotó la barbilla, pensativo.

—¿Estás seguro de que es lo mejor?

—Lo estoy —respondí sin vacilar—. Y, además, me aseguraré de que nunca vuelva a sufrir a manos de Ricardo. Puede que haya salido impune durante mucho tiempo, pero conmigo no. Voy a terminar con él de una vez por todas.

—No dudo de ti. Pero ¿estás seguro de que puedes separar las cosas? Entre protegerla y dejarte llevar?

La pregunta quedó suspendida en el aire y, por un instante, no supe qué contestar.

—No lo sé, Diego. Pero, al margen de lo que yo sienta, la realidad es que necesita ayuda.

Diego asintió, comprendiendo que mi decisión estaba tomada.

—De acuerdo. Lo entiendo. Solo quiero que tengas cuidado.

—Siempre lo tengo —respondí, intentando sonar seguro, aunque una parte de mí sabía que estaba adentrándome en aguas más profundas de lo que imaginaba.



CAPÍTULO 28

«Amar a alguien es aceptar no solo sus virtudes, sino también sus defectos y sus sombras»

ISABELA RODRIGUES

Había quedado con Alexandre a la hora de su almuerzo y, desde entonces, no lograba dejar de pensar en lo que aquello implicaba.

Sabía que era una farsa, un matrimonio que existiría solo sobre el papel y que tendría fecha de caducidad. Aun así, el peso de la decisión no dejaba de sobrevolarme.

Cuando lo vi acercarse, su expresión parecía intacta, igual que el día anterior: firme, seria, impenetrable. Se detuvo frente a mí y me sostuvo la mirada, directa, sin espacio para ambigüedades.

El corazón me dio un vuelco. No hubo introducciones ni alusiones a lo que estaba a punto de suceder. Simplemente me pidió, con esa voz baja y contenida, que lo acompañara.

—Vamos —dijo, inclinando ligeramente la cabeza hacia el coche aparcado a pocos metros.

Sin vacilar, caminé a su lado.

El silencio entre nosotros era casi palpable, asfixiante.

Alexandre nunca había sido un hombre de muchas palabras y, en ese momento, parecía aún más distante, encerrado en sus propios pensamientos. Pero yo sabía que algo importante estaba a punto de ocurrir, y la tensión en el aire lo confirmaba.

Subimos al coche y condujo por las calles de Florianópolis sin intentar iniciar conversación. La ciudad desfilaba ante nosotros en un borrón de colores y formas, pero mi mente estaba muy lejos, tratando de asimilar la complejidad de todo aquello.

Finalmente rompió el silencio.

—Hoy vamos a casarnos, sobre el papel —anunció sin rodeos, con la voz controlada—. Está todo preparado. Vamos ahora a resolverlo.

Tragué saliva.

Oírlo pronunciar esas palabras, aun sabiendo que formaban parte del plan, provocó un estremecimiento en mi interior. Un matrimonio de mentira, sí, pero matrimonio al fin y al cabo.

Aquel era el camino hacia mi libertad y, al mismo tiempo, me ataba a Alexandre de una forma que no sabía cómo gestionar.

Pasamos junto a un edificio discreto donde ya estaba todo organizado para oficializar el matrimonio. Alexandre, siempre impecable en cada detalle, lo había dejado todo resuelto: los documentos estaban preparados y los testigos aguardaban.

Entré a su lado, siguiendo cada paso como si caminara dentro de un sueño... o quizá de una pesadilla.

Cuando nos detuvimos frente a la mesa del registro y comenzaron las formalidades, mi mente parecía moverse a cámara

lenta. Colocaron el papel ante nosotros, y la pluma pesaba en mis manos.

El sonido amortiguado de las hojas al pasar, las firmas que se sucedían... Todo resultaba mecánico, hasta el instante en que estampé la mía, sellando aquello que cambiaría mi vida, aunque solo fuera de manera temporal.

Alexandre y yo intercambiamos miradas fugaces, pero no hubo palabras. El significado de aquel gesto quedaba suspendido entre los dos, no hacía falta pronunciarlo.

Él se mantuvo firme, como siempre, y yo procuraba que la avalancha de emociones que me desbordaba no se hiciera visible.

—Ya está hecho —murmuró Alexandre, sin rastro de emoción en la voz, mientras el juez de paz nos declaraba oficialmente marido y mujer.

El eco de esas palabras retumbó en mi cabeza, pero sabía que no había lugar para romanticismos. Era lo que necesitábamos hacer para mantener a Ricardo lejos de mí y asegurar la protección que Alexandre me había prometido.

Sin embargo, la aparente sencillez del acto ocultaba la complejidad de todo lo que significaba para mí. Estaba oficialmente casada y, aunque fuera algo temporal, había algo dentro de mí que había cambiado para siempre.

Salimos del registro y el silencio entre nosotros seguía cargado. Mientras regresábamos al coche, mis ojos se detuvieron en Alexandre, pero él evitaba mirarme directamente.

Era como si aquel papel que acabábamos de firmar hubiera levantado un muro invisible entre nosotros, algo que antes no existía.

—Vamos —dijo de nuevo, con el mismo tono de antes, abriendo la puerta del coche para mí.

Subimos y, mientras él conducía de vuelta, sentí que el pecho se me encogía. El matrimonio era solo una formalidad, lo sabía.

Pero ¿qué vendría después?

ALEXANDRE BITTENCOURT

Prometí no volver a casarme jamás cuando perdí a Marcela, la mujer de mi vida.

Hoy estaba rompiendo la primera promesa que me hice a mí mismo, y por una mujer que, pese a todo, seguía siendo una desconocida.

Isabela me mintió y, aun así, le estaba dando una oportunidad que, en el fondo, no sabía si merecía.

El camino de regreso parecía más largo de lo habitual, como si el tiempo quisiera alargar lo inevitable. Mis dedos se aferraban al volante con fuerza y, cuando la tensión se volvió insoportable, decidí romper el silencio.

—No tenías que mentirme, Isabela —empecé, con voz firme, pero contenida—. No solo me engañaste a mí, también a las personas que me rodean... incluso a mi hijo.

No respondió de inmediato y pude sentir el peso de mis palabras cayendo sobre ella.

Continué, incapaz de detenerme:

—Yo confío en la gente hasta la primera mentira. Después de eso, no hay nada que pueda restaurar esa confianza. Cuando se rompe, no existe una segunda oportunidad.

Vi por el rabillo del ojo que estaba conteniendo las lágrimas, pero me mantuve firme.

Necesitaba oírlo. Necesitaba comprender el daño que había causado.

—Sé que mentí. —Su voz salió temblorosa—. Si pudiera volver atrás, Alexandre, lo haría todo distinto. Todo. Porque tú eres un hombre de verdad, algo que jamás había conocido. Te debo la vida.

Había sinceridad en sus palabras y, por mucho que una parte de mí quisiera creerla, otra estaba completamente destrozada por su engaño.

Detuve el coche frente a la mansión. Ella dudó antes de bajar, como si esperara una palabra mía, alguna señal de que aún quedaba una posibilidad de redención.

Pero no dije nada. No podía. Lo único que quedaba ahora era cumplir el acuerdo —el matrimonio temporal— y nada más.

Antes de cerrar la puerta, me miró una última vez, buscando algo, cualquier atisbo de esperanza en mis ojos. Yo le devolví la mirada, pero mi rostro era una máscara de indiferencia.

Sin decir nada más, cerró la puerta y yo aceleré, regresando al trabajo.

Mientras conducía, sus palabras resonaban en mi mente: «Eres un hombre de verdad».

Pensé en Theo, en lo mucho que se había encariñado con Isabela. Le gustaba, y ahora, con ella aquí, si descubría la verdad... ¿cuánto podría dolerle?

Y, aun así, yo había prometido protegerla.

Ahora la cuestión ya no era solo entre nosotros dos, sino cumplir una promesa que implicaba otros sentimientos, otras vidas.

Una cosa era segura: no daría marcha atrás con mi palabra. Aunque Isabela hubiera mentido, mi palabra era ley y la ayudaría a librarse de Ricardo Vilar, por mucho que eso me costara.

CAPÍTULO 29



CAPÍTULO 29

«Los momentos de dolor nos hacen cuestionarnos si el amor realmente merece la pena»

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Has resuelto lo que tenías que resolver?

—Sí, estamos casados sobre el papel —respondí, seco, sin ganas de alargar la conversación.

—Casados sobre el papel. Quién iba a decir que el todopoderoso Alexandre Bittencourt haría algo tan... romántico. —Mi hermano hizo una pausa dramática y me guiñó un ojo, como si estuviera a punto de soltar el gran chiste—. Ahora solo falta la luna de miel.

Puse los ojos en blanco, aunque se me escapó una leve sonrisa, sabiendo que no iba a perder la ocasión de burlarse de la situación.

—Muy gracioso. Sabes que esto no tiene nada que ver con el romance.

—Ah, claro... el matrimonio más frío y calculado de todos los tiempos. —Se rió, pero la sonrisa desapareció cuando me miró con seriedad durante un instante—. ¿Y bien? ¿Cómo se siente uno al volver a casarse? Esta vez sin amor, sin la esperanza de una vida perfecta.

Dudé antes de responder y mantuve la mirada fija en el suelo durante un segundo.

—Las personas son diferentes. —Las palabras me salieron más firmes de lo que pretendía, pero era la verdad. No podía comparar a Isabela con nadie de mi pasado.

Diego, sin embargo, no iba a dejar que el tema muriera tan fácilmente.

—Las personas, sí. El destino, no. —Negó con la cabeza, como si viera algo que yo me empeñaba en ignorar—. El destino no distingue entre unos y otros, hermano. Lo que pasó una vez puede volver a pasar. No puedes controlarlo todo, aunque sea lo que más intentas hacer.

Diego siempre tenía una forma desenfadada de tomarse la vida, pero cuando la conversación se volvía más profunda, era capaz de dar en el clavo con una precisión desconcertante.

—No es lo mismo. —Mi voz sonó más baja esta vez, casi como si también necesitara convencerme a mí mismo—. Es algo temporal. Tres meses y se acabó.

—¿Tres meses? —Alzó una ceja, casi desafiante—. ¿De verdad crees que va a terminar así? Te has casado con ella, Alexandre. No puedes fingir que eso no va a remover algo en ti, en ella... y en todo lo que os rodea.

La mandíbula se me tensó y giré el rostro para no tener que mirarlo. Isabela había mentido y, aunque estuviera dispuesto a protegerla, el peso de aquella farsa seguía incomodándome.

Le había prometido mantenerla a salvo de Ricardo, pero empezaba a preguntarme qué más estaba intentando proteger... ¿a mí

mismo?

—Tú y María Gabriela os casasteis en circunstancias distintas. —
Intenté retomar el control de la conversación, pero él soltó una
carcajada.

—Circunstancias distintas, sí. Pero nadie entra en un matrimonio
sin implicarse, Alexandre. Créeme, sé de lo que hablo. Pensé que
mantendría el control cuando me casé, pensé que sería fácil. No lo fue.
El amor lo pone todo patas arriba. Y quién sabe... puede que ya estés
más involucrado de lo que crees.

Dejé escapar una risa sin humor y negué con la cabeza.

—No es amor, Diego. Ni de lejos.

—Claro, claro... —Levantó las manos como si se rindiera, pero la
sonrisa traviesa seguía dibujada en su rostro—. Solo no te sorprendas
si, dentro de tres meses, te descubres preguntándote si fue buena idea
dejarla marchar.

Antes de que pudiera responder, se apartó, lanzando una última
provocación:

—Quizá el destino solo esté esperando para volver a darte otra zancadilla, hermano.

Me quedé allí de pie durante unos segundos, escuchando cómo los pasos de Diego se alejaban y cómo sus palabras seguían resonando en mi mente.

Destino. Amor. Implicación.

No... aquello no tenía nada que ver con el amor. Yo solo estaba cumpliendo mi palabra, protegiendo a alguien que había sido una víctima.

Eso era todo. Así de simple.



Llegué a casa exhausto.

El día había sido largo y mi mente iba a mil, arrastrando pensamientos sobre la mentira de Isabela y el caos que aquella farsa había desatado.

No era el tipo de situación que yo, Alexandre Bittencourt, manejara con facilidad. Y la sensación de haber perdido el control de algo en mi vida, aunque solo fuera por un instante, me dejaba inquieto.

Fui hasta la cocina. Cocinar solía ser mi forma de aliviar el estrés y, aunque no tenía ánimo para nada, parecía la única opción. Pero en cuanto entré, la vi allí, de pie junto a la encimera.

Se giró despacio y sus ojos se cruzaron con los míos.

No dijimos nada.

Era como si las palabras no bastaran para lo que había ahora entre nosotros. Sabía que era consciente de la decepción que me había causado y quizá por eso el momento resultaba aún más pesado.

Dio un paso al frente, vacilante, y yo me limité a observarla, preguntándome qué haría a continuación. El silencio seguía imponiéndose hasta que, en un movimiento repentino, Isabela se acercó y me abrazó.

Me quedé inmóvil, sorprendido.

No lo esperaba. Se aferró a mí con fuerza, como si quisiera transmitir algo que las palabras no podían expresar.

Por un instante dudé. Pero mis brazos, casi por instinto, respondieron y la envolvieron en un abrazo mudo. Nos quedamos así, en medio de la cocina, sin decir nada.

El tiempo parecía haberse detenido y podía sentir su corazón latiendo contra mi pecho, con un ritmo que hablaba tanto de arrepentimiento como de gratitud.

—Sé que ya no confías en mí —rompió el silencio con una voz baja y ronca, aún apoyada en mi pecho—, pero quería que supieras... que te agradezco todo lo que has hecho.

Sentí el peso de aquellas palabras. Sabía cuánto había quebrado mi confianza y, aun así, necesitaba expresar su agradecimiento.

Era una mezcla de emociones. No se estaba disculpando solo por la mentira.

Era algo más.

Aquel abrazo, aquel contacto, era un reconocimiento de lo que yo había hecho por ella, incluso después de todo.

Me quedé callado, intentando comprender.

Se apartó despacio, pero nuestras miradas siguieron ancladas la una en la otra. Había tristeza, arrepentimiento, pero también algo más. Algo que no quería nombrar y que, sin embargo, estaba allí, imposible de ignorar.

—No tienes que darme las gracias —rompí al fin el silencio, con la voz más baja de lo habitual—. Yo cumplo mi palabra, Isabela.

Asintió, mordiéndose el labio, como si las palabras se le quedaran atrapadas.

—Sé que no tenías por qué hacer nada de esto —susurró—. Pero lo que hiciste... ningún hombre lo habría hecho por mí. No de esa manera. Solo quería que lo supieras.

Intentaba compensar, de algún modo, lo que se había roto entre nosotros. Pero sabía que, por sincera que fuera su gratitud, la confianza ya no era la misma.

La veía de otra forma ahora, aunque quisiera convencerme de lo contrario.

—Entiendo lo que estás intentando hacer, pero ya no se trata solo de eso.

Parpadeó, sin saber qué esperar.

—Sé que me equivoqué y sé que eso no cambia lo que hice. Pero, Alexandre, me diste una oportunidad para volver a vivir. No solo me protegiste de Ricardo, también me mostraste que puedo confiar en alguien. —Su voz sonaba quebrada, como si cada palabra pesara demasiado—. Aunque nunca vuelvas a confiar en mí, te estaré agradecida por haberme enseñado lo que significa que te cuiden de verdad.

CAPÍTULO 30



CAPÍTULO 30

*«Algunas batallas se libran en silencio, pero dejan
huellas profundas»*

ISABELA RODRIGUES

Sabía que un abrazo no arreglaría nada, y mucho menos unas palabras después de todo lo que había hecho, pero necesitaba, de algún

modo, agradecerle a Alexandre.

Estaba allí, de pie frente a mí, mirándome con esa expresión que nunca lograba descifrar: fría, distante, y aun así con una chispa que me dejaba expuesta.

Ya no era rabia ni decepción. Quizá solo la certeza de que todo lo que habíamos vivido no podía cambiar lo que ya estaba decidido.

—He decidido que me iré del país cuando todo esto termine — empecé, con una voz más firme de lo que esperaba. Bajé la mirada un instante, buscando fuerzas para continuar—. Sé que era la mejor solución desde el principio, pero... no va a ser fácil.

No dijo nada. Se limitó a observarme.

Siempre me había incomodado, pero ahora, más que nunca, sentía que estaba a punto de perder algo que nunca tuve derecho a tener.

Noté cómo se me cerraba la garganta, pero seguí adelante:

—Necesito que sepas que, aunque mentí sobre el embarazo... sobre todo esto —tragué saliva, sintiendo el peso de mis propias palabras—, no te mentí en nada más.

Sus ojos permanecieron fijos en los míos, y aquel silencio que siempre me hacía sentir desnuda ahora se volvía insoportable.

Tenía que ser sincera. Si quería marcharme con un mínimo de dignidad, debía dejarlo todo claro.

—Me encariñé contigo y con Theo. —La voz estuvo a punto de quebrármese, pero me obligué a continuar—. Nunca fue una farsa. Sé que ahora puede resultar difícil de creer, pero... la verdad es que no esperaba que las cosas acabaran así. Me entregué a ti, Alexandre, porque quise. No tuvo nada que ver con el acuerdo ni con... lo de Ricardo. Para mí fue real.

Sus ojos parecieron suavizarse apenas, aunque su expresión siguió siendo seria. Incluyó ligeramente la cabeza, como si estuviera asimilando cada palabra.

Quería que me entendiera. Que supiera que estaba diciendo la verdad, que lo que sentía por él y por su hijo era auténtico.

—No te estoy pidiendo que me creas, ni tengo derecho a hacerlo —continué, notando cómo las lágrimas empezaban a acumularse, aunque me negaba a dejarlas caer—. Solo quería que lo supieras antes

de irme. Sé que nunca podré reparar lo que hice, pero... necesitaba ser honesta contigo ahora.

Por un momento pensé que diría algo, pero permaneció en silencio. Sus ojos, antes cargados de reproche, parecían más serenos, aunque seguía habiendo una barrera, una distancia que ya no sabía cómo cruzar.

—Entiendo lo que estás diciendo —rompió al fin el silencio, con una voz baja y controlada, pero endurecida por dentro—, pero el acuerdo sigue en pie. Seguiremos con el plan hasta el final, como prometimos.

Dio un paso hacia mí, no de manera amenazante, pero sí firme.

—Después de eso, Isabela —continuó, con un tono frío y definitivo—, no habrá nada más. No volveremos a involucrarnos. Nunca.

Esas últimas palabras cayeron sobre mí como piedras.

Sabía que sería difícil, que había cruzado una línea que él no podía perdonar, pero oírlo así, ver su rostro cerrado, como si cualquier chispa que hubiera podido existir entre nosotros se hubiera extinguido... dolió más de lo que imaginaba.

Intentaba mantener la calma, pero era imposible no sentir el peso de aquel rechazo. No me estaba castigando solo por la mentira. Se estaba protegiendo.

Y, en el fondo, no podía reprochárselo.

—Lo entiendo —susurré, con la voz a punto de romperse—. Cumpliré mi parte del acuerdo. Y después, desapareceré de tu vida.

Quise decir más, pedir perdón de mil maneras distintas, pero comprendí que ya no servía de nada.

El daño estaba hecho.

Me enamoré de él —de él y de Theo— y ahora estaba pagando el precio de haber mentido. Por mucho que estuviera siendo justo al mantener su palabra, el muro entre nosotros parecía ahora infranqueable.

Asintió y me lanzó una última mirada antes de darse la vuelta y salir de la sala.

Me quedé donde estaba, con el corazón encogido, observándolo alejarse sin añadir una sola palabra. Las lágrimas que tanto había contenido comenzaron a deslizarse sin freno.

Sabía que el amor, o lo que fuera aquello que sentía por él, no bastaría para cambiar la realidad.

Y, en el fondo, aunque supiera que el acuerdo estaba a punto de terminar, la idea de no volver a ver ese lado suyo ni de poder estar cerca de Theo era una herida que tardaría mucho tiempo en cerrarse.



Me quedé un rato en el salón, perdida en mis pensamientos, intentando asimilar todo lo que estaba ocurriendo.

El silencio de la casa me envolvía, casi como un alivio momentáneo frente al caos de mi vida. De pronto sentí una mirada curiosa sobre mí y, al girar la cabeza, vi a Theo acercándose con esa expresión inquisitiva e inocente que solo tienen los niños.

Se aproximó despacio hasta el sofá donde yo estaba y, sin rodeos, se sentó a mi lado. Fue directo al grano, como si llevara un buen rato guardándose la pregunta.

—¿Tú y mi padre estáis saliendo? —preguntó, con los ojos clavados en mí y llenos de expectación.

Durante unos segundos me quedé completamente paralizada.

No estaba preparada para algo así, y mucho menos viniendo de él. Mi mente buscó a toda prisa una respuesta que fuera clara, pero que no le hiciera daño.

—No, Theo —respondí con una sonrisa suave, intentando sonar natural—. No estamos saliendo.

Frunció el ceño, claramente desconcertado. Antes de que pudiera añadir nada, continuó:

—Pero os vi abrazados... —su tono tenía un matiz de acusación infantil, como si hubiera descubierto algo importante.

Respiré hondo, comprendiendo que aquella escena entre Alexandre y yo le había afectado más de lo que imaginaba.

Tenía que ser prudente.

—Eso fue solo porque tu padre me hizo un gran favor —expliqué, escogiendo cada palabra con cuidado—. Yo solo quería darle las gracias. A veces un abrazo es una forma de mostrar gratitud, ¿sabes?

Theo asintió despacio, procesando lo que le decía, pero seguía sin parecer convencido.

La manera en que sus ojos se llenaron de una tristeza callada me removi6 por dentro y supe que había algo más detrás de aquella pregunta.

—¿Estás bien, Theo? —pregunté en voz baja, inclinándome un poco hacia él—. Pareces triste.

Suspiró y, tras unos segundos, me miró con una sinceridad que me encogió el corazón.

—Es que yo quería... una madre —confesó, con una voz frágil, cargada de un deseo inocente que me dejó sin defensas—. Me gustas. Me gustaría que fueras mi madre.

Aquellas palabras me golpearon en el pecho como una avalancha de emociones.

Sentí la pureza de su deseo, la sencillez de un niño que solo anhela una familia completa. El corazón se me encogió y, al mismo tiempo, me invadió una punzada de culpa.

No era justo para Theo —ni para nadie— que todo estuviera sucediendo de esa forma tan torcida, llena de secretos y mentiras.

—Ay, Theo... —murmuré, notando cómo se me llenaban los ojos de lágrimas que me esforcé por contener—. Eres un niño increíble. Cualquiera tendría suerte de ser tu madre.

Lo abracé con fuerza, intentando transmitirle todo el cariño que sentía por él.

Theo, pese a su corta edad, comprendía más de lo que aparentaba y el vínculo que había nacido entre nosotros, aunque no fuera real en el sentido que él soñaba, era sincero.

Cuando se apartó un poco, me miró con esos ojos grandes y llenos de esperanza, sin entender del todo mi vacilación.

No sabía cómo explicarle que la vida era más compleja de lo que imaginaba y que ni siquiera yo sabía si podría formar parte de su familia en el futuro.

—Tu padre y yo... estamos en una situación complicada. Pero te prometo que estaré cerca mientras pueda, ¿vale? —intenté asegurar, aun sin saber si podría cumplir esa promesa.

Asintió con una pequeña sonrisa, aunque el brillo en sus ojos seguía allí, como si todavía esperara algo más de lo que yo podía ofrecer.

CAPÍTULO 31



CAPÍTULO 31

*«En algunos momentos necesitamos mirar más allá de
nosotros mismos»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Entendía perfectamente la falta que una madre suponía para mi
hijo.

No pude evitar escuchar parte de la conversación que tuvo con Isabela mientras yo estaba en la cocina. La pregunta directa de mi hijo, si ella y yo estábamos saliendo, seguida de su deseo sincero de tener una madre, me golpeó de una manera que no esperaba.

No era la primera vez que lo decía, pero el hecho de que quisiera que fuera Isabela me inquietó más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Mientras subía las escaleras hacia mi habitación, mis pensamientos regresaban a ella.

En tres meses se iría.

Creo que, por primera vez en mucho tiempo, Theo parecía realmente feliz con alguien que no era yo. Y, de forma irónica, esa persona estaba a punto de desaparecer de nuestras vidas.

Cuando llegué al dormitorio y me tumbé en la cama, el peso de aquella conversación se hizo cada vez más evidente. Theo no comprendía los matices de la situación.

Para él, la solución era sencilla: Isabela estaba allí, era cariñosa con él, y eso bastaba para llenar el vacío que dejaba la ausencia de una madre.

Yo sabía que no era tan simple.

Entre nosotros había mentiras, desconfianza y una relación que, de algún modo, se había convertido en un campo minado de emociones contradictorias. Aun así, Theo la veía como la madre que nunca tuvo, y eso me colocaba ante una encrucijada.

Podía apartarla, mantenerme fiel al acuerdo que habíamos hecho y, en tres meses, asegurarme de que se marchara lejos, tal como estaba previsto. Pero ¿cómo afectaría eso a mi hijo?

Me giré en la cama, mirando al techo. Debería estar más enfadado con ella, más distante. Sin embargo, cada vez que nuestras miradas se cruzaban, había algo que me desarmaba, algo que me impedía levantar un muro definitivo entre nosotros.

Theo quería una madre.

Y, pese a todo, la idea de que Isabela ocupara ese lugar ya no me parecía tan descabellada. En el fondo sabía que la cuestión no era solo lo que sentía mi hijo, sino también lo que yo empezaba a sentir.

Cerré los ojos, intentando ahuyentar aquellos pensamientos.

Se irá en tres meses, me repetí a mí mismo. Ese tiempo es todo lo que tenemos. Después, ella seguirá con su vida y yo tendré que seguir con la mía.

La razón intentaba convencerme de que era lo mejor, pero en el silencio de mi habitación comprendí que la realidad empezaba a escapárseme de las manos.

ISABELA RODRIGUES

Me sentía más segura al salir de casa, sobre todo después de la orden de alejamiento contra Ricardo, fruto de la denuncia que presenté en comisaría.

Aun así, mientras caminaba por las calles rumbo a la empresa de María Gabriela, un peso seguía acompañándome. Era extraño experimentar una sensación de seguridad que no tenía desde hacía tanto tiempo y, al mismo tiempo, verme arrastrada por un torbellino de dudas sobre todo lo que había sucedido con Alexandre.

Las mentiras, el matrimonio fingido, la forma en que me miraba antes y cómo ahora ya no podía hacerlo del mismo modo...

Todo eso me corroía por dentro.

Cuando llegué al edificio donde trabajaba María Gabriela, sentí una punzada de alivio al verla esperándome.

María Gabriela y Carolina, las únicas personas con las que podía abrirme de verdad, las únicas en quienes sabía que podía confiar. Me

habían arropado desde el principio y hoy, más que nunca, necesitaba su compañía.

—¡Eh, qué bien que hayas venido! —me recibió Carol con una sonrisa amplia.

—Nos hacía falta que estuvieras aquí para animar un poco el almuerzo —añadió María Gabriela.

Por un momento pensé en no contar nada.

Podría fingir que todo estaba bien. Pero ya había mentido demasiado y sabía que seguir por ahí no me llevaría a ninguna parte.

—Chicas... tengo que contaros algo serio —empecé, notando cómo el estómago se me encogía de los nervios.

Sus miradas cambiaron al instante, llenas de preocupación. Se sentaron a mi lado, atentas.

—Sabéis lo del problema con Ricardo, lo del matrimonio falso con Alexandre... —continué, y vi a Carolina alzar las cejas con sorpresa—. Pero lo que no sabéis es que le mentí. Yo... nunca estuve embarazada.

Un silencio denso cayó sobre la sala.

La expresión de María Gabriela no era de juicio, sino de una mezcla de decepción y preocupación. Carolina, siempre más impulsiva, abrió la boca para decir algo, pero se contuvo.

Esos segundos de silencio me pusieron aún más nerviosa.

—Isabela... —empezó María Gabriela, eligiendo las palabras con cuidado—. Sabes que eso estuvo mal, ¿verdad? Mentir sobre algo así... y más a alguien como Alexandre.

Carolina asintió, con el rostro más serio de lo que nunca le había visto.

—Él es un hombre protector, de los que se sienten responsables de quienes quieren o... —dudó un instante antes de continuar— o de quienes decide ayudar. Y sabes cómo puede tomárselo, ¿no? Puede verlo como una traición.

Sentí un nudo formándose en mi pecho.

Era la primera vez que alguien ponía en voz alta lo que yo ya sabía en silencio. Él confiaba en mí y yo rompí esa confianza. Y, aunque siguiera ofreciéndome protección, sabía que algo había cambiado entre nosotros.

—Lo sé —murmuré, apenas audible—. Y me siento la peor persona del mundo por ello. Si pudiera volver atrás, lo haría todo distinto. Pero ahora... ahora ya no sé qué hacer.

María Gabriela me miró con empatía, pero también con firmeza.

—Lo único que puedes hacer es ser sincera a partir de ahora. Alexandre necesita saber que, pese a todo, puede confiar en ti. Aunque quede poco, intenta reconstruir esa confianza.

Carolina, que nunca se andaba con rodeos, me miró fijamente antes de preguntar:

—¿Y tú? ¿De verdad estás enamorada de él?

Sentí cómo el corazón se me aceleraba.

¿Enamorada? La pregunta era sencilla, pero la respuesta no lo era.

Sabía que lo que sentía por Alexandre iba mucho más allá de la gratitud por haberme protegido o por haberme sacado de las garras de Ricardo.

—Me he enamorado de él —confesé, notando cómo se me encendían las mejillas—, pero... no importa. En tres meses todo esto se

habrá acabado. Me iré, y él seguirá con su vida, sin mí.

María Gabriela suspiró, como si ya supiera lo que iba a decir.

—Tres meses es mucho tiempo. Y pueden pasar muchas cosas en ese tiempo. Puede que ahora sea una farsa, pero lo que sientes, por lo que veo, no lo es. ¿Quién sabe lo que puede ocurrir?

Carolina sonrió con ánimo, siempre dispuesta a ver el lado luminoso de todo.

—Sabes, Isa... yo creo que ya has cambiado mucho. Y puede que él también cambie. Las cosas a veces suceden cuando menos lo esperas.

Por mucho que quisiera creerlas, por mucho que sus palabras me ofrecieran cierto consuelo, sabía que la realidad era otra.

Alexandre había dejado claro que solo estaba cumpliendo un acuerdo y que, cuando todo terminara, no quedaría nada entre nosotros. Y aun así, una parte de mí se aferraba a la pequeña esperanza de que, de algún modo, algo pudiera cambiar en esos tres meses.

—Solo quiero que sepa que, aunque le mentí sobre el embarazo, todo lo que vino después fue real. Lo que siento por él, lo que siento por Theo... nada de eso fue fingido.

María Gabriela sonrió con suavidad y apoyó su mano sobre la mía.

—Entonces díselo. Antes de que esos tres meses se acaben.

El verdadero problema era cómo lograr que me creyera...

CAPÍTULO 32



CAPÍTULO 32

*«El dolor que cargamos puede asfixiarnos, pero el amor
puede liberarnos de nosotros mismos»*

ISABELA RODRIGUES

Un mes después

Por mucho que supiera cómo serían mis días hasta que el contrato terminara, me sentía cada vez más sola en la casa de Alexandre.

Cada vez parecía más distante, como si quisiera apartarse de todo lo que había ocurrido entre nosotros. Las conversaciones eran breves, casi inexistentes, y el silencio se hacía más espeso con el paso de los días.

El peso de la mentira que conté parecía haber levantado un muro infranqueable y, aunque intentara disimularlo, dolía notar que apenas me dirigía la palabra.

—Entonces, ¿cómo van las cosas? —preguntó María Gabriela, sacándome de mis pensamientos.

Era la hora de la comida y estábamos sentadas en un pequeño restaurante cerca del trabajo de ella y de Carolina.

Ese era el momento de la semana en el que realmente conseguía relajarme, cuando estaba con ellas. Reír, hablar, intentar olvidar los problemas que me esperaban en la casa de Alexandre.

—Alexandre cada vez habla menos conmigo —confesé, removiendo distraída la comida—. A veces parece que ni siquiera estoy allí. Y, si soy sincera, la única persona con la que de verdad hablo es Theo. Está siendo mi mejor compañía.

María Gabriela asintió con una mirada comprensiva. Siempre sabía qué decir, pero esta vez ni siquiera ella parecía encontrar las palabras adecuadas para lo que estaba viviendo.

—Me imagino que no debe de ser fácil —comentó Carol, con la voz cargada de empatía—. Pero oye, nos tienes a nosotras, ¿vale?

La ligereza en el tono de Carolina siempre traía un alivio inmediato.

Era de las que no dejaban que nadie se hundiera demasiado tiempo en sus propias preocupaciones. Y antes de que pudiera responder, ya estaba cambiando de tema, como hacía siempre que notaba que la conversación empezaba a volverse demasiado densa.

—¡No os vais a creer lo que pasó ayer en mi trabajo! —exclamó, conteniendo la risa.

María Gabriela y yo nos miramos, sabiendo que algo divertido estaba a punto de llegar.

Carol empezó a contar una anécdota desternillante sobre una escena en su oficina, con un compañero torpe y un accidente con café de por medio.

No pude evitar soltar una carcajada. Era en momentos así cuando me permitía olvidarlo todo, aunque fuera por un instante. Reír, charlar, sentir que todavía era capaz de conectar con alguien.

—¡No me digas que hizo eso! —dijo María Gabriela, riendo tanto que casi volcó el vaso de zumo.

Seguí riendo con ellas, pero pronto aquella sensación de alivio dio paso a una leve melancolía.

La verdad era que iba a echar de menos esos pequeños instantes. Esas risas, esa complicidad con personas que me entendían y no me juzgaban, eran lo que hacía mis días más llevaderos.

Cuando el contrato terminara, sabía que mi tiempo con ellas también llegaría a su fin.

María Gabriela, siempre atenta, notó el cambio en mi expresión y apoyó la mano sobre la mía.

—Eh, ¿estás bien? —preguntó con suavidad.

Sonreí, intentando apartar los pensamientos oscuros.

—Solo pensaba que os voy a echar de menos cuando todo esto acabe.

Carolina puso una mueca exagerada, tratando de restarle peso a la conversación.

—¡Anda ya! Nos vas a seguir viendo, no importa adónde te vayas, Isa —afirmó con determinación—. La amistad de verdad va más allá de contratos y fronteras, ¿lo sabías?

Sonreí, algo más animada por sus palabras, aunque sabía que mi vida estaba a punto de cambiar de forma definitiva. Las risas con ellas y el cariño de Theo eran lo único que aligeraba mis días.

Sin embargo, lo que más me dolía era Alexandre.

Aunque supiera que todo estaba a punto de terminar, su distancia me hería. Era frío, sí, pero antes de que todo se viniera abajo había momentos en los que veía otra faceta suya, una más atenta, más cuidadosa.

Ahora aquello parecía tan lejano. Ese hombre protector se escondía tras un escudo de indiferencia, y eso me rompía el corazón.

—Vamos a salir adelante. Lo sé —dijo María Gabriela, animándome como siempre hacía.

Carolina, como era de esperar, remató con una broma que nos hizo estallar en carcajadas otra vez.

Reír con ellas era como respirar aire puro después de días asfixiantes. Y aunque el futuro fuera incierto, aquel instante, en aquella mesa, con esas dos mujeres, me hacía creer que todavía podía encontrar un pedazo de felicidad en medio de todo.

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¿Qué novedades hay sobre Ricardo Vilar? —preguntó mi hermano, con un tono demasiado tranquilo para el peso de la situación.

Mi atención debería estar en la empresa, en las decisiones que había que tomar, pero mi mente volvía, una vez más, a Isabela.

—Está demasiado callado —respondí, fijando la vista en la pantalla del ordenador—. Y eso me preocupa.

Sabía que Ricardo no era de los que se rinden.

Que guardara silencio no significaba que estuviera derrotado. Solo esperaba el momento oportuno para atacar. Y esa espera me mantenía cada vez más en alerta.

—Al menos no puede acercarse a Isabela —comentó Diego, como si eso bastara para tranquilizarme.

No lo era.

Suspiré y me pasé la mano por el pelo.

La orden de alejamiento estaba en vigor, pero Ricardo era astuto. Hombres como él no se intimidan ante barreras legales. Siempre encuentran un resquicio, una forma de hacer que las cosas sucedan según su voluntad. Y, sinceramente, no confiaba en que esa protección fuera suficiente.

—Sí, pero esperará el momento adecuado. No podemos bajar la guardia —dije, intentando mantener un tono práctico, aunque mi mente ya iba un paso por delante, calculando todas las maneras de neutralizarlo antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Y cómo está Isabela?

—Estoy intentando ayudarla lo máximo posible, pero sin tener contacto con ella. Creo que es lo mejor —respondí, procurando sonar firme.

Pero la verdad era que cada vez que me cruzaba con ella en la casa, cada vez que Theo pronunciaba su nombre, mi control se resquebrajaba un poco más.

—¿Sin contacto? —preguntó, alzando una ceja, como si pusiera en duda mi lógica.

—Sí.

—¿De verdad crees que vas a poder mantener esa distancia durante mucho tiempo?

—No tengo elección —respondí con rapidez, más para convencerme a mí mismo que a él—. La confianza se rompió, Diego. Y cuando eso ocurre... hay poco que se pueda hacer para arreglarlo.

Había una amargura en mis palabras que ni yo mismo lograba ocultar.

La traición, para mí, era algo inadmisible. Y, por mucho que comprendiera la desesperación de Isabela, la mentira sobre el embarazo seguía quemándome por dentro.

Diego negó con la cabeza, como si no estuviera de acuerdo, pero supiera que intentar hacerme cambiar de opinión en ese momento sería inútil.

—Mintió sobre el embarazo, sí. Pero sigues protegiéndola. Eso significa algo, Alexandre —dijo con franqueza.

Era cierto. Seguía protegiéndola. Pero eso no quería decir que hubiera olvidado o perdonado. Mi palabra era lo más valioso que tenía. Y yo había prometido ayudarla.

—Di mi palabra de que la protegería —murmuré al fin—. Y la cumpliré. Pero cuando pasen estos tres meses, ella seguirá con su vida. No habrá nada más entre nosotros.

—Solo espero que sepas lo que estás haciendo, hermano —respondió, levantándose de la silla y dándome una palmada en el hombro—. No te engañes pensando que podrás mantener esa distancia emocional mucho tiempo. No todo se resuelve con lógica.

Intenté volver al trabajo, concentrarme en los números y en las decisiones de la empresa, pero sus palabras seguían resonando en mi cabeza. Por mucho que lo negara, había algo en Isabela que tiraba de mí, que me obligaba a cuestionar cada una de mis decisiones racionales.

CAPÍTULO 33



CAPÍTULO 33

*«El silencio entre dos personas que se aman puede ser
más poderoso que mil palabras»*

ISABELA RODRIGUES

Últimamente arrastraba dolores por distintas partes del cuerpo.
Era una molestia que iba y venía, como olas.

A veces sentía una presión extraña en la zona lumbar; otras, una náusea leve aparecía sin previo aviso. Ignoré la mayoría de esas señales, achacándolo todo al estrés, al cansancio o quizá a la tensión emocional constante por todo lo que estaba ocurriendo.

Estaba en la cocina, cortando verduras, cuando un mareo intenso me invadió de repente.

Mi cuerpo pareció flaquear, como si algo estuviera drenando mi energía sin que yo entendiera qué era. El sonido del cuchillo golpeando la tabla resonó en la estancia, pero de pronto la vista se me nubló y un calor inesperado me recorrió de arriba abajo. Sentí que las piernas me fallaban.

—¿Isabela? —escuché la voz firme de Alexandre antes incluso de notar su mano sujetándome por la cintura, impidiéndome caer al suelo.

El corazón se me aceleró al sentir su agarre firme y, al mismo tiempo, cuidadoso, lo que me confundió todavía más.

Su cercanía, el calor de su cuerpo contra el mío, debería haberme reconfortado, pero en ese momento estaba tan vulnerable que ni siquiera eso consiguió tranquilizarme.

—¿Qué te pasa? —preguntó mientras me ayudaba a mantener el equilibrio y me apoyaba contra la encimera.

Sus ojos recorrieron mi rostro como si buscaran alguna pista de lo que iba mal.

Intenté respirar hondo, pero cada movimiento parecía agravar la debilidad. Era como si mi cuerpo estuviera pidiendo auxilio y mi mente se negara a comprender lo que ocurría.

No podía derrumbarme allí, no delante de él. Alexandre ya estaba haciendo por mí más de lo que jamás habría podido pedir.

—Voy a estar bien. —Las palabras salieron casi por inercia, como un escudo, aunque sabía que no convencían ni siquiera a mí misma—. Solo estoy un poco... mareada, creo.

Frunció el ceño, claramente escéptico.

La manera en que me sostenía, la expresión en sus ojos, una mezcla de frustración y preocupación. Era extraño, después de todo lo que habíamos vivido, notar que, de algún modo, todavía le importaba.

—¿Mareada? Esto es algo más que cansancio, Isabela. Llevas días así —murmuró, soltando un suspiro sin dejar de sostenerme.

Por un instante cerré los ojos, intentando descifrar mi propio cuerpo.

Estaba agotada, sí, pero ese dolor, ese agotamiento extraño... Algo no encajaba y no sabía qué era.

En el fondo, tenía miedo de averiguarlo. La idea de que pudiera tratarse de algo más serio me heló por dentro, pero no quería preocupar a Alexandre, no más de lo que ya lo estaba.

—No sé explicarlo. Estoy sintiendo cosas raras, dolores... Pero se me pasará. —Intenté sonreír, aunque la sonrisa se desvaneció antes de formarse del todo.

Lo notó.

Alexandre soltó un suspiro más profundo y me llevó con suavidad hasta una silla, insistiendo en que me sentara.

—No parece que estés bien. —Su voz sonó más suave ahora, más vulnerable de lo que estaba acostumbrada a oírle—. Necesitas ver a un médico, Isabela.

Sabía que tenía razón, pero lo último que quería eran más pruebas, más preguntas, más miradas de sospecha.

Sin embargo, antes de que pudiera protestar, otra oleada de mareo me sacudió y cerré los ojos un instante. Cuando los abrí, él estaba arrodillado frente a mí, sujetándome las manos.

—No sirve de nada que intentes ocultarlo o fingir que se te va a pasar. —Apretó ligeramente mis dedos; su contacto era firme, pero reconfortante—. Si hay algo mal, lo averiguaremos.

Esa última frase me atravesó. Alexandre, pese a su empeño en mantener la frialdad y la distancia, había dejado ver su lado más humano.

Yo estaba alejándolo, aunque fuera sin querer, alejando a todos los que intentaban ayudarme. Y lo más irónico era que, de todas las personas, él era quien más se estaba implicando.

Respiré hondo, buscando algo de fuerza dentro de mí.

—Está bien. Iré al médico —susurré, bajando la mirada—. Pero de verdad creo que se me pasará.

ALEXANDRE BITTENCOURT

En los últimos días había notado que Isabela estaba distinta.

Parecía más cansada, sus ojos tenían un brillo apagado y su piel, normalmente llena de vida, se veía pálida.

Los dolores que intentaba ocultar afloraban en momentos inesperados y, por mucho que tratara de disimular, no podía engañarme, ni engañarse a sí misma.

Reconocía esas señales: algo le estaba ocurriendo, y eso me inquietaba.

Durante la cena me senté a la mesa, pero hablé poco. Preferí observar.

Theo, como siempre, no paraba de hablar, llenando la estancia con su entusiasmo contagioso. Reía y conversaba con Isabela como si ella hubiera formado parte de la familia desde siempre. Yo me limitaba a mirar en silencio, dejando que la conversación fluyera entre ellos.

Mi hijo parecía verdaderamente feliz con ella cerca y, por un instante, un pensamiento incómodo me atravesó: ¿qué sería de él cuando Isabela se marchara?

Quedaban dos meses para que el acuerdo terminara y ella seguiría su camino.

Esa era la regla, nuestra regla.

Sin embargo, cuanto más avanzaba el tiempo, más difícil me resultaba imaginar volver a la vida que llevaba antes de que ella apareciera.

—Papá, la tía Isabela dice que mañana me va a enseñar a hacer aquella receta de bizcocho —anunció Theo de pronto, sacándome de mis pensamientos.

—¿Ah, sí? —esbocé una ligera sonrisa, pero mi mirada se posó en Isabela.

Intentaba seguir el entusiasmo de mi hijo, pero detrás de su sonrisa se percibía un cansancio evidente.

Me lanzó una mirada fugaz y hubo algo en ella, una especie de vacilación. Algo no iba bien, y sabía que yo lo estaba notando.

La cena continuó con la misma energía, pero yo seguía atrapado en mis propios pensamientos, preguntándome qué estaba ocurriendo realmente con ella.

Una parte de mí creía que estaba enferma, pero otra sospechaba que el peso de todo lo que había sucedido entre nosotros empezaba a pasarle factura.

El matrimonio fingido, la mentira sobre el embarazo, la presencia constante de Theo y la mía... todo eso la estaba afectando de una forma que yo no había previsto.

Volví a mirar a Theo y a Isabela. Reían por algo a lo que apenas prestaba atención. Para él, todo parecía tan sencillo, tan fácil.

—¿Alexandre? —La voz de Isabela me devolvió al presente.

—¿Sí?

Me observaba con una expresión preocupada, sus ojos captando la distancia en los míos.

—¿Está todo bien? —preguntó en voz baja, casi como si temiera la respuesta.

Me limité a asentir, sin añadir nada más. La verdad era que nada estaba realmente bien, y yo lo sabía.

Lo nuestro se complicaba cada vez más. Isabela era algo más que un acuerdo, más que esa farsa que habíamos construido para enfrentarnos a Ricardo Vilar.

Había mentido y, aunque pudiera entender sus motivos, seguía siendo una traición. Yo confiaba en las personas hasta la primera ruptura, y con ella esa ruptura ya se había producido.

Por mucho que intentara ignorarlo, esa idea seguía carcomiéndome por dentro.

La cena terminó y Theo se fue a su habitación, ilusionado con el día siguiente. Isabela empezó a recoger la mesa y, sin saber muy bien por qué, me levanté para ayudarla.

—Gracias por la cena —murmuró mientras llevaba los platos al fregadero, como si intentara romper el silencio incómodo.

Asentí una vez más. Mientras se movía por la cocina, me descubrí pensando en lo que nos deparaba el futuro.

Dos meses. En dos meses, todo aquello llegaría a su fin.

CAPÍTULO 34



CAPÍTULO 34

*«El dolor nos moldea, pero es el amor el que nos
transforma»*

ISABELA RODRIGUES

De madrugada volví a sentirme mal y tuve que ir al baño varias veces.

No entendía qué le estaba pasando a mi cuerpo, pero la sensación era extraña. Las náuseas aparecían sin previo aviso, un malestar persistente que me dejaba sin fuerzas.

Las posibilidades se agolpaban en mi cabeza como un torbellino.

Toda la tensión acumulada en los últimos meses, con el matrimonio fingido, las mentiras y el peso de la situación con Ricardo, podía estar afectando a mi salud con más intensidad de la que imaginaba.

Tal vez fuera eso, o quizá algún virus que había contraído. Pero lo cierto es que había una idea más inquietante rondándome, una que me resistía a contemplar.

Embarazo.

Esa palabra resonó en mi mente como un trueno.

Cerré los ojos un instante y los recuerdos de aquella noche invadieron mis pensamientos. La noche en la que me entregué a él en cuerpo y alma, no por obligación alguna, sino por deseo, por un sentimiento que apenas sabía describir.

Fue real.

Sabía que aquella noche había significado algo para mí y, desde entonces, algo había cambiado entre nosotros, aunque él no quisiera admitirlo.

El corazón empezó a latirme con fuerza y un escalofrío me recorrió la espalda. Con la mente desbordada, pasé el resto de la madrugada inquieta. El sueño me esquivó y las horas se hicieron eternas.

Necesitaba respuestas, y las necesitaba pronto.

A la mañana siguiente, antes incluso de plantearme ir al hospital, decidí pasar por la farmacia.

El trayecto se me hizo interminable, como si el mundo avanzara a cámara lenta. Cada paso traía consigo una nueva oleada de pensamientos, preguntas sin respuesta y un miedo que empezaba a instalarse en lo más hondo de mi pecho.

Al llegar, dudé un segundo antes de entrar. El corazón me golpeaba con fuerza y sabía que, al cruzar aquella puerta, todo podría cambiar.

Tal vez fuera una falsa alarma y estuviera preocupándome sin motivo.

Cogí el test de embarazo con rapidez, intentando ignorar la mirada curiosa del dependiente.

La caja parecía pesar una tonelada entre mis manos y salí de la farmacia lo más deprisa que pude, evitando cruzar miradas o dejar entrever el torbellino que llevaba dentro.

De vuelta en casa, cerré la puerta tras de mí y respiré hondo.

El salón estaba en silencio y la tensión parecía espesa, casi asfixiante. Caminé hacia el baño con las manos temblorosas. Dejé el test sobre el lavabo y me miré al espejo, observando el reflejo de alguien a quien apenas reconocía.

La Isabela de meses atrás ya no era la misma mujer que me devolvía la mirada.

Había cambiado, y ahora todo podía volver a cambiar.

Hice la prueba con las manos aún temblando; cada segundo se alargaba como una eternidad. Me senté en el borde de la bañera mientras esperaba el resultado, con el pulso retumbándome en los oídos.

El recuerdo de Alexandre, de todo lo que estábamos viviendo juntos, regresó con fuerza.

El acuerdo, las mentiras, el futuro incierto... y ahora, esto.

Apenas era capaz de asimilar lo que me estaba ocurriendo, y mucho menos imaginar el alcance que tendría en nuestras vidas.

Mis pensamientos oscilaban entre el miedo y la esperanza.

Sabía que Alexandre era un hombre de palabra, alguien que anteponía la verdad a cualquier cosa, y yo... yo ya había traicionado su confianza una vez.

Cuando por fin miré la prueba, sentí que el corazón se me detenía durante un instante.

Estaba embarazada.



—¿Estás bien, Isabela?

La voz dulce de Theo me arrancó de mis pensamientos turbulentos.

Miré al niño frente a mí, sus ojos castaños llenos de preocupación, e intenté sonreír, pero sabía que no resultaba convincente.

Me obligué a aparentar normalidad, a comportarme como si todo estuviera en orden, cuando en realidad el caos rugía dentro de mí.

—Sí, Theo. Estoy bien —mentí, con la voz serena, aunque cada parte de mí gritaba lo contrario.

Me observó unos segundos más, como si no terminara de creerse mi respuesta.

Se encogió de hombros y volvió a su juego en el jardín, pero yo me quedé inmóvil, sintiendo el peso de la realidad aplastándome los hombros.

La verdad era que no estaba nada bien.

Desde que vi el resultado de la prueba de embarazo, mi mente no había dejado de dar vueltas. Me sentía mareada, confundida y, sobre todo, asustada.

Me quedé al borde de la piscina, contemplando el reflejo del agua tranquila. La superficie cristalina no reflejaba nada del torbellino que llevaba dentro.

Pensé en Alexandre y una punzada de pánico me atravesó el pecho. Ya había pasado por tanto conmigo —la mentira sobre el embarazo anterior, el acuerdo que nos mantenía unidos por pura conveniencia.

Ahora, con un embarazo real, ¿pensaría que lo había hecho a propósito? ¿Que había planeado quedarme embarazada para atarlo de algún modo?

El miedo a que me malinterpretara me devoraba, y sabía que Alexandre era un hombre de principios.

Valoraba la verdad por encima de todo.

Suspiré y cerré los ojos un instante, intentando ordenar mis pensamientos. Sin embargo, lo que más me inquietaba, lo que me estaba desgarrando por dentro, era la sensación de que todo podía desmoronarse en cualquier momento.

No quería que Alexandre creyera que había planeado aquello. Lo último que deseaba era que pensara que yo era capaz de algo tan calculado, tan manipulador.

Aún necesitaba asimilarlo todo, necesitaba tiempo para comprender lo que aquello significaba para mí. La prueba había confirmado algo que apenas podía creer, y ya no había vuelta atrás.

Tenía que encontrar la manera de decirle la verdad, pero el miedo a perderlo, a perder esa nueva conexión que estábamos construyendo, me paralizaba.

Mis ojos regresaron a la piscina, y el agua serena me ofreció una paz momentánea.

Sin embargo, esa paz no duraría.

Tarde o temprano tendría que afrontar la verdad, y Alexandre tendría que saberlo. Pero por ahora necesitaba tiempo para asimilarlo, para prepararme.

Y, sobre todo, necesitaba pensar en cómo proteger a este bebé, esta pequeña vida que ahora dependía de mí.

CAPÍTULO 35



CAPÍTULO 35

«Los corazones más heridos son los que más tienen que enseñar sobre la verdadera esencia del amor»

ALEXANDRE BITTENCOURT

Todo estaba en calma, y cuando eso ocurría dentro de la empresa, era porque cada detalle encajaba a la perfección.

El ambiente controlado me daba una sensación de dominio, como si el caos que pudiera desatarse ahí fuera jamás lograra atravesar las puertas de cristal de Amacel Corporation. Sin embargo, sabía que aquella tranquilidad podía romperse en cualquier momento.

Mientras revisaba los informes, la puerta se abrió de golpe. No esperaba visitas.

Alcé la mirada y allí estaba él: Ricardo Vilar.

—Parece que me he perdido algunas novedades —empezó, con la voz cargada de sarcasmo—. He visto en las noticias que te has casado con mi prometida. Interesante, ¿no?

La rabia vibraba en cada una de sus palabras, pero no reaccioné de inmediato.

Eso era lo que buscaba: una explosión, una señal de que aún conservaba algún tipo de control sobre la situación.

Pero no lo tenía.

Me mantuve en silencio, dejándole decir todo lo que había venido a decir.

—Pensé que lo vuestro no era más que un jueguecito —continuó, acercándose a mi escritorio—. Pero veo que has decidido llevarlo a otro nivel. Isabela siempre ha sido una mujer interesada, ¿verdad? Esto no va a salirte gratis, Alexandre. La recuperaré, cueste lo que cueste.

Poco a poco, levanté la vista y mi mirada, fría y dura, se clavó en la suya.

No mostraba ni un atisbo de vacilación, como siempre, creyéndose el dueño del mundo. Pero esta vez era distinto. Yo no era uno de sus peones, y mucho menos lo era Isabela.

—Ya no tienes ningún derecho sobre Isabela —dije, en voz baja, pero impregnada de amenaza—. Ya no es tu prometida. Es mi esposa. Y mientras esté a mi lado, la protegeré hasta el final. Eso es lo único que necesitas saber.

Ricardo entrecerró los ojos, irritado por la calma que mostraba.

Estaba acostumbrado a intimidar, pero yo no me doblegaba ante sus amenazas.

Ni me doblegaría jamás.

—¿De verdad crees que este teatrito va a durar para siempre? —gruñó, con la voz más áspera—. ¿Crees que ella quiere quedarse contigo? Siempre vuelve a mí, Alexandre. Eso es lo que no entiendes. Hagas lo que hagas, siempre vuelve.

Me levanté de la silla y quedamos frente a frente.

La tensión en la sala aumentaba a cada segundo, pero mantuve el control. Sabía que Ricardo estaba perdiendo el equilibrio, intentando imponer una nueva versión de la historia, pero no estaba dispuesto a permitirlo.

—Escúchame bien, Ricardo —mi voz sonó baja, firme, con un matiz amenazante que rara vez utilizaba—: Isabela no va a irse contigo a ninguna parte. Y si sigues intentando acercarte, descubrirás por las malas que no estoy faroleando. Si pensabas que esto sería un juego sencillo, te equivocas. Protegeré a Isabela con mi vida si hace falta, y nada de lo que hagas cambiará eso. Es mi esposa, y ya no tienes ningún poder sobre ella.

Ricardo se encogió apenas un segundo, su seguridad tambaleándose, pero enseguida recuperó su sonrisa cínica.

—Ya veremos, Alexandre. Ya veremos.

Se dio la vuelta y salió del despacho con pasos medidos, como si ya estuviera calculando su siguiente jugada.

Pero en el fondo, sabía que estaba cada vez más desesperado. Había perdido el control sobre Isabela, y eso lo estaba consumiendo por dentro.



Sabía que tenía que hablar con Isabela sobre Ricardo. Su visita a la empresa había dejado claro que estaba desesperado, más imprevisible que nunca.

Caminé hacia el salón, donde sabía que Isabela estaría, intentando encontrar las palabras adecuadas para prepararla para lo que se avecinaba.

No me gustaba jugar sucio, pero Ricardo me estaba empujando a ello, y haría lo que fuera necesario para protegerla.

Cuando la vi sentada en el sofá, con la mirada perdida, algo dentro de mí se detuvo. Parecía atrapada en sus pensamientos, tan ajena a todo lo que la rodeaba que ni siquiera notó que me acercaba.

Había algo distinto en ella.

No era el cansancio que había percibido en los últimos días. Era más profundo, como si una transformación invisible estuviera teniendo lugar.

—Isabela —empecé, con voz firme, aunque contenida—, tenemos que hablar.

Parpadeó, como si regresara poco a poco a la realidad, pero aun así su mirada no se encontró con la mía de inmediato. Parecía estar en otra parte, envuelta en algo que yo no alcanzaba a comprender.

—Ricardo ha aparecido hoy en la empresa —continué, tratando de captar su atención—. Ha vuelto a hacer amenazas. Sabe lo del matrimonio, lo han difundido en los noticiarios. Está dispuesto a cualquier cosa para intentar recuperarte.

Isabela no reaccionó como yo esperaba.

No hubo alarma en sus ojos ni un gesto de inquietud. Era como si mis palabras no lograran atravesarla. Guardé silencio unos segundos, analizando la situación, hasta que comprendí que allí estaba ocurriendo algo mucho más grande, algo que se me escapaba.

—¿Qué está pasando? —pregunté, intentando mantener la calma, aunque la frustración empezaba a abrirse paso.

Tardó en responder, como si necesitara unos segundos para asimilar la pregunta.

Sus ojos buscaron los míos, y entonces supe que algo no iba bien, algo que iba más allá del cansancio o del miedo a Ricardo. Cuando por fin habló, la vacilación era evidente, como si sopesara cada palabra antes de dejarla salir.

—Yo... he descubierto algo —empezó, en voz baja, casi imperceptible.

La miré, esperando lo que vendría después, notando cómo mi cuerpo se tensaba con cada segundo de silencio.

Era raro verla así, tan vulnerable, tan lejos del control que siempre intentaba mantener.

—¿El qué?

—Estoy embarazada, Alexandre —lo soltó de golpe, como si cada palabra fuera un muro que necesitara derribar.

El impacto fue inmediato. Sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies durante un instante.

¿Embarazada?

—Fue aquella única vez que dormimos juntos.

Se hizo un silencio largo, pesado, casi asfixiante.

Cada una de sus palabras resonaba en mi mente. No sabía qué decir. Mis manos se cerraron en puños a los lados del cuerpo mientras una avalancha de pensamientos me sacudía.

—No lo supe hasta hace poco... —añadió, casi en un susurro—. No quería creerlo, pensé que sería otra cosa. Pero me hice una prueba.

Me pasé las manos por el rostro, intentando asimilar la noticia.

Ricardo, el matrimonio de conveniencia, y ahora un bebé...

Era como si todo se estuviera derrumbando a la vez, y aun así tenía que mantener la cabeza fría.

Lo único que no sabía era cómo hacerlo.

CAPÍTULO 36



CAPÍTULO 36

*«Amar es arriesgarse a perderlo todo, pero también es la
única oportunidad de ganar algo verdadero»*

ISABELA RODRIGUES

No sabía qué estaba pensando Alexandre mientras me observaba.

Podían ser muchas cosas, entre ellas la duda más cruel de todas: si aún creía en mí.

La revelación del embarazo ya había alterado profundamente la dinámica entre nosotros, y ahora enfrentar aquel silencio denso era más de lo que podía soportar.

Sentía el corazón desbocado, la ansiedad reptando por mi cuerpo mientras su mirada seguía clavada en mí, sin dejar entrever una emoción clara.

—No sé si puedo creerte, Isabela —dijo al fin, rompiendo el silencio con una frialdad que me atravesó el pecho—. No sé si te acostaste conmigo porque quisiste o si fue solo para sostener aquella mentira de que ya estabas embarazada. O quizá para quedarte embarazada de verdad y utilizarme de algún modo.

Sus palabras estallaron como una bomba.

El golpe fue inmediato. Sentí que me temblaba el cuerpo, como si todo dentro de mí se viniera abajo de una sola vez.

Sabía que había mentido, sabía que había quebrado su confianza, pero oír que pensaba que yo era capaz de algo tan mezquino... eso me destrozó por dentro.

La vista se me nubló, y la desesperación que llevaba conteniendo explotó sin aviso. Las lágrimas brotaron sin control y ya no pude detenerlas.

Alexandre podía ser frío, distante, pero no entendía nada.

No tenía ni idea de lo que yo había pasado.

—¡Solo te mentí una vez! —estallé, con la voz quebrada por el llanto—. ¡Y fue para intentar dejar de ser maltratada por Ricardo! ¡No sabes lo que viví, Alexandre! ¡No estabas en mi piel, no sabes el pánico que sentía! Hice lo que hice porque estaba desesperada, porque no veía otra salida.

Me observaba con los ojos aún helados, aunque en el fondo asomaba una sombra de duda, una vacilación que quizá intentaba ocultar.

Respiré hondo, tratando de recomponerme, pero era imposible. Tenía las emociones a flor de piel.

—¿De verdad crees que yo quería esto? —seguí, alzando más la voz de lo habitual—. ¿Crees que planeé quedarme embarazada de ti? ¿Que fui a buscarlo? ¡No! Fue un accidente, y ahora... estoy aquí,

llevando dentro un bebé que es tuyo, y no tengo ni idea de cómo afrontar todo esto.

Las lágrimas me corrían por el rostro y me sentía completamente expuesta. Mi vulnerabilidad estaba al descubierto y, por primera vez, no podía contener las palabras que salían de mi boca.

—¡Fui maltratada, Alexandre! —grité, sintiendo el dolor en cada sílaba—. Años de control, manipulación, golpes. ¿Y tú crees que sabes lo que sentí? ¿Que puedes juzgarme? No tienes ni idea de lo que es ser una mujer atrapada en algo así, sin salida, sin nadie que te tienda la mano.

Se quedó paralizado, como si no esperara que explotara de aquella manera.

Y quizá no lo esperaba.

Siempre había mantenido una actitud serena, contenida, incluso sumisa en algunos momentos, porque el miedo a perder su protección me hacía tragarme todo.

Pero ahora todo lo que llevaba guardado estaba saliendo a la superficie.

—Yo no soy como tú, Alexandre —continué, esta vez en un tono más bajo, aunque aún tembloroso—. Tú tienes poder, control sobre todo. Yo nunca tuve nada de eso. Mi vida siempre ha sido sobrevivir, buscar la manera de seguir respirando sin perder la cordura. Y ahora, cuando por fin creí que tenía una oportunidad de salir adelante, apareces tú y... piensas que soy la villana de esta historia.

El silencio que siguió fue pesado.

Se quedó mirándome durante un largo rato, mientras yo intentaba recuperar el aliento y contener el llanto. Cada una de mis palabras parecía quedarse suspendida en el aire y, por primera vez, tuve la sensación de que quizá empezaba a comprender.

Al menos un poco.

—No puedo fingir que entiendo todo lo que has pasado —dijo al fin, con la voz más baja, como si eligiera cada palabra con sumo cuidado—. Pero tampoco puedo ignorar que me mentiste.

Sabía que tenía razón.

La confianza es un puente frágil, y mi mentira lo había hecho derrumbarse. Aun así, necesitaba que entendiera que, por mucho que hubiera mentido, eso no definía quién era yo.

No cambiaba el hecho de que, en algún momento, me enamoré de verdad de él. Que cada caricia, cada instante compartido, fue real para mí.

—Me equivoqué —admití, con las lágrimas aún resbalando por mi rostro—, pero lo que siento por ti es verdadero. Todo lo que vivimos fue real, Alexandre. En eso nunca mentí.

Siguió mirándome, aunque ahora había una vacilación en sus ojos. No sabía si aquello era buena señal o todo lo contrario, pero al menos había dicho todo lo que necesitaba decir.

Y ahora solo quedaba esperar qué haría él con esa verdad.

ALEXANDRE BITTENCOURT

Imaginaba lo que había tenido que soportar en manos de Ricardo.

Aunque no fui yo quien dejó esas cicatrices invisibles, sabía que el peso de cada una seguía acompañándola. Pero al verla allí, frente a mí, llorando y completamente deshecha, me sentía dividido entre la razón y un sentimiento que no quería admitir.

Isabela estaba sentada en el sillón del salón, con los ojos anegados en lágrimas, intentando hablar, pero era evidente que las palabras se le escapaban.

Por mucho que quisiera creerla, me resultaba imposible pasar por alto que ya me había mentido una vez.

El pensamiento me golpeaba una y otra vez: «¿Está siendo sincera ahora?»

Lloraba, con las manos temblorosas apoyadas en el regazo, mientras sus palabras salían entre sollozos. Cada lágrima parecía una confesión de culpa y dolor, pero dentro de mí persistía la duda.

No era fácil confiar a ciegas en alguien que te había engañado, que había recurrido a mentiras para escapar del infierno que Ricardo le hacía vivir. La observaba en silencio, con los brazos cruzados, intentando aparentar más calma de la que realmente sentía.

Aunque todo en su rostro indicaba que esta vez no mentía, una parte de mí se negaba a dejarse arrastrar.

Un error. Una mentira.

Eso bastaba para desconfiar, para cerrar esa puerta de nuevo.

—Isabela —empecé, con voz firme, aunque teñida de cierta vacilación—, por mucho que intente comprender lo que estás pasando, no puedo ignorar el pasado...

—¡Lo sé! —me interrumpió, con la voz cargada de emoción—. Sé lo que hice, Alexandre. Sé cuánto te herí y sé que no confías en mí. Pero para mí, estar embarazada ahora... —Su voz se quebró y apartó la mirada, secándose las lágrimas que corrían sin freno por su rostro—. Es difícil. Porque sé que, pase lo que pase, tú nunca me vas a amar.

Nunca me vas a amar.

Sus palabras me provocaron una punzada extraña en el pecho, algo que no quería reconocer.

La idea del amor me resultaba lejana, casi ajena, algo que había bloqueado desde la pérdida de Marcela. Isabela se puso en pie, con los hombros hundidos por el cansancio y la tristeza, y comenzó a caminar hacia la puerta del salón.

—Isabela... —intenté detenerla con mi voz, pero ya era tarde.

Salió de la estancia llevándose consigo aquella mirada vacía, como si algo dentro de ella se hubiera roto para siempre.

CAPÍTULO 37



CAPÍTULO 37

*«Entre el amor y la redención hay un camino difícil, pero
necesario»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Isabela está embarazada.

El silencio que siguió a mi revelación cayó sobre la sala de reuniones como una losa.

Diego me miró durante unos segundos, incrédulo, mientras yo intentaba asimilar algo que apenas acababa de oír de labios de ella.

—¡Joder, Alexandre! ¡Aclárate de una vez! ¿Está o no está embarazada de Ricardo? —Diego, siempre directo, alzó las manos con gesto de frustración.

—Está embarazada de mí.

La confusión en el rostro de mi hermano dio paso a una mezcla de incredulidad y rabia.

Y lo entendía.

Había pasado los últimos meses intentando lidiar con las mentiras de Isabela, protegiéndola de Ricardo y, al mismo tiempo, manteniéndome al margen de cualquier sentimiento que pudiera nacer entre nosotros.

Y ahora todo aquello parecía perder sentido.

—¿Cómo dices? —Diego se recostó en la silla, cruzó los brazos y me sostuvo la mirada—. ¿Cómo ha pasado eso, Alexandre? Teníais un

acuerdo, ¿no?

Me esforcé por mantener la calma, pero no era fácil.

No era algo que pudiera controlar sin más. Nuestro acuerdo era por tres meses, y al final todo quedaría resuelto.

¿Pero ahora? Ahora llevaba dentro a mi hijo.

—No sé qué hacer —mi voz sonó más baja de lo que esperaba, y Diego guardó silencio, algo poco habitual en él—. Teníamos este matrimonio temporal, todo planeado para zanjar el asunto con Ricardo. Pero con este embarazo...

Diego se frotó el rostro y suspiró.

—Entonces vas a ser padre otra vez. —Dejó las palabras suspendidas en el aire, como si necesitara digerirlas—. ¿Y ahora qué? ¿Qué piensas hacer?

Esa era la pregunta que no sabía responder. Por primera vez me encontraba ante una situación que no podía resolverse con lógica ni con estrategias empresariales.

Isabela, la mujer que me había mentido, la misma de la que llevaba meses intentando distanciarme emocionalmente, ahora llevaba

dentro una parte de mí.

Y eso lo cambiaba todo.

—Tendré que pensar en algo —murmuré, sintiendo el peso de la responsabilidad caer sobre mis hombros—. El acuerdo aún dura dos meses, pero ahora es distinto.

Diego, siempre pragmático, negó con la cabeza.

—Alexandre, sé que esto es un golpe. Pero Isabela está embarazada de ti. Ya no va solo de ella ni del acuerdo. Tienes que tomar una decisión, hermano. No puedes dejar que esto se alargue. Es tu vida y es tu hijo. Hagas lo que hagas, hazlo pronto.

Sabía que tenía razón.

Y aun así, por muy sincero que hubiera sido su llanto, por mucho que me hubiera suplicado perdón, la desconfianza seguía ahí.

—Aunque no sepa adónde nos llevará todo esto, haré lo que haga falta.

—Siempre has sabido qué hacer. Ahora no va a ser diferente.

Después de aquella conversación, fui directo a mi despacho y, sentado tras mi mesa, me quedé pensando.

Me levanté de la silla y empecé a caminar de un lado a otro, sintiendo el peso de cada decisión.

La frialdad con la que solía afrontar los problemas parecía desvanecerse ante aquella situación. Tenía que protegerla y, al mismo tiempo, decidir cómo seguir adelante.

Finalmente, tomé una decisión.



Cuando estaba cerrando la jornada, recibí el aviso de que mi investigador se encontraba en la recepción de la empresa y pedía hablar conmigo en persona.

Aquello era inusual, ya que nuestras comunicaciones solían hacerse por teléfono o por correo electrónico, pero el tono de urgencia en la voz de la secretaria me llevó a autorizar su entrada sin dudarlo.

Si estaba allí, debía de tratarse de algo serio. Y yo detestaba las sorpresas, sobre todo en un momento en el que ya había demasiado en juego.

La puerta se abrió sin hacer ruido y entró con expresión rígida, sin rodeos.

—¿Qué ocurre, Harold? —pregunté, directo, señalando la silla frente a mí.

Se sentó enseguida y me sostuvo la mirada con gesto grave, sin perder tiempo en formalidades.

—He venido en persona porque el asunto es delicado, Alexandre —empezó, sacando una pequeña libreta del bolsillo—. Tengo que advertirle de algo que puede ser muy serio.

Mi atención se tensó al instante. Con un leve gesto, le indiqué que continuara.

—Existe una alta probabilidad de que Ricardo Vilar también lo esté investigando a usted. Sospecho que puede haber intervenido su teléfono o incluso haber colocado dispositivos de escucha en algún lugar. Ahora mismo no podemos descartar nada.

Fruncí el ceño, sopesando las implicaciones.

Ricardo era, sin duda, un hombre que jugaba sucio. No resultaba descabellado, y en el fondo ya esperaba que diera un paso más extremo.

—Eso no me sorprende —respondí con sequedad—. Pero ¿por qué lo cree ahora?

Sacó varios documentos de la carpeta que llevaba y me los tendió.

—He reunido algunas pruebas. Aún estamos al inicio del análisis, pero estoy casi seguro de que Ricardo Vilar provocó el accidente en el que murieron los padres de Isabela.

Apreté los papeles con firmeza, mientras mi mente luchaba por asimilar lo que acababa de oír.

—¿Cómo dice? —pregunté, más para ganar tiempo que por verdadera necesidad de confirmación—. ¿Está seguro de eso?

—No del todo, pero todo apunta a que estuvo implicado. Llevo semanas investigando después de unir ciertos detalles de su comportamiento que no encajaban. Por lo que he reunido hasta ahora, parece que Ricardo utilizó la muerte de los padres de Isabela para acercarse a ella. La “consoló” en un momento de vulnerabilidad y se

aprovechó de la situación para involucrarse sentimentalmente. —El investigador hizo una pausa, esperando a que procesara la información antes de continuar.

La rabia me ardió en el estómago, lenta y constante.

La desesperación de Isabela, sus mentiras... todo adquiría ahora una dimensión distinta. Ricardo la había manipulado de una forma aún más despreciable de lo que yo imaginaba.

—Mató a sus padres para poder controlarla. —Las palabras salieron frías, calculadas, mientras asumía la magnitud de lo que aquello significaba—. La encadenó a un ciclo de dolor desde el principio.

Mi investigador asintió, confirmando mi deducción.

—Eso es exactamente lo que indican las pruebas. Y por eso he tenido que venir en persona. No va a detenerse, Alexandre. La considera su propiedad y, ahora que sabe que usted está a su lado, puede intentar ir más lejos. Y eso sería extremadamente peligroso.

Mi mente empezó a moverse a toda velocidad.

Las piezas encajaban de una manera perversa. Ricardo no era solo un hombre celoso ni alguien movido por la venganza; era un depredador que llevaba años manipulando la vida de Isabela.

—Esto lo cambia todo. —Mi voz sonó cortante mientras reorganizaba cada idea—. Necesitamos una estrategia clara y sin fisuras. ¿Puede demostrarlo? ¿Pruebas suficientes para hundirlo?

—Aún no, pero estoy cerca. Necesito unos días más para cerrar los últimos cabos. Sin embargo, ya podemos empezar a preparar el siguiente movimiento.

Sabía que Ricardo no era el tipo de hombre que dejara nada al azar. Si estaba investigando mi vida, vigilando cada uno de mis movimientos, tenía que prepararme para lo peor.

Y, por encima de todo, proteger a Isabela.

—De acuerdo —afirmé al fin, incorporándome en la silla—. Continúe con la investigación. No escatime recursos. Quiero cada detalle que pueda encontrar sobre esa conexión con el accidente. Si tiene cualquier implicación, la utilizaremos para apartarlo de nuestro camino de una vez por todas.

Mi investigador asintió y se puso en pie para marcharse.

—Y una cosa más —añadí antes de que cruzara la puerta—. Asegúrese de que nuestras comunicaciones sean discretas. Si Ricardo ha intervenido algo, quiero que crea que estamos distraídos. Lo utilizaremos a nuestro favor.

Salió, dejando el despacho sumido de nuevo en el silencio, interrumpido únicamente por el murmullo de mis propios pensamientos.

Tendría que tomar decisiones rápidas.

Sin embargo, la idea de que Isabela hubiera sufrido tanto sin conocer el alcance de lo que Ricardo había hecho me llenaba de una rabia sorda.

Ya no se trataba solo de protegerla. Se trataba de destruir a Ricardo por completo.

CAPÍTULO 38



CAPÍTULO 38

*«La valentía no es la ausencia de miedo, pero sí la
decisión de seguir adelante a pesar de él»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Pensé largo rato durante el trayecto de vuelta a casa.

Las palabras del investigador se adueñaron de mi mente, instalando un peso que sabía que no desaparecería pronto.

Ricardo no era solo un hombre obsesionado con el poder y el control; había manipulado la vida de Isabela desde el principio y ahora la verdad sobre el accidente de sus padres empezaba a salir a la luz. Pero ¿cómo podía contarle algo así sin tener la certeza absoluta?

Revelar algo tan grave sin pruebas concluyentes podría destrozarla aún más.

Cuando llegué a casa, la encontré caminando por el salón, distraída, visiblemente alterada. Su expresión estaba cerrada, los hombros tensos, y supe que algo la inquietaba, aunque no sabía exactamente qué.

No podía ignorar lo que estaba ocurriendo ni aplazar más la conversación que teníamos pendiente sobre el embarazo.

Respiré hondo y me acerqué, intentando mantener la calma.

—Isabela —empecé, con voz firme, procurando no sonar agresivo—. A partir de ahora quiero saberlo todo sobre este embarazo. Sobre todo porque...

Me interrumpió con una risa cargada de burla. Aquella risa fría y distante me sorprendió, cortando el aire como una cuchilla.

—¿Ahora quieres saberlo todo, Alexandre? —replicó, con el sarcasmo impregnando cada sílaba—. ¿Temes que esté mintiendo otra vez? ¿O tienes miedo de que, en todo este tiempo, me haya liado con otro hombre?

Era evidente que estaba herida, vulnerable, insegura, pero su tono ácido me hizo comprender que había algo más tras aquella provocación.

No era solo rabia o desconfianza; era dolor.

Y sabía que, aunque intentara protegerse, aquello era el reflejo de todo lo que habíamos vivido. Aun así, contuve mi reacción inmediata y traté de mantener el control.

—No se trata de eso —expliqué, procurando conservar un tono neutro—. Sí, estoy preocupado. Pero no porque crea que has vuelto a mentir ni porque haya otro hombre. Eso ahora no tiene sentido. Quiero asegurarme de que tú y el bebé estáis bien, y de que...

Me interrumpió de nuevo, esta vez con los ojos brillando de frustración.

—Ese es el problema, Alexandre —dijo, con la voz temblorosa pero firme—. Nunca has vuelto a confiar en mí desde que descubriste la primera mentira. Todo lo que hago o digo lo pones en duda. Y lo entiendo, de verdad que lo entiendo. Pero no tienes ni idea de lo que es estar en mi piel, de lo que viví con Ricardo... —Su voz se quebró un instante, aunque enseguida se recompuso—. Y ahora este embarazo... ¿Crees que lo planeé? ¿Que lo hice a propósito? ¿Que quise añadir otro problema más a mi vida?

Vi cómo las lágrimas amenazaban con caer, pero las contuvo con obstinación, aferrándose al control.

Mi impulso fue acercarme, aunque sabía que cualquier movimiento podría alejarla todavía más.

—No te estoy acusando de nada —intenté aclarar, eligiendo cada palabra con cuidado—. Solo quiero asegurarme de que tomamos las decisiones correctas a partir de ahora. Con o sin confianza, con o sin matrimonio... Ahora hay una vida en juego, y solo quiero hacer lo mejor para ti y para el bebé.

Cruzó los brazos, como si se protegiera de mis palabras. Era como si la barrera que había levantado durante meses se hubiera resquebrajado por fin y ahora estuviera completamente expuesta.

—Sé que nunca me vas a amar, Alexandre —dijo con un tono casi resignado—. Y eso es lo que más me duele. Saber que, aunque esté embarazada de ti, nunca seré lo bastante importante. Yo... solo quería sentirme segura, ser alguien importante para alguien. Pero parece que ni siquiera eso voy a conseguirlo.

La garganta se me cerró y las palabras se enredaron antes de salir. Me quedé allí, inmóvil, incapaz de responder. En el fondo, aún intentaba comprender mis propios sentimientos hacia ella, hacia todo lo que estábamos viviendo.

Sin embargo, antes de que pudiera articular nada, Isabela apartó la mirada y se secó la única lágrima que resbaló por su mejilla.

No dijo nada más. Simplemente salió del salón, dejándome solo con el silencio denso y una duda que me oprimía el pecho.

ISABELA RODRIGUES

Estaba a punto de irme a mi habitación cuando vi a Theo sentado en el sofá, distraído con algún juguete. Su expresión despreocupada contrastaba con el peso que sentía en el pecho, pero en cuanto me vio supo que algo no iba bien.

El niño siempre había tenido esa sensibilidad, esa capacidad de percibir lo que otros intentaban ocultar.

Dejó lo que estaba haciendo y me miró, pero en lugar de preguntarme qué me pasaba, me ofreció algo mucho más valioso: su compañía inocente, sin juicios.

—¿Sabes, Isabela? —empezó, con ese tono de niño que parece saber más de lo que aparenta—. Cuando estoy triste... dibujo. O salgo a jugar al jardín. Y entonces lo triste se va un poquito.

Le sonreí, intentando disimular el nudo que me apretaba el corazón.

No quería preocupar a Theo con mis problemas, ni con la avalancha de pensamientos que me arrastraba a cada segundo. Estar

cerca de él siempre me daba una calma extraña y, al mismo tiempo, despertaba una angustia profunda.

¿Cómo iba a seguir adelante sabiendo que, en algún momento, quizá tendría que marcharme?

—¿Te gusta mucho dibujar? —preguntó, con ese brillo en los ojos que siempre lograba ablandarme.

—Sí... y también me gusta ver dibujos —respondí, apartando la mirada para que mis pensamientos no me vencieran.

Theo empezó a hablar de los dibujos que hacía, describiendo cada detalle con entusiasmo, y yo preferí escucharlo, dejando que su voz suave me distrajera durante unos instantes.

Mientras hablaba, mi mente no dejaba de divagar.

¿Cómo sería cuando supiera que iba a tener un hermano o una hermana? ¿Se pondría contento o tendría miedo de que yo me fuera? Y si eso ocurría... ¿me perdonaría? ¿Me perdonaría por quizá arrebatarse el sueño de una familia completa, de tener hermanos y, tal vez, incluso una figura materna?

Noté cómo los ojos se me llenaban de lágrimas silenciosas, que contuve enseguida. Theo no merecía cargar con mis miedos. Él seguía hablando, despreocupado, como si el mundo no estuviera a punto de derrumbarse a mi alrededor.

—¿Tú crees que dibujo bien? —preguntó de repente, sacándome de mis pensamientos oscuros.

—Dibujas muy bien, Theo —le respondí con una sonrisa, y en ese instante el peso de mi tristeza se alivió un poco.

Theo me devolvió la sonrisa, esa sonrisa sincera que solo un niño puede dar.

Parecía satisfecho con mi respuesta y volvió a concentrarse en lo que tenía sobre la mesa, garabateando en su cuaderno. Su presencia me calmaba, como un recordatorio silencioso de que, pese a todo, la vida aún podía tener momentos de ligereza.

Volvió a mirarme, inclinando la cabeza como si estuviera reflexionando sobre algo importante.

—¿Tú crees que algún día seré un buen hermano? —preguntó de pronto, pillándome completamente desprevenida.

Me quedé sin saber qué responder durante un segundo, con la mente dando vueltas en torno a su pregunta.

—¿Por qué piensas que vas a tener un hermano, Theo? —le pregunté, intentando mantener la voz ligera, aunque él era demasiado perceptivo para no notar el leve temblor en mis palabras.

Theo se encogió de hombros, sin dejar de dibujar.

—Porque una vez se lo pedí a papá. Le dije que quería un hermano o una hermana para jugar y cuidar. Y creo que tú serías una buena madre... si fueras mi madre.

Lo dijo con tanta naturalidad que me dejó sin palabras.

La garganta se me secó y no supe qué responder. Aquellas palabras, pronunciadas con tanta sencillez, me atravesaron con una mezcla de tristeza y un deseo que ni siquiera sabía que existía.

—Theo... —empecé, pero la voz se me quebró ligeramente.

Levantó la cabeza y me miró, esperando una respuesta.

Yo quería abrazarlo, decirle que era increíble y que cualquiera tendría suerte de tenerlo como hermano. Pero también sabía que, en algún momento, podría no estar allí.

La idea de hacerle daño, de decepcionar un corazón tan puro, me destrozaba.

—Vas a ser un hermano estupendo, Theo —logré decir al fin, sonriéndole aunque el pecho me dolía—. Y... quién sabe lo que traerá el futuro, ¿verdad?

Asintió, satisfecho con mi respuesta, y volvió a sus dibujos como si hubiera resuelto un gran misterio. Yo lo observé en silencio, intentando apaciguar los pensamientos que corrían sin freno por mi mente.

—Me gustas, Isabela —dijo Theo, sin apartar la vista del cuaderno—. Me gustas mucho. Y creo que a papá también le gustas. Siempre se queda mirándote cuando piensa que no me doy cuenta.

El corazón me dio otro vuelco.

Aquello no lo esperaba. ¿Estaría imaginando cosas o de verdad percibía algo que yo aún no había querido ver?

Negué con la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos.

—Solo está cuidando de mí, Theo. Es lo que hace.

Me miró con esos ojos grandes, llenos de curiosidad y algo más, como si entendiera mucho más de lo que yo creía.

—Puede ser... pero yo creo que le gustas de verdad. Yo solo quería que fuéramos una familia.

Sus palabras me golpearon de lleno.

Theo no lo sabía, pero yo también lo deseaba, aunque fuera una idea imposible. Aunque siguiera diciéndome que todo estaba bajo control, que era solo un acuerdo, que pronto me iría.

Me incliné, le revolví el pelo y traté de disimular el nudo en la garganta.

—Vas a tener una familia, Theo. De eso estoy segura.

CAPÍTULO 39



CAPÍTULO 39

*«Cuando el corazón es traicionado, se cierra. Pero hay
quienes consiguen encontrar la llave»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Un mes después

El embarazo era real.

Y el tiempo coincidía exactamente con la primera y única vez que nos acostamos juntos.

Salía de la empresa, pero mi mente ya estaba en el hospital. En los últimos meses, mi rutina, tan organizada y meticulosamente planificada, se había puesto patas arriba.

Desde entonces, la había acompañado de cerca. No nos habíamos acercado emocionalmente como quizá yo habría esperado, pero estuve ahí.

Me aseguré de que tuviera la mejor atención médica, la comodidad necesaria, aun manteniendo cierta distancia. Era mi responsabilidad, al fin y al cabo. Aunque no supiera cómo afrontar todo aquello.

Mientras conducía hacia el hospital, sentí una leve tensión en el ambiente, como si algo estuviera a punto de cambiar. Volver a ser padre, y además con una mujer que había irrumpido en mi vida de una forma tan complicada, era algo que todavía intentaba asimilar.

Isabela, pese a todos los errores del pasado, estaba a punto de traer a mis hijos al mundo.

Dos corazones latiendo dentro de ella, unidos a mí de una manera que jamás podría deshacerse.

Llegué al hospital y encontré a Isabela esperando en la sala de exploración.

Parecía nerviosa, jugueteando con los dedos mientras miraba al suelo. Noté que evitaba mirarme, como si el peso de nuestro silencio fuera más fácil de soportar así. Me acerqué y me senté a su lado sin decir nada, ambos atrapados en nuestras propias incertidumbres.

Cuando la doctora nos llamó para la ecografía, la seguí sin dudar. El ambiente frío y silencioso de la consulta contrastaba con el caos que bullía en mi cabeza.

El sonido del monitor al encenderse llenó la estancia, y enseguida aparecieron en la pantalla las imágenes de los dos pequeños cuerpos.

—Aquí están —dijo la doctora con una sonrisa suave, señalando la pantalla.

Clavé la mirada en la imagen, pero fue el jadeo de Isabela a mi lado lo que me sacó de mi ensimismamiento.

La miré y sus ojos ya estaban anegados en lágrimas. Se cubrió la boca con las manos, intentando contener la emoción, pero pronto las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas.

La doctora siguió explicando los detalles técnicos, pero yo no podía apartar la vista de Isabela.

Algo dentro de ella se había quebrado, pero no de una forma negativa. Era como si aquella noticia hubiera despertado algo profundo, un anhelo que ni siquiera sabía que tenía, o que quizá había enterrado durante años.

—Este era mi sueño... —susurró, sin darse cuenta de que lo había dicho en voz alta.

Sus palabras me golpearon con fuerza.

Su sueño.

No sabía que albergara esos deseos, esa idea de familia, algo tan sencillo y al mismo tiempo tan inalcanzable en medio de nuestra situación enrevesada.

Me quedé inmóvil, observando cómo intentaba recomponerse, sin poder apartar la mirada de la pantalla. Parecía que, para ella, todo había cambiado en ese instante.

Y, de algún modo, también cambió algo en mí.

Ver la sinceridad de su emoción, tan pura y tan real, fue distinto a todo lo que había vivido antes. Yo estaba acostumbrado a tratar con personas que ocultaban la verdad o que se acercaban movidas por el interés.

Sin embargo, allí, frente a mí, había una mujer que, pese a haber mentido una vez, ahora se mostraba completamente vulnerable.

Me moví ligeramente, intentando asimilar lo que significaba tener dos hijos en camino.

Estaba a punto de ser padre de nuevo, algo que creí que no volvería a ocurrir. E Isabela, aunque hubiera cometido errores, se estaba mostrando como una madre entregada desde el instante en que lo supo.

Se secó las lágrimas con un gesto rápido y por fin me miró. En sus ojos había una mezcla de gratitud y temor. Probablemente sabía que lo

nuestro nunca sería sencillo, pero en aquel momento parecía que algo más fuerte nos unía.

No dije nada.

No había palabras capaces de describir el torbellino que se formaba dentro de mí. Solo sabía que, a partir de entonces, nada volvería a ser como antes.

ISABELA RODRIGUES

No sabía explicar lo que sentía en el corazón.

Al mismo tiempo que el miedo me rodeaba, una sensación de alivio me envolvía al saber que los gemelos estaban bien.

Con cada movimiento del coche, mi mirada se perdía más allá de la ventanilla, observando los árboles pasar a toda velocidad. Alexandre conducía en silencio, pero el peso de todo lo ocurrido parecía flotar entre nosotros.

—Me hizo ilusión saber que son gemelos, aunque todavía no sepamos el sexo —dije en voz baja, más para mí que para él, aunque sabía que me escuchaba—. Siempre fue mi sueño... desde que era niña.

No tenía pensado compartir esa parte de mí con él, pero en aquel instante me pareció lo único honesto que podía decir.

El recuerdo de mis padres, que siempre me apoyaron, acudió con fuerza, y la idea de tener dos bebés me hacía sentir, de algún modo, más cerca de ellos.

Me miró de reojo, con una mano firme en el volante. Había algo en su expresión, quizá sorpresa por lo que acababa de oír, o tal vez otra cosa, un sentimiento que aún no sabía cómo poner en palabras.

—Sé que cometí muchos errores... —continué, dudando, sin atreverme a mirarlo de frente—. Pero estoy de verdad arrepentida. Nunca quise que todo fuera así, nunca quise engañar a nadie.

Alexandre suspiró y su voz sonó firme, aunque menos fría de lo habitual:

—No tienes que disculparte más, Isabela.

Aquellas palabras me dejaron desconcertada.

Esperaba un reproche, una sombra de desconfianza, quizá incluso rabia. Pero no hubo nada de eso. Me quedé en silencio unos segundos, asimilando la serenidad en su tono.

—Sé que todo ha sido confuso, complicado —continuó—, pero ahora lo primero son los bebés. Pase lo que pase entre nosotros, tenemos que pensar en ellos.

Asentí, sintiendo un nudo en la garganta.

Tenía razón, claro que la tenía, pero el peso de mis mentiras seguía persiguiéndome. Necesitaba algo que quizá nunca podría darme: el perdón.

—Aún no sé cómo manejar todo esto —añadió, bajando ligeramente la voz, como si reflexionara mientras hablaba—. Es nuevo para mí. Pero hay algo que sí puedo asegurarte... no voy a apartarlos de ti.

Me giré hacia él, sorprendida.

Mantenía la vista en la carretera, pero sus palabras habían sido firmes, cargadas de una promesa que no sabía si sería capaz de cumplir. Aun así, me llegaron muy hondo.

—Nunca rompo una promesa —concluyó.

Las lágrimas empezaron a acumularse en mis ojos.

No sabía si era el alivio de escucharlo o la gratitud de saber que, pese a todo, me respetaba lo suficiente como para no utilizar a nuestros hijos como moneda de cambio. Me pasé la mano por el rostro, intentando secarme sin que se notara.

Cuando llegamos a la mansión, Alexandre detuvo el coche y permaneció en silencio unos instantes antes de girarse levemente hacia mí.

No hubo sonrisas ni promesas vacías de que todo iría bien entre nosotros. Pero, de algún modo, la sinceridad con la que habló de los bebés fue más de lo que habría imaginado.

—Gracias... —logré susurrar, con la voz débil pero cargada de emoción.

Bajé del coche sintiéndome más ligera y, al mismo tiempo, consciente del peso de esta nueva realidad. Caminé hacia la puerta, notando aún su mirada siguiéndome.

Alexandre no dijo nada más, pero ya no hacía falta. Había nacido entre nosotros una nueva conexión y, por frágil que fuera, era real.

Entré en la mansión y, antes de cerrar la puerta, miré hacia atrás.

Alexandre ya se marchaba, pero algo en su postura revelaba que, aunque estuviera confundido y perdido, estaba dispuesto a ser el hombre que cumpliría su palabra.

CAPÍTULO 40



CAPÍTULO 40

*«Quien ama de verdad, ama también los fragmentos
rotos del otro»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¡Enhorabuena, hermano! —dijo Diego en cuanto entré en su despacho, con una sonrisa pícara en los labios, aunque esta vez sin sus

habituales bromas punzantes. Había una sinceridad poco común en su voz, algo que rara vez veía en él.

—Gracias —respondí con un leve gesto de cabeza, intentando disimular el torbellino de emociones que llevaba dentro desde que salí del hospital.

Le había contado a Diego lo de la ecografía nada más volver a la empresa.

La noticia de que eran gemelos no solo me sorprendió, sino que trajo consigo una oleada de emoción inesperada. La sonrisa de Isabela al descubrir que tendría dos hijos...

No conseguía borrar esa imagen de mi mente.

Parecía tan feliz, como si por un instante todo el peso del pasado se hubiera desvanecido. Y, por primera vez en mucho tiempo, sentí una alegría que no tenía nada que ver con el éxito ni con los negocios.

—No puedes ocultar que estás contento —comentó Diego, inclinándose sobre la mesa, con esa mirada suya que siempre lo veía todo—. Verte sonreír así... no es habitual.

—Estoy contento —admití, cruzándome de brazos, tratando de mantener mi compostura de siempre—. Más de lo que imaginaba. No pensé que esto me afectaría tanto.

Diego asintió y su sonrisa se fue apagando poco a poco, dando paso a una expresión más seria.

Sabía que había mucho más detrás de todo lo que estaba ocurriendo y no tardó en tocar el tema que yo llevaba esquivando desde que surgió.

—¿Y lo del accidente de sus padres? —preguntó, directo, como siempre cuando quería respuestas claras—. ¿Vas a hablar con ella de eso?

Sabía que ese momento llegaría, pero aún no estaba preparado para enfrentar las consecuencias.

—Todavía no —respondí, con la voz más grave de lo que pretendía—. No puedo soltarle algo así sin pruebas sólidas.

Diego frunció el ceño y me sostuvo la mirada, como si intentara calibrar cuánto de mí estaba ya implicado emocionalmente.

—Alexandre, sabes que esa verdad saldrá tarde o temprano, ¿no?
—dijo en un tono más bajo, casi como una advertencia—. Y cuanto más lo retrases, más complicado será.

—Lo sé —repliqué, pasándome la mano por el cabello, un gesto que solo hacía cuando me sentía acorralado—. Pero no puedo presentarme y decir que Ricardo podría estar implicado en el accidente que mató a sus padres. Eso podría destruir lo poco de estabilidad que le queda. Necesito pruebas firmes.

Se recostó en la silla, reflexionando unos segundos sobre mis palabras. Ambos sabíamos por todo lo que Isabela había pasado.

Ricardo Vilar no solo la había manipulado emocionalmente, sino que ahora existía la sospecha de que también podría haber estado detrás de la tragedia que arruinó su vida años atrás.

—¿Y si nunca encuentras esas pruebas? —lanzó la pregunta al aire, pero el impacto fue inmediato—. Si no logras vincular a Ricardo directamente con el accidente, ¿qué harás?

—No lo sé —admití, sintiendo cómo la incertidumbre me oprimía el pecho—. Pero mientras tanto, la protegeré a ella y a los bebés. No voy a permitir que Ricardo se acerque.

Diego negó con la cabeza, aunque no insistió más en ese punto.

Fuera lo que fuera lo que estuviera pasando entre Isabela y yo, lo único que tenía claro en ese momento era que no podía hablarle del accidente hasta estar completamente seguro.

—¿Pero ella está más tranquila ahora? —preguntó, cambiando ligeramente el tono, quizá consciente de que el tema anterior necesitaba tiempo.

—Sí, mucho más —respondí con una leve sonrisa—. Saber que son gemelos... siempre fue su sueño. Lo vi en sus ojos, lo que significaba para ella. Fue como si, por un momento, todo lo demás dejara de existir.

—Tú también pareces distinto, hermano —comentó Diego, recuperando la sonrisa—. Ten cuidado de no perderte en todo esto. Esos bebés van a removerte más de lo que imaginas.

—Puede ser —admití, cruzándome de brazos mientras miraba por la ventana—. Pero pase lo que pase, cumpliré mi palabra. La protegeré. A ella y a los gemelos.

Los dos sabíamos que la situación era mucho más compleja de lo que parecía, pero en ese momento solo quería centrarme en lo que tenía delante: Isabela y los niños.

Cuando salí del despacho de Diego, sentí una calma que no experimentaba desde hacía mucho tiempo.

Aunque aún quedaban asuntos por resolver, sabía que estaba haciendo lo que podía. Protegerla —y proteger a nuestros hijos— era ahora mi prioridad. Y, de algún modo, eso me dio una sensación de propósito nueva, algo que no esperaba volver a encontrar.



—Da por saldado el favor que te debía —dijo Lorenzo Ferrara con ese tono despreocupado de quien sabe perfectamente el peso de lo que acaba de entregar.

Dejó un dossier grueso sobre mi mesa y, incluso antes de abrirlo, supe que allí estaba todo lo que había reunido contra Ricardo Vilar.

Lorenzo era meticuloso, detallista, y nunca hacía las cosas a medias. Aquello iba a ayudar —y mucho— a resolver el asunto con Ricardo de una vez por todas.

—Esto me va a servir de mucho, gracias —le dije, tendiéndole la mano, que estrechó con firmeza, en un gesto tan familiar como antiguo.

—Puedes estar seguro —respondió, sentándose con la soltura que solo comparten los viejos amigos—. Está todo ahí. No fue sencillo, pero mi equipo ha conseguido reunir material suficiente para darte ventaja frente a Ricardo. Ahora la decisión es tuya: cómo y cuándo usarlo.

Asentí, contemplando el dossier unos segundos, sintiendo el peso de la responsabilidad en mis manos. Aquello era más que un simple documento.

Era la oportunidad de proteger no solo a Isabela, sino también a nuestros hijos que estaban en camino.

Aún no había asimilado del todo la idea de convertirme en padre de gemelos, pero sabía que, de algún modo, eso me daba una claridad nueva. Un propósito más grande.

—Y bien, ¿qué te ha parecido Florianópolis? —pregunté, cambiando de tema mientras ordenaba mis pensamientos.

Sabía que a Lorenzo le encantaba provocar, pero su visita a la ciudad tenía, sin duda, un propósito que iba más allá de los negocios. Sonrió, con esa expresión de quien sabe más de lo que aparenta, y se recostó en la silla.

—La verdad es que me ha gustado bastante. El clima acompaña, la gente es agradable y las vistas... bueno, las vistas son espectaculares —dijo, alzando una ceja con ese aire de superioridad irónica que siempre lo acompañaba—. Estoy pensando en quedarme una temporada. Aprovechar las oportunidades... tanto empresariales como personales.

Sonreí, sabiendo perfectamente a qué se refería.

Florianópolis tenía su encanto y Lorenzo nunca desaprovechaba lo que una ciudad podía ofrecerle.

O lo que podían ofrecerle sus mujeres.

—Florianópolis tiene lo suyo, sin duda —concedí, cruzándome de brazos mientras lo observaba con curiosidad—. ¿Pero ya estás

pensando en expandir tu imperio por aquí o buscas otro tipo de aventuras?

—La expansión siempre forma parte del plan, Alexandre. Ya sabes cómo funciona esto. Nunca nos conformamos con lo que tenemos. Pero, además de los negocios, hay algo en esta ciudad que me ha llamado la atención. Algo que quiero explorar a fondo. No se puede rechazar una buena oportunidad, ¿no crees?

—Ni en los negocios ni en la vida —completé, siguiendo el juego que él mismo había iniciado.

Me sostuvo la mirada unos segundos, como si estuviera midiendo cada movimiento, y luego soltó una de sus bromas habituales.

—Al menos aquí hay menos tráfico que en São Paulo, ¿no? No sé si sobreviviría otro año más en esa jungla de cemento. Y además, estoy convencido de que tarde o temprano me cruzaré con alguien interesante por aquí. Quizá una nueva musa inspiradora... ¿O ya has ocupado tú todas las plazas disponibles?

Sonreí levemente, aunque la verdad es que el humor de Lorenzo siempre llevaba una chispa de verdad.

—Siempre puedes intentarlo, Lorenzo. Pero no olvides que esta ciudad es mía. Aquí mando yo.

Soltó una risa breve y se encogió de hombros.

—Puede ser, pero soy un experto invadiendo territorios. Y tú, mejor que nadie, sabes que una buena provocación a veces es justo lo que necesitamos para mantenernos en forma.

—La provocación mantiene la mente despierta, pero no lo olvides: aquí los negocios van en serio —dije, con una media sonrisa—. Y en cuanto a Ricardo, me ocuparé de él. Gracias por el dossier.

—Claro que te ocuparás. Confío en ti —respondió, poniéndose en pie y dándome una palmada en el hombro—. Y yo, mientras tanto, voy a disfrutar un poco más de esta ciudad. Quizá me pase unos días en la playa.

Acompañé a Lorenzo hasta la puerta y, mientras se marchaba con su habitual seguridad despreocupada, mi mente ya regresaba al dossier que había dejado sobre la mesa.

El siguiente paso sería utilizar aquella información contra Ricardo. Solo tenía que elegir el momento adecuado para actuar. Y,

mientras tanto, decidir qué haría respecto a Isabela, los gemelos y la verdad que, tarde o temprano, tendría que salir a la luz.

En el fondo, sabía que aquel dossier era algo más que un arma contra Ricardo.

Era la llave para liberar a Isabela de un pasado oscuro, uno que ella misma ignoraba que estaba ligado al hombre que había destrozado su vida.

CAPÍTULO 41



CAPÍTULO 41

*«El amor no consiste solo en encontrar a alguien; es
descubrirse a uno mismo en el otro»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Durante una semana analicé cada detalle del dossier que Lorenzo
había dejado sobre mi mesa.

Era una recopilación minuciosa, llena de información que hasta entonces ni siquiera había sospechado. Pruebas claras de que Ricardo Vilar no era solo un manipulador abusivo, sino también el probable responsable del accidente que acabó con la vida de los padres de Isabela.

Las piezas encajaban de una forma inquietante: el accidente, su repentina cercanía con ella justo después de la tragedia, el control emocional que ejerció sobre su vida desde entonces.

Todo empezaba a cobrar sentido.

Con los documentos desplegados frente a mí, sabía que aquello era más que suficiente para acudir a los tribunales. Pero al mismo tiempo sentía la necesidad de reunir aún más pruebas, algo que ni siquiera los mejores abogados de Vilar pudieran rebatir.

Tenía que ser implacable, como siempre lo había sido en los negocios, pero esta vez el objetivo no era ganar dinero ni expandir mi empresa, sino proteger a la madre de mis hijos.

—Tienes que llevar esto a la justicia cuanto antes, Alexandre —la voz de Diego interrumpió mis pensamientos. Estaba apoyado en el marco de la puerta, observando el caos de papeles sobre mi escritorio

—. Esto es muy serio. Vilar no va a detenerse hasta que esté acabado, y cuanto más tardes, mayor será el riesgo para Isabela.

Asentí sin apartar la vista de los documentos. Sabía que tenía razón, pero había algo en mí que aún se resistía. Una parte sentía que aquella lucha iba más allá de un proceso judicial.

Era algo personal.

—Tengo una reunión con el investigador esta tarde —respondí, manteniendo la voz firme—. Está recopilando el resto de las pruebas. Necesitamos más detalles sobre las finanzas de Vilar, posibles movimientos irregulares... Algo que refuerce el caso sin fisuras. Quiero verlo caer.

Diego se acercó y apoyó las manos en la mesa, repasando los papeles con la misma intensidad que yo llevaba días haciéndolo. Había gravedad en su mirada, una comprensión silenciosa de todo lo que estaba en juego.

—Estás haciendo lo correcto —dijo tras un largo suspiro—. Y quieras o no, Isabela ahora forma parte de la familia. No podemos permitir que Vilar salga victorioso.

Sabía que, en términos estrictos, ella ya estaba vinculada a nuestra familia. Pero la palabra “familia” pesaba más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—Familia... —murmuré, dejando que el término resonara en mi cabeza—. No sé si ella lo ve así.

Diego se encogió de hombros, aunque su expresión seguía siendo seria.

—Lo entenderé. Cuando esta tormenta pase, verá lo que estás haciendo por ella y por los niños. Y tú también lo entenderás, Alexandre.

Isabela ya estaba emocionalmente frágil y, además, tendríamos que afrontar la verdad sobre lo que realmente ocurrió con sus padres.

—Primero tengo que resolver lo de Ricardo —susurré, más para mí que para Diego—. Después hablaré con Isabela.

Diego asintió, cruzándose de brazos mientras me observaba en silencio.

—Sabes que va a reaccionar mal, ¿verdad? Ya ha pasado por demasiado, y esto va a ser un golpe duro.

Suspiré, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre los hombros.

—Lo sé. Pero no puedo mirar hacia otro lado. No después de todo.

El silencio que se instaló entre nosotros fue denso, cargado de cosas que ninguno decía en voz alta, hasta que Diego rompió la tensión con un tono más ligero.

—Y hablando de eso, ¿cuándo vamos a empezar a planificar la ampliación de la oficina en Florianópolis? Con dos bebés en camino, vas a necesitar más margen de maniobra.

Sonrió, aunque su sonrisa era más un recordatorio de todo lo que se avecinaba que una broma real.

—No lo sé. De verdad que no lo sé. Todo esto me ha pillado por sorpresa —admití.

—Ya. Pero eres Alexandre Bittencourt. La última persona que conozco que se dejaría hundir por algo. Esto —hizo un gesto hacia los papeles sobre la mesa— se va a resolver. Vilar no saldrá impune.

Sabía que Diego tenía razón, pero algo dentro de mí no podía ignorar que, por muy hábil que fuera en los negocios o en el manejo de situaciones complicadas, esta batalla no se ganaría solo con poder y estrategia.

Había mucho más en juego.



Aún estaba en la empresa cuando recibí el aviso de que mi investigador había llegado. Esperé unos minutos antes de hacerlo pasar a mi despacho, intentando ordenar mis pensamientos.

Por mucho que tratara de mantener el control, algo dentro de mí sabía que la reunión de hoy no traería buenas noticias. Ricardo Vilar era un enemigo peligroso y los descubrimientos recientes solo confirmaban

hasta dónde había sido capaz de llegar para manipular y destrozar la vida de Isabela.

El investigador entró con expresión neutra, llevando una carpeta negra y voluminosa. No hizo falta que dijera nada para que entendiera que traía novedades —y que no eran precisamente alentadoras.

Dejó el dossier sobre la mesa y lo abrió con precisión.

—Aquí está todo lo que he conseguido reunir sobre Ricardo Vilar y su implicación en el accidente de los padres de Isabela, además de otros asuntos —dijo con voz seria, baja, como si el peso de aquellas palabras bastara para espesar el aire a nuestro alrededor.

Tomé el dossier y pasé las primeras páginas.

Cada documento evidenciaba lo meticuloso, lo fríamente calculador que había sido Ricardo. Lo había orquestado todo: desde el accidente que acabó con la vida de los padres de Isabela hasta la manera en que se introdujo en su vida como su supuesto “salvador”.

Era repugnante.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté, con la voz más firme de lo que esperaba—. Quiero todos los detalles.

El investigador no dudó.

—Contrató a un conductor para simular el accidente. Los padres de Isabela regresaban de un viaje por una carretera poco transitada, y Vilar conocía exactamente la ruta. Manipuló las circunstancias para que pareciera un siniestro provocado por una distracción al volante. Tras la muerte de los padres, se acercó a Isabela haciéndose pasar por un amigo cercano de la familia. Ella estaba emocionalmente devastada, y él utilizó esa vulnerabilidad para ganarse la confianza que necesitaba.

Cada palabra golpeaba mi mente como un martillo, alimentando una ira que crecía en mi pecho.

Ricardo Vilar no solo había destruido la vida de la mujer que ahora estaba bajo mi techo, sino que además había manipulado su dolor de la forma más despreciable posible. Él había sido el origen de su sufrimiento y, aun así, fingió ser su refugio.

—Ese miserable... —murmuré entre dientes, sintiendo cómo la tensión me recorría el cuerpo—. Planeó cada paso para estar a su lado mientras ella se desmoronaba. Todo para dominarla.

El investigador asintió sin añadir nada más.

La verdad estaba allí, en cada documento. Ricardo Vilar era un maestro de la manipulación, y ahora tenía pruebas de ello. Sin embargo, aquella información no calmaba mi furia; al contrario, la avivaba.

—El accidente fue planificado con extrema precisión —continuó con una serenidad que solo aumentaba mi tensión—. Ricardo Vilar conocía la ruta habitual que los padres de Isabela recorrían por esa carretera. Tenía contactos dentro de la empresa de transporte y obtuvo acceso a los datos del vehículo y del trayecto. El conductor recibió instrucciones de realizar un adelantamiento temerario en una curva cerrada, sabiendo que el coche perdería el control —prosiguió—. Utilizó un vehículo que no levantaría sospechas, un modelo común que pudiera desaparecer sin dejar rastro. Después del accidente, el conductor siguió el protocolo establecido por Vilar y se desvaneció del mapa. Más tarde, el coche fue desmantelado y cualquier rastro que pudiera vincular el siniestro con Ricardo fue eliminado.

—¿Y cómo ha descubierto todo esto? —pregunté, cada vez más impaciente.

—He pasado semanas investigando los movimientos de Ricardo en aquella época, a raíz de ciertas operaciones sospechosas que detecté, y conseguí encontrar vínculos inquietantes entre él y ese conductor,

además de transacciones financieras encubiertas. El conductor recibió una suma considerable justo después del accidente y luego desapareció. Todo apunta a que le pagaron para esfumarse, y solo logramos dar con él gracias a rastros que dejó en las cuentas de Ricardo.

Sabía que Ricardo era frío y calculador, pero escuchar cada detalle hacía que la magnitud de lo ocurrido resultara casi insoportable.

—Destrozó la vida de Isabela y lo hizo pasar por un simple accidente —murmuré, más para mí que para el investigador—. Y luego se acercó a ella fingiendo ser un apoyo, cuando en realidad era el origen de todo su sufrimiento.

El investigador asintió, pero añadió algo que me hizo tensarme.

—También manipuló la investigación policial de entonces. Pagó para que el caso se archivara como un accidente, sin más indagaciones.

Me costaba asimilar lo que estaba oyendo.

Ricardo había manipulado la vida de Isabela desde el principio, desde la muerte de sus padres hasta los momentos en que ella creyó que él era la única persona en quien podía confiar.

La ira que sentía estaba a punto de desbordarse.

—¿Y el conductor? —pregunté, esforzándome por mantener la compostura—. ¿Sigue con vida?

—Sí —respondió el investigador—. Hemos logrado localizarlo y está dispuesto a declarar si se le garantiza protección. Parece tener miedo de lo que Ricardo podría hacer si descubre que aún está aquí.

—Por supuesto que lo tiene —declaré con frialdad—. Asegurémonos de que la tenga... aunque sea por poco tiempo.

—De acuerdo.

—Gracias por el trabajo. El dinero estará en su cuenta antes de que acabe el día. Ahora tengo que irme —anuncié de forma abrupta, poniéndome en pie.

El investigador me observó en silencio, comprendiendo que la reunión había terminado. Sabía que, después de lo que acababa de revelarme, no quedaba nada más que decir.

Salí de la empresa directamente hacia casa, con la mente ardiendo.

No podía dejar de pensar en Isabela, en la verdad cruel sobre lo que Vilar le había hecho.

Lo que Ricardo había perpetrado iba mucho más allá del abuso o la manipulación: la había destrozado y luego se había erigido como su único sostén. Y ahora me correspondía a mí desenmascararlo.

Llegué a casa más rápido de lo que esperaba. Isabela estaba en el salón, sentada, probablemente perdida en sus propios pensamientos. A simple vista, aún no era consciente de la magnitud de lo que estaba a punto de revelarse.

—Isabela —la llamé, con una firmeza inusual en la voz. Se volvió hacia mí, percibiendo al instante la urgencia en mi tono.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con una mezcla de curiosidad y temor.

Inspiré hondo, intentando serenarme.

—Tenemos que hablar de algo serio. Y tiene que ser ahora.



CAPÍTULO 42

*«Cuando todo parece venirse abajo, el amor verdadero es
el único que puede mantenernos en pie»*

ISABELA RODRIGUES

No sabía qué quería hablar conmigo Alexandre, pero el corazón empezó a latirme con fuerza en el pecho, como si presintiera que algo

serio estaba a punto de suceder.

Mientras esperaba, me pidió que lo acompañara a una sala apartada. Con cada paso que daba tras él, la inquietud me iba creciendo por dentro.

El silencio entre nosotros era casi asfixiante, y la forma en que se movía, rígido, tenso, me dejaba claro que no sería una conversación cualquiera.

Cuando entramos en la sala, señaló una silla para que me sentara. Las paredes blancas parecían reflejar la frialdad que sentía irradiar de él. El aire estaba cargado de una tensión que no sabía identificar, pero que me hacía sentir cada vez más incómoda.

—Isabela —empezó, con voz firme, aunque ligeramente suave, como si estuviera a punto de adentrarse en terreno peligroso—, necesito que escuches todo lo que tengo que decir antes de reaccionar. Y, por favor, déjame terminar.

Asentí, incapaz de responder con palabras, intentando aferrarme a la poca calma que me quedaba.

—En los últimos meses, mientras todo esto pasaba entre nosotros, he estado investigando a Ricardo Vilar. —Hizo una pausa,

observándome con atención, como si estuviera midiendo mi reacción—. Contraté a un investigador privado y conté con la ayuda de un amigo que ya tuvo problemas con él en el pasado.

El nombre de Ricardo me erizó la piel al instante.

¿Qué podía haber descubierto?

Estaba protegida por la orden de alejamiento, pero el peso en las palabras de Alexandre dejaba claro que aquello iba mucho más allá de lo que yo imaginaba.

—Hemos descubierto cosas graves —continuó—. Ricardo no es solo un hombre manipulador y violento. Ha estado implicado en actividades ilícitas, cosas que no solo te afectan a ti, sino a muchas otras personas.

Con solo escucharlo, regresaban todos los pesadillas que intentaba dejar atrás.

—Ha utilizado tu historia para ganar poder sobre ti y, con eso, ha conseguido durante mucho tiempo lo que quería: mantenerte bajo control. —Alexandre hizo una pausa más larga, pasándose la mano por el cabello, intentando claramente encontrar las palabras adecuadas—. Pero lo que voy a decirte ahora... es algo todavía más grave.

Respiré hondo, intentando prepararme para lo que vendría después.

Entrelacé los dedos sobre mi regazo, temblorosos, mientras el corazón me latía descompasado.

—Lo que voy a contarte no es fácil, y quiero que me escuches hasta el final. —Se detuvo un instante, mirándome a los ojos. Su expresión era indescifrable, pero había en ella una profundidad de preocupación que nunca antes había visto—. Ricardo fue el responsable directo del accidente que mató a tus padres.

Sus palabras no tuvieron sentido al principio.

Fue como si el suelo desapareciera bajo mis pies. No conseguía asimilar la información. Todo a mi alrededor se volvió borroso, y la respiración se me quedó atrapada en el pecho.

—¿C-cómo dices? —La voz me salió apenas en un susurro, un intento desesperado de negar lo que acababa de oír.

—Él lo orquestó todo, Isabela —continuó Alexandre, con tono grave, cargado de pesar—. El accidente que les costó la vida no fue una tragedia al azar. Lo planeó. Aprovechó la vulnerabilidad en la que

estabas tras perder a tus padres para acercarse a ti, manipularte y atarte a él.

Quería gritar, quería levantarme y salir corriendo de aquella sala, pero tenía las piernas pesadas, inmóviles.

Sus palabras resonaban en mi cabeza como cuchillas, desgarrando la frágil estabilidad que había conseguido reconstruir.

—¿Cómo... cómo lo sabes?

—Hemos reunido pruebas —explicó Alexandre, bajando ligeramente la voz, como si la gravedad de lo que estaba contando también le pesara—. No fue fácil, pero logramos rastrear movimientos de dinero y vínculos suyos con las personas que organizaron el accidente. Todo apunta a que lo hizo para aislarte, para convertirse en la única persona en la que pudieras confiar.

Las lágrimas empezaron a rodar por mi rostro sin que pudiera contenerlas.

Me sentía débil, traicionada por alguien que, durante años, me hizo creer que era mi único ancla en medio de un mar de dolor y desesperación. Y ahora, saber que él había sido el causante de ese dolor... era devastador.

—Isabela... —intentó decir Alexandre de nuevo, pero apenas lo oía.

Mi mundo se había hecho añicos.

Todo lo que había construido en mi mente para sobrevivir, todos los recuerdos dolorosos, todo parecía una mentira. Yo había sido una marioneta en manos de un monstruo, y solo ahora comprendía la verdadera magnitud de su crueldad.

Lloré como no lloraba desde hacía años, y Alexandre se quedó allí, mirándome, sin saber qué hacer. Se notaba que quería consolarme, pero había una distancia entre nosotros que parecía imposible de salvar.

—Ha destrozado mi vida... —murmuré entre sollozos, mientras la verdad me golpeaba como un maremoto—. Me lo ha quitado todo.

—Lo sé —afirmó Alexandre, acercándose a mí, con la voz más baja, casi en un susurro—. Pero ahora conoces la verdad, y te prometo que pagará por todo lo que ha hecho.

ALEXANDRE BITTENCOURT

Vi el instante exacto en que prácticamente se derrumbó.

Isabela, que tantas veces había demostrado una fuerza admirable para enfrentarse a los monstruos que el pasado puso en su camino, ahora se rendía al dolor.

Empezó a llorar, y sus sollozos se transformaron en gritos desgarrados que cortaban el aire. La intensidad de su sufrimiento era evidente, y yo no podía quedarme allí, inmóvil, mirando.

Fui hacia ella sin pensarlo dos veces y la rodeé con mis brazos.

Estaba fuera de sí, sus gritos resonaban en la sala mientras sus puños golpeaban débilmente mi pecho, como si el dolor intentara escapar de cualquier forma posible.

Aun así, no la solté. Mantube el abrazo firme, ofreciéndole todo el apoyo que necesitara en aquel momento.

Sentí su cuerpo temblar entre lágrimas, los sollozos sacudiéndola con violencia, como si el peso de años de sufrimiento estuviera saliendo

de golpe.

El sonido de su desesperación era insoportable; cada lágrima parecía cargar con el peso de una vida cruelmente manipulada, desgarrada en mil pedazos. El llanto de Isabela era profundo, no era solo tristeza, era el dolor de alguien que había sido traicionada, utilizada y engañada de todas las maneras posibles.

Me quedé allí con ella el tiempo que hizo falta.

Pasaron los minutos, pero yo no contaba el tiempo. Sentía sus lágrimas empapando mi camisa, deslizándose por mi pecho, y aun así no me movía.

No decía nada más que una frase repetida en susurros —«Estoy aquí»— mientras ella se aferraba a mí como si fuera la única ancla capaz de impedir que se hundiera en el mar de dolor en el que estaba sumergida.

Poco a poco, el llanto fue perdiendo fuerza.

Los gritos desesperados se convirtieron en sollozos suaves, que después quedaron reducidos a un leve temblor en su cuerpo. Seguí sujetándola con firmeza hasta que su respiración empezó a acompasarse.

Y, incluso cuando por fin dejó de llorar, permanecí allí, porque sabía que todavía me necesitaría, aunque fuera en silencio.

Cuando finalmente se apartó del abrazo, alzó los ojos hacia mí, y lo que vi me destrozó. El rostro de Isabela estaba completamente vacío, como si por dentro no quedara nada.

Era como si le hubieran arrancado el alma, dejando solo la sombra de la mujer fuerte que yo conocía. Sus ojos estaban apagados, lejanos, como si ya no estuviera realmente allí, delante de mí.

Era devastador verla así. Y en aquel momento, algo dentro de mí cambió.

Mientras la miraba, comprendí que Isabela no era solo la mujer que llevaba a mis hijos en su vientre. No era únicamente alguien a quien debía proteger por responsabilidad.

No.

Isabela era mucho más. Cada lágrima que derramaba, cada sollozo, me demostraba que me había enamorado de ella.

No podía seguir negándomelo. Había irrumpido en mi vida de forma inesperada y, de algún modo, se había vuelto imprescindible.

Mirarla y verla destruida así me hizo entender cuánto significaba para mí.

No quería protegerla solo porque fuera la madre de mis hijos. Quería estar a su lado porque la amaba. Y iba a cuidar de ella, pasara lo que pasara.

—Estoy aquí, Isabela —repetí con suavidad, mientras ella seguía en silencio, con la mirada clavada en el suelo—. Y voy a seguir aquí. No estás sola.

Me miró, con los ojos todavía sin brillo, como si no pudiera creer que aquello estuviera sucediendo.

Era como si se hubiera perdido dentro de su propia mente, incapaz de asimilar todo lo que acababa de descubrir sobre Ricardo y sus padres. Veía el dolor grabado en cada línea de su rostro, y el corazón se me encogió con una fuerza que nunca antes había sentido.

—Lo que ocurrió entre nosotros, todo lo que pasó, no cambia lo que está por venir. No cambia lo que siento por ti.

Seguía mirándome, sin saber cómo reaccionar.

Quería decir mucho más, quería que supiera cuánto me importaba, pero entendía que en ese momento necesitaba espacio, tiempo para asimilarlo todo.

—Voy a cuidar de ti —prometí, y aquellas palabras, de algún modo, la estremecieron. Vi cómo sus labios temblaban levemente, como si estuviera a punto de echarse a llorar otra vez, aunque logró contenerse—. Voy a protegerte, Isabela. Pase lo que pase, estaré a tu lado.

No respondió, pero supe que mis palabras habían llegado hasta ella. Había algo en su mirada que me decía que, incluso en medio de todo el caos que la rodeaba, una parte de ella todavía quería creer.

Y en aquel momento, eso me bastaba. Bastaba para seguir luchando por los dos.

Cuando por fin se apartó, la observé caminar despacio hacia la puerta, como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Sabía que aquella batalla estaba lejos de terminar.

Pero también sabía que ahora, más que nunca, estaría a su lado, pasara lo que pasara.



CAPÍTULO 43

«No hay nada más devastador que descubrir que alguien cercano a nosotros es el origen de nuestro dolor»

ISABELA RODRIGUES

Quería que Ricardo muriera por lo que había hecho.

Me temblaban las manos y sentía que ya no era yo misma.

—Tiene que pagar por todo, Alexandre —dije, con la voz quebrada entre sollozos—. Solo podré vivir en paz cuando deje de existir.

Apenas era capaz de mirarlo, notando cómo mi cuerpo se encogía bajo el peso de lo que acababa de descubrir.

El hombre en quien había confiado, el que un día pensé que me amaba, no solo había destrozado mi vida, sino también lo poco que quedaba de mi familia.

Alexandre se acercó despacio, sin hacer movimientos bruscos. Tenía esa calma, esa presencia que de algún modo me envolvía.

—El abogado vendrá esta noche. Vamos a entregar todas las pruebas, todo lo que hemos reunido contra Ricardo. El proceso va a empezar.

Intenté asimilar lo que decía, pero mi mente iba a mil por hora.

¿Cómo no me di cuenta? ¿Cómo no vi las señales?

Mis padres... ya no estaban, y yo había quedado en manos de aquel monstruo sin saberlo. El dolor era insoportable.

—Nunca imaginé que él... —la voz se me quebró y sentí las lágrimas resbalar por mis mejillas—. Se aprovechó de mí en el momento más vulnerable de mi vida. ¿Cómo pude estar tan ciega?

Apenas escuchaba la respuesta de Alexandre.

Me sostuvo el rostro con la mano, con suavidad, pero con firmeza. Era el gesto de alguien que estaba ahí de verdad, aunque yo aún no fuera capaz de creerlo del todo.

—Hay personas así en el mundo, Isabela —empezó, sin apartar los ojos de los míos—. Personas que no miden las consecuencias para conseguir lo que quieren. Pero no estás sola. Estoy aquí contigo.

Quería creerle, quería pensar que, por alguna razón, estaba a mi lado, que había algo más que una simple obligación uniéndolo a mí.

Me sentía culpable, sucia, como si hubiera fallado al no reconocer al verdadero villano que tenía al lado.

¿Cómo iba a perdonarme?

—He hecho muchas cosas mal... —admití, mientras las lágrimas volvían a brotar, calientes e incontrolables—. Nunca imaginé que escucharía algo así de ti. No después de todo lo que pasó.

Alexandre se inclinó hacia mí, con el rostro serio, decidido.

—El pasado no importa. Lo que importa es lo que hagas ahora, quién decidas ser. Estoy aquí. Y formas parte de mi vida, formas parte de nuestra familia. Tu sitio está con nosotros, y no pienso renunciar a eso.

Me estaba diciendo que, independientemente de lo que hubiera hecho, de las mentiras, quería que me quedara.

Que perteneciera a esa familia.

Aquellas palabras, tan sencillas y tan directas, me rompieron por dentro. El dolor del pasado se mezclaba con el alivio de tener a alguien que, por primera vez, no iba a abandonarme.

Me lancé a sus brazos, las lágrimas cayendo sin control. Era como si volviera a derrumbarme, pero esta vez había alguien allí para sostenerme.

—Te quiero —susurré contra su pecho, incapaz de contener el torrente de emociones—. Te quiero, Alexandre. Aunque me eches, te querré siempre... desde lejos, pero te querré.

No sabía cómo reaccionaría, pero ya no importaba.

Necesitaba que lo supiera. El amor que sentía por él era real, algo que había crecido en silencio, incluso en medio de tanto dolor y confusión.

Me abrazó con fuerza, rodeándome con los brazos, y por un instante sentí que el mundo se detenía. A pesar de todo lo que estaba ocurriendo, del caos y del miedo, allí, entre sus brazos, estaba a salvo.

ALEXANDRE BITTENCOURT

No esperaba oír que me quería.

Sus palabras me cogieron por sorpresa, incluso después de todo lo que habíamos vivido. Algo en la mirada de Isabela, en esa mezcla de dolor y sinceridad, me hizo creer que lo que decía era real.

La vulnerabilidad en sus ojos, el leve temblor de su voz... esta vez no estaba mintiendo.

Guardó silencio unos segundos, todavía conmovida, y me descubrí observándola muy de cerca.

Las lágrimas seguían resbalando por su rostro, pero ahora había un brillo distinto en sus ojos, como si por fin estuviera dejando caer todas sus barreras.

—Se acabaron las mentiras —dije, con voz firme, aunque teñida de una suavidad que rara vez utilizaba. Me acerqué más y sostuve su rostro entre mis manos—. Si vamos a seguir adelante juntos, sea por los bebés o por lo que venga... necesitamos verdad. No puede haber mentiras entre nosotros.

Asintió levemente, sin apartar los ojos de los míos.

Vi el alivio reflejado en su expresión, como si por fin se hubiera librado de un peso insoportable. Todo lo que había pasado, todo el infierno que Ricardo le hizo vivir, ahora lo comprendía con claridad. No podía ignorar lo que sentía por ella ni la necesidad de protegerla.

—Todo va a salir bien, Isabela —añadí, sin soltar su rostro—. Te lo prometo. Ricardo tendrá lo que merece. De eso me encargo yo.

Parpadeó despacio, y supe que, aunque sus heridas fueran profundas, aquel era el primer paso para que pudiera confiar en mí de verdad.

Lo nuestro era confuso, lleno de malentendidos y diferencias. Pero si había algo que no permitiría era que Ricardo siguiera controlando su vida... o la nuestra.

La atraje hacia mí casi por instinto y sentí cómo su cuerpo se relajaba contra el mío. Nos quedamos así unos minutos, simplemente sintiendo la presencia del otro.

Sabía que, a partir de entonces, nada sería fácil. Haría falta tiempo y mucha confianza reconstruida para que entendiera que, pese a todo, yo estaba de su lado.

—No sé qué he hecho para merecerte a mi lado —murmuró Isabela contra mi pecho, todavía con los brazos rodeando mi cintura—. Pero... te prometo que no volveré a decepcionarte.

Respiré hondo y pasé la mano suavemente por su cabello, en un gesto más natural de lo que habría imaginado.

—No pensemos ahora en el pasado —afirmé, sin dudar—. Centrémonos en lo que viene. Han pasado muchas cosas, lo sé, pero lo que importa es que estás conmigo. Y los dos vamos a afrontar lo que haga falta, juntos.

Alzó la cabeza para mirarme. Sus ojos seguían empañados, pero había algo más en ellos, algo que iba más allá del miedo y la tristeza. Era esperanza, una esperanza que llevaba mucho tiempo perdida.

—Quiero creerlo —susurró—. Quiero creer que podemos ser una familia de verdad. Pero, Alexandre, tengo tanto miedo...

—Lo sé —la interrumpí, deslizando el pulgar por su mejilla para borrar las últimas lágrimas—. Pero estoy aquí. Y no vas a enfrentarte a esto sola.

El asunto de Ricardo, el embarazo, todo formaba parte de mi vida ahora, y no permitiría que volviera a hacerle daño.

—No sé si podré olvidar todo lo que pasó —admitió, bajando la mirada—. Pero sé que lo intentaré. Por ti... y por los bebés.

Esas palabras me afectaron más de lo que esperaba.

Fue como si, de repente, todo empezara a encajar, como si aquel instinto de protegerla que siempre había sentido se estuviera transformando en algo más profundo, algo que aún no sabía nombrar del todo, pero que estaba ahí, creciendo a cada instante.

—A partir de ahora —dije, alzándole de nuevo el rostro para que me mirara a los ojos—, todo va a cambiar.

En ese instante me hice una promesa a mí mismo.

Cuidaría de ella, pasara lo que pasara. Y esta vez sabía que no hablaba solo como el hombre que quería protegerla de Ricardo.

Hablaba como alguien que, en silencio y sin darse cuenta, se había enamorado de ella.



—Siéntese, por favor —le dije a mi abogado, señalando el sillón frente al escritorio del despacho.

El peso de la conversación que íbamos a tener flotaba en el aire, y la gravedad de la situación se podía palpar.

Asintió y se sentó con esa postura firme que siempre mantenía, mientras yo ocupaba mi lugar al otro lado de la mesa, con la mirada fija en él.

No era una reunión cualquiera. Esta vez tenía un objetivo claro e implacable: hacer justicia.

No aceptaría nada menos.

—He reunido todas las pruebas que necesitamos —empecé, abriendo la carpeta y extendiendo los documentos sobre la mesa—.

Aquí están los informes del investigador, el dossier que conseguí con la ayuda de Lorenzo y todo lo que hemos recopilado en las últimas semanas.

Cogió los papeles y empezó a revisarlos, pero yo no estaba dispuesto a perder tiempo. No podía. Cada minuto que Ricardo seguía sin pagar por sus crímenes me llenaba de ansiedad y de rabia.

—No me interesa ningún tipo de acuerdo ni negociación. Quiero que pague por lo que ha hecho, con la máxima severidad posible. Quiero ver a Ricardo pudriéndose en la cárcel —continué, con voz firme, sin vacilaciones—. Ha destrozado la vida de Isabela y, si no actuamos rápido, puede seguir haciéndolo con otras personas.

El abogado me miró con atención, mientras asimilaba mis palabras.

Sabía que detrás de cada frase no había solo un deseo de justicia; había una furia contenida, una necesidad visceral de proteger a la mujer que amaba, aunque todavía no lo hubiera admitido del todo.

—Alexandre —empezó, escogiendo las palabras con cautela—, las pruebas son sólidas. Tenemos un caso fuerte para lograr una

condena. Pero debes estar preparado. Procesos como este pueden alargarse, atraer a la prensa y generar repercusiones...

—No me preocupa la prensa —lo interrumpí, con un tono más duro—. Merece la peor condena posible. Y estoy dispuesto a todo para asegurarme de que así sea. No quiero atenuantes, ni acuerdos, ni nada que reduzca su castigo. Quiero la pena máxima. Si hace falta, llevaremos esto hasta la última instancia.

Me incliné hacia él, sosteniéndole la mirada para dejar claro que en ese punto no había margen de negociación.

—Entendido —asintió con expresión grave—. Haré lo que sea necesario. Iniciaré los trámites de inmediato y me aseguraré de que el caso se lleve con el máximo rigor.

Me recosté en la silla, sintiendo que una parte de mí se aliviaba ligeramente. Aun así, quedaba mucho por resolver.

Lo que Ricardo había hecho no era solo una cuestión de venganza personal. Manipuló, mintió y arruinó vidas sin el menor remordimiento. Isabela... ella jamás volvería a ser la misma después de todo lo que le hizo sufrir. Y solo de pensarlo, el odio volvía a arder dentro de mí.

—Necesito que nunca vuelva a tener la oportunidad de acercarse a Isabela ni a ninguna otra persona vulnerable como ella. La manipuló desde el principio, aprovechándose de cada debilidad, de cada momento de fragilidad... —Las palabras me salían rápidas, casi como un desahogo, mientras sentía la rabia bullir bajo la piel—. Le prometí que no permitiría que volviera a ocurrir.

El abogado, consciente de la intensidad de mis emociones, volvió a asentir sin cuestionar mi determinación.

Sabía que para mí no era un simple asunto legal.

Era algo personal. Profundamente personal.

—Haré lo necesario, Alexandre. Con las pruebas que has aportado, Ricardo no tendrá escapatoria.

Guardé silencio unos segundos, observando los documentos sobre la mesa, pensando en todo lo que representaban: cada detalle de lo que había hecho, cada evidencia del abuso, de la manipulación, de la tragedia que provocó en la vida de Isabela.

Y la imagen de ella derrumbándose en mis brazos seguía grabada en mi mente. Merecía justicia, y yo me encargaría de que la tuviera.

—Perfecto —afirmé al fin, notando cómo la tensión en mi pecho cedía ligeramente—. Quiero informes diarios sobre el avance del proceso. Y mantén todo confidencial hasta el momento adecuado. No podemos darle ninguna ventaja.

Se levantó y me estrechó la mano con firmeza, y lo acompañé hasta la puerta de la mansión.

—Estaré en contacto —dijo antes de marcharse.

Cuando me quedé solo otra vez, el peso de la responsabilidad volvió a caer sobre mis hombros. Pero esta vez, con la certeza de que el primer paso ya estaba dado.



CAPÍTULO 44

«El amor verdadero no es el que ignora nuestros defectos, sino el que los acepta y nos ayuda a superarlos»

ALEXANDRE BITTENCOURT

—¡Pero qué hijo de puta! —exclamó Diego, levantándose de la silla de golpe, con los ojos encendidos de rabia al escuchar cada detalle de lo

que había descubierto sobre Ricardo Vilar.

Su tono era una mezcla de incredulidad y furia, exactamente lo mismo que me hervía por dentro.

Yo mantenía el gesto frío, aunque cada fibra de mi cuerpo estaba en tensión. No podía permitirme perder el control, no ahora que todas las piezas del rompecabezas por fin encajaban.

—Ese desgraciado lo planeó todo —añadí, empujando el dossier sobre la mesa hacia Diego—. Manipuló a Isabela desde el accidente de sus padres. Se aprovechó de su vulnerabilidad en aquel momento, fingiendo ser el apoyo que necesitaba, cuando en realidad él era el responsable de todo.

Diego cogió el dossier, aunque ni siquiera necesitaba leerlo.

Ya lo habíamos hablado varias veces, pero cada vez que lo repetíamos parecía peor. Soltó un largo suspiro mientras pasaba las páginas sin asimilar realmente lo que veía.

—Esto es peor de lo que imaginaba. Ricardo se ha hundido en el fango que él mismo creó, y ahora está a punto de pagar el precio.

Crucé los brazos y empecé a caminar de un lado a otro, intentando contener la rabia que me subía por dentro. No era solo por Isabela. Era por la vida que aquel hombre había destrozado, por la confianza que había hecho añicos, por haber utilizado su dolor en beneficio propio.

—Ya he hablado con mi abogado —dije, con un tono bajo y controlado—. Vamos a ir a por la condena más dura posible, sin opción a rebajas de pena. Ese hombre tiene que desaparecer de nuestras vidas. Me aseguraré de que se pudra en la cárcel.

—No lo dudo. —Diego me miró con una expresión que mezclaba preocupación y apoyo—. ¿Ya se lo has contado todo?

Ella era mucho más que la mujer a la que Ricardo había destrozado; era una fuerza que había irrumpido en mi vida de manera inesperada.

Y ahora, con todo lo que sabíamos, era imposible no sentirme responsable de protegerla, más aún sabiendo que sería la madre de mis hijos.

—Sí, y la dejó hecha polvo.

Recordar su reacción hizo que apretara el puño sin darme cuenta.

*Las lágrimas, la desesperación, la forma en que se derrumbó
delante de mí...*

*Nunca había visto a nadie romperse así, y dolía saber que el
responsable de tanto sufrimiento había estado tan cerca. Solo quería
terminar con aquello de una vez, acabar con Ricardo y asegurarme de
que ella no volviera a pasar por algo así jamás.*

*—No sabía nada. Cuando le conté lo que hizo Ricardo... se vino
abajo —continué, notando el peso de cada palabra.*

*—No quiero ni imaginar cómo se sintió al enterarse —dijo Diego,
negando con la cabeza—. ¿Y tú? ¿Cómo estás llevando todo esto?*

*No era solo lo que había descubierto sobre Ricardo lo que me
removía por dentro.*

*Era lo que sentía por Isabela. Era ese impulso de protegerla, no
solo por nuestros hijos, sino porque, de algún modo, ya formaba parte de
mi vida.*

De mí.

—Voy a estar a su lado.

Diego me observó en silencio durante unos segundos y luego asintió.

—Eso es lo que tienes que hacer. Ha pasado por demasiado. Lo mínimo que merece es tener a alguien a su lado ahora.

—No voy a fallarle. —Mi voz sonó firme, casi como un juramento —. Ricardo va a pagar por todo, y me aseguraré de que ella no vuelva a preocuparse por nada. Ella y nuestros hijos tienen mi palabra. Estaré ahí.

La decisión no nacía solo del sentido del deber. Era algo más profundo.

Con el paso de los meses, Isabela se había convertido en alguien que me importaba de verdad, alguien por quien estaba dispuesto a luchar. Sabía que estaba reconstruyéndose poco a poco, incluso después de todo lo que había sufrido.

—Te importa —dijo Diego, casi como si estuviera confirmando algo que ya sabía.

Lo miré sin apartar la vista y respondí con total sinceridad:

—Sí. Me importa. Y no voy a dejarla sola.

Diego soltó una risa suave, negando con la cabeza.

—Bueno, parece que por fin te has dado cuenta.

Me quedé en silencio unos instantes, asimilando las palabras de mi hermano. No se trataba solo de los bebés, ni del pasado oscuro que Isabela había tenido que soportar. Era lo que ella significaba ahora.

Formaba parte de algo más grande.

ISABELA RODRIGUES

Durante la última semana, cada noche parecía alargarse en un torbellino de pensamientos dolorosos.

Me dormía llorando, con las palabras de Alexandre resonando en mi mente, repitiéndose como un martillo implacable: Ricardo mató a mis padres.

Cada vez que cerraba los ojos veía sus rostros, el sufrimiento, y la manipulación cruel que me arrastró a una relación que me destruyó. Sentía como si una parte de mí se desvaneciera con cada lágrima.

Aquella tarde, la mansión estaba en silencio, y yo me sentía perdida en un mundo que ya no parecía tener rumbo. Estaba sentada

en el salón, abatida, cuando oí abrirse la puerta.

Alexandre entró, con su presencia imponente de siempre, aunque esta vez con un aire más suave. Se acercó a mí y sus ojos serios recorrieron mi rostro con preocupación.

—¿Cómo estás? —Su voz sonó tranquila, pero había un matiz de inquietud que no lograba ocultar.

Alcé la mirada despacio, sin fuerzas para dar explicaciones, y me limité a negar suavemente con la cabeza.

—¿Sabes lo que creo que nos hace falta hoy? Una buena cena. ¿Qué te parece? —propuso, intentando aportar algo de ligereza al ambiente.

Dudé un instante, pero acabé asintiendo con un leve gesto.

Quizá la comida ayudara, aunque solo fuera un poco. Alexandre se acercó más, con una expresión más relajada, inclinándose ligeramente, tratando de arrastrarme a su humor, siempre tan peculiar.

—Voy a preparar algo especial, y tú me dices exactamente qué te apetece, ¿de acuerdo? —sonrió, intentando aliviar la tensión—. O puedo sorprenderte.

No era habitual ver ese lado suyo, y por un momento sentí que de verdad quería hacerme sentir mejor.

No se trataba solo de protegerme o de cumplir promesas; estaba intentando estar presente, de verdad. Y eso me tocó de una forma inesperada.

—Sorpréndeme entonces —respondí, esbozando una leve sonrisa, aunque el peso en el pecho seguía ahí.

Asintió y fue hacia la cocina.

Un rato después ya estábamos sentados a la mesa, Alexandre, Theo y yo. Theo hablaba animadamente sobre su día en el colegio, mientras Alexandre seguía la conversación con naturalidad. Yo los observaba en silencio, intentando distraerme con la complicidad entre padre e hijo.

En mitad de la cena, Alexandre miró a Theo con un brillo especial en los ojos y luego posó la mirada en mí, como si me pidiera permiso en silencio.

Parecía casi juguetón, aunque había algo más detrás de su expresión.

—Hijo, dentro de poco vas a tener una sorpresa muy especial — dijo, sin apartar los ojos de mí, esperando mi reacción.

Me quedé inmóvil un segundo, sorprendida por la naturalidad con la que afrontaba todo, y entonces, sin querer, se me escapó una pequeña risa.

No era una risa alegre, sino algo leve, inesperado, que me hizo relajarme por un instante.

—¿Y qué es, papá? —preguntó Theo, curioso.

Miré a Alexandre y luego a Theo, sintiendo una chispa de alegría encenderse en mi interior, algo que no sentía desde hacía días.

—Theo, te prometo que muy pronto vamos a contarte una noticia muy buena —dije, con una sonrisa sincera por primera vez en días.

Aquel pequeño momento trajo un poco de calor a mi corazón.

El peso que cargaba seguía ahí, pero de algún modo, Alexandre, con su forma reservada y peculiar de ser, estaba intentando suavizar mi dolor. Sabía que estaba frágil, y aunque no fuera el tipo de hombre que expresa fácilmente sus sentimientos, sus gestos hablaban por él.

—¡Entonces esperaré con ganas! —exclamó Theo, con los ojos brillando de emoción.

La cena continuó y, por unos instantes, la tristeza dio paso a un ambiente más ligero. Alexandre había logrado, de algún modo, hacerme reír, aunque solo fuera por un segundo.

Sentí que, a pesar de todas las dificultades, había algo entre los tres. Una sensación de que, de alguna manera, yo pertenecía a aquella pequeña familia.



—Estoy aquí para lo que necesites.

Las palabras de Alexandre resonaron en el salón en silencio, pero fue el peso de ellas lo que más me conmovió.

Sabía que no era hombre de promesas vacías, que el hombre que tenía delante era firme en sus convicciones. Estábamos solos ahora y, aunque el mundo a nuestro alrededor estuviera sumido en el caos, en aquel instante era como si solo existiéramos nosotros dos.

Estaba allí, frente a mí, mirándome con una intensidad que hizo que mi corazón se acelerara.

En sus ojos había algo que no había visto antes. No era solo protección ni una promesa de seguridad. Era algo más, algo que me ponía nerviosa y, al mismo tiempo, me reconfortaba. Como si, por primera vez en mucho tiempo, pudiera permitirme confiar de verdad en alguien.

—¿De verdad vas a quedarte a mi lado? —pregunté en voz baja, casi en un susurro.

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia entre los dos. No apartó la mirada y, durante un instante, sentí el cuerpo tenso, como si estuviera esperando algo para lo que no sabía si estaba preparada.

—Te lo prometí —respondió, con esa voz grave, aunque teñida de una suavidad inesperada—. Y cuando prometo algo, lo cumplo. Pase lo que pase.

No sé qué me impulsó en ese momento, pero antes de darme cuenta, di un paso más hacia él.

Era como si una fuerza invisible me atrajera, diciéndome que era allí, entre sus brazos, donde encontraría la paz que tanto necesitaba. Alexandre alzó la mano y sostuvo mi rostro con una delicadeza que contrastaba con su habitual contención.

Deslizó el pulgar por mi mejilla para secar una lágrima que ni siquiera sabía que había caído.

Aquel gesto me desarmó por completo. Era una ternura que no sabía que existía en él, una vulnerabilidad que jamás habría imaginado.

—Yo... —empecé a decir, pero las palabras se apagaron en mis labios cuando se acercó aún más.

Sin decir nada, se inclinó y sus labios rozaron los míos con una suavidad cargada de significado que me recorrió entera. Fue un beso lento, casi vacilante, pero lleno de promesa.

No era un arrebató de pasión, sino algo más profundo, algo que decía sin palabras: «Estoy aquí y no pienso marcharme».

Cuando nos separamos, nuestros rostros seguían a escasos centímetros. Mantuvo la mirada fija en la mía, como si buscara una señal, una confirmación de que yo también estaba lista para aquello.

Su mano seguía sosteniendo mi rostro con firmeza y ternura, y supe entonces que, pasara lo que pasara, él estaba conmigo.

—Vamos a estar juntos, Isabela —dijo con una certeza inquebrantable—. Voy a cuidar de ti, de nosotros. Y no voy a permitir que nada ni nadie vuelva a hacerte daño.

Esas palabras me rompieron y, al mismo tiempo, me reconstruyeron.

Sin pensarlo, me refugié en sus brazos, dejando que el calor de su cuerpo me envolviera. Me estrechó contra su pecho y, por primera vez en mucho tiempo, sentí que podía volver a respirar.

Nos quedamos así un tiempo que pareció infinito, abrazados, sin decir nada.

No hacía falta.

El sonido de nuestras respiraciones entrelazadas y el latido firme de su corazón bajo mi mejilla eran todo lo que necesitaba.

—Gracias —murmuré, con la voz casi ahogada contra su camisa, aunque sabía que me había oído.

—No tienes que darme las gracias —susurró mientras me acariciaba el cabello—. Estoy donde quiero estar.

Y en ese instante, en aquel abrazo que parecía contener todas mis heridas y angustias, supe que, de algún modo, estábamos empezando algo nuevo. Algo que, a pesar de todo lo vivido, aún tenía la oportunidad de florecer.



CAPÍTULO 45

*«A veces amar a alguien significa permitirle ver el lado
más oscuro de nosotros»*

ISABELA RODRIGUES

—Espera... ¿no estabas embarazada y ahora estás embarazada de Alexandre? —preguntó Carol, con los ojos muy abiertos por la sorpresa,

soltando una carcajada que mezclaba asombro y ese humor irreverente que siempre la acompañaba.

Me senté en la silla junto al escritorio de Maria Gabriela, riendo con ella, aunque la tensión seguía instalada en mi pecho.

Hablar con Carol era como una bocanada de aire fresco, algo que no sabía que necesitaba hasta estar allí, a su lado, escuchando sus historias y sus bromas, siempre lista para aligerar el ambiente.

—Ya ves, la vida es así —respondí, negando con la cabeza con una sonrisa irónica—. Un día estás huyendo de una pesadilla y al siguiente... bueno, estás embarazada de Alexandre Bittencourt.

Carol estalló en carcajadas, atrayendo algunas miradas curiosas en la oficina, pero a ella le dio exactamente igual. Era así, no sabía contenerse cuando algo le parecía realmente gracioso, y toda la situación le resultaba casi una comedia.

Y eso era algo que adoraba de ella.

Carol tenía esa capacidad de quitarle peso a todo, de hacer que incluso los momentos más tensos se llenaran de ligereza.

—Niña, me lo tienes que contar todo, no puedes dejarme fuera de esta telenovela —continuó, secándose una lágrima de tanto reír—. Esto parece una serie, solo falta que aparezca otro villano para complicarlo aún más.

Suspiré, aunque acabé riendo también, negando con la cabeza.

—Ah, si tú supieras... Creo que esta serie ya tiene demasiados villanos.

Carol arqueó una ceja al percibir la seriedad detrás de mis palabras. Podía ser desenfadada y bromista, pero no era tonta. Acercó su silla un poco más a la mía y bajó la voz.

—Y entonces... —preguntó con un tono más suave—. ¿Cómo te sientes con todo esto?

Mi mente viajó por todo lo que había ocurrido en las últimas semanas. La ecografía, el descubrimiento de que no esperaba uno, sino dos bebés.

Aquel momento había sido tan aterrador como emocionante. Alexandre, siempre tan controlado, también parecía afectado por la noticia, y eso, por extraño que resultara, me daba cierta tranquilidad.

—Es surrealista, Carol —suspiré, mirando mis manos mientras intentaba ordenar mis pensamientos—. Hay momentos en los que ni me creo que todo esto esté pasando. Es como una montaña rusa de emociones y... no sé, no tengo ni idea de qué esperar.

—Normal que estés así —respondió ella con una sonrisa comprensiva—. No todos los días una descubre que va a ser madre de gemelos y, encima, del CEO más frío y serio de Florianópolis.

—Ya... —murmuré, todavía intentando asumir que esa era mi vida ahora—. Pero, al mismo tiempo, yo... no sé, hay algo en él que me hace sentir segura. A pesar de todo lo que ha pasado.

Carol asintió con comprensión.

—Claro, y a él todo esto también le tiene que estar removiendo por dentro. No eres la única, Isa. Y por lo que me has contado, el hombre está más que dispuesto a quedarse a tu lado, ¿no?

Recordé la conversación con Alexandre, cómo me había prometido que se quedaría a mi lado, que cuidaría de mí y de los bebés.

Era una sensación extraña, porque una parte de mí quería desesperadamente creer que hablaba en serio, pero la otra... seguía

atrapada por el miedo, por todo lo que había vivido en manos de Ricardo.

Volver a confiar parecía algo lejano, y aun así, Alexandre me estaba demostrando, poco a poco, que quizá era posible.

—Creo que sí —confesé, dejando que una pequeña sonrisa asomara en mis labios—. Y eso me hace feliz, ¿sabes? Pensar que no estoy sola en todo esto.

Carol asintió, y su sonrisa volvió a iluminarle el rostro.

—¡Claro que no, mujer! Tienes a Alexandre, nos tienes a nosotras. Y, de verdad, me alegro muchísimo por ti. Sabía que algo bueno iba a salir de toda esta locura.

Reí, sintiendo cómo una ligera sensación de alivio me recorría por dentro. Era reconfortante saber que tenía a Carol y a Maria Gabriela a mi lado. Las cosas estaban lejos de ser sencillas, pero con ellas allí, todo parecía un poco menos aterrador.

—Ah, y ahora me vas a prometer una cosa —dijo Carol, levantando el dedo hacia mí con expresión solemne, aunque los ojos le brillaban divertidos.

—¿El qué? —pregunté, intrigada.

—Que me vas a dejar ser madrina de uno de esos bebés. Porque si no, te monto un drama aquí mismo.

Solté una carcajada, notando cómo el peso en mi pecho se aligeraba un poco más. Carol siempre sabía cómo poner luz en medio de la oscuridad.

Y en aquel momento, entre risas y bromas, entendí que quizá sí podría enfrentar lo que estaba por venir... con Alexandre a mi lado y amigas como Carol y Maria Gabriela sosteniéndome.

—Trato hecho, Carol —respondí aún riendo—. Pero tendrás que compartir el puesto de madrina con Maria Gabriela.

Fingió indignación y cruzó los brazos.

—Vale, acepto compartir, pero solo porque quiero mucho a Gabi.

En ese instante apareció Maria Gabriela, y Carol no perdió ni un segundo.

—Más te vale sentarte, porque la señorita tiene una bomba que soltar.

—Ya empezamos —comentó Maria Gabriela, acercando una silla y sentándose junto a Carol, con una sonrisa curiosa dibujándose en sus labios.

Les conté rápidamente lo del embarazo, observando sus reacciones. Carol, como era de esperar, no podía contener la emoción y ya estaba organizando mentalmente el baby shower, pero Maria Gabriela, con su carácter más sereno, me miraba con una mezcla de alegría y preocupación.

Sabía que detrás de aquella noticia había algo más, asuntos pendientes que aún no había mencionado.

—¿Estás bien con todo esto, Isa? —preguntó al cabo de un rato, con voz tranquila—. No te lo digo por decir... ¿de verdad estás bien?

Suspiré, sintiendo el peso de la pregunta caer sobre mí.

Sabía que Maria Gabriela era la única capaz de ver más allá de la sonrisa que intentaba sostener. Siempre había sido así, observadora y atenta.

—En realidad... —empecé, dudando un instante. Las palabras pesaban demasiado para salir de golpe—. No es solo eso. He descubierto algo mucho peor.

Vi cómo los ojos de Carol y Maria Gabriela se entornaban, y el ambiente distendido de hacía unos minutos se desvaneció. Mis manos comenzaron a temblar ligeramente y bajé la mirada, buscando el valor para pronunciar en voz alta algo que ni yo misma terminaba de creer.

—No sé muy bien cómo decirlo —continué, notando la garganta cerrarse—, pero Alexandre descubrió que mis padres no murieron en el accidente. Ellos... fueron asesinados.

El silencio que siguió fue casi tangible, espeso, y pude sentir la tensión en el aire. Maria Gabriela posó su mano sobre la mía, mientras Carol, sin palabras, solo abrió los ojos con incredulidad.

—¿Cómo que asesinados, Isa? —preguntó Maria Gabriela en un susurro, como si le costara aceptar lo que acababa de oír.

—Ricardo —logré decir, casi atragantándome—. Él lo organizó todo. Fue el responsable de su muerte... y se aprovechó de eso para acercarse a mí, para manipularme cuando yo estaba más vulnerable.

Se me llenaron los ojos de lágrimas y Maria Gabriela apretó mi mano con más fuerza, mientras Carol, aún atónita, permanecía en silencio unos segundos, intentando asimilar todo lo que acababa de contarles.

—¡Ese malnacido! —murmuró Carol de pronto, rompiendo el silencio. Se debatía entre la incredulidad y la rabia—. Lo hizo para atarte a él, Isa... Dios mío, ¿cómo puede alguien ser tan cruel?

Negué con la cabeza, tratando de contener el llanto.

—Nunca sospeché nada. Siempre pensé que el accidente había sido cosa del destino, algo que nadie podía controlar... pero lo planeó todo, solo para manipularme.

—Isa... —empezó Maria Gabriela, pero la voz se le quebró a mitad de la frase. Respiró hondo antes de continuar—. No puedo ni imaginar cómo debes de sentirte. Esto es... monstruoso.

—Me destrozó la vida —dije al fin, dejando que las lágrimas cayeran sin contenerlas—. Y durante tanto tiempo viví con el dolor de haber perdido a mis padres, sin saber que había sido él desde el principio.

Maria Gabriela y Carol guardaron silencio unos instantes, procesando mis palabras.

Parecía que incluso el aire a nuestro alrededor se había vuelto más denso.

Nunca me había sentido tan vulnerable, tan expuesta, y al mismo tiempo tan aliviada por haber compartido por fin aquella verdad con ellas.

—No estás sola en esto —dijo Maria Gabriela con firmeza—. Estamos aquí para ti y vamos a pasar por esto juntas. Da igual lo difícil que sea.

Carol asintió, y su expresión, antes ligera, estaba ahora cargada de determinación.

—Exacto. No va a irse de rositas. Te vamos a ayudar a enfrentarte a todo esto.

Sentí el calor de sus palabras envolverme, como si por primera vez en días pudiera respirar un poco más tranquila. Eran mi ancla, mi sostén cuando todo a mi alrededor parecía derrumbarse.

Por muy duro que fuera el camino que quedaba por delante, con ellas a mi lado sabía que podría seguir adelante.

—Gracias, chicas —susurré, secándome las lágrimas—. No sé qué haría sin vosotras.

—Todo va a salir bien —afirmó Maria Gabriela, con una convicción que me sostuvo por dentro—. Y vamos a estar aquí para asegurarnos de ello.

Sus palabras despertaron en mí una fuerza que no sabía que aún conservaba.

La verdad sobre mis padres era devastadora, pero no estaba sola. Tenía a Alexandre y, ahora más que nunca, sabía que también tenía a estas dos amigas increíbles a mi lado.

Ricardo Vilar no iba a quedar impune.

No permitiría que siguiera persiguiéndome como una sombra. Con el apoyo de quienes me querían, empezaba a creer que era posible encontrar justicia y, tal vez, en algún punto de ese camino, también la paz.



CAPÍTULO 46

*«Hay secretos que permanecen enterrados durante años,
esperando el momento preciso para salir a la luz y poner
el mundo patas arriba»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Ricardo estaba esperándome.

En cuanto salí de la empresa, me lo encontré de frente. Allí, junto a mi coche, con ese mismo aire amenazador de siempre. Sin embargo, esta vez había algo distinto. Estaba nervioso.

Tenía los puños cerrados y la mirada inestable. Algo en él me decía que sabía que estaba acorralado, que el control que creía tener se le estaba escapando entre los dedos.

—¿Ahora me acusas de asesinato, Bittencourt? —me espetó, con la rabia vibrando en cada sílaba.

No respondí al instante.

Me limité a observarlo unos segundos, dejando que el silencio pesara entre nosotros. Esperaba que explotara, que montara un escándalo allí mismo. Pero ese nunca ha sido mi estilo.

Yo no pierdo el control y, sobre todo, no muestro debilidad.

—¿Acusarte? No, Vilar, no necesito acusarte de nada. Ya tengo pruebas. Pruebas suficientes para enterrarte en prisión y asegurarme de que no vuelvas a pisar la calle. —Mi voz salió baja, pero con la firmeza de quien sabe que tiene la partida ganada.

La sonrisa ladeada que intentó forzar no le llegó a los ojos. Tenía miedo, y yo lo sabía. Pero, como todo hombre desesperado, se aferró a lo único que le quedaba: las amenazas.

—¿Crees que puedes intimidarme? Esto no ha terminado. Isabela siempre ha sido mía y la voy a recuperar. Ya verás lo que es pagar caro, Bittencourt. Esto tendrá consecuencias.

Esta vez fui yo quien sonrió. No tenía ni idea de lo que estaba diciendo.

—Isabela nunca fue tuya. Fue tu víctima, tu prisionera. Pero ahora sabe lo que es que la amen de verdad, que la cuiden. Tú nunca entenderás eso, Ricardo. Nunca.

Vi cómo su mirada titubeaba un instante. Di un paso hacia él, acortando la distancia.

—Si vuelves a cruzarte en mi camino o en el de ella, te lo juro, no dudaré en acabar contigo. No será la justicia quien te atrape, seré yo. Y cuando termine contigo, desearás no haber nacido jamás.

Ricardo intentó recomponerse, pero el temblor en sus manos delataba su verdadero estado.

—Esto no ha hecho más que empezar, Alexandre. Te has metido con la persona equivocada...

—No, Ricardo —lo interrumpí, dejando que la ira asomara por fin en mi voz—. Lo que está empezando es tu caída. Voy a destruirte. Cada pedazo de tu vida, todo lo que has construido. Y cuando estés en el suelo, suplicando salir de esta, me aseguraré de que te pudras en la cárcel. O yo no me llamo Alexandre Bittencourt.

Retrocedió.

Lo vi darse la vuelta y alejarse, perdiéndose entre el tráfico. Sentía la sangre latir con fuerza en mis venas, el deseo ardiente de terminar con todo de una vez.

Pero no.

Sería estratégico. Ricardo Vilar podía haber iniciado esta guerra, pero yo sería el hombre que la terminaría.

Entré en el coche y arranqué el motor. El rostro de Isabela cruzó mi mente, sus ojos, el miedo y el dolor que aún llevaba dentro.

No volvería a ser una amenaza. Me aseguraría de ello.



Cuando llegué a casa aquella noche, lo único que quería era un momento de paz.

Pero en cuanto crucé la puerta del salón y vi a Theo tirado en el sofá, concentrado en algún videojuego, todo el estrés empezó a desvanecerse.

—¿Qué tal, campeón? ¿Cómo ha ido el día? —pregunté, acercándome y sentándome a su lado.

Theo sonrió y puso el juego en pausa.

Siempre le gustaba que sacara un rato para estar con él, incluso con mi rutina caótica.

—Bien, papá. En el cole todo tranquilo, y luego jugué al fútbol con Arthur. Ganamos el partido, metí dos goles —contó con los ojos

brillando de orgullo.

—¿Dos goles, nada menos? —fingí estar impresionado, lo que hizo que sonriera aún más—. Voy a tener que empezar a entrenar en serio o me vas a dejar atrás.

La risa de Theo llenó el salón y, por un momento, todo pareció encajar. Siguió hablándome de su día, de sus amigos, de lo que había aprendido en clase.

A veces me sorprendía observándolo más que escuchándolo.

Era increíble lo rápido que estaba creciendo, cada día más parecido a su madre y... quizá un poco a mí también.

—¿Y tú, papá? ¿Qué has hecho hoy? —preguntó de repente, mirándome con curiosidad.

—Nada demasiado interesante. Trabajo, reuniones... ya sabes. Pero creo que mañana será un día aún mejor. —Le sonreí, manteniendo el misterio, sabiendo que algo importante estaba a punto de suceder.

Antes de que pudiera añadir nada más, escuché unos pasos suaves en la entrada. Isabela apareció en el salón con una sonrisa tímida, aunque en sus ojos se mezclaban distintas emociones.

Parecía nerviosa, quizá algo insegura, pero decidida.

—Hola, Theo —saludó con voz suave mientras se acercaba.

Theo la miró con curiosidad. Siempre le había caído bien Isabela y sabía que el hecho de que se estuviera convirtiendo en una parte más importante de nuestras vidas le gustaba.

—Hola, Isabela.

Ella asintió y luego me miró, como pidiendo permiso en silencio, antes de decir:

—Tengo una noticia para ti.

Supe al instante a qué se refería.

El corazón se me aceleró, pero de una forma distinta, buena. Ya habíamos hablado de cómo y cuándo contarle a Theo lo del embarazo, y aquel era el momento.

Theo nos miró a los dos, con los ojos muy abiertos por la curiosidad.

—¿Qué noticia?

Isabela se agachó hasta quedar a su altura y le colocó las manos con suavidad sobre los hombros. La manera en que cuidaba cada detalle me hacía ver cuánto le importaba ya.

—Verás, Theo... —hizo una pequeña pausa, como si tomara aire antes de continuar—. Vas a tener dos hermanitos o hermanitas.

La expresión de Theo fue impagable.

Primero abrió los ojos de par en par y luego una sonrisa enorme le iluminó el rostro.

—¿En serio? —casi gritó, mirándome en busca de confirmación.

Sonreí y asentí.

—En serio, campeón. Vas a ser el hermano mayor de gemelos.

Theo se puso en pie de un salto y corrió hacia Isabela para abrazarla con fuerza, lo que me hizo sonreír todavía más. Verlos así, juntos, hacía que todo mereciera la pena.

—¡Siempre he querido tener hermanos! ¡Es increíble! —exclamó, mientras Isabela reía, visiblemente emocionada.

Me acerqué y posé una mano en el hombro de Isabela y la otra en la cabeza de Theo, atrayéndolos hacia mí en un abrazo compartido.

—Y ahora los vas a tener. Y van a necesitar a un hermano mayor tan increíble como tú, ¿de acuerdo?

Theo asintió con entusiasmo, aún abrazando a Isabela, que ahora tenía los ojos llenos de lágrimas.

Pero no eran lágrimas de tristeza ni de dolor. Eran de alegría, de alivio. Haberle contado por fin la noticia a Theo nos había traído una paz que todos necesitábamos.

Al cabo de un momento, Theo se apartó, demasiado emocionado como para quedarse quieto.

—¡Voy a decírselo a todo el mundo! —exclamó antes de salir corriendo del salón.

En cuanto desapareció, me volví hacia Isabela, viendo cuánto la había conmovido todo aquello. Sabía lo importante que era ese instante para ella.

—Está muy feliz, ¿verdad? —sonrió mientras se secaba una lágrima solitaria que le resbalaba por la mejilla.

—Lo está. Y yo también —afirmé, acercándome un poco más—. Nuestra familia está creciendo, Isabela.

Me miró con una profundidad cargada de emociones, como si algo invisible entre nosotros acabara de romperse. Nos acercamos aún más y, en ese momento, supe que las cosas cambiarían para siempre.

—Gracias, Alexandre —susurró—. Por todo.

ISABELA RODRIGUES

Creo que fue la vez que vi a Theo más feliz desde que llegué aquí.

Sus ojos brillaban mientras saltaba por el salón, entusiasmado con la noticia que acababa de recibir.

—¡Voy a ser el mejor hermano mayor del mundo! —exclamaba, con el rostro iluminado por una sonrisa enorme—. Voy a ayudar a cuidarlos, les enseñaré a jugar al fútbol, a dibujar... ¡va a ser genial!

Alexandre y yo intercambiamos miradas mientras el pequeño corría de un lado a otro, imaginando ya todas las aventuras que viviría con sus futuros hermanos.

El cariño y la ternura de Theo me emocionaban cada vez más. Y era evidente que aquel momento también estaba tocando algo muy profundo en Alexandre.

Al cabo de un rato, la euforia de Theo empezó a apagarse, el cansancio del día terminó alcanzándolo. Alexandre le sugirió que subiera a su habitación y se preparara para dormir, y el niño obedeció sin protestar, todavía radiante de felicidad.

Cuando nos quedamos solos en el salón, se instaló un silencio cómodo entre nosotros. El ambiente era distinto.

Alexandre parecía más relajado, más abierto. ¿Y yo? Tenía el corazón acelerado, con la sensación de que algo importante estaba a punto de suceder.

Se acercó despacio y se sentó a mi lado en el sofá. Me miraba con intensidad, como si quisiera ver más allá de lo que yo mostraba. No dijo nada al principio, pero sus gestos hablaban por él.

Extendió la mano y me rozó el rostro con suavidad; después deslizó los dedos hasta mi mano y los entrelazó con los míos. Cada gesto transmitía más de lo que cualquier palabra podría haber dicho en ese instante.

—Has devuelto a mi vida algo que creí haber perdido para siempre —empezó, con la voz baja, cargada de emoción—. Cuando murió la madre de Theo, una parte de mí murió con ella. Me cerré al mundo, a cualquier posibilidad de volver a sentir algo de verdad. Pero tú, Isabela... —hizo una pausa, apretando mi mano con suavidad— me devolviste algo que ya ni recordaba cómo era. Me devolviste la esperanza.

Sentí un nudo en el pecho al oírlo.

El Alexandre que yo había conocido hasta entonces, el hombre frío y controlado, se estaba abriendo de una manera que jamás había visto. Dejaba a un lado la máscara del CEO imperturbable y mostraba al hombre vulnerable que había detrás.

—Lo que siento por ti es real. Y no voy a renunciar a ello por miedo. —Su voz se volvió más firme, como si necesitara que no hubiera duda alguna—. Sé lo que siento, Isabela. Y es amor.

Se me llenaron los ojos de lágrimas.

Nunca imaginé que oiría esas palabras de sus labios, no después de todo lo que habíamos pasado, no con la confusión y las dudas que habían rodeado nuestra relación desde el principio. Pero en aquel instante, todo parecía encajar.

—Te quiero, Isabela —declaró, con la mirada fija en la mía—. Y no voy a dejar que el pasado, ni el miedo, ni Ricardo, nos arrebaten esto.

Las lágrimas comenzaron a caer despacio, constantes. No de tristeza, sino por el peso de lo que acababa de decir.

Jamás pensé que Alexandre, el hombre que me había rescatado de mi propio infierno, pudiera abrirse así, confesando un amor que yo misma apenas me atrevía a creer posible.

No sabía qué decir. En realidad, no hacía falta.

El corazón me latía con fuerza, la piel se me erizaba bajo el roce de sus manos y, sin pensarlo demasiado, me acerqué aún más a él. Nuestros rostros quedaron a pocos centímetros.

—Yo también te quiero —susurré, antes de cerrar los ojos y sellar aquel momento con un beso suave, lleno de sentimiento, lleno de promesas silenciosas sobre lo que el futuro pudiera traer.

Entre los brazos de Alexandre, el peso de todos mis miedos e incertidumbres parecía desvanecerse, como si en ese instante nada pudiera alcanzarnos. Sabía que aún quedaba mucho por enfrentar.

Ricardo, el pasado, las cicatrices... pero con él a mi lado, por primera vez en mucho tiempo, sentí que lo lograríamos. Que, juntos, tendríamos una oportunidad real de ser felices.

CAPÍTULO 47



CAPÍTULO 47

*«No hay fuerza mayor que la de quien por fin ha decidido
luchar por sí mismo»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Isabela y yo fuimos al dormitorio en silencio, pero no era un silencio incómodo.

Tendidos uno junto al otro en la cama, la acerqué hacia mí y la envolví entre mis brazos.

Nos quedamos así un rato, simplemente disfrutando de la presencia del otro, escuchando la respiración tranquila que llenaba la habitación.

—Nunca pensé que pudiera sentirme así —murmuró con una leve sonrisa dibujándose en sus labios—. Tan... en paz.

Le sonreí mientras le acariciaba el cabello, con la cabeza apoyada en mi pecho.

Era extraño cómo, pese a todo lo que habíamos vivido, aquel momento resultaba tan sencillo, tan natural. Como si estar con ella diera sentido a algo más grande en mi vida, algo que ni siquiera sabía que me faltaba.

—Esto es solo el principio —susurré con voz suave—. Te mereces lo mejor de mí. Y voy a dártelo.

Giró el rostro hacia mí y sus ojos se clavaron en los míos.

En su mirada vi una mezcla de sorpresa y gratitud, como si aún estuviera intentando comprender lo que estaba sucediendo. Como si

jamás la hubieran tratado así... y quizá nunca lo habían hecho.

Ricardo había destrozado muchas partes de ella, pero ahora era mi responsabilidad ayudarla a reconstruir cada una, a ser más fuerte que antes.

—Nunca he dormido así con nadie —confesó casi en un susurro, mientras deslizaba los dedos distraídamente por mi brazo—. Nunca había sentido este tipo de cariño. Nunca... me habían abrazado así. Es todo tan nuevo para mí.

Su tono era sereno, pero había dolor en él.

Como si le hubieran negado algo tan básico, tan simple como el afecto. Sentí un nudo en el pecho al pensar que nadie le había dado el cuidado que merecía.

Un gesto tan sencillo como abrazarla parecía un lujo en su vida, y me pregunté cómo alguien había podido ser tan negligente con alguien como Isabela.

—Te mereces mucho más que eso —afirmé, sosteniendo su rostro con una ternura que ni yo sabía que era capaz de mostrar—. No solo hoy, sino cada día. Voy a darte todo lo que siempre debiste tener y nunca tuviste.

Cerró los ojos un instante y dejó que una lágrima solitaria recorriera su mejilla. La limpié con el pulgar y ella sonrió suavemente, como si por fin se permitiera mostrarse vulnerable.

—Nunca imaginé que un día estaría así, con alguien como tú —dijo, con los ojos brillando entre la felicidad y la incredulidad—. Eres tan diferente a todo lo que he conocido.

Le acaricié la espalda, sintiendo cómo el vínculo entre nosotros se fortalecía con cada palabra, con cada roce. Sabía que, por difícil que hubiera sido el camino hasta allí, todo nos había conducido a ese instante.

Un momento en el que sabía que la protegería con todas mis fuerzas, pero en el que, sobre todo, también me permitía ser vulnerable con ella.

—Yo tampoco pensé que volvería a sentir algo así —confesé—. Cuando murió la madre de Theo, creí que esa parte de mí se había ido con ella. Pero entonces apareciste tú y ahora siento algo que nunca pensé que recuperaría. Me has devuelto una esperanza que ni siquiera sabía que aún existía.

Me miró con los ojos empañados, pero no dijo nada. En lugar de eso, se aferró a mí con más fuerza, como si las palabras no bastaran para expresar lo que sentía.

Me quedé allí, abrazándola, como si en aquel instante pudiera protegerla del mundo entero.

ISABELA RODRIGUES

Sentir la verdad en sus palabras y la manera en que me tocaba era algo que jamás habría imaginado. Cada gesto de Alexandre estaba cargado de una ternura que me desarmaba por completo.

Nunca supe lo que era que me cuidaran así. Siempre viví a la defensiva, protegida por una barrera invisible, pero a su lado esas barreras dejaron de tener sentido.

Tumbada junto a él en la cama, sentí cómo su brazo me atraía un poco más hacia su cuerpo, un gesto tan simple que me hizo comprender cuánto había cambiado todo en tan poco tiempo.

Ricardo había destruido tanto de mí, pero ahora, con Alexandre, estaba aprendiendo a reconstruirme. Y no solo por mí, sino también por nuestros hijos, por la familia que estábamos empezando a formar.

—Parece un sueño, ¿sabes? —dije en voz baja, casi con miedo de romper la magia de aquel instante—. Nunca imaginé que estaría aquí, contigo, sintiendo todo esto.

Me miró a los ojos mientras sus dedos acariciaban con suavidad mi mejilla, como si quisiera grabar cada rasgo de mi rostro. Alexandre siempre tuvo esa capacidad de hacerme sentir vista, como si fuera la única persona que importaba.

—Esto no es un sueño, Isabela —respondió con su habitual calma, aunque con una intensidad que me calentaba el corazón—. Es real. Estoy aquí y estaré a tu lado, pase lo que pase. Tú y nuestros hijos sois mi prioridad ahora. Te prometo que nunca te dejaré sola.

Con cada palabra que pronunciaba, la sensación de seguridad y amor crecía dentro de mí.

¿Cómo era posible que, después de tantos años de dolor y sufrimiento, hubiera encontrado por fin a alguien dispuesto a cuidarme y amarme de verdad?

—Siempre soñé con esto, ¿lo sabías? —confesé, sintiendo el pecho encogerse por la emoción—. Tener una familia, sentirme parte de algo más grande... Solo que nunca pensé que ocurriría de verdad, y mucho menos contigo.

Sonrió, y vi un brillo suave en sus ojos, algo poco habitual en el Alexandre duro y reservado que había conocido al principio. El hombre

que tenía frente a mí ahora era distinto, alguien que se estaba abriendo de una forma que jamás creí posible.

—Te mereces todo esto —declaró casi en un susurro—. Te mereces ser feliz, y haré todo lo que esté en mi mano para que lo seas.

No pude evitar sonreír. Me costaba creer que la felicidad pudiera ser real para mí, pero con Alexandre todo parecía posible.

Se inclinó entonces y sus labios encontraron los míos en un beso lento, profundo, lleno de intención. Cada roce transmitía una promesa, una certeza de que, pasara lo que pasara, estaríamos juntos.

Sus labios recorrieron mi piel con delicadeza y mi corazón latía con fuerza. Era como si cada parte rota de mí estuviera encontrando su lugar con cada caricia, con cada gesto de amor que me ofrecía.

Ya no había dudas, ya no había miedo. Todo lo que necesitaba estaba allí, entre sus brazos.

Y cuando nos unimos, lo hicimos con una pasión que iba más allá de lo físico. Había amor, complicidad y una promesa silenciosa de que todo sería distinto a partir de entonces.

Estábamos conectados de una manera que ninguna palabra podría describir.

Después, tumbados uno junto al otro, aún envueltos en la intimidad compartida, tomó mi mano con firmeza, como si quisiera recordarme que nunca volveríamos a estar solos.

—Nunca pensé que volvería a sentir algo así —murmuró, con la mirada fija en el techo, sin soltar mi mano.

Sentí un nudo en el corazón al oírlo.

Sabía cuánto había sufrido con la pérdida, y que me dijera aquello me hizo comprender lo importantes que éramos el uno para el otro. Nunca imaginé que podría ser el refugio de alguien, pero allí, entre los brazos de Alexandre, supe que lo era.

—Y yo nunca imaginé que me amarían así —declaré, sintiendo cómo las lágrimas de emoción empezaban a nublar me la vista—. Siempre pensé que el amor era algo lejano, algo que jamás sería para mí.

Se volvió hacia mí y sus ojos me atravesaron con una intensidad que casi me dejó sin aliento.

—Esto no es solo amor, Isabela —dijo con voz firme, pero llena de ternura—. Esto es para siempre.

Sus palabras resonaron en mi corazón, como si estuviera sellando una promesa que nunca creí que llegaría a escuchar. Durante mucho tiempo el amor fue para mí una palabra distante, casi inalcanzable.

Pero en aquel instante, allí, envuelta en sus brazos fuertes y seguros, supe que lo que Alexandre y yo compartíamos era real, algo que iba más allá de cualquier herida del pasado.

Me acurruqué aún más contra su pecho, sintiendo el calor de su cuerpo y el latido constante de su corazón, que poco a poco calmaba mis dudas. Mi mente vagaba entre recuerdos y esperanzas; aun así, una pregunta seguía latiendo en el fondo de todo aquello. Una duda que, pese a todo, todavía me perseguía.

—¿Crees que seremos una familia feliz? —mi voz salió en un susurro vacilante, cargado de ilusión y de todos los miedos que aún habitaban en mi pecho.

Me miró a los ojos con una certeza que parecía inquebrantable. Alexandre, el hombre frío y reservado que tantos veían como

impenetrable y calculador, me mostraba ahora una faceta completamente distinta, una que era solo mía.

—Estoy completamente seguro —respondió sin dudar, mientras su mano se deslizaba suavemente por mi rostro, como si quisiera memorizar cada rasgo—. Mereces que te amen, Isabela. Y voy a cumplir todos tus sueños, por muy lejanos que ahora parezcan. Me aseguraré de que tengas la vida que siempre has deseado.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No de tristeza, sino de pura emoción. Me costaba creer que alguien pudiera amarme de esa manera después de todo lo que había vivido, después de años de dolor y miedo.

Y allí estaba él, prometiéndome amor, prometiéndome una vida que jamás pensé que pudiera ser posible.

—A veces parece un sueño, ¿sabes? —confesé, con la voz quebrada—. Después de todo lo que he pasado, cuesta creer que por fin pueda ser feliz. Pero cuando estoy contigo, siento que sí puedo.

Alexandre sonrió con esa sonrisa rara, pero sincera, que solo me regalaba en los momentos más íntimos. Me atrajo aún más hacia él, su mano acariciando mi cabello, y sentí sus labios posarse en mi frente con un beso suave.

—No es que puedas; es que lo vas a ser —afirmó con convicción—. Lo que viviste con Ricardo quedó atrás. Ahora estás conmigo y no voy a permitir que nadie vuelva a hacerte daño. Vamos a construir una vida juntos, una familia. Tú, yo, Theo y nuestros hijos. —Hizo una pausa, como si meditara sus propias palabras—. Eso es lo que quiero. Y voy a hacerlo realidad.

Me quedé un instante en silencio, absorbiendo cada una de sus palabras.

Sabía que el amor de Alexandre no era sencillo, no era liviano. Era algo edificado sobre promesas profundas, sobre sacrificios y una voluntad inquebrantable de protegernos. Y sabía que cumpliría lo que prometía.

—Ya me has dado más de lo que jamás habría podido pedir —murmuré, mientras las lágrimas resbalaban en silencio por mis mejillas—. Solo quiero poder devolverte todo eso de alguna manera.

Me atrajo aún más hacia él y sus ojos se suavizaron al mirarme.

—Ya lo estás haciendo —declaró con calma—. Solo por estar aquí conmigo, por construir esta vida a mi lado, ya me lo estás devolviendo todo. No necesitas hacer nada más que ser tú, Isabela. Eso es suficiente.

Nos abrazamos de nuevo y el calor de su cuerpo disipó cualquier resto de ansiedad que todavía se aferraba a mí. Y por primera vez en mucho tiempo, sentí paz. Sentí que estaba exactamente donde debía estar.

—Te quiero, Alexandre —susurré, casi sin voz, pero sabiendo que me oiría.

Me miró profundamente a los ojos y una sonrisa suave curvó sus labios antes de responder con esa seguridad que siempre me desarmaba:

—Yo también te quiero, Isabela. Más de lo que puedas imaginar.

Entonces nos dejamos llevar por aquel instante, por esa conexión que iba mucho más allá de las palabras.

El amor que compartíamos estaba presente en cada gesto, en cada caricia, y me hizo creer, de una vez por todas, que el futuro que estábamos construyendo juntos estaría, sí, lleno de felicidad.

CAPÍTULO 48



CAPÍTULO 48

«Cuando el pasado regresa, siempre pasa factura»

ALEXANDRE BITTENCOURT

A medida que pasaban los días, las noticias corrían como la pólvora.

Todo había salido a la luz: mi relación con Isabela, las acusaciones formalizadas por mi abogado contra Ricardo Vilar y el impacto que aquello podía tener no solo en su vida personal, sino también en mi empresa.

Sentado a la mesa de reuniones, miré a mi hermano Diego y a nuestro abogado, que detallaba las posibles repercusiones de las acciones legales que habíamos iniciado.

—La prensa ya está especulando sobre el proceso —continuó el abogado, con esa voz firme y controlada de quien está acostumbrado a capear temporales—. Aunque creemos que el impacto para la empresa será manejable, debemos preparar una estrategia de comunicación para afrontar la reacción pública. Es cuestión de tiempo que localicen y detengan a Ricardo Vilar, pero mientras eso no ocurra, tenemos que estar preparados para cualquier escenario.

Permanecí en silencio unos segundos, asimilando cada palabra. Era como si una bruma espesa se hubiera instalado en mi cabeza. La imagen de Ricardo desaparecido durante días, sin dejar rastro, me inquietaba.

Saber que estaba en algún lugar, quizá tramando su último movimiento, era una sombra amenazante que aún no se disipaba.

—¿Hay alguna novedad sobre su paradero? —pregunté, mirando directamente al abogado.

—Por ahora, ninguna. Pero es solo cuestión de tiempo. Estamos trabajando con las autoridades y, tarde o temprano, lo encontrarán —respondió.

Diego, que había permanecido callado hasta entonces, se removió en la silla, cruzó los brazos y se inclinó ligeramente hacia delante, observándome con atención.

—Va a aparecer, Alexandre —dijo, intentando tranquilizarme—. Gente como él nunca logra esconderse demasiado tiempo. Pero hasta que eso ocurra, tenemos que seguir adelante con nuestros planes.

Cuando el abogado terminó y salió de la sala, Diego y yo nos quedamos allí, envueltos en un silencio cargado tanto de decisiones como de preocupaciones por el futuro.

Me sostuvo la mirada unos segundos antes de romperlo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer este fin de semana? —preguntó, intentando aliviar el ambiente—. Estaba pensando en organizar algo en mi casa. Creo que un poco de aire fresco también le vendrá bien a

Isabela. Necesita desconectar de todo este caos. Ahora que están de vacaciones, deberíamos aprovecharlo.

Hacía mucho que no me permitía un fin de semana para mí, y mucho menos algo que tuviera que ver con descansar. Desde que la situación con Ricardo tomó este rumbo, mi mente no había dejado de girar en torno a una sola prioridad: mantener a Isabela a salvo, proteger mi empresa y cuidar de mi familia.

Aun así, Diego tenía razón. Isabela lo necesitaba. Y quizá yo también.

—Es buena idea —acepté, dejando que la posibilidad de pasar el fin de semana fuera de la ciudad empezara a tomar forma—. Está sometida a demasiada presión. Tal vez eso ayude a rebajar un poco la tensión.

Él sabía cuánto me importaba Isabela, aunque a veces intentara disimular lo vulnerable que me hacía sentir estar emocionalmente implicado. Era terreno desconocido para mí: volver a amar a alguien después de todo lo que había ocurrido.

—Le vendrá bien. Y a ti también —añadió Diego con ese tono que solo puede permitirse un hermano. Tenía la habilidad de obligarme a

ver lo que yo prefería no reconocer—. A Theo le encantará estar con su primo. Y créeme, Isabela sentirá lo mismo.

Asentí, imaginando ya la expresión de su rostro cuando le hablara del fin de semana.

Tal vez era justo lo que necesitaba para desconectar un poco de todo: del proceso, de la tensión constante con Ricardo e incluso de los preparativos para la llegada de nuestros hijos. Sería una oportunidad para respirar, para centrarnos en nosotros y en lo que estamos construyendo.

Diego se levantó, dispuesto a salir de la sala, pero antes de hacerlo se detuvo y me miró con seriedad.

—Vamos a superar esto, Alexandre. Pase lo que pase, sabes que lo tienes todo bajo control.

—Lo sé. Lo superaremos.

—Este fin de semana en mi mansión, y se acabó el tema.

—Trato hecho.

ISABELA RODRIGUES

En la cocina estaba charlando con Genevive, riéndome un poco, intentando aferrarme a esa ligereza de lo cotidiano en medio de tantas turbulencias.

El aroma del café recién hecho llenaba el aire, mezclándose con el murmullo suave de nuestra conversación, algo que no disfrutaba con tanta calma desde hacía mucho tiempo. Al mirar mi vientre, ya visiblemente más redondeado, dejé escapar un suspiro involuntario.

—Estoy empezando a llevarlo mejor —confesé, mientras mis dedos acariciaban instintivamente la curva de mi barriga—. Los bebés... me están ayudando a encontrar una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.

Genevive sonrió con esa sonrisa maternal y acogedora que siempre conseguía que me sintiera a salvo. Era una presencia discreta pero reconfortante, como alguien que está ahí para recordarte que no estás sola.

—Es lo más natural del mundo, cariño —afirmó mientras removía algo sobre la encimera—. La maternidad despierta algo muy profundo en nosotras. Y por lo que veo, vas a ser una madre increíble. Es una bendición darse cuenta de cuánto te han transformado ya esos pequeños que llevas dentro.

No sabía si estaba preparada para que me llamaran madre, pero la idea empezaba a asentarse dentro de mí. Poco a poco estaba aprendiendo a aceptar los cambios, a convertir el miedo en amor. Era como si cada día, al ver crecer mi vientre, sintiera que la realidad tomaba forma.

—Nunca imaginé que me sentiría así... —susurré, más para mí que para ella—. Hace nada solo podía pensar en el miedo, en la incertidumbre... Y ahora es como si una parte de mí estuviera deseando conocer a estos dos seres que apenas puedo creer que llevo dentro.

Genevive dejó lo que estaba haciendo y me miró con esa mirada profunda y atenta que solo da la experiencia.

—Esa es la magia de la vida, Isabela. El amor, incluso en las circunstancias más difíciles, encuentra la manera de echar raíces y florecer. Y tú, querida, estás floreciendo.

Observé mi vientre y sentí una oleada de emociones envolverme. Era cierto. Había días en los que todavía me veía atrapada en el dolor, en el trauma del pasado con Ricardo, en las pérdidas que había acumulado a lo largo de los años.

Pero en ese instante algo había cambiado dentro de mí. No solo estaba creciendo mi barriga; también lo estaba haciendo mi fortaleza.

—Creo que tienes razón. —Le sonreí a Genevive, sintiendo una profunda gratitud por tener a alguien tan cariñosa a mi lado—. Por fin estoy empezando a imaginar un futuro. Un futuro distinto, con Alexandre, con los bebés. Sigue dando miedo, pero al mismo tiempo... se siente bien.

Genevive asintió sin apartar la mirada.

—Esa es la actitud, cariño. Y no olvides que no estás sola. Alexandre, esos bebés... y todos nosotros estamos contigo.

Volvió a concentrarse en los ingredientes sobre la encimera mientras yo me permitía relajarme un poco más. Volví a acariciar mi vientre y cerré los ojos unos segundos. Imaginé las pequeñas vidas creciendo dentro de mí, imaginé su futuro.

De algún modo sabía que, aunque todo hubiera empezado de forma tan turbulenta, había un camino lleno de esperanza ante mí.

Cuando abrí los ojos de nuevo, me sentí más conectada conmigo misma, más serena.

—¿Sabes? Tengo ganas de ver cómo será todo a partir de ahora. Ya me imagino a Alexandre sosteniendo a los bebés... —murmuré, con la escena dibujándose vívida en mi mente.

Genevive soltó una risa cálida y sincera.

—Será un padre maravilloso, estoy convencida. Y tú... tú ya estás preparada para ser la madre de esos pequeños. Solo te falta creerlo del todo.

Unos segundos después vi a Alexandre entrar en casa antes de lo habitual.

—Os dejo tranquilos —anunció mientras salía de la cocina, dejando el ambiente aún más sereno.

Observé cómo Alexandre entraba, con el semblante menos cargado que de costumbre, aunque siempre llevaba esa expresión seria y decidida que tanto me fascinaba. Tenía el don de llenar el espacio con

una presencia firme y protectora, y solo con verlo sentí un alivio silencioso.

—¿Cómo van las cosas? —preguntó, deteniéndose a mi lado. Sus ojos se dirigieron de inmediato a mi vientre, ahora más evidente.

—Bien... —respondí con una leve sonrisa, acariciándome la barriga en un gesto casi inconsciente—. Adaptándome, ¿sabes? Aún es todo muy reciente, pero creo que empiezo a creer que puedo ser feliz de verdad.

Asintió y se acercó hasta quedar a mi lado.

—Creo que te vendrá bien. Por cierto, Diego me ha invitado a pasar el fin de semana en su casa. Algo tranquilo. María Gabriela y Carolina también estarán allí. Pensé que te gustaría la idea.

Mis ojos se iluminaron al oír los nombres de mis amigas. Resultaba extraño pensar que hace apenas unos meses no tenía a nadie en quien confiar y ahora, de pronto, había personas con las que podía contar, reír y compartir mi vida.

María Gabriela y Carolina se habían convertido en un apoyo esencial, casi en la familia que nunca imaginé tener.

—Me encanta la idea —comenté con una sonrisa más auténtica—. Las dos son increíbles. En tan poco tiempo se han convertido en grandes amigas. Me siento segura con ellas.

—Eso es bueno —dijo Alexandre, mirándome con atención, como si valorara cada palabra que pronunciaba—. Necesitas gente así a tu alrededor. Y ya sabes, María Gabriela es casi familia. Confío en ella y sé que tú también puedes hacerlo.

Asentí, sintiendo cómo sus palabras me envolvían en un calor reconfortante. Era como si poco a poco me estuvieran devolviendo a la vida, a algo más grande que las cicatrices del pasado.

—Y, a pesar de todo... —continué, bajando la voz—, a pesar de haber descubierto lo que hizo Ricardo... soy feliz. Siento que, por primera vez, formo parte de una familia. Y no solo por los bebés, sino por ti, por Theo... —Me detuve un instante, intentando contener la emoción que me desbordaba—. Es algo que creí que nunca volvería a tener.

Alexandre me miró con una mezcla de sorpresa y ternura. Sabía que no era de los que expresan sus sentimientos con facilidad, pero aquel momento era distinto.

Dio un paso hacia mí y sus manos firmes se posaron sobre mi vientre. Su contacto fue suave, casi protector.

—Formas parte de esta familia, Isabela —dijo en voz baja, cargada de sinceridad—. Esto que tenemos... es real. Y me alegra verte sentir así. Te lo mereces, más de lo que imaginas.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, pero esta vez eran lágrimas buenas, de alivio y gratitud. El miedo que había llevado dentro durante tanto tiempo empezaba a desvanecerse y, allí, con Alexandre a mi lado, veía por fin la posibilidad de algo nuevo, de una vida en la que no estuviera marcada solo por el pasado.

—Gracias —murmuré con la voz quebrada—. Gracias por darme la oportunidad de volver a creer en esto.

Alexandre me atrajo hacia él y me rodeó con sus brazos. Durante un instante me quedé allí, refugiada en ese abrazo, sintiendo el calor de la seguridad que me ofrecía.

Era el lugar que no sabía que siempre había anhelado y ahora lo tenía al alcance de la mano.

—Este fin de semana nos vendrá bien —dijo con suavidad—. Una pausa de todo. Una oportunidad para respirar, para todos. Para ser

felices sin las sombras del pasado.

Sentí que el corazón me latía con más fuerza, mezclando nervios e ilusión. Por primera vez en mucho tiempo, estaba lista para abrazar esta nueva vida, con Alexandre, con mis hijos y con las personas que ahora formaban parte de mi nuevo mundo.

—Sí, lo será —respondí, cerrando los ojos y permitiéndome soñar con el futuro.

En ese instante supe que estaba exactamente donde debía estar.



CAPÍTULO 49

*«En medio del caos, la esperanza es lo único que puede
mantenernos en pie»*

ISABELA RODRIGUES

Estar rodeada de personas a las que quería y en las que confiaba
era algo poco habitual para mí.

María Gabriela y Carolina me acogieron de una forma que jamás habría imaginado posible. En ese momento, sentada en el jardín de la mansión de Diego, escuchando sus risas y viendo a los hijos de Alexandre y de Diego jugar juntos, una sonrisa involuntaria se dibujó en mi rostro.

Resultaba extraño sentir una paz tan profunda en un lugar que, hasta hace nada, ni siquiera sabía que existía.

—¡Hoy estás más animada, Isa! —comentó Carolina, con su habitual desparpajo, dándome un suave codazo—. Parece que por fin te has quitado un peso de encima.

Me reí, algo que hasta entonces no me salía con tanta naturalidad.

—Mi vida ha cambiado muchísimo. Y creo que, por primera vez, estoy aprendiendo a valorar todo esto.

María Gabriela se inclinó ligeramente en la silla, como si quisiera captar cada matiz de lo que decía.

—Y haces bien, Isa. Estás rodeada de gente que te quiere de verdad. Y, además, vas a ser madre de dos bebés. Son demasiadas cosas buenas como para no creer que todo va a salir bien.

Carolina asintió con entusiasmo.

—¡Claro que sí! Y ya que hablamos de eso... ¿qué pasa con los nombres? ¿Has decidido cómo vais a llamar a esos dos?

Me mordí el labio, pensativa.

—Aún no. Con todo lo que ha pasado, me cuesta concentrarme en eso... pero quiero que sean nombres especiales, que tengan un significado.

María Gabriela me dedicó una sonrisa llena de ternura.

—Los encontrarás. Estoy segura.

Observé a los niños correr por el jardín, sus carcajadas flotando en el aire y aportando una ligereza que no sabía cuánto necesitaba.

Aquella sensación estaba a años luz de mi vida anterior. Ricardo jamás me permitió siquiera soñar con algo así: una familia, amigos, tranquilidad. El mundo que me ofrecía estaba hecho de control y dolor, y ahora, allí, sentía que por fin había salido de aquella cárcel.

—No os imagináis lo agradecida que estoy por todo esto, por vosotras —murmuré, con los ojos humedecidos—. Ni siquiera sé cómo he llegado hasta aquí... pero sé que sola no lo habría conseguido.

—Somos tus amigas, Isa, claro que íbamos a estar a tu lado —
respondió María Gabriela con dulzura—. Ya no estás sola.

Carolina, siempre más desenfadada, soltó una carcajada.

—¡Y vamos a asegurarnos de que siga siendo así! Nada de encerrarte en ti misma, ¿vale?

Asentí, riendo con ellas. Por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba en un lugar donde podía ser yo sin miedo.

—Últimamente hablo mucho de mí, pero quiero saber de vosotras. ¿Cómo os va todo? —pregunté, mirando a María Gabriela y a Carolina con curiosidad y agradecimiento.

María Gabriela suspiró y se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Compaginar la maternidad con la empresa no es sencillo, pero lo voy sacando adelante. Es agotador, sí, pero también me hace feliz. Sobre todo porque Diego me apoya en todo lo que hago. De verdad es el compañero que necesitaba.

Sonreí, contenta de verla tan bien. Sabía cuánto había luchado por construir una carrera sólida y lo difícil que era equilibrarlo con la

maternidad.

Pero estaba claro que lo estaba gestionando con admirable entereza.

—Se nota que estás bien —dije con sinceridad—. Y me alegra muchísimo. Te lo mereces.

Antes de que pudiera responder, Carolina levantó la mano como si pidiera turno de palabra, fiel a su estilo cómico.

—Ahora me toca a mí, ¿eh? Porque la vida de asalariada no es ningún cuento de hadas —empezó, provocando nuestras risas al instante—. Aquí estoy, sobreviviendo con sus luces y sus sombras. Pero lo más importante es que sigo en la búsqueda de un CEO al que poder llamar mío. —Guiñó un ojo con picardía—. Porque, seamos sinceras, todo va bien, pero lo que de verdad quiero es encontrar al amor de mi vida. Una aventura romántica digna de película, ¿sabéis?

María Gabriela y yo estallamos en carcajadas. Carolina siempre tenía una forma desenfadada y luminosa de hablar de cualquier cosa; incluso sus desahogos sonaban como parte de una gran comedia romántica.

Siguió, todavía más entusiasmada:

—Si el CEO de mis sueños no aparece pronto, voy a empezar a enviar currículos a las empresas. Igual hasta lanzo una campaña en LinkedIn: “Se busca CEO con corazón de oro”. —Se echó a reír, y nosotras con ella.

Aquel instante era tan sencillo y, al mismo tiempo, tan cargado de significado para mí. Estar con ellas, escuchar sus historias y compartir risas me hacía darme cuenta de cuánto había cambiado mi vida.

Tenía amigas de verdad, que se preocupaban por mí, y por fin empezaba a verme formando parte de una nueva etapa, más ligera, más feliz.

—Carol, eres increíble —dije, secándome una lágrima de tanto reír—. Y estoy segura de que vas a encontrar al CEO de tus sueños. Puede que solo esté esperando el momento perfecto para aparecer.

Se encogió de hombros, fingiendo indiferencia, aunque no logró disimular la sonrisa.

—Mientras no aparezca, voy practicando con vosotras dos. Nunca se sabe, ¿no? —bromeó, arrancándonos otra ronda de risas, mientras compartíamos uno de esos momentos que sabía que guardaría para siempre.

Jamás pensé que tendría algo así, amistades auténticas. Durante años me habían privado de todo, pero ahora solo podía dar las gracias por tener a mi lado personas en las que confiaba de verdad.

ALEXANDRE BITTENCOURT

—Está feliz, Alexandre —dijo Diego, con la mirada perdida, observando a María Gabriela e Isabela charlar animadamente al otro lado del salón.

Seguí la dirección de sus ojos y vi a Isabela sonreír de una manera que no le veía desde hacía mucho tiempo.

El brillo en su mirada era distinto, como si por fin estuviera dejando atrás el peso del pasado.

Y, por primera vez, yo también me sentí en calma, como si todo empezara a encajar de verdad.

—Sí, creo que por fin las cosas están saliendo bien —admití, más para mí que para él—. He aprendido a confiar en ella. Sé que hubo mentiras, secretos... pero su lugar está conmigo. Ahora lo veo claro. Y no voy a permitir que nada vuelva a amenazarla.

Diego se acercó y cruzó los brazos mientras estudiaba mi expresión. No era habitual que me abriera así, pero mi hermano sabía

leerme incluso cuando yo no decía nada.

—Me alegra verte así. Hacía tiempo que no te permitías algo como esto. Volver a amar. —Sonrió levemente—. Isabela será una buena madre para esos bebés. Y también para Theo, estoy seguro.

El comentario me tocó más de lo que esperaba.

Theo se había encariñado con ella de una forma que no había previsto, y verlos juntos me producía una sensación de calma que jamás creí volver a sentir después de perder a Marcela.

—Yo también lo creo —respondí, observando cómo Isabela reía con María Gabriela. Estaban tan compenetradas que resultaba casi irreal pensar que aquella mujer herida y llena de miedos estaba encontrando su sitio en mi vida—. Ha traído de vuelta algo que pensé que había perdido para siempre.

—¿Esperanza? —preguntó Diego con media sonrisa, consciente de que estaba dando en el clavo.

—Puede que sí. Esperanza —asentí, sin apartar la vista de Isabela—. Cuando perdí a la madre de Theo, me juré que no volvería a implicarme así con nadie. Era más fácil mantener la distancia, tenerlo

todo bajo control y no volver a exponerme. Ella rompió esa barrera sin que me diera cuenta.

Diego soltó una breve risa cargada de comprensión.

—Siempre fuiste el hermano protector. Sabía que, en el fondo, no podrías resistirte eternamente. Y por lo que veo, esto no ha hecho más que empezar para vosotros. Isabela te ha cambiado, y diría que para bien.

Esbocé una leve sonrisa, algo poco habitual en mí. Tenía razón. Isabela me había cambiado, y ya no había marcha atrás.

Le había prometido a ella y a mí mismo que haría lo que fuera necesario para que se sintiera segura y amada. Y por primera vez en mucho tiempo, no me asustaba reconocer que estaba dispuesto a todo por ella.

—El futuro ahora se ve distinto. Y, sinceramente, estoy preparado para afrontarlo —concluí, volviendo la mirada hacia Isabela, que me devolvió una sonrisa suave.



Ya era de noche y nos despedíamos de todos. Mi hijo, entusiasmado, se quedaría a dormir en casa de su tío, lo que me tranquilizaba al saber que estaba en buenas manos.

Isabela parecía relajada por primera vez en días y la discreta sonrisa en sus labios me daba la sensación de que, por fin, todo empezaba a encajar.

Salimos juntos de la mansión y la brisa nocturna rozó nuestros rostros. La noche estaba serena y el silencio que nos rodeaba creaba una atmósfera acogedora.

Antes de entrar en el coche me detuve un instante. Quería alargar aquel momento, vivirlo con toda su sencillez y su significado.

Me volví hacia Isabela, que estaba a mi lado, y posé la mano con suavidad sobre su vientre.

Era una mezcla de gratitud, promesa y amor.

El calor de su piel bajo mi palma resultaba reconfortante y la idea de que, en poco tiempo, dos pequeñas vidas formarían parte de la nuestra era tan sobrecogedora como maravillosa.

—Estamos en el camino correcto —murmuré, con una voz más suave de lo habitual—. Vamos a construir algo bueno, algo que te mereces. Estaré a tu lado pase lo que pase.

Sonrió con los ojos brillantes de emoción y colocó su mano sobre la mía, encima de su vientre. Sentí la profundidad de aquel instante, como si el futuro estuviera justo frente a nosotros, al alcance de la mano.

—Creo en ti. Y ahora, más que nunca, creo que puedo tener una vida feliz —dijo con la voz cargada de emoción.

Nos quedamos así unos segundos. El mundo exterior parecía lejano, como si nada pudiera alcanzarnos. Acariciaba su vientre, sintiendo una conexión profunda no solo con ella, sino también con nuestros hijos que estaban en camino.

Pero aquella calma se rompió de forma brusca. El sonido de unos pasos apresurados y descoordinados se acercaba.

Mi cuerpo se tensó al instante y, antes de que pudiera reaccionar, una figura conocida emergió de las sombras.

Ricardo.

Parecía desorientado, con los ojos enrojecidos y desorbitados, y la respiración pesada dejaba claro que algo no iba bien. Estaba borracho; el olor a alcohol era inconfundible.

Y lo peor: en una de sus manos sostenía un arma, agitándola torpemente, como si apenas tuviera control sobre ella.

—¿Creíste que podrías librarte de mí, Bittencourt? —su voz sonó áspera, cargada de odio y resentimiento.

De inmediato coloqué a Isabela detrás de mí. Mi cuerpo se puso rígido y todos mis sentidos se agudizaron. El mundo, que minutos antes parecía tan tranquilo y seguro, se había transformado en una amenaza inminente.

—¿Qué estás haciendo aquí, Ricardo? —pregunté, manteniendo la calma sin apartar la vista del arma.

Soltó una carcajada breve y sarcástica, sacudiendo la cabeza como si la situación le resultara divertida.

—¿Pensaste que podías quedarte con ella? ¿Que ibas a tener la vida perfecta que yo le arranqué? Vas a pagar, Bittencourt... los dos vais a pagar.

Avanzó unos pasos vacilantes hacia nosotros, el rostro rojo de rabia y el arma temblando visiblemente en su mano.

Mi cuerpo se tensó aún más, los músculos preparados para actuar ante cualquier señal de que pudiera hacer una locura. Isabela, detrás de mí, se aferró a mi brazo con fuerza, como si necesitara anclarse a algo que la mantuviera en el presente, lejos del caos que representaba Ricardo.

—¡Lo has destruido todo! —gritó, con la voz quebrada por el alcohol y la furia. Sus ojos se clavaron en Isabela y entonces comprendí que había reparado en algo que cambiaría el rumbo de su delirio: su vientre.

Se tambaleó y soltó una risa macabra mientras apuntaba el arma hacia ella.

—Así que es verdad... —escupió las palabras con desprecio—. Estás embarazada... ¿de Bittencourt? —Pronunció mi apellido como si le resultara repugnante y su rabia pareció crecer aún más.

El odio en su mirada me hizo dar un paso adelante, cubriendo todavía más a Isabela.

—Ricardo, no estás en tus cabales. Baja el arma y márchate —dije en un tono bajo y firme, suficiente para que entendiera que no estaba asustado—. No hagas algo de lo que te arrepentirás.

Soltó una risa corta y helada y levantó el arma apuntándonos directamente.

—¿Arrepentirme? —se burló—. De lo único que me arrepiento es de haber dejado que se me escapara. ¿De verdad crees que puedes arrebatarme lo que es mío, Bittencourt? —Su voz se elevó, cargada de una furia casi palpable—. ¿Crees que voy a permitir que críes al hijo que debería ser mío?

Esta vez apuntó directamente hacia Isabela.

Un escalofrío me recorrió la espalda, pero me obligué a mantener la calma. No podía perder el control ahora, no con ella y nuestros hijos en peligro.

—Esto termina aquí —dije con mayor firmeza—. Ya has hecho bastante daño en su vida. Se acabó.

—¿Daño? —sacudió la cabeza, casi fuera de sí—. ¡Yo fui el único que la quiso de verdad! ¡La moldeé, era mía! ¿Y ahora lleva tu hijo? —La mano le temblaba cada vez más, el dedo rozando el gatillo—. No voy a permitir que tenga una vida contigo.

Sabía que cada segundo contaba. Un movimiento en falso, una palabra mal medida, y aquello podía convertirse en una tragedia. Sentía a Isabela temblar detrás de mí y comprendí que tenía que poner fin a aquello antes de que fuera demasiado tarde.

—Nunca fue tuya —respondí con frialdad, dejando que el desprecio se filtrara en mi voz—. Tú fuiste quien destruyó su vida, Ricardo. Y ahora es libre. Libre de ti y de todo lo que representabas.

Soltó una carcajada, pero la locura en sus ojos no hizo más que intensificarse.

—¿Libre? Nunca será libre de mí, Bittencourt. ¡Nunca! Si no puede ser mía, no será de nadie.

La sangre se me heló al ver la determinación en su mirada, el arma aún apuntando hacia Isabela. Estaba al borde del abismo y su

demencia era tan peligrosa como el arma que sostenía.

—Jamás la amaste de verdad —dije con firmeza, buscando cualquier rendija para apaciguarlo—. El amor no es posesión, Ricardo. El amor es cuidar, proteger. Y eso es lo que haré por ella y por nuestros hijos.

Fue la mención a los hijos lo que lo descontroló por completo. Gritó con frustración, un sonido que brotó de su garganta como el rugido de un animal herido. La rabia convertía cada palabra en veneno.

—¡NO! ¡No va a tener tus hijos! ¡No contigo!

Y entonces empezó a avanzar hacia nosotros, el dedo apretando el gatillo. Mi mente se aceleró, buscando una salida, una forma de sacar a Isabela de allí. Sabía que no había un segundo que perder.

CAPÍTULO 50



CAPÍTULO 50

*«La verdad tiene el poder de sanar, pero también puede
destruir todo lo que conocemos»*

ISABELA RODRIGUES

El miedo recorrió mi cuerpo como una descarga eléctrica.

La presencia de Ricardo frente a mí resultaba asfixiante y sus palabras, cargadas de odio y amargura, resonaban en mis oídos. Por dentro temblaba, pero me obligué a mantenerme firme, a sostenerle la mirada.

Descargaba sobre mí todas sus frustraciones y resentimientos, como si yo fuera la única culpable de su fracaso.

—¡Me traicionaste! —gritaba, con las palabras desgarrándole la garganta—. ¡Te lo di todo, Isabela! ¿Y qué hiciste? Cambiarme por Bittencourt. Te acostaste con él y ahora estás embarazada de sus hijos.

—¿Todo? —Mi voz salió más firme de lo que esperaba—. Me diste dolor, humillación y miedo. Nunca fuiste el hombre que prometiste ser. Mataste a mi familia y tuviste la desfachatez de aprovecharte de mí cuando estaba más vulnerable. Tú destruiste mi vida, y ahora quieres destruir la única oportunidad que tengo de ser feliz.

Mis ojos permanecían clavados en los suyos mientras el miedo a todo lo vivido se transformaba en rabia, en fuerza. Retrocedió un paso, pero su expresión se volvió todavía más perversa.

—¡Cállate! —rugió, con la mano temblando mientras sostenía el arma—. ¡Todo lo hice por ti! Iba a darte el mundo. Tenías que ser mía, pero elegiste a él. —Apuntó el arma directamente hacia mí, con la mirada enloquecida.

Entonces Alexandre dio un paso al frente y se interpuso entre Ricardo y yo.

—Ricardo, se acabó —dijo con voz fría y controlada, aunque la tensión era evidente—. No tienes nada que ganar con esto. Márchate antes de que la situación empeore aún más para ti.

Ricardo sonrió de forma siniestra, como si aquella fuera justo la respuesta que esperaba.

—¿Empeorar? —susurró, dejando escapar una risa amarga—. Ya no tengo nada que perder. Si no puedo tener a Isabela, tú tampoco la tendrás.

El pánico me atenazó el pecho cuando vi cómo su dedo se tensaba sobre el gatillo.

Todo empezó a suceder a cámara lenta. Alexandre, con una determinación inquebrantable, se colocó aún más delante de mí,

protegiéndome con su propio cuerpo. Mi corazón se desbocó y el tiempo pareció detenerse cuando el disparo retumbó en el aire.

El tiro. El estruendo ensordecedor.

Sentí que el mundo se derrumbaba cuando Alexandre cayó al suelo frente a mí. Un grito desgarrado escapó de mi garganta y, antes de que Ricardo pudiera hacer otro movimiento, una sombra apareció a su espalda.

Era Diego.

Había llegado a tiempo y, en un movimiento rápido, lo derribó al suelo, apartando el arma de sus manos.

Aunque Diego mantenía a Ricardo inmovilizado, el dolor me atravesaba al ver a Alexandre herido, la sangre manando cerca de su hombro. Me arrodillé a su lado, con los ojos anegados y la respiración entrecortada.

Sabía que el disparo no había sido mortal, pero ver al hombre que me había prometido una nueva vida tendido en el suelo me rompió por dentro de una manera que no sabía que fuera posible.

—Alexandre... —Mi voz salió débil, ahogada por la angustia.

Mis manos temblaban mientras le tocaba el rostro, buscando una respuesta. Tenía los ojos abiertos y trató de sonreír, pese al dolor evidente.

—Estoy bien... —murmuró, respirando con dificultad—. Solo ha sido un susto. ¿Y tú? ¿Y los bebés?

Asentí con desesperación, incapaz de articular palabra.

—Sí, estamos bien —logré decir, con las lágrimas deslizándose por mis mejillas—. Pero tú...

Incluso herido, levantó la mano y me apartó algunas lágrimas del rostro.

—Te dije que estaría aquí para ti. Pase lo que pase, Isabela, nunca dejaré de protegerte —dijo con esfuerzo, aunque su voz seguía firme, como si quisiera tranquilizarme.

Mientras tanto, Diego seguía sujetando a Ricardo y, a lo lejos, el sonido de las sirenas se hacía cada vez más cercano.

La policía estaba llegando. Ricardo estaba acabado.

—Esto se terminó —dijo Diego, mirando a su hermano tendido en el suelo—. No volverá a haceros daño.

Apreté la mano de Alexandre, con la mente todavía girando entre el miedo, la gratitud y el alivio. El hombre que intentó destruirme estaba a punto de ser arrestado, pero el hombre que me salvó, que me dio una nueva oportunidad de amar, seguía a mi lado.

Y aunque el miedo aún latía en mi interior, supe que lo peor había quedado atrás.

ALEXANDRE BITTENCOURT

El disparo me había rozado el hombro y ya estaba en el hospital, tumbado en la cama, con la herida debidamente atendida. El dolor seguía ahí, pero no era eso lo que ocupaba mis pensamientos.

Lo que realmente necesitaba saber era qué había pasado con Ricardo.

Había sido el origen de buena parte de las pesadillas que rondaban mi vida y la de Isabela. Me resultaba imposible descansar sin conocer el destino de ese hombre.

Mi hermano entró en la habitación con ese aire serio y, al mismo tiempo, preocupado que siempre llevaba en situaciones como aquella.

—Dime que ese tipo ya está entre rejas, Diego —le pedí, con la voz cansada, pero firme.

Se acercó a la cama, cruzó los brazos y me confirmó con la mirada antes de hablar.

—Sí, está detenido. Y con las pruebas que tenemos, Alexandre, no volverá a pisar la calle.

Un alivio intenso se apoderó de mí.

El peso que había llevado sobre los hombros, esa sensación constante de amenaza, empezó a desvanecerse poco a poco. Ricardo estaba fuera de nuestras vidas y esta vez no habría vuelta atrás.

—Es el final —murmuré, más para mí que para él.

Diego asintió, aunque en su mirada había también una mezcla de preocupación y orgullo.

—Se acabó, hermano. Ahora puedes centrarte en Isabela, en los bebés... y en todo lo que os espera.

Antes de que pudiera responder, la puerta se abrió con suavidad. Isabela entró con el rostro marcado por la preocupación y los ojos enrojecidos.

En cuanto me vio, la tensión en su cuerpo pareció intensificarse. Sin decir nada, se acercó deprisa a la cama y me tomó la mano con fuerza.

—Alexandre... —su voz se quebró y las lágrimas que había contenido comenzaron a deslizarse por sus mejillas—. Yo pensé que... —Se quedó en silencio, incapaz de terminar la frase, como si las palabras fueran demasiado pesadas.

Apreté suavemente su mano con el pulgar, sintiendo cuánto miedo había pasado.

—Ya está. Todo ha terminado —susurré, intentando calmarla.

Negó con la cabeza y buscó mis ojos, como si necesitara esa certeza más que nada.

—Tenía tanto miedo de perderte, de que él... —La voz volvió a temblarle y se inclinó hasta apoyar la frente en mi pecho—. No lo habría soportado...

Deslicé la mano libre por su cabello, acariciándolo con ternura. Sentía cada sollozo que intentaba reprimir mientras se aferraba a mí. En ella convivían el alivio y el dolor, como si las cicatrices de todo lo vivido aún estuvieran abiertas.

—Estoy aquí —le susurré—. Y siempre lo estaré. Ricardo ya no puede hacernos daño. Ahora solo tenemos el futuro por delante. Juntos.

Levantó la cabeza despacio y sus ojos brillaban con una mezcla de emociones que no necesitaban palabras. Podía ver en ellos la fortaleza con la que había resistido durante tanto tiempo y que por fin empezaba a encontrar descanso.

Isabela merecía algo más que seguridad. Merecía felicidad, y yo estaba dispuesto a dársela cada día.

—No sé cómo darte las gracias... —murmuró, con la voz aún cargada de emoción.

—No tienes que hacerlo. Estamos en esto juntos. Tú, yo y nuestros hijos. Esta es nuestra vida ahora.

Esbozó una pequeña sonrisa, la primera en días, y aunque el camino aún sería largo, supe que aquel instante marcaba el comienzo de algo nuevo.

En mis pensamientos solo había alivio. No por el final de Ricardo, sino por poder, al fin, seguir adelante junto a la mujer que me demostró que volver a amar era posible.

CAPÍTULO 51



CAPÍTULO 51

*«La verdad siempre encuentra la forma de salir a la luz,
incluso en las situaciones más improbables»*

ISABELA RODRIGUES

Un mes después

Todo el mal que había sufrido quedaba atrás.

Aunque las cicatrices siguieran marcando mi piel y mi alma, por fin podía respirar sin el peso de Ricardo sobre los hombros. Estaba en prisión y, con todas las pruebas que Alexandre y su abogado habían reunido, la condena era clara: más de cien años entre rejas.

No volvería a salir. Se había hecho justicia y, con ello, podía empezar a reconstruir lo que él había destrozado. Su cómplice, pese a haber colaborado en la investigación, también fue condenado a sesenta años.

Iba en el coche con Alexandre y Theo, camino de un lugar que durante mucho tiempo había sido para mí un sueño sencillo e inalcanzable: un parque.

Puede que para muchos fuera algo trivial, pero para mí simbolizaba la libertad. Durante los años en los que viví atrapada por el miedo y las amenazas de Ricardo, ni siquiera podía permitirme imaginar algo así, un lugar lleno de vida y alegría.

—¿Estás ilusionada? —preguntó Alexandre, lanzándome una mirada rápida al notar mi silencio pensativo.

Sonreí, una sonrisa auténtica que aún estaba aprendiendo a dejar fluir sin reservas.

—Mucho más de lo que crees. Ni siquiera recuerdo la última vez que estuve en un parque.

Theo, en el asiento trasero, con los ojos brillantes de entusiasmo, movía las piernas sin parar.

—¡Papá dijo que vamos a montar en barca de pedales! ¡Y después... hay helado!

Su energía era contagiosa y, por un momento, todas las sombras que solían rondarme desaparecieron por completo. Sentí el calor de la esperanza crecer dentro de mí, la certeza de que estaba construyendo algo nuevo.

Una nueva vida. Una nueva familia.

Cuando llegamos al parque, mis ojos se abrieron con asombro. Los árboles se mecían suavemente con el viento, el eco lejano de las risas infantiles llenaba el aire y el cielo azul se reflejaba en el lago, donde varias barcas de colores flotaban con calma.

Nunca me había permitido soñar con un instante así, pero ahora era real. Y yo estaba allí, junto al hombre que me prometió un futuro y el niño que se había convertido en una parte esencial de mi vida.

Alexandre aparcó y bajé del coche, absorbiendo cada detalle a mi alrededor. La brisa suave acarició mi rostro y me envolvió en una sensación de paz.

Theo salió corriendo, ansioso por descubrirlo todo, mientras Alexandre y yo caminábamos más despacio, uno al lado del otro, dejando que nuestros dedos se entrelazaran sin prisa.

—Nunca te lo pregunté —dijo él con voz baja, mientras observábamos a Theo jugar a lo lejos—, pero ¿siempre quisiste tener momentos así?

Respiré hondo, saboreando la serenidad de aquel instante.

—Siempre. Pero era un sueño lejano, ¿sabes? Entonces parecía imposible... ahora es distinto.

Alexandre se detuvo un momento y me atrajo hacia él. Su mirada era intensa, pero también había en ella una ternura que me llegaba al alma.

—Te mereces momentos así todos los días, Isabela. Te prometí una nueva vida, y esto es solo el comienzo.

El calor de su promesa volvió a dibujar una sonrisa en mis labios.

Era una felicidad distinta, la de sentirse en casa no por el lugar, sino por las personas que te acompañan. Theo corrió hacia nosotros, riendo, con el rostro iluminado por el sol, y me abrazó con fuerza.

—¡Vamos, que hay un montón de cosas que hacer! —exclamó, agarrándonos de la mano y tirando de nosotros hacia las barcas.

El resto de la tarde estuvo lleno de risas, juegos y una ligereza que no sabía que podía volver a sentir.

El amor estaba allí, presente en cada sonrisa, en cada mirada compartida entre Alexandre, Theo y yo. El parque, que antes era solo un sueño, se había convertido en la prueba de que estaba viviendo de verdad.

En ese instante comprendí que me aguardaba algo mucho más grande: una vida plena, llena de amor y serenidad.

ALEXANDRE BITTENCOURT

Ver a Isabela tan suelta, sonriendo en el parque, era algo que jamás habría imaginado unos meses atrás.

Ella, que llegó a mi vida envuelta en una espiral de dolor y secretos, ahora estaba allí, feliz.

Theo corría por el césped, riendo como nunca, mientras ella lo observaba con ternura.

Yo, en cambio, sentía algo crecer dentro de mí. Un sentimiento que durante mucho tiempo intenté ignorar, pero que ya no podía negar: Isabela era la mujer que había transformado mi vida.

Antes todo giraba en torno al control, al poder, al trabajo. Ahora mis prioridades tenían otro brillo. Cada pequeño gesto, cada sonrisa suya me recordaba que la vida era mucho más que negocios y responsabilidades.

—Me haces feliz, ¿lo sabías? —dije, rompiendo el silencio mientras nos sentábamos juntos en un banco y veíamos a Theo jugar con el avión de juguete que había traído.

Me miró sorprendida y emocionada, como si no estuviera acostumbrada a oír algo tan directo de mis labios.

—Yo también soy feliz, Alexandre. Más de lo que creí que podría llegar a ser algún día.

Había algo más que necesitaba decir.

Desde que empezamos todo aquello, nuestra relación había estado marcada por obstáculos, mentiras y un matrimonio fingido por conveniencia. Pero eso ya no tenía importancia.

Lo único que importaba ahora era el futuro. Nuestro futuro.

—Sé que empezamos con el pie izquierdo, pero tú mereces algo auténtico, algo que nunca has tenido. Un matrimonio de verdad, sin acuerdos ni mentiras.

Sus ojos se abrieron con asombro y guardó silencio, asimilando mis palabras. Me arrodillé ante ella, sin artificios, y tomé sus manos con delicadeza.

—Isabela Rodrigues, has cambiado mi vida de formas que nunca imaginé. Y quiero pasar el resto de mis días a tu lado. ¿Quieres casarte conmigo, esta vez de verdad?

Las lágrimas comenzaron a resbalar por su rostro mientras asentía, incapaz casi de articular palabra.

—Sí, Alexandre, acepto. —Su voz fue apenas un susurro, pero la certeza que la acompañaba hizo que mi corazón se desbocara.

La abracé con fuerza, sintiendo cómo el alivio y la felicidad me recorrían por dentro.

Por fin todo parecía encajar. Ella era mucho más que la madre de mis hijos. Era mi amor, mi futuro, y en ese instante supe que lucharía por ella y por nuestra familia el resto de mi vida.

Por primera vez en mucho tiempo, me permití creer que la felicidad era algo que podía sostener entre mis manos... y no volver a dejar escapar jamás.

EPÍLOGO 1



EPÍLOGO 1

*«Es en las grietas del corazón donde la luz del amor
verdadero consigue entrar»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

La sensación que me dominaba mientras esperaba la llegada de
Isabela era difícil de explicar.

Ansiedad, felicidad y una punzada de nervios se mezclaban en mi pecho.

Jamás imaginé que volvería a estar aquí, a punto de casarme... pero esta vez de verdad. El campo estaba decorado con esmero, flores por todas partes, creando el escenario perfecto para lo que estábamos a punto de vivir.

Mientras aguardaba, no pude evitar recordar todo lo que habíamos atravesado para llegar hasta aquí. Los días de dudas, las mentiras que pudieron habernos destruido... todo eso parecía ahora lejano.

Pensé en la primera vez que Isabela apareció en mi vida, frágil, llena de miedos y secretos. Y aun así, había algo en ella que siempre me atraía, que me desafiaba a derribar los muros que había levantado a mi alrededor.

Al principio me resistí, pero ahora... ahora ya no tenía sentido negarlo.

Ella era mi futuro.

El sonido de sus pasos sobre la hierba me sacó de mis pensamientos y, cuando alcé la vista, allí estaba.

Isabela avanzaba hacia mí, radiante y serena, vestida de blanco, con un brillo en los ojos que nunca antes le había visto. La emoción me invadió al instante y sentí el peso de la trascendencia de aquel momento.

Era ella.

La mujer que cambió mi mundo. La mujer que llevaba en su vientre a mis hijos y con la que sabía que quería compartir el resto de mi vida.

A medida que se acercaba, el tiempo pareció ralentizarse. Cada paso suyo confirmaba que el amor, incluso nacido en las circunstancias más improbables, podía superarlo todo.

Se detuvo frente a mí, con la mirada clavada en la mía, y supe que había llegado el instante de prometer algo que jamás pensé que volvería a pronunciar.

—Prometo hacerte feliz, Isabela. —Mi voz salió firme, aunque cargada de emoción—. Pase lo que pase, te protegeré, te amaré a ti y a nuestra familia con todo lo que soy. Nunca renunciaré a nosotros.

Sonrió con los ojos brillantes de lágrimas contenidas y supe que sentía lo mismo.

La ceremonia comenzó, pero todo a mi alrededor se volvió difuso, porque en ese momento lo único que existía era ella. Nuestros ojos no se apartaron ni un segundo.

—Alexandre Bittencourt, ¿aceptas a Isabela Rodrigues como tu esposa, para amarla, respetarla y protegerla todos los días de tu vida?

—Sí, acepto —respondí sin vacilar, con el corazón latiendo con fuerza.

Cuando llegó su turno, vi en ella la misma determinación, la misma entrega.

Aquel matrimonio ya no era una formalidad ni una promesa impuesta por las circunstancias. Era la culminación de un amor que habíamos construido en medio del caos, de la fortaleza que habíamos encontrado el uno en el otro y de la vida que nos aguardaba.

—Te amo, Alexandre —declaró cuando nos besamos bajo los aplausos.

Ahora éramos, oficialmente, una familia.



La fiesta seguía animada a nuestro alrededor, pero mi atención estaba puesta en Diego y en Lorenzo.

El día había estado lleno de sorpresas y empezaba a creer que, pese a todo, mi vida por fin encontraba su rumbo. Había tomado decisiones difíciles en los últimos meses y ahora, rodeado de personas en las que confiaba y que me apoyaban, sentía un alivio profundo.

—He decidido quedarme una temporada aquí, en Florianópolis —dijo Lorenzo con tono despreocupado, aunque había algo más detrás de sus palabras—. Me están gustando los retos que ofrece.

Alcé una ceja, porque para Lorenzo la palabra “retos” casi siempre significaba negocios. Tenía la misma mente estratégica que yo, siempre buscando el siguiente movimiento.

—No es tan frenética como São Paulo, pero puede ofrecer oportunidades interesantes —comenté, mientras intentaba descifrar sus intenciones—. ¿Piensas abrir algo aquí?

—Puede ser. —Se encogió de hombros y dio un sorbo a su bebida—. Quizá algo relacionado con tecnología. Estoy viendo cómo estáis expandiendo Amacel y hay terreno fértil por aquí.

Seguimos conversando un rato más, hasta que Diego me miró con una sonrisa cómplice.

—Isabela te ha cambiado más de lo que imaginaba —comentó con tono provocador, aunque sincero—. Nunca pensé que volvería a verte abrirte así después de todo.

Isabela me había demostrado que era posible tener una segunda oportunidad, que podía volver a amar. Me devolvió algo que creí perdido para siempre cuando murió la madre de Theo: esperanza.

—Sí, me ha cambiado. Y yo... —me detuve, buscando las palabras adecuadas— también he cambiado. He aprendido a confiar en ella y ahora su lugar está conmigo.

Lorenzo soltó una risa suave, rompiendo la seriedad del momento.

—Parece que el gran Alexandre Bittencourt ha sido conquistado, al fin. Me alegra verte así. Todos necesitamos algo a lo que aferrarnos.

Asentí en silencio.

—Es verdad. ¿Y tú, Lorenzo? ¿Te quedas solo por negocios o hay algo más que te retiene? —preguntó Diego, con esa media sonrisa que delataba que intuía algo.

—Ya veremos. —Lorenzo sonrió con su habitual aire enigmático—. Florianópolis está creciendo. Hay espacio para muchas cosas. Y quién sabe si encuentro algún motivo adicional para quedarme, además del trabajo.

Entonces dirigió la mirada hacia un lado y seguí su gesto. Observaba a Carol, que reía junto a María Gabriela e Isabela, ajena a la atención que acababa de captar.

ISABELA BITTENCOURT

La felicidad que me envolvía en aquel momento parecía casi irreal.

Estaba entre los brazos de Alexandre, sintiendo la seguridad que solo él sabía ofrecerme. Su abrazo era firme, protector, y el mundo exterior, con todas sus heridas e incertidumbres, se volvía tan lejano que parecía no existir.

Apoyé la cabeza en su pecho y sentí el latido sereno de su corazón, y aquello me hizo sonreír. En ese ritmo constante supe que, por fin, había encontrado mi refugio.

—¿Estás bien? —preguntó, obligándome a alzar la vista hasta encontrar sus ojos.

Bajé la mirada y posé una mano sobre mi vientre de seis meses, notando el leve movimiento de los bebés.

Ese simple gesto me hizo tomar conciencia de cuánto había cambiado mi vida, de cómo aquel hombre había transformado todo lo que yo creía sobre el amor, el futuro y, sobre todo, sobre mí misma.

—Lo estoy —respondí con una sonrisa tímida, acariciándome el vientre—. Mejor de lo que jamás imaginé. Nunca pensé que podría sentir tanta paz después de todo lo que hemos vivido.

Alexandre me devolvió la sonrisa, pero en sus ojos brillaba algo más profundo, algo que reservaba para momentos como ese.

Se inclinó ligeramente y colocó su mano sobre la mía, acompañando el gesto suave con el que acariciaba a nuestros hijos.

Era como si, en ese contacto sencillo, me recordara que ya no estábamos solos, que nuestra vida ahora era plenamente compartida.

—Te quiero, Isabela —declaró con esa firmeza serena que siempre me dejaba sin aliento—. No importa lo que haya quedado atrás. Lo único que importa es que estamos aquí. Los tres —miró mi vientre y sonrió—, mejor dicho, los cinco. Theo, tú, yo y nuestros bebés.

Sus palabras derribaron cualquier última barrera que mi corazón pudiera haber levantado.

Después de años de dolor y miedo, por fin sentía que vivía algo auténtico, algo que era mío. Los ojos se me llenaron de lágrimas, no de tristeza, sino de una felicidad desconocida hasta entonces.

—Yo también te quiero, Alexandre —respondí con la voz quebrada por la emoción—. Trajiste luz a mi vida y ni siquiera sabía que la necesitaba hasta que apareciste. Me enseñaste que merecía ser amada de verdad.

Me atrajo un poco más hacia él y besó mi frente con delicadeza, como si quisiera prolongar aquel instante de cuidado e intimidad. Me quedé allí, envuelta en su ternura, sintiendo que cada palabra suya no era una promesa vacía, sino la verdad de lo que éramos juntos.

—Vas a ser una madre increíble —murmuró, aún con los labios rozando mi piel—. Y haré todo lo que esté en mi mano para que tú y nuestros hijos seáis felices. Esto no ha hecho más que empezar.

Volví a mirarlo y supe, con una claridad abrumadora, que aquel era el hombre con quien quería compartir todos mis días.

No era solo por los bebés ni por el futuro que estábamos construyendo. Era porque, con Alexandre, por fin podía ser yo misma, sin miedo ni reservas.

—Lo sé, Alexandre —susurré, con la mano todavía apoyada en mi vientre—. Y ahora, más que nunca, estoy preparada. Para nosotros.

Nuestro momento quedó envuelto en ese silencio cómodo que solo conocen quienes se aman de verdad.

Allí, abrazados y unidos por algo que iba más allá de las palabras, supe que ya no había nada que temer. La vida podía ser compleja, pero mientras camináramos juntos, podríamos afrontarlo todo.

Y en aquel abrazo, bajo la mirada protectora de Alexandre, sentí que cada uno de los fragmentos rotos dentro de mí empezaba, por fin, a sanar.



Mientras estábamos sentadas en la terraza de la mansión, riendo y disfrutando de un raro momento de distensión, Carol, como siempre, no paraba de hablar, contagiándonos a todas con su entusiasmo.

—¡No os lo vais a creer! Entré como madrina en la boda y ¿sabéis quién era el padrino? ¡Lorenzo Ferrara! —exclamó, adoptando una pose exagerada de sorpresa que nos arrancó carcajadas a María Gabriela y a mí—. Os lo digo en serio, chicas, creo que puede ser el CEO que estaba buscando.

Soltó una risa sonora y nosotras la seguimos. Carol tenía ese don de aligerarlo todo, incluso cuando el ambiente podía volverse más tenso.

—Pero hablando en serio, es de esos que llegan a un sitio y lo iluminan todo, ¿sabéis? Todo encanto, con ese aire de quien resuelve cualquier problema en dos minutos. Como no tenga cuidado, voy a acabar siendo yo la CEO de su vida. —Guiñó un ojo, riéndose de su propia broma.

—Parece que por fin has encontrado a tu CEO, ¿eh? —comentó María Gabriela con una sonrisa cómplice mientras cruzaba los brazos.

—Bueno, ya veremos... Quién sabe. De momento es solo una broma inocente. —Se encogió de hombros, aunque el brillo en sus ojos delataba que Lorenzo le interesaba de verdad.

Su energía era siempre revitalizante y resultaba casi imposible no dejarse arrastrar por su alegría. Aquellos instantes eran escasos, pero me recordaban que estaba rodeada de personas que realmente se preocupaban por mí.

A pesar de todas las tormentas, había logrado construir algo sólido: amistades auténticas, de las que sostienen de verdad.

Al cabo de unos minutos, las risas se fueron apagando y la conversación adoptó un tono más sereno. María Gabriela se inclinó ligeramente hacia mí y me miró con una curiosidad sincera.

—¿Y tú, Isa? ¿Cómo te sientes? —preguntó con voz más suave, como si quisiera asegurarse de que me sentía libre para responder.

Carol se unió a la pregunta, aunque conservando ese brillo travieso en la mirada.

—Sí, cuéntanos. Por fin te has casado con Alexandre. ¿Eres feliz de verdad? —inquirió, esta vez con una seriedad disimulada bajo su habitual ligereza.

Sonreí al mirarlas, sintiendo un calor reconfortante en el pecho.

Ellas sabían lo difícil que había sido mi camino, todo lo que tuve que atravesar para llegar hasta allí, y ahora me observaban esperando una respuesta honesta.

—Soy muy feliz —respondí, notando cómo la emoción me inundaba—. He cumplido el mayor sueño de mi vida. Casarme con Alexandre y formar una familia... es más de lo que jamás habría imaginado. Es como si, por primera vez, todo estuviera en su sitio.

María Gabriela y Carol intercambiaron miradas cómplices, claramente satisfechas.

—Ya sabíamos que estabas feliz, se te nota en la cara —comentó María Gabriela con una sonrisa—. Pero es bonito oírtelo decir.

—Vosotras me ayudasteis muchísimo a llegar hasta aquí —admití, con la gratitud vibrando en cada palabra—. No sé qué habría hecho sin vosotras.

Carol soltó una risa suave y se inclinó para darme un abrazo rápido.

—Ay, Isa, sabíamos que te merecías el mundo. Y si Alexandre es quien va a dártelo, mejor todavía. Eso sí, no te olvides de nosotras, ¿eh? Porque estaremos aquí siempre, animándote y riéndonos contigo.

El calor de su amistad me envolvió y en ese instante comprendí cuánto había cambiado mi vida para mejor.

Las cicatrices del pasado seguían ahí, pero ahora existía una felicidad genuina que jamás creí posible. El amor de Alexandre, la familia que estábamos construyendo y esas amistades verdaderas que me sostenían.

EPÍLOGO 2



EPÍLOGO 2

*«A veces el amor es lo único que nos impide caer al
abismo»*

ALEXANDRE BITTENCOURT

Un año después

Observé a mis hijos en sus cunas, tan pequeños y frágiles, y al mismo tiempo tan llenos de vida.

Mi hija, Helena, tenía la mirada serena, como si ya comprendiera el mundo que la rodeaba, mientras que Lucas parecía buscar siempre algo más —más movimiento, más calor, más atención.

Sonreí al verlos, sintiendo el peso de la responsabilidad que ahora recaía sobre mí, pero también una paz que jamás había experimentado. Era como si, por primera vez, todo estuviera exactamente donde debía estar.

Isabela estaba a mi lado y la observé mientras contemplaba a los niños con una sonrisa suave en los labios. Había algo en su expresión que siempre me conmovía: esa mezcla de fortaleza y vulnerabilidad, esa valentía que llevaba dentro a pesar de todo lo que había sufrido.

Mirarla ahora, rodeada del amor que estábamos construyendo, me hizo recordar todo lo que habíamos enfrentado.

Y superado.

Ricardo Vilar, aquel fantasma del pasado, ya no era una amenaza. Preso y condenado, no volvería a tener la oportunidad de hacernos daño ni de tocar lo que ahora era nuestro.

Por fin se había hecho justicia. Mi mundo, antes tan controlado y previsible, se puso patas arriba cuando Isabela entró en él, pero lo hizo de una forma que me mostró lo que me faltaba.

Ella trajo color, luz y... esperanza.

Ya no era el hombre cerrado y solitario que creí que sería para siempre.

—Son perfectos, ¿verdad? —pregunté en voz baja, como si hablar más alto pudiera romper la magia del momento.

Isabela asintió, con los ojos brillantes de emoción.

—Son más que perfectos —respondió con ternura—. Aún me cuesta creerlo.

Me acerqué a ella, rodeé su cintura y la atraje hacia mí, pegando mi pecho al suyo, como si ese gesto bastara para sellar todo lo que sentíamos.

—Me haces feliz, Isabela. Más feliz de lo que imaginé que podría ser —susurré, sin apartar la mirada de la suya.

Ella me sostuvo la mirada con la misma intensidad y alzó la mano hasta acariciarme el rostro.

Había una dulzura en su tacto que me desarmaba, que me recordaba que el amor verdadero no se construye solo con grandes gestos, sino con instantes sencillos, miradas compartidas y sonrisas cómplices.

—Tú también me haces feliz, Alexandre —afirmó con firmeza—. Nunca pensé que volvería a sentir algo así. Nunca creí que podría tener una familia... y ahora la tengo. Gracias a ti.

El peso de sus palabras me atravesó. Resultaba imposible no pensar en todo lo que había vivido: el dolor, el miedo, el abuso. Pero ahora, al mirar a nuestros hijos y el futuro que nos aguardaba, sabía que lo peor había quedado atrás.

Ricardo estaba en prisión y su sombra no volvería a alcanzarnos.

—Vamos a asegurarnos de que Helena y Lucas tengan la vida que merecen —dije, con la voz cargada de promesas—. Seremos una familia y crecerán rodeados de amor.

Sonrió, y esa sonrisa fue suficiente para hacerme creer que todo era posible. Tomé su mano y la llevé a mis labios, besándola con suavidad.

—Te quiero —dije, consciente de que por primera vez en años me permitía sentirlo todo sin miedo.

—Y yo te quiero —respondió ella, y en ese instante supe que todo lo vivido hasta allí había merecido la pena.

ISABELA BITTENCOURT

La vida por fin había tomado el rumbo que siempre soñé, aunque durante tanto tiempo creí inalcanzable.

Miré a Alexandre a mi lado, con los ojos fijos en mí y una ternura que jamás habría imaginado ver en él, el hombre que antes parecía tan distante y frío, y que ahora era mi refugio.

Mis dedos acariciaban su mano y, envueltos en un silencio sereno, me permití sonreír de verdad, una sonrisa que nacía desde lo más profundo.

—Me siento completa, Alexandre —confesé en voz baja, cargada de emoción—. Completa con nuestros hijos, con nuestra familia. Nunca pensé que podría decir algo así. Nunca creí que sería posible sentir tanta paz.

Me miró y apretó suavemente mi mano, sosteniendo mi mirada como si buscara en ella la misma certeza.

Él también había cambiado.

El hombre que antes vivía únicamente para el trabajo, distante de todo y de todos, estaba ahora allí, presente, amando y protegiéndonos a mí y a nuestros hijos.

El hombre al que temí perder para siempre se había entregado al futuro que estábamos construyendo juntos.

—Te mereces cada instante de esta felicidad —dijo con esa voz grave y serena—. Me devolviste algo que creí perdido para siempre. Me diste una nueva oportunidad... una familia. Y pasaré el resto de mi vida demostrándote lo importante que eres para mí.

Antes de que pudiera responder, oímos pasos apresurados por la casa y, al instante, Theo apareció en el salón con una sonrisa enorme.

—¡Mamá! ¡Papá! —gritó, incapaz de contener la emoción.

La alegría en los ojos de Theo siempre me conmovía.

No era solo que ahora me llamara “mamá”, sino el amor sincero que sentía por mí y por sus hermanos. Era la prueba de que no solo había entrado en esa familia, sino que ya formaba parte de ella.

Saltó al sofá entre nosotros, riendo, y Alexandre soltó una carcajada mientras lo atraía hacia sí, envolviéndonos a los tres en un

abrazo estrecho.

—Mirad cómo crece esta familia —bromeó Alexandre, revolviendo el cabello de Theo.

Aquel instante, aquella sencillez... era todo lo que siempre había anhelado.

Estar allí, rodeada de las personas a las que amaba, en paz, libre por fin del peso del pasado. Ricardo era ya un recuerdo lejano y, con cada día que pasaba, el dolor que me había causado se desvanecía, mientras el amor por esta nueva vida se hacía más fuerte.

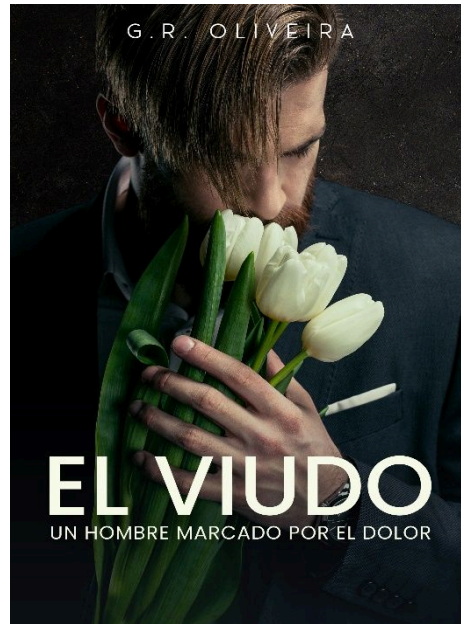
Nos quedamos abrazados, hablando del futuro, haciendo planes para los días que vendrían. El amor que sentía en ese momento era más grande de lo que jamás creí posible.

—Soy feliz, Alexandre —murmuré, apoyando la cabeza en su hombro mientras su mano me acariciaba el rostro con ternura—. Feliz de verdad.

Y en ese instante, envuelta en el calor de mi nueva familia, supe que había encontrado mi final feliz.

FIN.

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1>

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

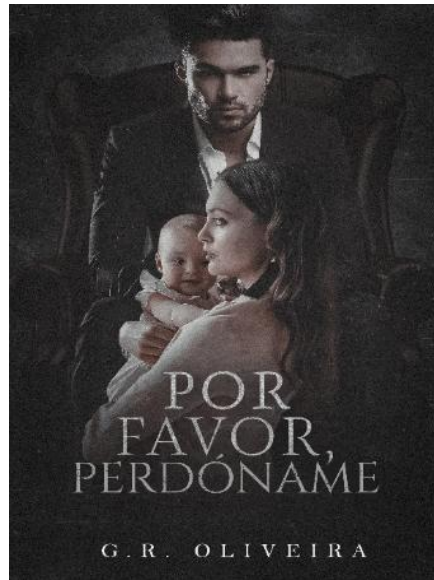
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT>

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él...

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza...

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y...

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0GFTHB3GS>

Ella fue el único error que nunca conseguí olvidar... y el único que estoy dispuesto a repetir.

Un romance de segundas oportunidades, venganza y un matrimonio por contrato.

Años atrás, la perdí.

No porque dejara de amarla, sino porque se marchó sin mirar atrás, llevándose consigo todo aquello que yo aún no sabía nombrar: amor, deseo y una herida que jamás terminó de cerrar.

Fue la única mujer capaz de romperme. El placer que se convirtió en adicción. La adicción que se transformó en ausencia. Y la ausencia que me convirtió en el hombre que soy hoy.

El hombre que ella conoció ya no existe. En su lugar, hay un CEO frío, poderoso y calculador, forjado por el dinero, la ambición y un pasado que me enseñó que nada en la vida es gratis.

Excepto ella. Ella siempre tuvo un precio más alto del que estaba dispuesto a pagar... hasta ahora.

Esta vez no habrá huida. No habrá decisiones fáciles ni sentimientos seguros. Solo una certeza inquebrantable: ella siempre fue mía. Y estoy dispuesto a enfrentarme al infierno entero para demostrarlo, incluso si para conseguirlo debo destruir todo lo que aún queda entre nosotros.

Incluye:

**Romance con CEO • Second Chance • Diferencia de edad •
Convivencia forzada • Hombre obsesivo y protector • Matrimonio
por contrato**

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ>

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear... y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman... —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: <https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP>

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que

insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor... insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé... al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Federico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DO AUTOR

NOTA DEL AUTOR



Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK